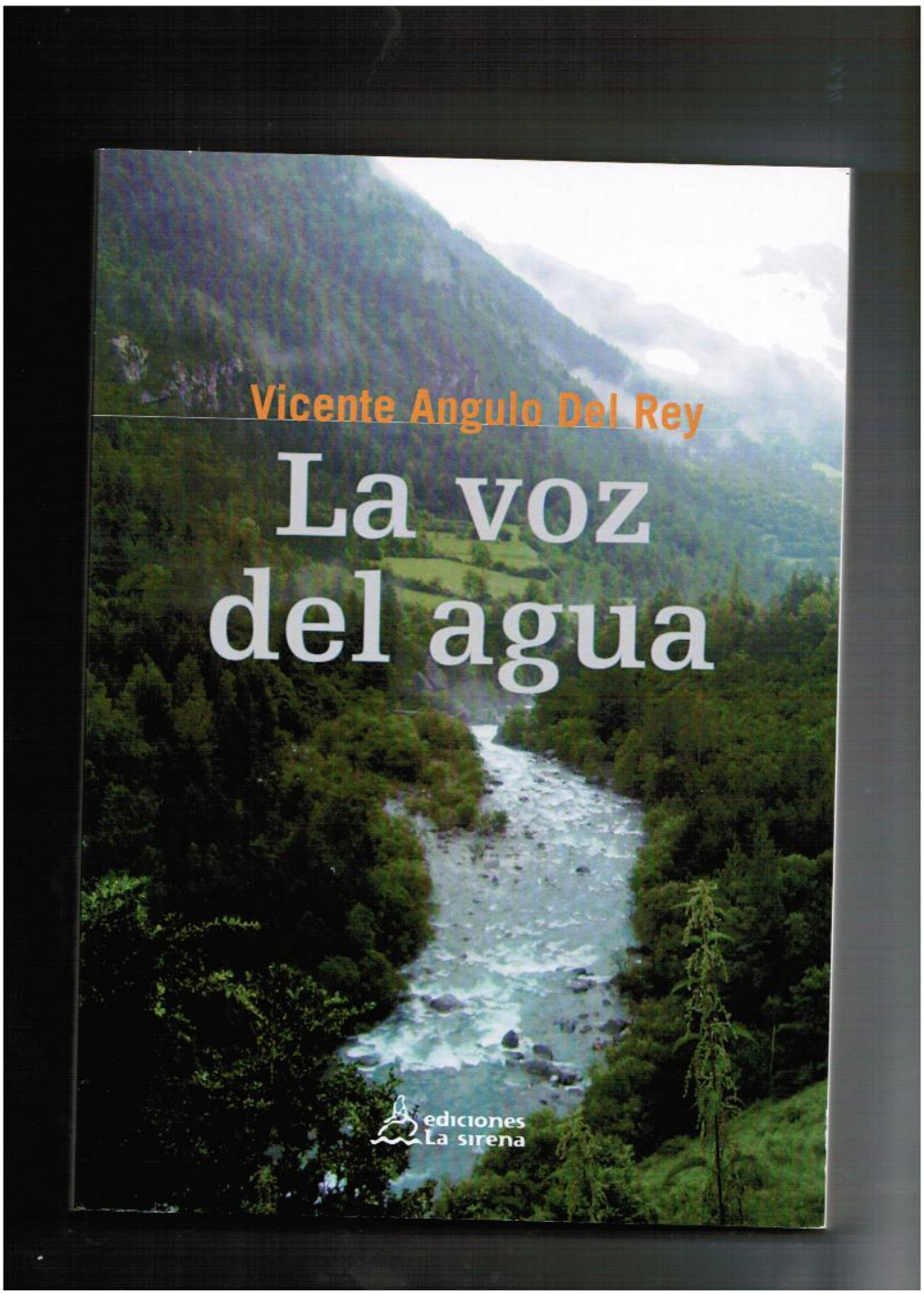
Vicente Angulo Del Rey
La voz del agua
ediciones La sirena

La voz del agua

Vicente Angulo del Rey
©2008

Esta historia ha pretendido ser un canto a la libertad, al amor y a la amistad, en mi modesta opinión sin esos valores la vida no tendría sentido alguno.

A mi familia; sin ella no soy nadie

Vicente Angulo del Rey

Donde mora la libertad, allí está mi Patria (Benjamín Franklin)

La libertad está en ser dueño de la propia vida (Platón)

Amor no es mirarse el uno al otro, sino mirar los dos en la misma dirección (Antoine de Saint Exupery)

P R O L O G O

He intentado inútilmente alejarme del vínculo que me une al autor de esta novela. Lejos de distanciarme de él, su lectura me ha ayudado a descubrirlo, a conocer facetas invisibles de su imaginario personal y, lo que es más sorprendente, me ha hecho conocerme mejor a mí misma.

Y es que el autor de esta novela, es mi padre.

Por tanto, mi aportación a este relato no podrá ser objetiva.

Adentrarse en esta novela supone un viaje casi irreal, lleno de idealismo. Una historia sencilla que intenta escapar de guiones ágiles y pretenciosos y se deleita en paisajes y secuencias vitales profundamente personales.

Leerla es conocer parte del ideario de su autor. La novela se sostiene en torno a tres ejes temáticos básicos: el amor, la amistad y la libertad.

El amor romántico de la pareja protagonista parece imposible de entender desde el prisma de las relaciones de hoy en día, en vez de tratarse de una pareja joven, parece un amor maduro y sosegado, pleno y tranquilo. El romanticismo que mantienen durante toda la obra, sin fisuras ni altibajos más podría ser un ejemplo de amor cortés. La amistad se plantea de modo similar, el valor de la vida sencilla alejada del mundo que se plantea en esta historia parece privar a los habitantes de estas montañas de cualquier recelo, conflicto o enfrentamiento. Bajo mi punto de vista, apuesta por la pureza de la condición humana cuando se vive en estado puro cerca de la naturaleza.

Y la libertad como el deseo más fuerte, como la utopía más ansiosa. ¿Es esta opción tomada por los dos protagonistas de la novela una rebeldía secreta del autor?... Pienso que sí. Hay una búsqueda por dar coherencia a una posibilidad imaginaria de huida del mundo, del ruido, de lo absurdo de la vida en esta sociedad. Descubrir esta belleza por la fuga en mi padre me relaja y me satisface. Me ha sorprendido la pasión que trasciende de cada línea, hay algo de ingenuo o de idealista en su forma de entender el mundo interior de sus personajes que me hace comprender cuan idealista y bondadosa es su visión del mundo real.

Lo mejor, todo el trabajo de investigación geográfico y costumbrista de la vida rural y del pirineo. Las descripciones meteorológicas, en las que el autor se extiende con gusto pues es algo que conoce y disfruta.

No puedo concluir este prólogo sin hacer mención de colectivos jóvenes que hoy en día se deciden a habitar pueblos abandonados, comunidades organizadas o desorganizadas que consiguen que esa aparente utopía planteada de una forma tan romántica en la novela sea una posibilidad real y sin duda, una opción de vida.

Pero eso pertenece a la vida real.

Carmen Josefina Angulo Martínez

PRIMERA PARTE

I

Sólo la tenue luz que entraba por los resquicios de la ventana consiguió que Luis abriera los ojos. La verdad es que aquella mañana de principio de semana no le apetecía levantarse. Le hubiera gustado más abandonarse al letargo entre las cálidas sábanas de lino de aquella habitación, su habitación de siempre, donde acurrucado, hecho un ovillo, había soñado muchas veces mandar todo al carajo y comenzar una nueva vida, olvidarse de todo, de su trabajo, de aquella ciudad gris que le consumía minuto tras minuto y día tras día, de la rutina agobiante y soporífera, de los papeles, de las caras hastiadas de sus jefes. Estaba harto, cansado de ver cómo las jornadas eran tan iguales como si fueran fotocopias. No podía más, esa no era la clase de vida a la que aspiraba, le daba igual cobrar un buen sueldo, tener la vida asegurada, gozar de una buena reputación. No, eso no le valía de nada, debería tomar otra determinación, y rápido. No aguantaba más. Ahora o nunca. Una comezón difícil de explicar le corroía por dentro martirizándolo.

Sabía que la decisión que iba a tomar momentos después le iba a traer muchos sinsabores: por un lado estaba Chari, su novia; y por otro su familia, sus padres, que aunque no vivía con ellos nunca se esperarían esa noticia.

Se levantó vacilante, corrió las cortinas y abrió la ventana, entrando al momento una bocanada de aire viciado que le inundó, le envenenó nuevamente como todos los días. Ya no quería ver más las fachadas grises de enfrente, ni aquella neblina de color gris pardo surgiendo de las fábricas malolientes que atufaban su barriada.

Cansinamente se preparó un café y pasó al baño. Se miró al espejo como hacía todos los días y observó su cara. Habló con ella, con esa cara que le observaba y le pedía que diera un paso adelante, que iniciara una nueva vida. Lavándose los dientes, escudriñó sus propios ojos, ¿esos eran sus propios ojos? No podía ser, parecían tristes, melancólicos, faltos de vida, pensó reafirmándose que había llegado el momento.

Se vistió rápidamente y salió a la calle, dando los buenos días a todos aquellos que se cruzaban diariamente en su camino, sin saber quiénes eran. Todos llevaban la misma cara cansada que él. Subió al mismo autobús de siempre y, allí, agarrado a la barra para protegerse de los frenazos bruscos, siguió cavilando, y pensando que sería el último y primer día, en que renacería echando por la borda su vida anterior.

Con matemática puntualidad entró en la oficina y fichó. Sería la última vez que introduciría su tarjeta en aquella odiada maquinita, algo que deseaba fervientemente.

Se sentó en su mesa. Enfrente se encontraba su compañero dispuesto a empezar otra odiosa jornada, a mezclarse entre balances, estadísticas y a quemarse los ojos con aquel ordenador último modelo.

Levantó la vista y como confesándose dijo:

—Sebas, me voy; abandono.

Su compañero lo miró aturdido y, sin entender nada de su significado, sólo pudo decir:

—¿Pero qué coño dices? ¿Te has vuelto loco? —Sebas lo miraba por encima de la pantalla del ordenador —¿Que te vas adónde?

—Sí, me voy, me marcho. Esto se acabó. Lo he pensado muchas veces y no hay vuelta atrás. ¿Recuerdas que más de una vez te dije algo sobre ello y tú te lo tomabas como una broma? Te reías y no me hacías ni puto caso —Luis intentó sintetizar y remachar todo lo que pensaba—. Pues esa broma se ha convertido en realidad, pura realidad y no hay marcha atrás. Me voy a la montaña. Ahí está mi vida, mi porvenir. Toda mi esperanza la deposito en ese lugar donde quiero comenzar una nueva vida, y olvidarme de todo lo trascurrido hasta ahora.

Sebas escuchó, y cada palabra le golpeaba en las sienes haciéndole daño. No podía dar crédito a lo que estaba oyendo, mirándole a los ojos para tratar de percibir que no le estaba engañando, que simplemente era una broma pesada.

Sin apenas dejar terminar de hablar Sebas le contestó:

—Pero Luis ¿te lo has pensado bien? ¿Estás en tus cabales?

La verdad es que Sebas era su mejor amigo, su amigo de siempre, en el que podía confiar, y que no le creyó ni en ese momento ni nunca, cuando hacía ya tiempo le dijo que algún día dejaría todo para irse a vivir sólo, a un pueblo abandonado en la montaña y le decía con guasa que estaba rematadamente loco.

Sebas, era con quien había progresado al mismo tiempo. Juntos en el colegio, en la mili, hasta en el mismo trabajo había pasado más tiempo con él que con su familia. Hasta que se casó hace ya más de dos años.

—¿Conoce Chari tu ocurrencia?

—Aún no se lo he dicho, pero creo que se lo imagina, porque llevo algún tiempo dándole vueltas al asunto— le contestó Luis.

—¿Y cómo te vas arreglar? Piensa que eso no es un juego, que vas a empezar de cero, que es todo nuevo para ti, que eres un novato en todo ese mundo. Claro que te conozco y, con lo cabezón que eres, saldrás adelante.

—La decisión está tomada, Sebas, y nada ni nadie me va a detener. Y te voy a decir una cosa: ni Chari me va a quitar la idea. Aunque espero convencerla de que se venga conmigo— dijo Luis pleno de convicción.

—Eso lo veo más difícil —le apostilló Sebas—, piensa que tu novia está aquí muy feliz, en Barcelona, a tu lado y máxime cuando pensabais casaros muy pronto. ¡Joder! —exclamó sin poderse contener —me has dejado de piedra.

—Lo he pensado muy detenidamente y es la ilusión de mi vida— quiso terminar Luis. —Y ahora mismo, cuando llegue el jefe, le voy a dar la noticia para que vaya tomando las medidas oportunas para mi baja.

—Espero que lo hayas meditado bien. Es muy grave lo que estás decidiendo, como es arrojar toda una vida, y tu porvenir por la borda —acabó Sebas con un cierto aire de tristeza.

Por la amplia ventana de la oficina una brillante luz penetraba. La montaña de El Tibidabo a lo lejos parecía más cercana que nunca. Una imagen que estaba cansado de ver día tras día, aparte el bullicio de con los las filas de vehículos que circulaban por la avenida. Lo olvidaría, seguro que lo olvidaría, más a quien no olvidaría sería a Sebas, su amigo de toda la vida. A ese si que no lo podría olvidar.

II

Con paso firme y decidido atravesó las Ramblas para llegar a la Plaza de Cataluña. Siempre le había parecido ese paseo, al salir del trabajo, monótono, aburrido. Sólo el hecho de que todos los días, sentada en un banco, estuviera Chari esperándole lo cambiaba todo; esta vez no. Hasta se interesó más por los manojos de flores que vendían en esos puestos e incluso le echó un par de monedas a la estatua humana vestida de pistolero que le apuntaba con su pistola, que volteó en un acto reflejo, enfundándola con una rapidez que para ellos hubiesen querido los mejores pistoleros de las películas del oeste, dedicándole al mismo tiempo una sonrisa que sólo Luis captó.

Había llamado por el móvil a su novia diciéndole que la esperara donde siempre y que no faltara, que tenía una noticia importante que darla. Por mucho que porfió la chica para que le dijera algo, no cedió: él era así de cabezón, de tozudo. Si decía una cosa no había nada ni nadie que le volviera atrás. Serían las doce la mañana en ese momento y una media hora antes acababa de hablar con su jefe de sección detenidamente donde le expuso su plan, dejándolo estupefacto. De todas formas no le había arreglado nada ya que se inhibió en el tema pasándoselo al jefe general; pero dado que este se encontraba ausente lo único que le arregló es decirle que se había vuelto "loco, rematadamente loco, vamos... loco de atar".

De todas formas a Luis poco le importó cómo lo calificara, pues él ya lo tenía todo pensado. Ni un minuto más; los temas legales le importaban un bledo y andando entre el torbellino de gente, su mente paseaba a través de calles desiertas de un pueblo desierto enclavado entre montañas desiertas de un lugar olvidado.

Él sabía a ciencia cierta que a Chari también le gustaba la idea, que le hacía ilusión, pero de eso a decir me voy contigo había mucha distancia. Una cosa era hacer planes sentado en la terraza de un bar y otra cosa era largarse a vivir una aventura que nunca sabría como iba a terminar.

Cuando entró en la plaza, la vio sentada en el mismo banco de siempre. Como si lo tuviera reservado, como si fuera de su propiedad. Ella nunca le había fallado pues era mujer de palabra, una chica maravillosa a la que quería con locura.

No se dio cuenta que llegaba, porque se sentaba siempre de espaldas y no observaba su presencia hasta que detrás de ella pronunciaba su nombre, volviéndose con esa sonrisa que adoraba y de la que no estaba dispuesto por nada del mundo a prescindir, aunque esta vez su sonrisa era, aparte de agradable, también inquisidora. Sus ojos ya formulaban una pregunta y una respuesta al mismo tiempo.

Como siempre le dio un beso en la comisura de sus labios y se sentó con ella. Era su mejor momento del día pues con ella olvidaba todo, sus problemas, su malhumor, todo, absolutamente todo. Sólo con apretarle la mano restablecía su agotada energía.

Antes que nada notó en su ceño y en sus manos una especie de nerviosismo. Sus ojos ya lo estaban interrogando sin palabras.

—¿Cómo estás, cariño? —le preguntó.

—Bien ¿y tú? —le contestó ávida de más palabras.

—Tengo que hablar contigo de muchas cosas, vida mía. La primera es que... ¿cómo te lo diría yo?, bueno... he dejado el trabajo, o mejor dicho, voy a dejar el trabajo— tuvo que tomar aliento para seguir hablando, aunque cortó rápidamente.
—Pero ¿Qué me dices? ¿Has perdido la cabeza? —le preguntó con palabras temblorosas, con una expresión de miedo, de estremecimiento, mirándole incrédula.

Luis la conocía muy bien. Eran ya muchos años juntos y reconocía al instante cualquier expresión de su cara. Esta vez era una expresión de desabrimiento, como si un escalofrío le hubiera recorrido todo el cuerpo. Como si un rayo la hubiera partido en dos, dejándole un rictus tembloroso en la mejilla.

—Atiéndeme mi amor: tú ya me conoces y sabes que estoy más cuerdo que nunca. El caso es que efectivamente he dejado mi trabajo. Bueno, la verdad es que estoy en ello, aún no he hablado con el jefe ¿te acuerdas de la ilusión de mi vida? Pues eso, que me voy y quiero que te vengas conmigo— agregó con aplomo.

Chari, en un estado de abatimiento, sacando fuerzas y valor de no sabía dónde, aún pudo decir:

—Luis de mi alma ¿pero sabes bien lo que dices? Vivimos bien, somos felices, tenemos aquí nuestra posición, nuestra vida, nuestro futuro. Sabes muy bien que cuando tú quieras nos casaremos —dijo Chari, sabiendo que tenía todo perdido. Luis era así, cuando decía una cosa con la gravedad que lo había dicho, ya no había vuelta atrás.

Luis no se atrevía a mirarla a los ojos, sentía tal dolor que le helaba el corazón

—Sí, Chari, cariño, lo he pensado mucho tiempo. Esta forma de vivir que llevo no me llena, me agobia. Esta monotonía diaria me satura, quiero vivir libre, respirar aire puro, vivir cada minuto, desgranar toda la ilusión que llevo dentro. Quiero que te vengas conmigo, que te unas a mí, para lo bueno y para lo malo— Luis tuvo que expulsar aire con fuerza para terminar ya que no sabía cómo.

En ese momento Chari quería morirse, desaparecer, convertirse en un fantasma. Era demasiado para ella, aunque los fantasmas ya los tenía a su alrededor acosándola y preguntándole qué decidiría. Y si decía que sí, cómo lo tomarían su familia, su entorno, ella misma.

—Pero ¿tú te has parado a pensar que esto no va a ser tan fácil como crees? ¿Tú piensas que yo me voy a ir, así, por las buenas? ¿Tú crees que voy a dejar a mi familia para irme contigo a un lugar que no conocemos? No es tan fácil, Luis. Perdóname pero es una idea descabellada, una barbaridad —le interrogó Chari con los ojos a punto de de dejar paso a borbotones de lágrimas.

—Lo siento mi amor, pero es mi última palabra. Esta decisión no es de hoy, la he meditado muchas noches, sólo, en mi cama. Es la mayor ilusión de mi vida, vivir del trabajo de la tierra, ser autosuficiente, no depender de nadie, ser libre, absolutamente libre. Ahora mi máxima ilusión es que tú me acompañes, eres mayor de edad y en el fondo sé que también te gustaría. Claro que si me dijeras que no, lo aceptaría, te quiero demasiado. Lo eres todo para mi —dijo sabiéndose cargado de razón.

—Amor, sabes que yo iría contigo al fin del mundo, adonde tú fueras —contestó ella amagando unas lágrimas. Yo sin ti no pinto nada. Nos conocemos y nos queremos desde hace ya muchos años y sabes también que no te cambio por nada... pero es que sabes que esto nos va a traer muchos problemas, familiares, de toda índole, no sé que decirte ya, estoy confundida, necesito pensar, hablar conmigo misma. Luis... perdona —apenas pudo terminar Chari, pero como cuando un pantano rebosa y sus aguas caen mansamente al otro lado, así sus lágrimas aparecieron a raudales y fueron muy despacio a caer por las comisuras de sus labios.

Luis sólo acertó a poner las manos en las mejillas de su novia sintiendo cómo las manos le temblaban, debido al movimiento de las mejillas de Chari y a que sus manos se le empapaban de un líquido aceitoso que le producía punzadas dolorosas, no en sus manos, sino en su corazón.

A él mismo se le hizo un nudo en la garganta. En ese momento era incapaz de hablar, ni balbucear ninguna palabra; así que, mirando al suelo, trató de restablecerse, notar el sufrimiento de su amada Chari como si un puñal le hubiera atravesado el corazón. Sólo pudo echar el brazo por su hombro y apretar la cabeza de ella ante su pecho. Eso reconfortó a los dos, y al instante ella alzó la cabeza, y con unos ojos preciosos y al mismo tiempo llorosos, le dio un beso en sus labios. El beso más lleno de amor que le había dado en toda su vida. Él sabía que esa reacción de su novia había querido decir el sí definitivo. Ella era así, un encanto, y sabía positivamente que desde ese momento ella lucharía denodadamente ante todo, primeramente ante ella, ante su familia, ante todos los problemas, ante el sunsumcorda si hiciera falta. Sería su perfecta aliada; sería como siempre su compañera. Sabía que el primer paso de la batalla ya lo tenían ganado.

Sin decir una palabra, se levantaron, unieron sus manos con fuerza, hasta hacerse daño y enfilaron la primera calle que les salió al paso, callados. El silencio lo decía todo, ese silencio que hablaba por ellos dos, que les daba aplomo, fuerza y vitalidad. Más sobre todo los inundaba de amor. Las palabras en esos momentos sobraban, se hablaban y se entendían tan sólo con apretar sus manos entrelazadas y así caminaron un largo trecho.

Sin sobre aviso, al unísono, se miraron y empezaron a reír a carcajadas. Estaban locos, inmensamente locos, con una reacción inequívoca de completa locura. Cualquiera que los hubiera estado observando se restregaría los ojos pensando esos han perdido la chaveta.

Y corrieron, cogidos de la mano, riendo, como con un ataque de la locura más maravillosa del mundo llegando al pequeñito parque con aquella placita. Cesaron en su carrera y Luis mirando a la cara a Chari y poniendo las manos en sus mejillas, le dijo con voz queda:

—¿Te imaginas cuando paseemos a la orilla de un río de aguas limpias y en las cuales se reflejen las cumbres de unas montañas cubiertas de nieve y nuestras caras se reflejen en el agua?

Chari sólo contestó:

—Estás loco Luis, pero te quiero mucho.

Esa noche y como si estuvieran de acuerdo, se estaban comunicando telepáticamente. Esa noche eran uno sólo ya que habían unido sus vidas tan sólidamente como el mayor sacramento para lo que no necesitaron ministro de la Iglesia alguno. Era un pacto que habían hecho por su amor y su libertad.

III

Esa noche, Luis durmió como nunca; soñó como nunca había soñado; fue feliz como nunca lo había sido; la vida le volvía a sonreír, a punto de cambiar para que fuera como él quería, no como se la imponía la sociedad. Pero qué leche iba a obedecer todo lo que el jodido enjambre urbano le decretaba. Él era él y nadie en este mundo le ordenaba, sólo el de arriba podía mandarle y sólo a Él le obedecería, así que abrió las cortinas y ventanas como el día anterior y unos rayos henchidos de luz atravesaron la estancia. Hasta creyó sentir el trino de unos pájaros que antes nunca había oído. Sería el preludio de lo que en el futuro esperaba oír. La imagen exterior era más agradable y hasta los humos de la calle parecían tener otro aroma.

Pasó a la cocina y se hizo un café que le pareció hasta dulce; y eso que no le echaba nunca azúcar. Pasó al baño y miró su cara, sus ojos, su expresión de aquella mañana, que no se parecía en nada a la persona que veía reflejada anteriormente en el mismo espejo. Ya no se reconocía, hasta se pareció guapo, así que sonrió, hizo unas muecas y guiños, se echó colonia de la mejor, y cantando una canción antigua a la cual le tenía cariño y que hacía tiempo ya no tatareaba, salió del baño con una alegría que ya no recordaba.

Hizo el mismo recorrido de todos los días, saludó a las mismas personas con la misma frase, y le respondieron hasta los que nunca le devolvían el saludo. ¿Sería por el énfasis que puso? La verdad es que la mañana era distinta a las anteriores, ya se había olvidado de ellas y llegó a la oficina. Le miraron como si hubiera pasado un fantasma, no fichó porque no le dio la gana y eso que teóricamente aún era de la empresa y a la entrada de su despachó casi tropezó con Sebas, su mejor amigo, el amigo que todo el mundo quisiera tener.

Sebas sólo dijo:

—¿Y?

Luis se rió y le guiñó un ojo, porque ya sabía lo que Sebas le preguntaba. Se conocían de hace mucho tiempo.

—¿Te refieres a Chari? Pues sí, ella se viene conmigo, aunque no ha sido todo color de rosas. Lo he pasado muy mal, fue muy duro decírselo. Vamos... un mal trago y no sólo eso, me ha costado casi lágrimas ver su sufrimiento y abatimiento, pero he de decirte que tengo un tesoro, el diamante más pulido que existe en el mundo —dijo Luis sin poder disimular su estado de ánimo y su amor por Chari.

—Entonces va en serio ¿no? —inquirió Sebas.

—Pues claro ¿cuándo he ido yo de broma? —se rió Luis—. Aunque reconozco que casi me vence. En fin, qué te voy a decir, fue muy duro.

—Mira, para qué voy a mentirte. Me llenas de alegría, Luis, pero al mismo tiempo de tristeza. Con el tiempo que hemos pasado juntos. Éramos uña y carne, pero te comprendo y hasta me das envidia —le respondió Sebas.

En ese momento la puerta se abrió de golpe, como si la hubieran abierto enérgicamente. Una persona bien uniformada, con cierto aire de pulcritud y con cara muy seria, demasiado seria, mirando a los ojos a Luis le dijo:

—¿Quería usted hablar conmigo?

El que le hablaba era su jefe, don Joan, un sujeto con cara de inquisidor y, sin embargo, con un corazón más grande que la plaza de Cataluña. Eso sí, le encantaba que sus empleados le adorasen, le idolatrasen. Que sus palabras, sus órdenes, fueran inmediatamente aceptadas y correspondidas. Era un tipo con cierto aire de creer estar en posesión de la razón, de su razón. Al fin y al cabo era él, y solamente él, quien disponía y hacía y deshacía a su antojo. Para eso era su empresa. Por lo demás se le podía soportar y aguantar. Tenía un pronto brusco, pero al poco tiempo ya se le había olvidado todo, sin atisbo de rencor.

—Buenos días don Joan. Sí, efectivamente, así es —le dijo Luis empleando el catalán con su nombre como al jefe le gustaba. Pero también con el tono de una persona que se siente vencedora antes de librar una batalla.

—Pues pase usted a mi despacho y veamos qué mosca le ha picado —dijo con autoridad, como al que le gusta mandar y ser obedecido.

Luis obedeció, pero se hizo un poco de rogar. Ya se habían acabado para él las órdenes. Pasaría cuando él quisiera, o hasta que la mosca le picara, aparte de que el temible don Joan por supuesto ya sabía a lo que venía. El jefe de sección con toda seguridad ya le habría informado al respecto.

Pasó a su despacho sin llamar y se quedó frente a él, mirándole a los ojos, aguantando su mirada, sin acojonarse como otras veces. Su jefe carraspeó y le dijo que se sentara, a lo cual obedeció dándole las gracias seguidamente.

—Luis, usted sabe que en esta empresa estamos muy contentos con su trabajo. Es usted un empleado modelo. Sabe que tiene un gran porvenir en esta empresa. Magnífico, diría yo ¿no está usted contento? ¿Quiere una subida salarial? dígame qué problema tiene —le preguntó inquisitivamente.

—Le voy a ser franco don Joan. Problema no tengo ninguno, o muchos según se mire. Lo que me pasa es que no quiero estar en esta empresa ni en ninguna otra. Quiero hacer uso de mi libertad, y dejarlo todo ¿usted me entiende? —le contestó Luis.

—Pues francamente, no. No le entiendo. La verdad es que me está usted hablando en chino mandarín. Usted que podría llegar sin duda, qué digo sin duda, con toda seguridad, a ocupar en un futuro próximo algún puesto directivo —le replicó el jefe, cada vez más confuso.

—Lo tengo todo pensado. Me voy a vivir a la naturaleza, quiero hacer uso de mi libertad, y no lo voy a cambiar por nada del mundo —quiso terminar Luis.

—Veo que eres un idealista —replicó don Joan apeando súbitamente el tratamiento—, un aventurero. Bueno, esto ya lo sabía. Quizá en el fondo te comprendo porque eres joven, y también, cuando yo lo era, alguna vez pensé igual que tú. Pero cambiar eso por un porvenir magnífico, no lo entiendo. Pero mira, lo voy aceptar. Y es más, te voy a ofrecer una solución que creo te convencerá: voy a dar orden de que te cursen la baja en la empresa, pero que tu plaza se mantenga por si

algún día te arrepientes. Que pienso yo seguro que a va a ser que sí. Creo que me porto bien, ¿no es así, Luis? —le dijo el jefe con satisfacción, aunque visiblemente dolido ya que un buen empleado se marchaba.

—Muchas gracias, don Joan. La verdad, para ser sincero no esperaba ese detalle de usted, pero se lo voy aceptar, aunque creo y afirmo que no me va a hacer falta. De todas formas, le reitero las gracias —le dijo mientras le ofrecía la mano y se la estrechaba.

—Espero que no pierda usted el contacto con nosotros y nos visite alguna vez —lo dijo con voz seria mientras hacía ademán de despedirse.

—De nuevo muchas gracias don Joan —concluyó Luis.

Dio media vuelta cerrando la puerta, la misma que muchas veces había abierto para escuchar felicitaciones y también a veces alguna bronca. Ahora todo se acababa, se terminaba para siempre. Ya no sería lacayo ni servidor de nadie, sería el su propio amo. De todas formas su jefe se había portado bien con él, lo tenía que reconocer. Mejor que hubiera sido así.

Cuando se lo comentó a Sebas, éste también se alegró, porque seguro que esperaba que no estuviera mucho tiempo por esos mundos de Dios haciendo el canelo como él decía, y volviera a su antiguo puesto de trabajo. Sebas le dio un fuerte abrazo, y le conminó a que le tuviera informado de todo antes de irse, y que si necesitaba ayuda que se la pidiera, que allí estaba él. Luis se lo agradeció y se despidió de toda su sección, aunque seguramente volvería por allí antes de marcharse.

IV

Cuando aquella tarde se despidieron, no fue como la de cualquier otra, algo había cambiado en sus vidas. Ella —Chari— lo notó en su interior al sentir el calor al apretarle la mano a Luis. Él le transmitía firmeza y seguridad y sobre todo, amor y cariño. Presentía que todo no iba a volver a ser lo de antes, pero ella lo seguiría fuera donde fuese. Era la razón de su existencia, de su vida, desde que le conoció con apenas catorce años. Siendo una niña todavía, ya intuyó que era el chico de su vida, sabía seguro que a él le había pasado lo mismo. Fue un flechazo lanzado por un arquero que poseía una gran puntería, acertándoles con la misma flecha de doble punta en el centro de sus corazones.

Se dirigió a su casa pues le gustaba siempre ir andando lentamente observando el deambular veloz de la gente. Aquel bullicio humano que posiblemente ya no vería en un futuro muy cercano. Ella había terminado la carrera de enfermería y, lo que son las cosas, no la podría ejercer. Con la ilusión que se había forjado pues aparte de su estabilidad laboral, también podría hacer el bien a mucha gente. Aunque tal vez mirándolo de otra forma, le venía muy bien su profesión, ya que quizá sería la única persona, donde estuvieran, que poseyera conocimientos médicos.

Ahora se acordaba de cuando en las vacaciones de verano recorrían las montañas y los sitios semiabandonados del Pirineo. A él le encantaba ir por esos lugares, se quedaba absorto viendo las montañas con crespones blancos en sus cimas, observando con deleite las aguas rápidas de los riachuelos, las piedras grises, pintadas de color verde por el musgo húmedo, y los muros casi derruidos de los pueblos olvidados. Más de una vez le había insinuado que algún día se vendría a vivir a uno de esos pueblos, pero ella, claro está, se lo tomaba a guasa.

Recordaba ahora que precisamente el año pasado y paseando por una aldea abandonada, le comentó Luis que allí le gustaría irse a vivir y que ella empezó a reírse a carcajada limpia, pero a la vez nerviosa porque sabía que no lo decía en broma, que ella lo conocía sobradamente. Hasta cree que anotó el nombre del lugar en una libreta.

Con todos esos pensamientos en su cabeza no se dio cuenta de que ya estaba cerca de su domicilio. Una voz femenina la llamaba. Era Montse, su amiga, la que había crecido con ella en el mismo barrio, habían jugado a las muñecas juntas, las que se habían confesado todos los secretos de su juventud, y al ser hija única hacía las veces de su hermana.

—Hola, Chari, qué, ¿nos tomamos una cañita?

—Sí, me apetece, además tengo que hablar contigo —dijo con seriedad Chari.

Entraron a la misma cafetería de siempre, donde se sentaban a menudo y se contaban sus cosas. Montse se había casado hacía dos años y tenía una niña preciosa. La vida le había sonreído y vivía feliz y sin problemas.

Se sentaron en la mesa de siempre, junto a la ventana desde donde se veía el trajín de la gente y el ir y venir de los vehículos así como la vista con Barcelona al fondo y hasta el mar. Era un sitio delicioso.

—Venga dime qué me tienes que contar, que ardo en deseos ya. No me digas que te casas. Joder, qué alegría que me das, Chari, no puede ser otra cosa, ¿a que sí? —le preguntó Montse cargada de razón.

—Pues no. Te has equivocado y de largo. No, no es eso ni mucho menos. Eso quisiera yo, pero de momento tendrá que esperar —le contestó Chari sin dejarla hablar —. Pues mira, que nos vamos Luis y yo —dijo mirándola a los ojos.

—¿Cómo?, ¿que os vais?, ¿adónde? —preguntó con sorpresa Montse.
Entonces le cogió la mano y mirándola con expresión grave, trató de decírselo para que lo entendiera.

—Pues sí, Montse, que nos vamos, nos vamos a vivir a la montaña. Lo hemos decidido así. Bueno... ya sabes, lo ha decidido Luis. No sé cuándo pero nos vamos, y lo gracioso es que aún no sé dónde, aunque tú sabes que yo lo acompañaría al fin del mundo. Y te aviso que ya no hay marcha atrás.

—Pues me dejas helada, petrificada. No alcanzo a comprenderlo, con lo bien que estáis aquí. Tenéis todo para vivir felices —decía Montse tratando de soltar la mano de su amiga—, pero en fin, vosotros veréis, no va a ser un camino de rosas.

—Ya lo sé, pero qué le voy hacer. Además, te diría que hasta tengo una pizca de ilusión —trató de animarla Chari.
Sin soltarle la mano, le preguntó:

—¿Lo saben ya tus padres? Y si no es así, ¿cómo se lo vas a decir? ¡Ay, Dios mío!, no me gustaría estar en tu pellejo. Joder, qué número.

—Ya lo sé. Sé que es un marrón muy grande. Tengo que tener valor, pero se lo tendré que decir. Y sé que mi madre se morirá de pena, y mi padre no abrirá la boca, porque sé que en todas las situaciones difíciles se calla aunque su procesión vaya por dentro —contestó Chari.

—Me lo estás diciendo y no me lo creo, es totalmente inadmisible y no llego a comprenderlo. Entiendo que debes estar locamente enamorada de Luis.

—No hace falta que yo te lo diga, sabes muy bien que es así —asintió Chari, con una mezcla de alegría y de tristeza.

Apuraron sus cañas de cerveza, se dieron un beso despidiéndose y rogándole Montse que la tuviera informada de todo, que en lo que pudiera ayudarla y aconsejarla, allí estaba ella.

Chari, con sus expresivos ojos, que al compás miraban y hablaban, le dio las gracias.

Subió calle arriba al tiempo que la noche le iba ganando terreno al día, al igual que la claridad de su pensamiento abría paso a una noche de dudas.

Empezó a indagar en su vida anterior ¿qué había sido hasta ese momento? Pues ella pensó, corroborando, que muy feliz. La verdad era que sí, lo había tenido todo: amor de muy joven, había crecido sin problemas, además se sentía agraciada, muy femenina, atractiva, simpática, amiga de sus amigas, no podía pedir

más, entonces ¿cómo iba a dar el paso que estaba a punto de dar?, ni ella mismo acertaba a dar una respuesta. Pero lo iba a dar, de eso no cabía duda. Sólo el pensamiento que le llevaba a Luis se lo aclaraba, le despejaba el horizonte que en momentos lo tenía oscurecido por negros nubarrones.

Abrió la puerta de su casa y se introdujo en ella, con el silencio como compañero, como aliado, sabiendo que su silencio no la delataría todavía.

V

Luis se levantó esa mañana muy temprano. Lo cierto es que no había dormido bien esa noche ya que el peso que se había quitado de encima no le había ayudado a conciliar el sueño, sino todo lo contrario. No hizo más que pensar en Chari, en su preciosa Chari, a lo que más quería de su vida. La adoraba y haría por ella cualquier cosa. Seguro que si le hubiera pedido, suplicando que se quedara, lo habría hecho. No había dado ese paso, de ello estaba seguro, pero sabía con toda certeza que entonces Chari le habría ayudado. Sería ella la que en ese momento le rogaría que se fueran, que desaparecieran. Ella lo conocía más que nadie, lo sagrado de sus ideales, de sus ilusiones, de sus esperanzas.

Se arregló rápidamente y salió a la calle. Había amanecido un día gris, plomizo, de esos días que incitan a la depresión, a tomar aposento. Llovía de una manera lenta, casi imperceptible, que te va mojando poco a poco. Era uno de esos días que te invitaban a estar en casa, a no salir, a olvidarte de la jornada como si no existiese. Sin embargo caminaba sin rumbo previsto, en dirección al puerto, con las manos metidas en el bolsillo, saboreando la mañana gris. En realidad se estaba despidiendo, diciéndole adiós a aquel mundo hostil, a aquellos días monótonos, oscuros y frágiles. Posiblemente se estaba despidiendo de él mismo, pues dentro de muy poco sería otra persona que empezaba una nueva vida, un nuevo hito en su existencia.

Llegó al paseo que abraza al puerto y observó las olas rizadas que golpeaban con fuerza contra los barcos y barcas allí amarrados desparramándose en infinidad de gotas minúsculas, que a su vez chocaban entre ellas produciendo una niebla blanca.

Se alejó en dirección norte y al momento sus pies le llevaron al mismo sitio en el que algunas mañanas de domingo paseaba con Chari. Sabía que sus pasos terminarían en el bar en el que ellos tomaban siempre el aperitivo, donde le confesó a su chica sus intenciones. Allí Chari se dio cuenta de que sus palabras iban en serio, aunque el tiempo que pasó después hizo que las olvidara.

Se sentó fuera, ante la perplejidad del camarero. No estaba la mañana para esos menesteres. Seguro que lo conocía de otras veces, pero no dijo nada. Echó la silla para atrás y puso una pierna sobre la otra dejando que los rayos de un tenue sol que pugnaba por salir, y que empujaba a la neblina lluviosa, le hicieran daños en los ojos. Y así con un café con leche como compañero y mirando al mar y el cielo, los cuales se fundían en un mismo color, de forma que no se podía concretar dónde empezaba uno y terminaba el otro, empezó a darle vueltas a su inminente futuro, a planear la existencia de ambos, a tratar de buscar solución a los miles de problemas y vicisitudes que se le iban agolpando en su mente. Sentía que para cada una ellas le asignaba una fácil solución.

Soñaba con irse a acostar y sentir el ruido del agua. La voz del agua de un riachuelo deslizarse entre las rocas; sentir el murmullo de la noche cerrada, cuanto más oscura mejor. Él se tenía por una persona valiente y no porque él lo dijera, el caso es que nunca había sentido miedo, de nada ni de nadie. Eso era un punto a su

favor, siempre le había gustado la soledad, aunque sabía que no podría prescindir de su chica en soledad. Eso era otra cosa.

Se imaginaba despertarse temprano ayudado por el cantar de los pájaros, y ver nacer un nuevo día, y escuchar nuevamente la voz del agua deslizándose corriente abajo, y abrir la puerta de su casa de par en par para que la luz virgen de aquellas tierras vírgenes la inundarán, la llenaran de vida, de paz, de color. Y ganarse la vida sacando el provecho a la tierra, al agua, a la luz, al aire, a su esfuerzo.

Se rió con fuerza. Menos mal que no lo observó nadie, pues seguro que habría pensado que le faltaba algún tornillo. De todas formas y eso a él que le importaba, claro que pensó el mismo que sí que le faltaban algunos, pero también pensó que esos tornillos los había perdido en la jungla de la ciudad que ahora mismo habitaba, la urbe que se lo iba tragando, desgastando, oxidando día tras día, no sólo a él, sino a todos los que la pisaban, a todos los que diariamente dejaban parte de sus vida en aquel bosque de pisos y moradas grises, de calles humeantes, de fábricas malolientes y enjambres de vehículos que los devoraban sin darse cuenta apenas.

Un poco más centrado en su pensamiento se aproximó un poco más a la realidad y dejó de elucubrar. Pensó un poco más fríamente, y llegó a la conclusión de que al menos problemas económicos no tendría. Poseía bastante dinero ahorrado, pues siempre le había gustado el ahorro, aparte de que lo tenía muy bien invertido y eso le producía unos buenos dividendos. En una buena temporada no tendría ningún problema, al menos eso pensaba él, además allí, en el supuesto lugar, no tendría muchas necesidades económicas, después ya vería cómo se iban desarrollando las cosas. Disponía de su buen coche todo-terreno que le vendría de perlas, porque tampoco quería ser un Robinson Crusoe ni nada que le pareciera. Quería vivir solo pero no alejado del mundo. Tendría contacto con la sociedad, así que sus problemas principales los tenía resueltos; a los demás ya les daría solución conforme aparecieran.

De momento pensó que lo tendría que poner conocimiento de sus padres. Aunque ellos lo conocían bien, nunca había tenido ningún secreto con ellos y sabían claramente de siempre sus intenciones. ¡Joder!, era un trago decírselo, pero seguro que le apoyarían. Ellos siempre habían respetado sobradamente las ilusiones de sus tres hijos, además eran muy liberales y sabían que la libertad era el don más valioso de una persona.

Lo sentía por sus hermanos, más jóvenes, que eran como uña y carne ¿a quién le pedirían consejo como hacían de cuando en cuando? Aunque hoy no habría problema ninguno, para eso estaba el móvil. Además, pensaba, alguna vez volveríamos a dar una vuelta por Barcelona.

Ya había pensado mucho esa mañana, demasiado, y la sentía la cabeza saturada. Así pues, se abandonaría unos instantes para escuchar el sonido del golpear de las olas y del grito de las bandadas de gaviotas que pasaban cerca y que le parecían que se estrellaría alguna contra su cabeza, así que levantándose tomó una

calle paralela en dirección al centro y se marchó abandonándose en sus pensamientos.

Pero estos no le hacían más que ir y venir, y darle un martillazo tras otro, y atormentarle. Una especie de tortura y suplicio le ahogaba, como si unos alicates le apretasen la garganta, como si le faltara el aire. ¿Qué iba hacer con su sagrada niña?, pobre Chari, no sabía cómo se acostumbraría, aunque sabía que ella era muy fuerte, pero también muy delicada, muy niña, ¿qué iba hacer aquella joya en aquel entorno abrupto y salvaje de la naturaleza?. Pensó que él nunca la dejaría ni un instante, que estaría constantemente a su lado, como su perro guardián... mejor dicho, su ángel de la guarda. ¿Qué dirían sus padres, ellos que la tenían como un ángel, que la mimaban, que la adoraban?

Muchas preguntas y pocas respuestas, pensó, pero también consideró que la vida de ambos era de los dos, patrimonio de ambos exclusivamente y de nadie más.

Sólo un coche a toda velocidad, al pisar un charco y salpicarle una pizca, le volvió a la realidad, y le transportó nuevamente al mundo real.

VI

Era viernes y para no perder la costumbre de todas las tardes de cada viernes, cuando la noche se aproximaba o podría ser también cuando la tarde decaía, se reunía con Chari y pasaban unas horas juntos, paseando, e iban a cenar a un restaurante y luego se metían al cine, a una de estreno, como si de una tradición ancestral se tratase.

Aquella tarde del mes de mayo rompieron la tradición. Sólo pasearon, durante un largo rato, como aquel que dice, casi recorrieron Barcelona, por muchas calles y sitios que nunca habían pasado y posiblemente a lo mejor ya no pasarían nunca, sin soltarse de las manos, porque a ambos le gustaba, porque al entrelazar sus dedos se traspasaban el calor y se sentían el latido de sus venas. Y así, hasta que el sudor de ambas les hacía separarlas y secarlas y otra vez vuelta a empezar.

Y esa tarde no estuvieron ni un rato callados. Les faltaba tiempo, tenían muchas cosas que decirse y preguntarse, esperando del otro una respuesta convincente y segura. Les asaltaban las dudas, sobre todo a Chari, y ella era un mar de dudas, de recelos, de vacilaciones.

—Luis, y si no es lo que nosotros creemos que va a ser.... —le transmitió Chari con la belleza que le otorgaban sus ojos recién pintados de aquel color verde muy débil que tanto le gustaba a Luis.

—Ya verás como nos gusta, cielo, ya lo verás. Será como vivir en el paraíso, además no vamos a vivir aislados, bajaremos al pueblo más cercano cuando te plazca, cuando tú me lo pidas, preciosa. No pasaremos calamidades, eso si que no, y cuando te pique la morriña nos daremos una vuelta por acá —trató de aplacarle las dudas Luis con un cierto aire de suficiencia. —Además he pensado, si tú quieres, que el próximo domingo, muy temprano, nos vamos a dar una vuelta por la zona que tengo pensado que nos asentemos, para conocerlo y decidir cuál es el sitio que más nos conviene y tomar contacto, ¿te parece bien? —preguntó no muy seguro Luis.

—Ya sabes, mi amor, que yo no digo nada. Lo que tú digas está bien dicho, además... qué jolín, a mi ya me está haciendo muchísima ilusión, yo lo que quiero es que seamos muy felices —contestó Chari con un tono que sorprendió a su novio y que lo dejó un poco confundido.

—Mira, aprovechando lo del viaje del domingo, mañana les damos la noticia a los viejos. Total, alguna vez tiene que ser la primera y que Dios reparta suerte como dicen los toreros. ¿Vas a tener valor, Chari? —preguntó un poco incrédulo, aunque también pensó que el valor le faltaría a él en algún instante.

—No sé, es lo más difícil que voy a hacer en mi vida. Sólo lo pienso y ya estoy temblando, lo pasaré muy mal. Sin duda para mi familia será una hecatombe, pero lo haré, no te quepa la menor duda y sea lo que Dios quiera —dijo Chari, seria.

—Vale, no se hable más del tema. El domingo nos vamos de excursión a la montaña, a nuestra montaña, a nuestro hogar — terminó entre carcajadas Luis.

—No me cabe la menor duda de que estás loco, rematadamente loco, inmensamente loco, pero también que eres un loco maravilloso —le dijo rompiendo a reír también fuertemente Chari.

Asiéndose si cabe las manos con más fuerza, y de cuando en cuando mirándose a los ojos, dejaron atrás aquella avenida larga y llena de árboles frondosos y jardines muy bien cuidados fundiéndose en la noche como si el aire negro fuera el agua oscura del mar.

VII

Al igual que las tormentas se inician con un viento que va subiendo en intensidad, que arrastra y pasea todas las hojas de la calle y las levanta y las lanza nuevamente al suelo con un murmullo silbante, que con un trueno fuerte acompañado de gotas enormes que cubren el suelo, y así, durante un rato, el cielo se vuelve oscuro y descargan a raudales las nubes sus lágrimas, y cómo una vez pasado el meteoro se impregna la atmósfera de un purísimo y maravilloso olor a ozono y todo queda en calma y quietud, así, idéntica, fue la mañana del sábado en dos hogares felices barceloneses, cuando la mañana se encontraba en calma y tranquila. Comenzó a ulular un viento que los trastocó con una tormenta que los arrasó, que dejó las estancias sumidas en la tristeza, para al final quedar en un estado de lasitud, de relajación, de duda, que sólo fue calmado por el propósito enérgico de una firme resolución, de un no hay marcha atrás, de una tremenda ilusión, de un anhelo y ensueño que ya nadie ponía en duda. Sólo el hecho de comprobar la cara de felicidad con que Chari le explicaba a Carles y a Gloria, sus padres, los detalles y el amor que sentía por Luis que le salía, más bien exudaba, por todos los poros de su cuerpo, anulando toda la desconfianza que habían amasado y que les oprimía el corazón y les ahogaba hacía unos momentos.

—¿Y para cuándo será eso, Chari, hija de mi vida? —preguntó su madre con cierto temor y con los ojos enrojecidos de haber contenido las lágrimas saladas mucho tiempo en ellos.

—No lo sé mamá, no creo que tarde mucho, el tiempo que tardemos en hacer algunos preparativos. Pero ya os digo, no os preocupéis, nosotros vendremos de vez en cuando, además queremos veros por allí algún día. Sé que os gustará— dijo tratando Chari de quitar gravedad a la situación.

—Vosotros ya sois mayores de edad. Es vuestra vida y espero que sepáis bien lo que hacéis, pero sabes, hija, que desde ahora la preocupación, y diría la pena, va a ser compañera perpetua de nuestro quehacer diario —dijo gravemente el padre.

—Lo sé, mamá, papá, pero lo he meditado muchísimo y hay algo que me llama, me reclama a tomar esta decisión; y quiero que no dudéis que os quiero muchísimo, pero debéis saber que a Luis también lo quiero con toda mi alma, desde el fondo de mi corazón. He llegado a la conclusión de que tengo que unir mi vida a la de él, es el destino, pero yo os recordaré cada segundo, eso sin duda —remachó Chari tratando de calmarlos, con un nudo en la garganta que le oprimía y que le hacían casi ininteligibles sus palabras.

Había sido fuerte, tan fuerte como era ver a su madre de esa manera y a su padre de la otra; empapados, sumidos en una tristeza, sólo la fuerte personalidad de ambos y el deseo de la felicidad de ella, le habían hecho ganar la batalla.

Empezaron a abrirse unos pequeños huecos, en el cielo. Las nubes se fueron apartado, desaparecían y se evaporaban en la atmósfera, el viento las había llevado lejos, muy lejos, allí ya estorbaban, la mañana debía quedar clara y diáfa-

na, para que la inmensidad de Barcelona apareciera dorada por los rayos de sol emergentes de aquella mañana del mes de mayo.

En el otro hogar, la tormenta no había sido de tipo tropical, sino más calmada, más bien sosegada. Pasó rápido, descargó y se limpió la atmósfera al instante. A él ya lo conocían de sobra por su carácter aventurero, valiente, idealista, utópico y soñador. Se veía venir, aparte de que ya lo había comentado muchas veces con ellos aunque nunca se lo habían creído. Pues bien, ahí estaba, a la vuelta de la esquina; de todas formas se calmaron pronto y Luis lo notó cuando les insinuó que su puesto en la empresa se lo habían guardado por si algún día cambiaba de opinión. Tenía razón el refrán de "Los duelos con pan son menos": efectivamente así era.

Luis hizo una llamada a Chari, le contó su aventura y esta a su vez le contó la suya. Habían ganado no sin muchas dificultades. Lógicamente las dificultades no habían hecho más que empezar; quedó con ella para la tarde, toda la tarde para ellos, para decirse miles de cosas. A partir de esa tarde tendrían millones de mañanas, tarde y noches para compartir juntos.

VIII

Gracias a Dios el domingo había amanecido un día soleado y radiante. Hasta la ciudad se notaba más limpia sin esa niebla odiosa y cargada de humos y otros residuos gaseosos que siempre le acompañaban, pensaba Luis cuando entreabrió los ojos y aun medio adormilado miró a través del cristal a la lejanía. Allá en el horizonte se observaba una línea de color fuego que se iba desgranando a anaranjado y que presagiaba que la jornada iba a ser maravillosa. Se levantó rápidamente impulsado como por un resorte de optimismo y euforia, y se arregló rápidamente. Lo que tenía que preparar era mínimo; se calzó las botas de montaña, se puso asimismo los pantalones caqui de campo, se proveyó de una pequeña mochila, una gorra militar y una vez bien aseado salió como una bala.

En la calle no encontró a nadie pues ¿a quién se iba a encontrar a las seis de la mañana? Caminaba deprisa y feliz, llegando al aparcamiento que se encontraba muy cerca, y rápidamente estaba camino de la puerta de la casa de Chari. Antes de llegar un vuelco de alegría le dio su cuerpo cuando la observó ya en la puerta esperándole, y de reojo también distinguió la cara de su madre pegada a la ventana del cristal en el piso segundo. Su chica la esperaba con una sonrisa que nunca la cambiaría por nada. Además se había hecho unos bucles en el pelo que le caían sobre sus mofletes que le daban un cierto aire juvenil y gracioso.

—Buenos días, amor, ¿llevas mucho tiempo esperándome?

—No, que va. Te he visto desde el balcón cómo aparecías al final de la calle e inmediatamente he bajado —dijo sin dejar que desapareciera la sonrisa de su boca.

Se dieron un beso e inmediatamente el coche rodó suavemente por Barcelona. Con la ventana abierta y con las calles recién regadas había un aroma idéntico a cuando llovía un poco y luego paraba, De vez en cuando algún vehículo madrugador o trasnochador les hacía pensar que no se encontraban en una ciudad desierta, así que enfilaron la salida de Barcelona para tomar la dirección de Lérida.

En un abrir y cerrar de ojos se encontraban en plena autopista, solos, extrañamente solos, como un presagio de lo que sería en un tiempo venidero. A sus espaldas pugnaba tímidamente por salir el sol y también al lado contrario las montañas lejanas se veían vestidas de un amanecer que reconfortaba la mirada.

Luis puso la música y casualmente sonaba la canción que tanto le gustaba a los dos, y pensó en la infinidad de veces que la habían bailado juntos, la que precisamente cuando cierta vez que unidos fuertemente le dijo al oído que la quería muchísimo y notó cómo su chica se estremecía de emoción.

Por su parte a Chari, la canción la transportó a momentos maravillosos de los que nunca en la vida olvidaría, a acordarse de cuando Luis le dijo que la amaba y quería compartir el resto de su vida con ella y que muy turbada y al tiempo halagada, no acertó a decir nada sino sólo rozar con un beso sus labios en señal de amor.

—¿No me dirás que te has olvidado de esta canción? —le preguntó Luis.

—¿Cómo me voy a olvidar, tonto?

El coche se desplazaba alegre, sin prisas; daba gusto viajar esa mañana. Tenían todo el día para ellos. Querían encontrar, o por lo menos intentarlo, su nueva morada, aquella en que compartirían todo: primero su amor y luego todo lo demás, pensando que no iba a ser del todo fácil. Querer encontrar un lugar que les gustase y les convenciese iba a ser complicado o al menos eso pensaban ellos; de todas formas su preocupación no era máxima ni agobiante; podrían ir más veces y encontrar el sitio adecuado, aunque Luis ya había fijado más o menos un lugar sabiendo que por esa zona debería ser.

Hablaron de muchas cosas y, cómo no, sobre el mismo tema, apareciendo las dudas y las preguntas que le asaltaban a Chari continuamente y que él las trataba de resolver con toda la paciencia y sabiduría, porque la verdad que él se sabía que era una manitas de manos y mente y todos los problemas tenían solución, en eso no tenía duda alguna, y la que no tuviera él le encontraría una solución rápidamente.

Al llegar a Lérida desayunaron. La mañana se había hecho mayor y el trasiego de automóviles y personas era mucho más visible, y en una mesa del restaurante de carretera, y ante una taza de café humeante a Luis le pasó por su cabeza que ya estaba haciendo uso de su libertad, de nadie de toda aquella gente que pululaba a su alrededor mandaba en él. No tenía que pedir tampoco cuentas a nadie ni que nadie se las pidiera; que usaba su tiempo como le venía en gana; que ahora respiraba el aire porque todo el aire era suyo, aire de libertad y vientos de independencia de los cuales tomaría posesión en un tiempo no muy lejano.

—¿En qué piensas, Luis? Pareces ido.

—Tienes razón, Chari, quizá tonterías. Pero tonterías maravillosas —le sonrío Luis rozándole la mano.

El coche enfiló nuevamente en dirección norte, rumbo a las montañas que de frente aparecían en tono desafiante, retadoras. Dentro de su habitáculo, dos almas viajaban buscando un lugar paradisíaco, un lugar donde colmar sus ansias de liberación, y se diría igualmente de excarcelación.

IX

Los Pirineos oscenses se estaban acercando progresivamente. Llevaban ya muchos kilómetros sin dejar de subir por empinadas carreteras y una sábana blanca inmaculada tapaba sus cumbres y hacía juego con una cabecera de cielo azul plateado y que asemejaban a una mole descomunal que dominaba todo el panorama al frente, unas pequeñas nubes los coronaban con una aureola entre gris y blanquecina que parecía quieta, que no se movía, que estuviera allí perpetua, y que sin embargo cambiaba de posición sin uno enterarse. Era la esencia mágica de esas montañas imponentes, misteriosas y asombrosas.

Una vez dejada atrás la carretera nacional, habían tomado una más estrecha y zigzagueante serpenteando a su lado un río con aguas muy claras, como si fueran de cristal, que se estrellaban contra rocas que emergían y se rompían en miles de gotitas fundiéndose nuevamente en el seno del torrente con un ruido ensordecedor.

Chari se encontraba absorta, ensimismada con el espectáculo. Era como una recompensa ahora que estaban llegando ya a su destino; la vegetación era exuberante, con un verde purísimo y reluciente, y se oía un canto de toda clase de pájaros y aves que daba gloria oírlo. La libertad debería ser lo que estaba viendo y oyendo; y se diría buscando. Si los pájaros y el agua hacían lo que les venía en gana, con plena libertad, ella también lo podría hacer: gritar cuando le viniera en gana y llamar al viento y a las nubes cuando quisiera.

—Chari, ¿te pasa algo? —le preguntó riendo.

—No, nada. Es que me gusta observar todo esto; es como si fuera la mejor orquesta del mundo dirigida por el mejor director del mundo; es como si el agua, los pájaros y la luz se hubieran unido para crear una sinfonía de canto celestial. Me encanta, Luis.

Este la miró, le sonrío, le tocó los cabellos y no le dijo nada, ya que no quería estropear ese momento maravilloso que acontecía ante sus ojos, vírgenes de tanta hermosura.

Muy cerca, en la ladera, se recostaba un pueblo. Más bien yacía acomodado, como puesto en ese lugar para defenderse del cierzo que seguramente azotaría muchísimas veces esos contornos saturados de belleza.

El río y los pájaros se habían olvidado de ellos y ya no les acompañaban. Los habían perdido en una revuelta de la carretera, como alejándose del mundanal ruido que se encontraba en la ladera del monte.

Nada más entrar, una señal indicaba el nombre de aquel pueblecito que sin ser muy grande, no se le podía considerar como aldea, pues se veía cierto ir y venir por su interior, con casas muy recogidas de piedra que seguramente se construían de esa forma para librarse de los gélidos y ventosos días de invierno, en el que aquellos montes escupirían agua y viento helado de sus fauces. Serrabe se llamaba aquella población y a Luis le dio la impresión de que ese pueblo tendría mucho que ver con ellos desde aquellos momentos.

Aparcaron el coche, salieron y se desperezaron abriendo las manos hacía arriba y doblándose un poco, aun sabiendo que era una falta de educación; pero Luis pensó qué más me da, nadie me va a decir nada por eso. De todas formas nadie les prestó atención en aquel momento. Eran unos más y no serían ellos solos los que habrían venido de la capital a pasar el domingo por esos contornos, seguro que no.

Se dirigieron cansinamente a un bar un poco rústico que se encontraba en la esquina de la plaza y entraron echando atrás con las manos una cortina de chapas de botella entrelazadas que hacían un ruido muy peculiar al moverlas.

La estancia en ese momento estaba semivacía. Sólo dos personas de edad avanzada tomaban una copa de licor incoloro, seguramente un aguardiente recio, sentados en una mesa junto a la ventana tras la cual observaban todo lo que se movía por la plaza y que seguramente ya habían notado su presencia antes.

Los miraron y siguieron en su charla prestándoles el mínimo interés.

—Por favor, ¿qué deseaban? —preguntó la señora que les atendió.

—¿Tiene bocadillos?

—Sí, claro. De chorizo, jamón y tortilla de patatas —respondió.

—Chari, ¿qué quieres tú?

—Me gustaría de chorizo, por estos sitios tiene que ser muy bueno —solicitó la chica pues el hambre ya le pedía calmarla.

—No se hable más: dos bocadillos de chorizo y dos cocacolas. Haga usted el favor —requirió.

—En un momentín, pues, están servidos.

Se sentaron en una mesa de madera que ya tenía sus años y sobre la que sin duda habrían estado sentados y apoyados muchísimas personas, y que habría visto como mucha gente contemplaba allí la vida pasar, degustando un vino o una copa después de pasar largas horas trabajando de sol a sol en aquellas montañas.

Allí absortos, no llegaron a pensar que muchos días se sentarían ellos también en aquella mesa, a disfrutar de aquella libertad que brindaba y ofrecía ese pueblo y esas montañas.

X

Se encontraban allí bien, sentados en aquel bar de pueblo, degustando el café, como si el tiempo allí no pasara, como si se detuviera hasta que uno quisiera que emprendiera la marcha nuevamente. Parecía que allí la gente no tuviera prisa, como si saborearan el momento. Debería ser muy agradable la convivencia entre ellos. Todos tenían algo que decirse, se saludaban y charlaban un ratito.

Absortos en la observación de la vida rural, aún permanecieron allí un rato ya que había entrado más gente y el recinto se estaba animando. Todo eran charlas y risas, notándose un bullicio alegre, algo desmedido, tal vez porque era festivo, y los del pueblo necesitaban expandirse después de una semana de trabajos rudos, eso pensaban.

No se dieron cuenta que muy cerca de ellos había tomado asiento un viejo que los miraba con insistencia, como queriendo interesarse sobre qué hacían por aquellos lugares y en aquel bar.

Fue Chari quien rompió el hielo y mirándole a los ojos le dijo:

—Buenos días, señor, supongo que será usted de aquí.

El hombrecillo, contento de que se dirigieran a él, exclamó con jactancia:

—Así es, señorita, para lo que ustedes manden.

—Muchas gracias —le contestó la chica.

En ese momento entró en la conversación Luis, con ganas de hacerle muchas preguntas, porque esa persona seguramente era un libro abierto, que debería saber mucho sobre esos parajes y lugares.

—Supongo que, entonces, conocerá este pueblo y sus alrededores de cabo a rabo ¿no?

—Pues sí señor, llevo por estos lugares toda mi vida y conozco esta sierra y estas montañas muy bien. No conozco otra cosa, así que, si desean algo, muy gustoso les explicaré lo que quieran —dijo el lugareño con orgullo.

Luis, más contento que unas pascuas, porque era lo que precisamente buscaba, le preguntó ávidamente:

—Mire, en primer lugar, yo soy Luis y mi novia se llama Chari, y venimos de Barcelona a interesarnos por esta zona. El caso es que hace un tiempo estuvimos de pasada por estos lugares y nos gustaron una barbaridad, así que quisiéramos conocerlos más profundamente. Qué ¿nos puede ayudar?, se lo agradecería-mos mucho.

El hombre, muy halagado y con unos pequeños ojos brillándole, le faltó tiempo para decir:

—Yo me llamo Pedro, pero en el pueblo no me conocen por ese nombre, yo para todos soy Perico... y miren ustedes, no hay nadie en este pueblo y en todos los de la "contorná"[1] que sepan más de esta zona que yo, cualquier duda que tengan aquí estoy para resolverla, estoy a sus órdenes.

[1] Contorno, alrededores.

Luis no se lo creía. ¡Joder!, no podía ser, eso sí que era suerte, llegar y besar el santo, conocer a la persona idónea, la que les podía despejar sus dudas, ser su guía. Así que fue al grano con rapidez; no podía desperdiciar la ocasión, no cabía duda de que habían entrado con buen pie.

Y para tomar más familiaridad con aquella persona, empezó a tutearle.

—Mira Perico, como sé que vamos hacer buenas migas de ahora en adelante voy a llamarte de tú, ¿me lo permites?

—No faltaba más, ¿cómo has dicho que te llamas? ¿Luis? —Este asintió con la cabeza —pues dime —dijo con euforia.

—Aunque parezca extraño lo que te voy a decir, mi novia y yo hemos decidido instalarnos en uno de estos sitios. Es decir, venir a vivir a esta zona, por lo que venimos buscando un sitio que reúna condiciones para ello, como... un pueblo abandonado, o una cosa así parecida, ¿qué me dices? —le preguntó Luis ávido de obtener una respuesta rápida.

Perico les miró sin dar crédito a lo que estaba oyendo. Eso no podía ser cierto, pues nunca le habían preguntado una cosa así a él, que no había visitante del pueblo que se escapara sin conversar con su persona, ya que le gustaba escuchar lo que le decían y era feliz explicándoles todos los detalles del pueblo como un buen guía turístico.

—¿Es verdad lo que acabo de oír? —preguntó incrédulo.

—La pura verdad, Perico, así que cuéntanos; estamos deseando que nos digas algo —contestó Luis con ansiedad.

—Bueno, mirad. Esta zona tiene varios pueblos abandonados pero algunos están inhabitables. Es tontería hablar de ellos pues hay dos que hace poco dejaron de tener moradores, pero habría que verlos, a ver en qué condiciones se encuentran. Uno se llama La Vella y el otro Sasué; el primero se encuentra a unos dos kilómetros y el otro yo diría que a cuatro, pero ¿estáis seguros de lo que me decís? —recalcó Perico.

—Pues claro —contestó Luis.

—Pues aún puedo decir más; en Sasué hasta hace poco vivía yo hasta que su último morador lo abandonó, entonces decidí venirme a este pueblo. No me seducía la idea de quedarme solo, aunque conste que no tengo miedo ni al diablo. Os tengo que decir que esa aldea no está mal... vamos que aún se puede habitar allí sin problema —terminó riendo con cara feliz el aldeano.

Luis alucinaba con lo dicho por el viejo. Desde ese momento y más que nunca, deseaba y ardía en deseos de conocer ese pueblo abandonado. Quería tomar posesión de él, conquistarlo como si fuera un guerrero de la Edad Media. No cabía en sí de gozo, pensando que los milagros existían y ellos habían sido los afortunados. El hombre que tenía delante con su cara de bonachón, con su cara curtida por los años y por los vientos fríos y secos de aquellos lugares había sido como una aparición. Y él sin duda iba a ser, lo presentía, su ángel de la guarda.

—Perico ¿tienes que hacer algo esta mañana? Acompáñanos, haz el favor, queremos verlo ya —casi le ordenó Luis, sin poder disimular su alegría.

—Con mucho gusto amigos, cuando mandéis —dijo Perico lleno de gozo.

Salieron a la calle cuando el sol ya lanzaba sus rayos con cierta dureza e invitaba a ir por las amplias sombras que proporcionaban las casas de aquella población de Serrabe. Un perro blanco, todo cariñoso y meneando el rabo, se metió entre sus piernas como dándoles la bienvenida, saludándoles, como si les conociera de siempre.

XI

El todoterreno enfiló por aquel camino que en su día había sido asfaltado y que el paso del tiempo había deformado por las nieves, la lluvia y otros fenómenos. Las hierbas y pequeños arbustos crecían por todos los sitios y hacía dificultoso y lento el avanzar. Además había que ir subiendo gradualmente, como introduciéndose en la montaña, adentrándose en lo desconocido. El virgen follaje llenaba el paisaje de miles de tonalidades verdes que aparecía por todos los lugares debiendo cruzar varios arroyos de agua cristalina y transparente.

Luis y Chari observaban callados y absortos lo que aparecía ante sus ojos, pensando que todo aquello sin duda les sería seguramente en un tiempo próximo muy familiar.

Perico cortó el silencio de los dos con un comentario entusiasmado:

—Mirad ahí, a la izquierda.

—Joder —no pudo reprimirse Luis.

El espectáculo que veían era inigualable: tres chorros de agua que procedían de distintos lugares se juntaban en uno cayendo al vacío, unos veinte metros, chocando entre las rocas y formando varias cortinas de agua que luego mansamente volvían a unirse otra vez.

De pronto, también a la izquierda del camino, apareció un conjunto de casas apretadas por ellas mismas y amalgamadas en toda clase de verde y lamidas por un riachuelo de aguas bravas que chocaban contra las piedras y producían un sonido melodioso.

—Bueno, ahí tenéis el pueblo, mi pueblo, donde nací —exclamó con mucha emoción Perico.

Luis sólo pudo decir muy impresionado:

—Magnífico, inigualable, maravilloso. Perico, este será mi pueblo también. —Chari, tú qué dices, mi amor —inquirió mirándola a sus preciosos ojos que eran los que tenían que dar la respuesta.

—La verdad es que es precioso, Luis —acertó a contestar.

A la derecha se encontraba un pequeño cartel, doblado hacia un lado, en el que apenas se podían leer las letras del nombre de la aldea: “Sasué”.

Bajaron del auto e inmediatamente Perico corrió como poseso hacia el letrero y lo puso derecho. Agachándose lo besó; era su pueblo, era donde vio por primera vez la luz de sus días. También era donde pasó su juventud; donde vivió toda su vida con su familia y con los pocos habitantes de ese lugar, donde se había casado con Julia; donde había sacado provecho a la bendita tierra que les había dado de comer, donde había visto morir a su padre, después a su madre y posteriormente a su querida esposa. A los tres los enterró en el mismo minúsculo cementerio que se encontraba al otro lado del pueblo y que presidía un alto ciprés que se veía asomar entre los tejados de las casas. No pudo reprimir una lágrima que le cayó lentamente y que se perdió por las curtidas arrugas de su rostro.

Cruzaron un diminuto puente y entraron en el puñado de casas, si es que se les podía llamar por ese nombre. Pronto lo cruzaron, no sin antes verse obligados

a saltar por algún muro derruido y atravesar matojos que crecían por doquier. Llegaron al otro extremo donde Perico frenó en seco ante una casa en bastante buen estado y dijo en voz alta:

—Mirad, esta es mi casa.

Lo dijo con tanta emoción que Luis y Chari callaron, henchidos de ternura, conscientes de que el momento lo merecía.

Perico sacó una gruesa llave que llevaba en el bolsillo, y haciendo fuerza y con un ruido a cerradura oxidada que se oyó en todo el diminuto valle, abrió la puerta que también chilló e hizo un ruido que asemejaba a una carraca, como si les hubiera saludado, como si les hubiera dado la bienvenida, sobre todo a aquellos dos conquistadores que seguramente muy pronto tomarían posesión de aquel lugar.

—Pasad a mi casa. Desde este momento es vuestra —dijo con una débil sonrisa y con orgullo.

—Gracias Perico, estoy seguro de que su umbral lo pasaremos muchas veces más —le respondió con gratitud Luis, el cual no cabía en sí lleno de una profunda emoción interior y de agradecimiento.

La casa de Perico era amplia, de gruesas paredes, hechas así para resguardarse mejor de los crudos inviernos. Aparentemente se encontraba en buen estado, aunque habría que acondicionarla, puesto que pensó Luis que con el debido permiso de su dueño ese sería su hogar.

Abrió las ventanas de par en par, tenían los cristales rotos y entró la luz a raudales invadiendo toda la estancia dándole una alegría que contagió a los allí presentes.

En el centro había cuatro sillas y una robusta mesa de madera, en las cuales se sentaron. Acto seguido el bueno de Perico, mirándolos a los ojos, dijo con tono serio y grave:

—Escuchad, esta ha sido la casa mía, la de mis padres y la de mis abuelos que también vivieron aquí. Para mí sería un gran honor y también una alegría que decidierais quedaros aquí en este mi pueblo y en esta casa. Os la cedo todo el tiempo que queráis, es vuestra y también os digo que os ayudaría en las tareas de ponerla a punto y en otras cosas que surgieran, ¿qué me decís a esta proposición que os hago?

Luis también le respondió en tono serio:

—Eres la leche, Perico. Me dejas atónito pues no me creo lo que nos está pasando; hasta siento un nudo en la garganta. No te voy a decir nada más porque no puedo, te voy a dar un abrazo y ese abrazo significará un sí rotundo y que estamos tanto Chari como yo muy agradecidos.

Luis se levantó e hizo levantarse a Perico; lo abrazó fuertemente con muestras de gratitud inmensa, repitiéndole cerca de su oreja mil veces la palabra "gracias".

Le rogó a Perico que se sentara otra vez en la mesa y con satisfacción le formuló una pregunta que ya tenía pensada de antes:

—Perico, atiéndeme, ¿te gustaría venirte a tu pueblo a vivir con nosotros?, te lo digo de verdad, desde el fondo de mi corazón.

Chari miró a los ojos a Perico y asintió las palabras de Luis con una sonrisa llena de cariño.

El rostro del viejo se iluminó. Se llenó de vida, aquella vida que casi había perdido al tener que dejar su querido pueblo, y que otra vez la vida le salía a su encuentro. Tampoco podía creer que a dos forasteros, a los que apenas conocía, los apreciara ya tanto. Habían venido para salvarle de la monotonía de una vida que ya no era la suya, lo suyo siempre había sido su pequeño pueblo y lo había tenido que dejar con un hasta nunca y ahora, para su asombro, su existencia iba a tomar otro rumbo.

Perico se levantó y con los brazos abiertos, dijo con los ojos llorosos:

—Dejad que os abrace, hijos míos, me acabáis de dar la alegría de mi vida. Hoy he vuelto a nacer, bendita sea la hora que os he conocido. Volver otra vez a mi pueblo, es una locura, pero una locura maravillosa. Por supuesto que sí que lo acepto, tendréis en mi un amigo, un padre, bueno... todo. Haré lo posible para que seáis felices y que la vida aunque dura en estas latitudes sea lo más amena posible.

—Una cosa Perico, vivirás en esta casa con nosotros, ¿verdad?

—Ah, se me olvidaba, aquí al lado está la casa de un hermano de mi padre, mi tío Blas, que se encuentra también en muy buen estado; ahí viviré yo, y no me digáis que no, es una orden, yo no puedo estropearos vuestra intimidad, vuestra existencia. Ahí si que no llego, por ahí no paso, y no se hable más del tema.

Chari y Luis se miraron y no les hizo falta decirse nada, a ellos las palabras les sobraban. Sabían al unísono lo que se decían en cada momento.

—Vale Perico, pero ese tema ya lo trataremos detenidamente. Bueno, y cómo te podemos agradecer esto que haces con nosotros, dime cómo. Ah, se me olvidaba decirte que por supuesto te pagaremos religiosamente un alquiler por esta casa, y no me digas que no —dijo cargado de razón Luis.

—De eso, ni hablar. Pues faltaría más; en eso estaba yo pensando, no me amoléis; eso ni lo penséis. Pero que ni os pase por la cabeza. He dicho —recalcó con autoridad Perico que no cabía en si de gozo.

Era el tercer abrazo que se daban esa mañana pues acababa de nacer entre ellos una amistad y un cariño que no lo iba a romper ni nada ni nadie.

Salieron a la calle, si es que se le podía decir calle. Inmediatamente Perico se puso delante y enfiló un camino que salía de frente y dijo a Chari que recogiera unas flores. Esta no pensó en aquel momento qué quería hacer con ellas el bueno de Perico, simplemente obedeció y en pocos segundos tenía en su mano flores de todos los colores. Perico le sonrió con dulzura al enseñárselas. Al girar detrás de una loma, apareció un pequeño cementerio con una puerta de hierro semiabierta y unas cuantas cruces, algunas casi caídas al suelo y llenas de hierbajos.

Entraron y avanzaron unos metros sorteando las tumbas cubiertas por la hierba y la broza, que llevaba ya mucho tiempo sin cortar, llegando a tres cruces casi juntas. Perico se detuvo y le cogió unas cuantas flores a Chari y las depositó a partes iguales en las tres tumbas, quedándose quieto y cabizbajo. Estaba rezando.

Su esposa y sus padres estaban allí debajo y seguro que allá arriba lo estaban observando. Chari y Luis comprendieron que era un momento solemne y no le quisieron interrumpir.

Cuando terminó les cogió la mano y les dijo con gratitud:

—Gracias.

Chari no le soltó la mano y acercándose nuevamente a las tumbas, dejó allí las flores que le quedaban en su mano y beso en la mejilla a Perico. Ese beso lo cogió desprevenido y ahora sí que le cayeron unas diminutas lágrimas.

En ese momento Perico, mirando al mismo tiempo a las tumbas y a sus acompañantes, les dijo:

—Os digo aquí delante de mi familia yacente, que desde este momento sois los hijos que nunca llegué a tener. Os quiero y sólo os conozco desde hace dos horas.

Luis estaba abrumado, sin saber qué hacer. Jamás había pasado por un momento de tanta emoción y sólo acertó a pasar su brazo por el hombro y apretarle en el mismo con fuerza. Chari se retiró un poco y notó que le caían las lágrimas a raudales sin poder remediarlo.

Cuando salieron del camposanto, la cara de Perico se había transformado en el Perico que habían conocido momentos antes con su vitalidad, con su alegría, con su entusiasmo.

—Vamos, os enseñaré la iglesia. Ya os contaré otro día cosas de mi boda, mi bautizo y la primera comunión en esa iglesia.

El templo estaba situado en lo más alto de la aldea. Era pequeño, pero no se conservaba mal. Aún poseía una pequeña campana de bronce, aunque un poco torcida, ya que la madera que la sostenía había cedido un poco. Entraron ya que la puerta se encontraba cerrada sin llave. La oscuridad no les dejó ver en un primer momento, pero al poco la vieron en toda su extensión. Había dos pequeños bancos de madera carcomida y con las patas rota, y al frente, bajo un pequeño arco, había una cruz de madera desnuda, que llevaría allí muchísimos años. Perico se santiguó, cosa que hicieron también Chari y Luis, y en ese momento Perico dijo:

—Prometo delante de esta cruz que ha sido testigo del paso de los años y que me ha visto crecer desde mi primer día, que como yo me llamo Perico, la restauraré, aunque sea lo último que haga en mi vida.

—Yo te ayudaré, la dejaremos más limpia que el oro —terminó Luis.

Salieron al exterior y vieron las altas montañas al fondo en las que aún se veías en sus vertientes regueros de nieve. Un espectáculo maravilloso, con el riachuelo en viaje desde allá arriba con un sonido acústico, inigualable. Agua tendrían, no cabía la menor duda.

Luis dijo con una alegría que no sabía disimular:

—Este sitio me gusta, me encanta; ni en el mejor de los sueños hubiera soñado con esto. ¿Tú qué dices, Chari?

Chari le contestó cogiéndole la mano:

—Luis, esto es el paraíso, estoy fascinada. Ya no tengo la menor duda de que quiero venir aquí, a vivir contigo. Lo estoy deseando, aunque gran parte de culpa la tiene este gran hombre. Perico, eres un cielo.

Perico rió algo turbado y acertó a decir:

—Vamos, vamos... vámonos al pueblo que es hora de comer y celebrarlo. Invito yo.

—Eso, ni hablar —dijo Luis —no faltaba más.

Salieron del pueblo no sin mirar atrás varias veces. Se quedaba solo, pero por poco tiempo. Ya no permanecería olvidado.

XII

Eran las seis de la tarde cuando salieron de Serrabe, no sin antes despedirse con todo el cariño del gran Perico. Qué pedazo de persona era, qué gran corazón; ya no podían echarse atrás, pasara lo que pasase. Allí había quedado ya parte de su familia y aún les dijo:

—Mira que aún no me lo creo, mira que si todo esto hubiera sido un sueño.

Le hicieron ver que ellos estaban más ilusionados que él, que habían venido a ese pueblo a eso, a buscar su libertad, a buscar otra forma de vida, otra existencia, y así estuvo observándolos hasta que el coche se perdió de su vista.

El viaje de vuelta se les hizo corto, tenían muchas cosas de qué hablarse y qué decirse. Aún no llegaban a creerse lo que les había pasado en ese día, debería ser un milagro, estaba claro y pensaron que Dios existía y que en un momento dado te ayudaba, te tendía su mano. Lo que sí estaba claro es que el nuevo destino de sus vidas se podría decir que ya había empezado ese mismo día, en el instante en que se fundieron con un abrazo con aquella buena persona llamada Perico. De ahora en adelante habría que echarle coraje para llevarlo todo a buen fin, no todo sería color de rosa como lo acontecido en ese día pues vendrían fechas no tan dulces, o al menos eso pensaban ellos.

Las luces de una Barcelona anocheciendo ya se veían a lo lejos como un parpadeo, y el sopor hizo mella en Cari. Había sido un día de muchas emociones y sensaciones nuevas, como nunca las había vivido, así que doblando la cabeza hacia adelante quedó un poco traspuesta con cierta cara de cansancio y felicidad al mismo tiempo. Luis conducía y la observaba de vez en cuando dando gracias a Dios por tener una compañera tan fuerte, tan mujer con esa cara de niña. De verdad que la quería con toda su alma, por lo que a Dios pediría que le insuflara todas las fuerzas posibles para protegerla. No se lo perdonaría nunca si le pasara algo.

Al llegar a Barcelona comunicaron por el móvil a sus respectivas familias que ya habían regresado. Pararon en un bar al que muchas noches iban y allí tomaron una cerveza sentados como siempre en el mismo sitio de la terraza. Desde allí observaron por enésima vez la noche de aquella gran ciudad, la ciudad que los había unido y de la que voluntariamente habían pedido su exilio, su extrañamiento, esa ciudad que quemaba sus vidas ansiosas.

Hablaron y hablaron, y de cuando en cuando se besaron; necesitaban mutuamente besarse como un sello de amor que les haría sin duda falta en los próximos tiempos. Tendrían que certificar su amor cada día ante el juez que sería aquella montaña de tonos azules que se encontraba en aquel pueblo olvidado y que con su presencia dejaría de serlo.

—¿Sabes lo que he pensado, mi amor? —preguntó riéndose Luis

—El qué, que cada vez que me dices alguna cosa, así, de esta forma, me pongo a temblar— le contestó ella también sonriente y temerosa.

—Que le voy a cambiar el nombre al pueblo.

—Pero qué dices, loco. No te decía yo, contigo nunca una está tranquila.

—Sí. ¿Sabes con cuál lo bautizaremos? Pues lo llamaremos "Villachari", ¿te gusta? —dijo con ganas y firmeza Luis.

—Pues claro que me gusta, me encanta. Pero ¿crees que nos dejará Perico? —remachó Chari.

—Pues claro, lo pondremos al lado del letrero que existe ahora y así no se enfadará —rió diciéndolo.

Chari lo miró a los ojos y le dijo:

—Luis, te quiero; no podría estar sin ti, sin tu presencia. La vida para mi no tendría ningún sentido. Eres mi vida.

Le cogió de sus cabellos y la besó en los labios durante un largo rato, sin importarle la presencia de los demás a su alrededor. Él ya era libre y había ganado la oposición de la libertad con sobresaliente; todo lo demás le traía sin cuidado.

Salieron del lugar y se perdieron por aquella avenida larga, cogidos de la mano como siempre.

XIII

Barcelona invitaba esa noche a patearla, a saborear tranquilamente todos sus rincones. Había dejado a Chari en su casa y no le apetecía encerrarse en su domicilio. Deseaba poner en orden sus pensamientos y examinar relajadamente todo lo ocurrido durante el día, que no había sido poco; tendría que meditar detenidamente todos los pasos a dar en el futuro ya muy cercano, así que necesitaba estar solo; pensaba que muchas veces la persona necesitaba estar en soledad pues algunas veces con esa soledad se tomaban mejor las decisiones, se reflexionaba mucho mejor.

Paseando calle tras calle y plaza tras plaza. Deteniéndose junto a las fuentes y escuchar el ruido del líquido al ser despedido, y la voz del agua como si quisiera decirle algo al chocar nuevamente contra el suelo. Y contemplando el ir y venir de la gente que despedía con cierta tristeza el domingo; él también iba despidiendo si cabe esa forma de vida que había llevado hasta la fecha. No estaba triste, al contrario, es como si naciera de nuevo sin haber muerto, teniendo una sensación de volver a vivir después de haber vivido; así que quiso darle un especie de adiós a la ciudad, un homenaje andando por todas las calles por las cuales le habían visto hacerse hombre, de tener sus inquietudes, sus anhelos, sus fantasías, sus sueños, de su ciudad que aunque pareciera mentira la quería desde el fondo de su corazón.

La noche era pegajosa; la humedad viscosa le impregnaba. Aún así, le gustaba sentir el calor empalagoso que le envolvía, sintiendo por última vez la atmósfera cálida, que le secaba la garganta y que le pedía al subconsciente que la refrescara, así que le hizo caso y se sentó en aquella terraza a la que solía ir muchas veces con Chari, pero esa vez quería estar solo aunque al momento parecía como si notara su presencia al lado de él. La cerveza rebosante de espuma le refrescó y los pensamientos que se le agolpaban también los notó más frescos y se le diluían en una atmósfera de optimismo.

Estaba a gusto, y llegó un momento en que la euforia lo dominaba, casi diría que no le dejaba pensar; todo había sido tan rápido, que ni en los momentos de mayor optimismo habría llegado a soñar lo que le había sucedido en el día. Perico había surgido de la nada como un ángel de la guarda; había aparecido como un ser irreal, como si estuviera esperando a unos forasteros que sabía con toda seguridad que asomarían cualquier día y que iban a ser su salvación. Pensó, aunque casi no lo conocía, que era una excelente persona en quien se podía confiar, como la persona que ya venía de vuelta de la vida, una montaña llena de sabiduría tan alta como las que rodeaban el pueblo. Sin duda su compañía les sería de gran ayuda.

Pidió otra cerveza, y viendo como se desparramaba la espuma por los bordes mojando la mesa, pensó que la vida se le iba también a desbordar de un momento a otro. Su pensamiento llegó a Chari; no podía olvidarla ni un instante, y su rostro parecía verlo en el espejo líquido amarillo del vaso, pareciendo que le observaba desde el otro lado con esa cara mitad de embeleso y gracia, con sus bucles naturales de pelo rubio y oro que le tapaban parte de su cara, con ese mismo rostro

de adolescente de cuando la conoció y que no perdía aunque pasaran los años, con esa fuerza en su mirada, con esa energía en sus ojos aunque no lo diera a reflejar su cara de niña. Sintió que hacían muy buena pareja, una pareja que sabría amoldarse al cambio brusco que iban a experimentar sus vidas, a esa aventura que iban a emprender juntos. Una especie de comezón le rondó por el estómago pensando en su querida Chari, en lo fuerte que era; sin duda toda una mujer hecha y derecha asentada en su cuerpo de niña. Los ojos pensó que se le humedecían, sin poderlo evitar. Él tenía también sus sentimientos y en ese momento notó esa debilidad maravillosa que le hacía que su vista se le enturbiase, como una tarde que auguraba una tormenta.

Consideró que tendría que poner manos a la obra y empezar hacer los preparativos. Haría una lista de lo que le podría hacer falta, que serían muchas cosas; para eso se reuniría con Chari al día siguiente y entre los dos lo harían mucho mejor, aunque seguro que, aún así, muchas cosas se les quedarían en el bolígrafo sin apuntar.

Una luna llena, cubierta de un halo de polución, apareció a lo lejos dando un color triste al cielo. Pensó si en su futuro pueblo habría una luna igual. Seguro que sí, seguro que mucho más blanca y grande, seguro que los visitaría todas las noches a desearles una feliz velada y en las noches de luna nueva, haciendo una excepción, también vendría y en las noches en que el cielo apareciera tapado de muy negras nubes, haría un hueco y aparecería para desearles las buenas noches.

Mirando a aquella luna, que estaba en la dirección de su casa, se perdió por una calle larga iluminada por esa luz pálida, dejando atrás una sombra que asimismo le acompañaba y que no le dejaría en otras lunas de verano.

XIV

A la mañana siguiente Luis madrugó bastante; pensó que en aquellas mañanas venideras, que ya las tenía muy cerca, también madrugaría. Habría que admirar el alba, contemplar cómo entre los resquicios de las altas cumbres empezaría a filtrarse la luz del día, a degustar la libertad de la nueva jornada, que sería absolutamente toda para ellos, para hacer de ella lo que quisieran, lo que les viniera en gana, donde sólo tendrían que obedecer a la lluvia, a la tormenta y a la nieve, vamos, ni siquiera a eso.

Pensó en llamar a Chari, pero recapacitó y no lo hizo. Era aún muy temprano, así que sin perder un momento y como no quería sentirse aprisionado entre cuatro paredes, bajó a la calle y otra vez observó las mismas caras de todos los días, esas caras cansadas, de lunes, que se dirigían nuevamente a la fábrica, a la oficina; caras cansadas y aburridas como si fuera ya el final de la jornada pensando que deberían mandarlo todo al carajo y hacer lo que él ya había hecho, que tuvieran valor y coraje. Pensó también que todos llevaban el paso cambiado. De todas formas si ellos supieran lo que estaba dispuesto a realizar lo llamarían loco de remate.

Se dirigió a la casa de sus padres, aunque hizo tiempo, ya que era aún muy pronto y seguramente estarían acostados, así que entró en una cafetería y se sentó ante la barra del mostrador pidiendo le sirvieran un "bombón", ese café con leche condensada que tanto le gustaba, y allí sentado se limitó a saborear el café y a observar nuevamente a sus vecinos. Todos tenían prisa, todos apuraban el café casi quemándose, todos iban con el tiempo apretado, todos con la vida que les atenazaba, les ahogaba, les rendía, ¿valía la pena vivirla así?, él creía que no, que había una solución, una salida valiente, eso sí, pero una solución que él había aceptado tomarla con toda sus consecuencias, el tiempo le diría si habría obrado correctamente.

Antes de llegar a su casa, pasó a una librería y compró un bloc de notas grande y un rotulador de la marca que a él le gustaba. Ahí apuntaría lo que se les ocurriera a los dos, todo lo que supusieran que les haría falta en su nuevo hogar. Habría que quebrarse la cabeza y pensar en todos los detalles, y aun así muchas cosas se quedarían en la tinta del depósito del rotulador sin escribirlas. Pero bueno, pensó que ya allí y en el momento que les hiciera falta y las echaran de menos, ya las apuntarían para posteriormente adquirirlas.

Abrió con su llave la puerta del piso de sus padres sin hacer ruido y penetró en el mismo. Le gustaba el olor de su casa pues conservaba el olor de siempre, aunque dejaran las ventanas abiertas. El piso conservaba idéntico olor de cuando era pequeño y jugaba en el comedor.

Se dirigió a la cocina y allí estaba su madre preparando el desayuno. Caminó despacio, y sin que ella se diera cuenta, le tapó los ojos y le dio un beso. Inmediatamente su madre lo conoció porque siempre hacía lo mismo: llegaba sigilosamente y realizaba la misma función.

— Luis, hijo mío, qué alegría me das.

—Buenos días, mamá, ¿cómo estás?

—Bien, ¿y tú? —respondió Elisa que así se llamaba su madre.

—Como nunca, mamá, estoy ilusionado.

—Pero cuéntame, por favor. Ardo en deseos de saber vuestras aventuras de ayer —apremió su madre.

En ese momento apareció su padre, con una especie de batín de verano. Se le quedó mirando a los ojos, interrogándole también; lo demostraba su mirada, esa mirada que él conocía a la perfección. Se adelantó y lo besó con cariño, sabiendo que su padre estaba orgulloso de él, pues nunca le había decepcionado. Su padre sabía que era una persona con fuerza y fiel a sus ideas, que si una idea se le metía entre ceja y ceja, la llevaba a efecto, luchando por llevarla a cabo pesara a quien le pesase, a él nunca le habían tenido que animar al estudio, se animaba el solo, por eso había sido un buen estudiante, eso sí había estudiado hasta que dijo basta. En ese momento nada ni nadie le habría hecho cambiar de opinión, él por su parte admiraba a su padre, Joaquín, o mejor dicho Ximo, como le decían sus amigos. Era una persona enamorada de su madre y un amigo para sus tres hijos, por eso cuando enterado del cambio de vida que se había propuesto, de la locura que quería llevar a cabo, en cierto modo no le pareció mal, porque él ante todo era un enamorado de la libertad del individuo. Por eso no quiso trabajar en su vida para nadie, trabajó para si mismo en la tienda de ropas que montó de joven cerca del barrio gótico, así que nadie le impartió órdenes y gozaba de una cierta libertad en su vida.

—Hola, papá, buenos días. Le empezaba a decir a la mamá todo lo ocurrido ayer, no preocuparos que todo resultó mucho mejor de lo que esperábamos Chari y yo.

Les contó con todo lujo de detalles lo ocurrido el día anterior, y ellos le escucharon con toda la atención. Les gustó lo de Perico, sobre todo a su madre, porque pensó que así ya no estarían solos y que esa persona conocería muy bien aquello.

—Bien pronto os llevaré por allí a que conozcáis la zona, seguro que os gustará y estoy seguro de que luego repetiréis más veces —les dijo con alegría Luis.

A su madre le brillaban los ojos. Le encantaba oír a su hijo, expresarse con tanta claridad de ideas, con esa rotundidad que animaba al que estuviera presente, con esa alegría y entusiasmo que ponía en todo lo que hacía y orgullosa del cariño que sentía y expresaba por ellos. La verdad es que era un buen hijo, pero con unas ideas muy fijas y siempre sabiendo lo que debía hacer, aunque alguna vez no le salieran las cosas como él pensaba.

Su madre era una persona valiente, siempre lo había sido, amante de sus hijos y de su marido, una mujer hecha y derecha, al servicio de ellos, aunque al parecer eso ya no se estilaba. Pero ella era así y nunca cambiaría, respetuosa con las decisiones que se tomaran en la casa, como cuando Luis dijo que se marchaba a otra vivienda, que quería ser independiente y respirar su propia libertad. Ella lo aceptó sin ningún tipo de problemas.

Tomó otro café con ellos y se marchó al poco tiempo, no sin preguntar por sus dos hermanos, indicándoles que debería reunirse con Chari ya que tenían muchas cosas que hacer desde ese momento. Se despidió con un beso cariñoso y con unos ojos llenos de felicidad, y con esa mirada que a los dos siempre les había dado tranquilidad.

XV

El trayecto que había entre la vivienda de sus padres y la de su novia no era muy largo, pero esa vez a Luis le pareció aún muchísimo menos, y eso que estaba caminando a pasos cortos, como si no quisiera llegar jamás, con la sensación de ir a raptarla, a llevársela, a quitársela de los brazos de sus padres, a hurtarles para siempre una propiedad de ellos. Y era verdad, él era el autor, el causante del delito de aquel supuesto rapto que pensaba hacer con su hija.

Cuando llegó a la puerta, se lo tuvo que pensar dos veces antes de llamar. Tuvo la percepción de que le temblaba el dedo antes de apretar el botón y que el fino sonido que emitió fuera como el de una aguja punzante que le atravesaba el corazón. ¡Joder! qué tragos debía de pasar; pero él era fuerte, eso había pensado siempre, aunque aquella vez la tensión lo superaba, le oprimía y lo atenazaba.

Reconoció la voz de Chari cuando al preguntar, con voz entrecortada pudo responder:

—Luis.

El sonido de la puerta al abrirse le volvió a la pura realidad y tomando gran cantidad de aire para llenar aquellos pulmones que se habían quedados vacíos por contener el aliento y no respirar apenas, subió las escaleras ya que no quiso ir en ascensor pues necesitaba más tiempo para ir armándose de valor.

En la puerta, ya le esperaba su novia con cierta risilla, no exenta tampoco de un cierto nerviosismo. Sus labios se unieron en un tímido beso ya que no estaba el horno en esos momentos para hacer bollos de buena calidad.

Pasó él primero, con pasos muy sigilosos, avanzando por el piso de madera, casi levitando, como si no quisiera que lo oyeran, como si no deseara que el pasillo no acabara nunca, desembocando en aquel salón chapado a la antigua, que le daba un aire más serio a la estancia y que hacía juego con la cara seria de Luis. Allí se encontraban Carles y Gloria.

Luis tomando otra vez aire y esbozando una leve sonrisa acorde con las circunstancias, los saludó con un "Bon día" como siempre hacía, ya que aunque ellos hablaban castellano, los saludos siempre les gustaba a ellos oírlos en catalán.

—Hombre, Luis, hacía ya tiempo que no venías por aquí, parece como si nos tuvieras miedo —saludó el padre haciéndose cargo de la situación embarazosa de Luis y para quitar hierro al asunto.

Luis, carraspeando, sólo pudo decir:

—Bueno, el caso es que hubiera querido venir antes, pero... ya saben, un día por otro y total... no sé, me daba cierto reparo, ya que... ya saben, mis intenciones, y es duro para mí, la verdad, y para ustedes no digamos, me pongo en su lugar y los comprendo.

—Venga Luis, tranquilo, nosotros ya lo tenemos aceptado, ya lo hemos superado. Total, sois mayores de edad y de todas formas vais hacer lo que queráis; bien es verdad que no es un plato de gusto el que nuestra única hija se marche a otro lugar contigo y que ese lugar sea en las montañas, pero espero que lo hayáis pensado bien —dijo el padre mirando a ambos.

Luis tragó saliva que notaba que se le hacía viscosa en el interior del paladar y que le impedía tragar aire. A duras penas pudo decir:

—Gracias, ustedes ya me conocen bien, saben de mis inquietudes y esto lo he pensado muchísimo. Me ha quitado muchas horas de sueño, pero en fin, he llegado a la conclusión de que esa es mi vida, y también les digo que su hija Chari, es lo más bonito, lo más maravilloso que me ha pasado en mi existencia. La quiero más que a nadie y por ella haría lo que fuera, y miren si les digo que si ahora ella me pidiera que no nos marcháramos, no me iría, lo aceptaría porque ella es por lo que lucho en esta vida.

Todas las miradas se posaron en Chari, y ella no sabía donde poner sus ojos, de repente dio unos pasos, avanzó hasta Luis y lo abrazó fuertemente, mirando a sus padres.

No habló pero todo estaba dicho, con ese acto que le salió a Chari desde lo más hondo de su cuerpo, todo quedó visto para sentencia, las palabras ya no tenían ningún valor, las miradas que se lanzaban Luis y Chari lo decía todo.
Gloria sintió como unas lágrimas se le escurrían lentamente y miró a su marido. Este, conociéndola como la conocía, supo al instante que esas lágrimas no eran de pena sino más bien de alegría, alegría porque sabía que su hija y Luis se querían con locura y no serían ellos quienes truncaran tanta bendición.

Carles desapareció y al momento volvió con una botella de muy buen cava, el mejor que tenía en su casa y con cierto aire de autoridad, ordenó:

—Vamos a bebernos esta botella de cava, hasta que no quede una gota. Esto hay que celebrarlo, porque veo y siento que vais a ser tan felices como hemos sido Gloria y yo, y que Dios reparta suerte como dicen los toreros.

Gloria sacó cuatro copas de la mejor cristalería de un armario cercano dejándolas en la mesa, y Carles, con aire majestuoso, las llenó hasta la mitad y mirándoles a los ojos exclamó:

—Vamos a brindar por vosotros dos. En primer lugar por el amor que os tenéis, que se ve a simple vista y de lo cual nos sentimos muy orgullosos y contentos, y segundo porque vuestra aventura en la selva (riéndose al decir esto), sea eso, sólo una aventura que luego podáis relatar a vuestros hijos. Contad con nuestro apoyo.

Alzaron las copas y brindaron. Luis y Chari se miraron a los ojos, no creyendo lo que estaba pasando, sobre todo Luis, que al pasar el liquido amarillo y burbujeante por la garganta le iba liberando de toda la tensión acumulada en esos momentos. Acto seguido, sin estar precisamente en el guión, estaban los cuatro abrazados, sintiendo Luis los dedos de Chari que le apretaban lo suyos con fuerza.

Inmediatamente Carles, que en esos momentos se encontraba eufórico, vertió más cava en las copas. Gloria, que hasta ese momento apenas había abierto la boca, exclamó:

—Ya no quiero más, que sabéis que se me sube al momento a la cabeza.

—Nada, como si se te baja a los pies —dijo Carles —hoy bebes hasta que se acabe, es un día de alegría.

Luis hubiera necesitado otra botella de cava más para refrescarse por completo. El calor lo agobiaba, y sentía una alegría profunda y un agradecimiento hacia esas personas que nunca podría pagar. Tenía en sus manos esa joya que estaba enfrente de él, esa perla rubia que no dejaba de mirarle y mirarle, la perla más preciada que les iba a hurtar de su joyero, que la iba a hacer propia luchando con todas sus fuerzas para que todo saliera bien y de que fuera feliz en esa tierra que estaban a punto de conquistar, de tomar posesión.

Allí permaneció toda la mañana, sentado en una mesa con su chica, recabando todos los preparativos que deberían llevar a cabo, anotando todo lo que tenían que adquirir, aunque seguro que se les olvidarían muchas cosas; mas no importaba, el amor que sentían no se les olvidaría, estaban completamente seguros.

XVI

Pararon en la misma plaza que lo habían hecho una semana antes. Otra vez se encontraban en Serrabe; allí no había cambiado nada y porqué iba a cambiar, la vida en esos pueblos olvidados de la montaña debería ser puro tedio, hastío, rutina. Allí estaban picoteando por el suelo y trinando en las ramas de los árboles, los mismo gorriones de la otra vez, hasta el mismo perro que se había entrecruzado por sus piernas por allí andaba perdido como un vagabundo y que se acercó hacia ellos meneando graciosamente su rabo y hasta parecía que a su cara asomaba una leve sonrisa de bienvenida.

Pasaron al bar alertando a los allí presentes debido al ruido que producía la cortina de chapas que ya les era familiar. Y como la otra vez volvieron la cabeza los que allí estaban para ver quiénes entraban, algunos con cierta sorpresa porque esas caras jóvenes que atravesaban la puerta no les eran conocidas.

La señora que estaba detrás de la barra los reconoció y más que los conocería en adelante.

—Buenos días —dijeron los recién llegados.

—Buenos días —contestaron algunos.

La señora de la barra con tono amable y simpático y con cierto aire de familiaridad, contestó:

—Buenos días tengan ustedes ¿Otra vez por aquí?

—Si, así es, qué memoria tiene usted —le contestó Luis con una sonrisa en su gesto.

—Me llamo Alicia. ¿Y ustedes?

—Mi novia se llama Chari y yo Luis, pero por favor llámanos de tú, seguro que de ahora en adelante nos veremos muchas más veces, estoy seguro.

Como las personas que se hallaban en el bar habían vuelto la cabeza, presos de la curiosidad, queriendo conocer a aquellos jóvenes, Luis se dirigió a ellos y también se presentó, haciéndoles saber que los verían muchas más veces por allí.

Uno de los allí presentes, levantándose se dirigió a ellos y exclamó:

—Miren, yo soy Román, pero en este pueblo todos me conocen por El Duro y sé qué hacéis en este pueblo. Me lo ha contado Perico.

Sorprendido Luis, le dio la mano y El Duro, haciendo honor a su mote, se la estrechó fuertemente, tan fuerte que Luis tuvo que apretar los dientes pero sin que nadie notase el esfuerzo que estaba haciendo.

Soltando la mano, el del pueblo prosiguió:

—Y te voy a preguntar una cosa, ¿a que no sabes dónde se encuentra Perico ahora mismo? No te lo puedes ni imaginar; si quieres encontrarlo ya sabes dónde tienes que ir, a Sasué, a su pueblo, allí estará. Yo no he visto a nadie con tanta ilusión nunca, pues dice que se va ir allí a vivir. Se ha vuelto loco, rematadamente loco.

—Pues ya somos tres locos —dijo con una pequeña carcajada Luis, al mismo tiempo que pidió de beber a Alicia.

Todos se quedaron mudos de asombro mirándose extrañados unos a otros. No se lo creían, no podía ser cierto lo que estaban oyendo de aquellos dos forasteros. Se callaron y los miraron con ansiedad, deseosos de oír algo más.

—Pues sí, así es, mi novia y yo muy pronto nos instalaremos en el pueblo de Perico, para comenzar aquí una nueva vida. Ya sé que para ustedes es muy difícil de asimilar, pero es la pura verdad, no les estoy mintiendo, dentro de poco aquí estaremos para quedarnos, y con Perico de vecino; bueno, y con ustedes también cerca, así que ya lo saben, seguro que seremos muy buenos amigos todos.

La cara de sorpresa colectiva fue pasando poco a poco a rostros de afecto, a rostros en los que se dejaba ver el carácter bonachón de los habitantes de esos pueblos rudos donde seguro que allí tendría muchos amigos, por no decir todos.
El Duro, tomando la palabra nuevamente y con aire de autoridad, les dijo:

—Leches, eso no me lo había contado Perico. Id al pueblo, allí os está esperando pues desde que os marchasteis ha ido a Sasué diariamente, y día tras día ha estado esperando vuestra vuelta. No os imagináis la alegría que le vais a dar. Parece como si hubiera vuelto a nacer otra vez, fue un palo para él tenerse que venir a este pueblo a vivir. Id para allá, no os demoréis que os dará una gran sorpresa.

—Gracias Román, te estamos muy agradecidos; y a vosotros también. Nos veremos más veces y tendremos tiempo de charlar y tomar unos vinos —les dijo con cariño Luis.

Hasta ese momento Chari, había permanecido muy callada, con mucha atención pero callada. Sólo observaba y veía cómo a hurtadillas también la observaban a ella. Se estaba dando cuenta de la buena gente que eran los habitantes de ese pueblo. Allí estaba su representación, la nobleza que tenían, la sinceridad y honestidad que surgía de ellos. Interiormente les estaba dando las gracias porque notaba en lo más hondo de su ser, que allí haría muy buenos amigos y amigas.

—Oye, Luis, a mí llámame Duro. Me gusta que me llamen así y de todas formas lo comprobarás, soy duro de verdad. Además en mi nombre, y en el de todos los aquí presentes, te ofrecemos nuestra ayuda para todo lo que desees. e Estamos a vuestra disposición ¿me habéis oído? Pues eso, a mandar.

Todos asintieron con la cabeza, corroborando todo lo que había salido de la boca de El Duro. Allí debería ser el capitán de todos ellos, y a ver quién era el guapo que decía lo contrario.

—Muchísimas gracias a todos, os estoy muy agradecido y deseando venir pronto para estas tierras, será un placer teneros de vecinos —les dijo Luis lleno de satisfacción y reconocimiento.

Se despidieron y salieron a la calle. El mismo perro se encontraba tendido en el centro de la plaza y muy débilmente meneó el rabo y levantó la cabeza volviendo a su anterior posición, mientras la mañana se iba poblando de alguna nube negra que hacía que la plaza intermitentemente se cubriera de sombras.

XVII

El camino hacía Sasué les pareció esta vez más cómodo. El coche daba la impresión de que no saltaba tanto, como si no hubiera piedras ya en el camino, o era sólo una ilusión. Las curvas parecían más cómodas tomarlas pues hasta el desnivel que había se quedaba en nada.

El paisaje era impresionante. La otra vez no se habían dado cuenta y se preguntaban cómo podía ser que aquel paraíso terrenal estuviera deshabitado. Las torrenteras venidas de las altas cumbres resbalaban con violencia y se esparcían en multitud de hilos de agua que llegaban hasta el fondo del valle, pintando el mismo de miles de colores verdes debido a la gran variedad de flora que lo poblaba. Aquello era un vergel, y si Dios lo quería iba a ser todo para ellos, para disfrutarlo, para vivirlo.

Miraron al cielo y observaron un cielo azul, que de una manera lenta pero continua, iba poblándose de pequeñas nubes de algodón blanco y también de algodón manchado de gris que presagiaban que durante la tarde podría acompañarles alguna tormenta. Debería ser alucinante vivir una tormenta en ese mundo de soledad maravillosa.

Estaban a punto de llegar y el arroyo que recogía gran cantidad de aquellas aguas claras de esas montañas vírgenes, lo anunciaba. La aldea se encontraba cerca pues el riachuelo lo lamía, así no les faltaba más que salvar aquel recodo y allí estaría Sasué esperándolos; y seguro que allí también se encontraría Perico, quien puede que el ruido robusto del motor también lo habría oído ya, pues retumbaba en todo el valle.

El pueblo apareció al doblar la curva, pequeñito, diminuto, como si hubiera acabado de nacer, con algunas de sus casitas derruidas, casi sin un alma que lo habitara, que le lavara la cara todos los días. Al frente se divisaba el cartel que le daba su nombre, para que no se olvidara nunca que había existido, que en sus moradas habían nacido personas que lo habían cuidado, que lo habían protegido, que lo habían amado y que habían muerto también dentro de esas moradas y que no habían visto más que esas montañas que lo abrazaban.

A Chari le dio un vuelco el corazón cuando pudo observar que el rótulo del pueblo había cambiado, que ya no era el mismo y que allí ya no figuraba el anterior nombre sino el suyo, "La puebla de Chari". Se quedó helada y ambos se miraron como no creyéndose lo que estaban viendo. Aparcaron el coche y bajaron; vieron el letrero, hecho de madera fogueada y con las letras muy bien terminadas de pintura blanca. Chari sentía que los ojos se le humedecían y apretó la mano de Luis. Era cosa de Perico, por supuesto, que no debía estar muy lejos de allí, observándolos, y efectivamente, sin que se dieran cuenta apenas, allí lo tenían frente a ellos, escondido en una roca del camino, con una cara de felicidad como nunca habían observado en una persona, Chari fue corriendo hacia él y se fundió en un abrazo largo, cálido y sólo pudo balbucear:

—Gracias, Perico, muchas gracias por todo.

Luis lo abrazó también y le preguntó que cómo se le había ocurrido cambiar el nombre a su pueblo, contestando lleno de emoción:

—Mirad, vosotros me habéis vuelto la ilusión de vivir y de poder hacerlo nuevamente en el lugar donde nací. Me siento orgulloso y de mi pueblo también estoy seguro de haberle cambiado el nombre. Qué podría hacer más. Sabía que ibais a venir, no podríais defraudarme, presentía que iba a ser hoy cuando pasarais hacerme una visita. La verdad es que a veces pienso que efectivamente si existe Dios.

Entonces observaron como una lágrima diminuta caía muy lentamente, casi imperceptiblemente, por el rostro de Perico, quien con mucho disimulo y con la manga de la camisa secó tratando de disimularla.

—No sientas vergüenza por esa lágrima, Perico; eso te honra pues los hombres no son más hombres porque digan que no han llorado nunca. Venga, y dinos qué haces por aquí. Cuéntanos, que venimos deseando oír de tu boca cosas —dijo Chari mientras Luis no se creía la contestación tan madura que había salido de su novia.

Entonces intervino Luis:

—Oye Perico, me ha dado la impresión de que el camino está mucho mejor que la otra vez. No sé, a lo mejor ha sido una impresión mía, pero yo diría que parece más una autopista que al camino de piedras que pasamos la última vez.

En la cara de Perico, sin poder disimularlo, apareció una sonrisa que lo delataba. Luis no daba crédito a lo que estaba adivinando, no me jodas que Perico había hecho todo el trayecto, retirando piedras y maleza. No, no podía ser, eso ya era demasiado. Entones nuevamente abrazó a su ángel de la guarda y le dijo que cómo podía pagarle todo lo que estaba haciendo por ellos.

—Eres increíble amigo, ¿tú eres real o eres una bendita aparición en nuestras vidas? —comentó riéndose Chari y cogiendo de la mano a Perico.

Pasaron el puentecillo que daba acceso al pueblo escuchando el ruido de las aguas limpias al chocar contra los pulidos guijarros del fondo, que parecían voces embarulladas dándoles la bienvenida.

XVIII

Sólo eran impresiones o ya no lograban acordarse, pero el pueblo les parecía más limpio, más arreglado. Parecía como si los hierbajos que poblaban y crecían por doquier en sus derruidas calles, hubieran desaparecido por arte de magia. Perico les miraba a hurtadillas con una sonrisa picarona. Ellos sabían que había trabajado de lo lindo, que se había dejado la piel durante aquellos días, que hora tras hora había trabajado al máximo con toda la ilusión para lavarle la cara a aquel su pueblo olvidado por el mundo y por la historia. Era aquel un rincón inhóspito del Pirineo, que por circunstancias del destino, o mejor dicho por un chalado de Barcelona que lo transitaba en ese momento acompañado de otra chalada, que deseaban tomar posesión cuanto antes de aquella aldea muerta y que querían volverla a la vida.

Cuando llegaron a la casa de Perico, que iba a ser la suya, se quedaron estupefactos. No podía ser, era imposible, había cambiado por completo: estaba limpia, enjalbegada la fachada de cal, las ventanas de madera pulida y eliminada la suciedad. Y la pequeña replaceta que había frente a la puerta de entrada también la había adecentado. Chari no pudo reprimirse y exclamó:

—Perico, eres un ángel bajado del cielo, ¿cómo te podremos pagar esto?

Casi sin dejarla terminar le contestó:

—Ya me lo estáis pagando con vuestra presencia. Y esto no es nada, voy a dejar el pueblo que ni pintado por el mejor artista aunque sea lo último que haga en mi vida. Vamos que si lo hago, faltaría más.

Chari le cogió la mano y se la apretó fuertemente, mientras Luis le pasaba la mano por el hombro.

—Pasad, pasad a vuestra casa —dijo con impaciencia nerviosa su dueño.

Entraron y cuando Perico abrió las ventanas de par en par y pasó la luz clara y nítida, aquello era otra cosa. Todo puesto en su sitio, limpio como una patena, casi como el más limpio palacio. Allí ya se podía empezar a vivir, a Chari se le iluminaron sus ojos, pues ni en el mejor de sus sueños habría imaginado esa casa, aquella mesa de madera con cuatro sillas también de madera con el asiento de esparto gastado, aquella chimenea coquetona y la escalera también de madera recién barnizada que subía a las habitaciones de arriba; asimismo observó la despensa de madera negra con rejilla labrada en la misma madera y sus poyales para dejar los alimentos y enseres.

Eso sí que era una locura y no la que estaban haciendo ellos. Aquel hombre en el ocaso de su vida sí que les estaba dando una lección, como era la de hacer las cosas con toda la ilusión, de entregarse a los demás sin esperar nada a cambio, sólo su compañía en el pueblo donde había pasado toda su vida.

Perico, loco de felicidad, salió a la calle y se dirigió a la casa de su tío, que desde ese momento iba a ser su morada. Antes de que pudieran seguirle ya estaba regresando llevando un perrito en los brazos; acercándose a ellos, dijo entregándoselo a Chari:

—Toma preciosa, es tuyo. Es el que nos hará compañía aquí en el pueblo. Es un mastín, un perro muy inteligente y muy querencioso. No hay otro como él, fiel hasta la muerte con sus dueños e inteligente... más que muchas personas, que te lo digo yo.

Chari lo tomó en sus brazos, acariciando su suave pelo de color blanco y con muchas manchas de color negro, meneando el rabito y mirándola a los ojos con agradecimiento.

—Gracias otra vez Perico, no sabes la ilusión que me hace pues siempre había soñado tener un perro así. Ya no sé qué hacer para agradecértelo, eres un cielo —exclamó Chari mirando a Perico y al mismo tiempo a su novio, diciéndoles con los ojos que muchas gracias, a Perico por todo lo que le estaba pasando y a Luis por la locura que estaba llevando a cabo.

Chari lo dejó en el suelo, y el perrito empezó a caminar con un andar muy gracioso, meneando el rabito a un lado y otro con alegría olisqueando el suelo sin apartarse de su lado.

—Ya sé como le voy a poner de nombre. Sasué, se llamará Sasué, en honor a este pueblo y me atenderá cuando así lo llame —dijo Chari llena de emoción.

—Me gusta ese nombre que le has puesto —dijo Luis, que hasta el momento se había mantenido muy callado.

—No hay más que hablar —apostilló Perico —desde ahora todo el mundo a llamarle al perro por su nombre.

En ese momento desapareció Perico, con una ligereza nerviosa. Parecía un fantasma, visto y no visto. Apareció de nuevo con una vieja mesa pequeña de madera y volvió nuevamente con tres sillas que ya deberían tener muchos años, pero que se encontraban en muy buen estado y con cara en la que rebosaba felicidad. Mirándolos les dijo:

—¿Sabéis lo que vamos hacer ahora? Almorzar. Os tengo preparado unos chorizos y un jamón que ya veréis. Y un vino que nos va a saber a gloria, así que manos a la obra.

—Joder, Perico, vamos de sorpresa en sorpresa. Eres la hostia. Contigo hay que estar preparado en cada momento, eres un cajón de sorpresas. La verdad es que tanto Chari como yo estamos alucinados. Estamos deseando venirnos para acá. Menudo equipo vamos hacer, no va a haber nada que se nos resista y se nos ponga por delante. Venga, vamos a almorzar y a celebrarlo —exclamó con euforia Luis.

Dicho y hecho: el viejo salió otra vez como una exhalación, pero esta vez Luis le siguió, mientras Chari se quedó jugando en la puerta de la casa con el perrito que correteaba muy lentamente alrededor de ella. Al mismo tiempo el cielo se iba cubriendo de nimbos de color ceniza que anunciaban tarde de tormenta y que daban a la misma un colorido especial a las tonalidades verdes y grises de las montañas.

XIX

Con la tormenta en ciernes sobre sus cabezas y a la puerta de la casa, los tres daban cuenta del almuerzo con un paisaje idílico ante sus ojos, sentados en aquellas sillas antiquísimas de madera y en las cuales a saber cuántas generaciones se había sentado en ellas. Sí, aquello era la libertad, a la que siempre había aspirado, pensaba Luis. Por su parte, Chari, sólo miraba y miraba el cambio de la luminosidad del cielo y el incipiente ruido, mientras un suave viento hacía que se menearan las copas de los árboles, mientras las negras nubes jugueteaban entre sí y se movían a una velocidad que ella nunca había visto. Al mismo tiempo el gran Perico, a quien los ojos le bailaban exultantes de alegría, aún no acababa de digerir que aquellos jóvenes que se hallaban a su lado con ese ansia de vivir le iban a proporcionar tantos momentos de felicidad. Aquella que había perdido cuando tuvo que irse de su pueblo, agobiado por la soledad, regando el camino con sus lágrimas. El camino de vuelta hasta llegar a Serrabe.

El jamón, los chorizos y el vino, acompañados de un pan hecho a conciencia, les supieron a gloria. Aquel vino fresquito que unos minutos antes habían atado la botella por su cuello con una cuerda y la habían introducido en el pequeño torrente de aguas gélidas, que bajaban de aquellas montañas les estaba sabiendo riquísimo. Allí se encontraban mucho mejor que en el mejor restaurante de Barcelona; dónde iba a parar, no había ni punto de comparación. Mientras tanto el diminuto perrito a duras penas jugaba con sus pies mordisqueándolos.

Allí, mientras en el cielo negruzco iban apareciendo tímidos relámpagos lejanos sin percibir aún el estampido seco, y un viento algo más enfadado y ya fresquito que hacía que las hojas que se esparcían por el suelo cambiaran de lugar continuamente, y ante aquel paisaje del edén, hablaron de las necesidades que en principio iban a tener a su llegada, de las cosas imprescindibles que iban a tener que adquirir. Todo iba teniendo solución, como cuando Chari expuso que cómo iban a enfriar los alimentos, que al no tener luz eléctrica no podrían tener un frigorífico. Perico rápidamente terció y le dijo que al otro día mismo arreglaría un sotanillo que se encontraba en las inmediaciones y bajo tierra, que se accedía a él por unas escaleras y que había servido en otro tiempo para conservar los alimentos. Y que podía asegurar que los conservaba mejor que la mejor nevera.

Con respecto al fuego, que no se preocuparan, que la leña no les iba a faltar, y que prometía que no pasarían frío en el invierno y que las comidas hechas en la lumbre de la cocina les sabrían a gloria, y sobre el tema del agua ya lo había tenido en cuenta también: la semana siguiente subiría un bidón de plástico y lo instalaría en una habitación suspendido en el alto haciendo de ducha, así como un baño grande a los que no les faltaría agua que calentarían en la lumbre, y que en el invierno estaría todo el día encendida para protegerse del frío y helados vientos que azotaban el pequeño valle.

De todas formas, ante ese problema, Luis ya tenía estudiado instalar un panel solar que recogiera la energía necesaria para las necesidades más perento-

rias, aunque Perico eso casi no lo comprendía y decía que eso eran tonterías y que no les iba hacer falta. Cuando Luis le dijo que tendrían luz, asintió aunque no convencido.

En ese momento Perico recordó que ellos tenían luz y, si habían tenido, otra vez la podrían conseguir, ya que recordaba que el antiguo tendido eléctrico aún se mantenía en pie. Sería cuestión de hacer las gestiones necesarias, aunque veía bastante incierto este tema.

El cielo se estaba tornando negrísimo, los relámpagos que asemejaban culebras reptando por el firmamento, se acercaban cada vez más y los truenos se oían con mayor intensidad. Pero allí se encontraban demasiado bien, degustando ese momento único, notando cómo la tormenta les envolvía en un halo de cariño, como si los tres se conocieran desde siempre. Hacía tiempo que los jóvenes no se sentían así, saturados de felicidad, respirando aquel aire empapado de ozono que les revitalizaba los pulmones asfixiados de humo podrido de la ciudad, haciendo planes para empezar una nueva vida que se prometía llena de aventuras, riesgos y contingencias, pero que a buen seguro lo superarían y sobre todo porque tenían a Perico al lado, que había surgido de la nada como una bendición.

De pronto, sonó como un cañonazo profundo que retumbó por el eco de aquellas paredes verticales y empezaron a caer unas enormes gotas de agua como nunca habían visto Luis y Chari. Era maravilloso y rápidamente empezó a diluviar como si las nubes se hubieran desgajado, abiertas en dos. Así pues en un salto estaban los tres en el interior de la casa, mirando hacia la ventana, contemplando el espectáculo grandioso. Parecía que repentinamente y por arte de magia el día se había convertido en noche. Surgían relámpagos por doquier y con la cara de susto que Chari no podía evitar, Perico la tranquilizó, diciéndole que aquel espectáculo lo vería muchas veces y que se acostumbraría a él. Que duraría poco tiempo, que no se preocupara. Las palabras de Perico la reconfortaron, mientras Luis seguía asomado, viendo cómo las enormes gotas de agua chocaban contra la mesa de madera que se encontraban fuera y se hacían mil pedacitos rebotando y cayendo al suelo, juntándose todas en pequeños regueros que velozmente se desplazaban calle abajo hasta llegar al río que lo elevarían de nivel en poco tiempo.

Como había pronosticado Perico, la tormenta duró poco. Orilla de los picos se empezaba a divisar cierta claridad que iba haciéndose mayor cada minuto que pasaba. La tormenta se iba desplazando valle abajo camino de Serrabe, aunque las nubes en su desplazamiento aún dejarían agua, pero cayendo más mansamente.

Lo que había sido noche en unos momentos, volvió a vestirse de día. Cualquiera diría que por allí había pasado una tormenta de tal magnitud. Los rayos de sol inundaban el valle con una claridad como nunca; ahora lo que divisaban era un espectáculo mágico de luminosidad y limpieza. Parecía que el valle lo habían metido en una lavadora y que ahora se estaba secando al sol. El aroma que percibieron al salir a la calle era incomparable, no lo podría superar ni la más cara colonia. Chari estaba encantada con lo que había presenciado aunque también había pasado momentos de temor, de susto.

Recogieron todo y se marcharon hacia Serrabe. Ella llevaba a Sasué en sus brazos acariciando su suave pelo algodonado. Atrás quedaba el pueblo solo, mudo, despoblado, vacío; eso sí, por muy poco tiempo. Al pasar al lado del letrero, ella no pudo evitar un calambre en su estómago, al ver su nombre que bautizaba aquel pueblo. Quién podía decir que un pueblo del Pirineo llevaría su nombre. Era fantástico, aún no vivía en él y ya le quería como si hubiese estado viviendo toda la vida.

XX

Aquella tarde, en Barcelona, iba a ser una tarde especial, muy emotiva para todos, en especial para los dos que de común acuerdo habían decidido lanzarse a una aventura que ni ellos mismos sabían tampoco dónde podría finalizar, ni como podría acabar su locura. Llenos de esperanza e ilusión ante todo lo que se les venía encima, habían reservado un pequeño restaurante familiar en la playa de la Barceloneta para celebrar su despedida. Posiblemente esa celebración terminaría en lágrimas, de eso estaban seguros, pero en fin, aunque fuera muy duro habrían de afrontarlo con todas las fuerzas posibles. Habían invitado a toda la familia, y a sus amigos Sebas y Montse quienes les aseguraron que también estarían allí para despedirlos, para darles fuerzas, para animarlos en esa insensatez que iban a llevar a cabo aunque por supuesto que tratarían de infundirles ese coraje y esa valentía que ellos no tenían.

Cuando fueron llegando, ellos ya estaban allí al menos desde una hora antes y ese tiempo lo habían dedicado a pasear por la playa cogidos de la mano y dejando que las olas les besaran los pies. No había nadie más. Sólo la mar y ellos, frente a frente, con esa soledad casi idéntica a la que se iban a enfrentar a partir del día siguiente, aunque completamente distinta. Esa tarde era la inmensa ciudad tras de ellos y la infinidad del Mediterráneo al frente. Y mañana sería también la inmensidad de las montañas por un lado y un cielo vacío por otro. Se dijeron cosas, muchas cosas, algunas sin sentido, y se dieron el último beso frente al oleaje rizado que avanzaba hasta la orilla, prometiéndose ser muy fuertes y quererse con locura, porque ese amor les daría más fuerza para que no cundiera el desánimo.

Primero llegaron los padres de Luis, y sus hermanos Abel y Lucas, a los que saludaron. Llegaban contentos o la procesión marcharía por dentro, y en poco tiempo habían llegado todos. Se abrazaron e inmediatamente pasaron a la sala-comedor del restaurante donde los padres se sentaron juntos y en los que se podía leer en sus caras la impotencia de no poder evitar lo ya inevitable, lo que ya estaba escrito hacía tiempo.

Antes de que sirvieran la comida, se sirvió una copa de buen cava catalán que ayudó a Luis para dirigirse a todos y darles las gracias por la asistencia, y al mismo tiempo solicitarles que no quería ver ninguna cara triste, que deseaba ver caras alegres, aunque pensó para sus adentros que eso iba a ser muy difícil, sobre todo hasta que los vapores del alcohol, nublaran y escondieran la tristeza que podría ahogar su corazón.

De cuando en cuando las miradas de Montse y Chari se cruzaban y chocaban en su camino y una cierta sonrisa de complicidad amalgamada con pena y tristeza las abatía. Sabían que a partir de ahora iba a ser distinto, ya no podrían verse como muchas tardes lo hacían para contarse todas sus confidencias y secretos al lado de una cerveza fría, como si fueran hermanas, siamesas en sus secretos y en sus inquietudes y problemas.

Sebas también miraba a Luis con una especie de pena y al mismo tiempo de envidia. Aunque le parecía una locura enorme, también a él le hubiera gustado marcharse, pero no era posible, las circunstancias y ataduras de la vida lo tenían amarrado.

La cena se fue animando lo que en principio parecía una especie de velatorio con risas forzadas hasta que Lucas, el hermano de Luis, se levantó y con tono medio serio, medio de cachondeo, les preguntó:

—Oye, hermano ¿nos invitareis a Abel y a mí a pasar unos días con vosotros?, ¿verdad que sí?

—No sólo a vosotros, sino a todo el que quiera ir, aunque creo que cuando conozcáis el paraíso donde vamos a vivir, seguro que no queréis volver a esta ciudad, de eso estoy seguro. De todas formas espero que pronto nos hagáis una visita —respondió su hermano con risas.

—Además, tengo que desde aquí mandar un abrazo a nuestro amigo Perico, que como sabéis ha sido nuestro ángel de la guarda y al que todo le debemos, pues sin su ayuda habría sido muy difícil, por no decir imposible, llevar a cabo esta aventura. Ya le conoceréis y podréis valorarlo —apostilló con mucha emoción nuevamente Luis.

A los postres y con un humeante café, y tarta, y con cava a discreción, ambos padres se levantaron y amagando con un tono de solemnidad debido al alcohol consumido, hablaron queriendo quitar hierro al asunto, en un lenguaje que a veces no se les entendía deseándoles suerte, mientras las madres que se encontraban hombro con hombro, tuvieron que llevarse disimuladamente la mano a los ojos con un movimiento veloz.

Lo más duro vino en la puerta del establecimiento. Ante la noche que enturbiaba el cercano mar, del cual sólo se oía el ruido seco de la llegada de las olas a la arena y su inmediata retirada otra vez mar adentro, la luna incipiente reflejaba su tímida luz en el horizonte, como si hubieran dejado anclada una farola.

Todos despidieron a Chari y Luis, prometiendo éstos que pronto volverían para contarles las aventuras que seguro iban a correr. Sin duda en ese momento vertieron lágrimas pero las negras sombras de la noche, aliadas con la tímida luz de las lámparas de la puerta, no dejaron verlas evaporándose en la brisa que venía del mar y se evaporándose al mismo tiempo que fluían de aquellos ojos en esos momentos fundidos por la tristeza.

XXI

Cuando muy de mañana sonó el despertador, ese ruido continuo y desgarrador que producía lo acusó Chari como un calambrazo que se le introducía por todos los poros de su cuerpo, que la traspasaba como herida por una espada afilada. Había tardado en conciliar el sueño y ahora ese zumbido repulsivo la había vuelto a la realidad. Aún tardó en removerse, se hizo un ovillo y dejó pasar unos minutos con miles de pensamientos que se le agolpaban en la cabeza, que le martilleaban. Se habría quedado toda la vida en esa posición, sin levantarse jamás. Sólo el ruido que venía de la cocina de su casa le indicó que su madre se había levantado y le estaba preparando un café, el último café en su casa por algún tiempo. Así pues, torpemente se levantó y se miró en el espejo con marco color plata que tenía enfrente y vio su cara que no parecía la misma de todas las mañanas; parecía otra, como distraída y despistada. Dio una vuelta con sus ojos a toda la habitación con cara de pena. Allí dejaba todo, sus recuerdos más íntimos, dejaba sobre todo sus sueños comprimidos que flotaban en la atmósfera de la habitación, miró por última vez la ancha ventana donde un pájaro que se encontraba en el borde de la misma cantaba un trino de despedida semejante a un adiós.

Salió de la habitación y poco a poco fue reaccionando, temiendo si en la hora de la verdad la debilidad y flaqueza la iba a vencer. Eso si que no, a eso no estaba dispuesta, había escogido otra razón para vivir y la cumpliría por encima de todo. Que esos momentos era muy duros, muy fuertes, pero deberían pasar muy pronto. Necesitaba ya respirar el aire de la calle, poner en orden sus pensamientos que la martirizaban.

Al pasar a la cocina, su madre clavó su mirada en sus ojos, aquellos ojos de su mamá, que siempre le habían servido de auxilio, de amparo pero aquella vez no podía ser. Su apoyo de poco le podría valer, era ella la que necesitaba más protección, ella se quedaba allí engulléndose su tristeza.

—Buenos días, mamá —dijo Chari, dándole un beso al mismo tiempo.

—Buenos días, hija mía ¿cómo has pasado la noche?

—Para qué mentirte, mamá, la verdad es que no ha sido muy buena que digamos —le contestó con cierta cara de tristeza.

—Hale hija, tienes que tener valor y confianza en ti misma y afrontar lo que ambos habéis pensado con alegría. Verás como todo os sale bien— dijo la madre no con mucha convicción.

—Sí, mamá... espero que sí.

En ese momento apareció el padre por la puerta envuelto en un batín de estar por casa, con cara seria y no quitando ojo a su hija, acudiendo al instante ella a darle un beso tierno en la mejilla.

Se sentaron los tres a la mesa y el café caliente y humeante animó un poco el mustio momento.

El padre sólo se atrevió a decir, ya que no le salían otras palabras:

— Hija mía, no te dejes nada, haz un repaso mental.

—No sé, papá, son tantas cosas. Pero no te preocupes, si faltara algo, allí lo podríamos adquirir, que no vamos a estar abandonados y lo vais a comprobar cuando nos hagáis una visita, que espero sea pronto —contestó Chari, con un brío que hasta ella misma no se explicó de donde le había salido.

En ese momento sonó el timbre de la puerta, el sonido le provocó otra vez un vuelco al corazón. Ya no había vuelta atrás, era el fin porque lo dejaba todo; y era el principio porque empezaban muchas cosas nuevas, como una especie de hipótesis que sólo el tiempo trataría de aclarar.

Se levantó dirigiéndose al pasillo, y abrió la puerta al mismo tiempo que la del ascensor se abría lentamente apareciendo Luis al que miró rápidamente, como queriéndole leer su expresión. Él también la miró y observó algo de tristeza en sus ojos, pero no le dio ninguna importancia, pues no se iban precisamente a un crucero ni a un viaje de placer, aunque creía firmemente que lo pasarían mucho mejor. Le dio un pequeño beso en los labios y pasaron dentro.

—Buenos días —dijo Luis casi sin atreverse a mirar las caras que seguro le observaban.

—Buenos días. Todo llega. En fin, vuestra es la vida: sólo puedo decirte, Luis, que cuides a nuestra hija. Nosotros estamos seguros de que así será. Por eso nos quedamos más tranquilos, porque sabemos cuánto la quieres —dijo con tono grave el padre.

—No le quepa ni la más menor duda, será la reina del pueblo que lleva su nombre ¿les ha contado eso? —preguntó Luis queriendo quitar hierro a la situación.

—Sí, claro que nos lo ha contado. Eso es muy bonito, no tardará mucho cuando vayamos a haceros una visita y conozcamos a Perico que fue el que tuvo esa idea— replicó el padre con un tono un poco más jovial.

La hora de la despedida había llegado. El momento que Chari nunca quiso pensar, porque se le ponía la carne de gallina, estaba allí, aguardándoles con su guadaña. Debería pasar pronto ese momento ya que aquello era como un calvario sin cruces, una puñalada sin puñal.

Se abrazaron todos y alguna lágrima se escapó de aquellos ojos rodando rostro abajo sin pudor alguno, llegando a chocar contra la madera del suelo, dejando allí una mancha acuosa y salada que permanecería hasta que ellos hubieran atravesado la puerta.

Recogieron el equipaje de Chari y como una exhalación escaparon por el ascensor, porque ella no quería dilatar más el terrible momento, pudiendo oír aún de boca de su madre el “adiós, hijos míos” y “cuando lleguéis, llamad”.

Chari tenía un nudo en estómago que no le dejaba decir palabra y casi ni respirar. Había sido fuerte en no llorar, porque el mecanismo de su cuerpo lo tenía parado, invernado, pero al llegar a la puerta y al mirar hacia el balcón, su cuerpo reaccionó y notó cómo una sensación la oprimía. Al ver a sus padres en la ventana con sus manos decir adiós, rompió a llorar con un sollozo débil y casi imperceptible pero con unas lágrimas que parecían perlas blancas deslizándose por aquella cara de seda inmaculada y pelo dorado.

Hasta que el todoterreno no torció doblando la lejana esquina, ellos estuvieron en el balcón agitando los brazos, al tiempo que Chari con su vista atrás, también sacaba su brazo respondiendo al adiós que cada vez se iba haciendo más lejano.

SEGUNDA PARTE

XXII

Pasaron varios minutos en un silencio total que sólo se alteraba con los sonidos de los cláxones de otros vehículos. Cada uno sumido en sus pensamientos, en sus elucubraciones, mirando fijamente las afueras de la gran urbe, la ciudad que dejaban atrás. Ese espacio donde hasta la fecha habían sido tan felices, donde habían desgranado momentos maravillosos de su vida, sin embargo sus locuras desmontaban al unísono aquella vida de felicidad aparente, ¿dónde se dirigían sus vidas?, pensaba Chari. Ni ella misma lo sabía, tenía en esos momentos tal vacío en su mente que le anulaba todo su pensamiento, su ver el más allá de ese instante.

Al rato y aún en ese silencio que les imponía su estado, Luis posó su mano en la mano frágil de su novia y así la retuvo un rato encima de ella, queriendo transmitirle calor y confianza, que ella inmediatamente agradeció mirándole a los ojos como siempre hacía.

Conforme se iban alejando de Barcelona, iba disipándose la eterna niebla de la gran urbe y al mismo tiempo se iba diluyendo el estado de shock que ambos sentían, iniciando una conversación vana, fútil e intrascendente, como "qué buena mañana hace, no crees", "no creo que llueva", pero qué más les importaba a ellos que lloviera o no, de alguna manera había que matar la sensación de ahogo que sentían desde la amarga despedida, pero al menos lo intentaban.

Eran los primeros días del mes de junio y a esa hora de la mañana el calor ya empezaba a sentirse. El vehículo se deslizaba suavemente por aquel buen firme de la autopista, a pesar de que iba hasta arriba de trastos, de equipajes. La verdad es que estaban locos; ¿hacia dónde se dirigían?, ni ellos mismo lo sabían, conocían el pueblo pero no conocían nada más. Desde ese momento todo iba a ser nuevo, inédito y ellos unos principiantes en la dura vida que habían escogido llevar a cabo.

Hasta Chari, en un momento determinado y sumida en una laxitud extraña, estuvo a punto de decir a Luis que diera la vuelta, que no estaba preparada para ello, pero eso fue sólo un pensamiento, una reacción pasajera y de falta de sentido a esas alturas. Inmediatamente rogó a Luis que en el primer bar de carretera parara que quería tomar un café con leche que le hacía falta.

Sentados en una mesa junto a la ventana que daba a la carretera y con un fondo brumoso por el que ya asomaban algunas montañas, entre las que seguramente algunas serían las suyas, saborearon un café con una ensaimada que aparte de subir un poco su estado de ánimo, les calmó ese apetito que los mismo nervios e inquietud les producía.

El vehículo enfiló nuevamente su ruta y al poco tiempo, después de rodear Lérida, tomaron dirección norte, rumbo a las montañas que ya empezaban aparecer en la lejanía como una mancha quebrada en el horizonte.

Luis, riéndose y mirando a Chari, se atrevió a decir:

—Espero que hayan llevado el colchón que pedí, dije que lo dejaran en Serrabe, en la casa de Perico. Se me olvidó haber llamado ayer al establecimiento para confirmarlo.

—Mira que si tenemos que dormir en el suelo —se rió Chari, como si le hubiera pasado el sopor amargo del comienzo del viaje.

—Ja, ja, ja, tendría gracia —se rió nuevamente Luis, contribuyendo a que se hiciera más palpable la distensión, que afortunadamente empezaba a aflorar.

—Oye, Luis, tengo una duda, ¿los móviles funcionarán allí, tendrán cobertura?, preguntó llena de intriga.

—Tranquila, cariño, lo probé el otro día que estuvimos y efectivamente funcionan y me quitó un gran peso de encima, ¿no te lo había dicho?

—No, no me lo habías dicho, pero si es así no sabes con la tranquilidad que me dejas —dijo dando un respiro Chari.

—No ves, preciosa, como todo se va arreglando. Además tenemos que confiar en Perico, ha sido como una fuente encontrada en el desierto.

—Pues la verdad que así es. Estoy deseando verlo. No sabes la tranquilidad que me produce su presencia —dijo como lo sentía Chari.

Cada vez el azul turbio de las montañas se veía más cercano, aunque sabían que aún tardarían en llegar un rato. Aquellas alturas imponentes engañaban, te crees que las tienes ahí al lado pero en realidad aún se encuentran lejos. Ambos, cada uno por un lado, notaban que ya tenían ganas de llegar, de querer empezar, de saborear aquella nueva vida, aunque ella no estaba tan convencida de que aquello fuera un jardín de rosas. Sí, a lo mejor sí, pero con espinas, eso sin duda alguna. Pero bueno, el amor que sentía por Luis anulaba todas sus vacilaciones.

Luis puso una canción en el CD, una de aquellas canciones que él sabía que le agradaban a la chica que más quería y al momento sonó el comienzo de la melodía e inmediatamente Chari volvió la cabeza hacia él y dijo:

— No sabes tú nada. Menudo eres, ¿qué, quieres ganarme con la canción que me gusta?, ¿eh, tunante? —rió ella con cara de niña pícara.

—Me has cogido. No eres lista ni nada; a ti no hay quien te engañe, pájara.

Todo había cambiado como la noche al día. Era la hora de aferrarse al presente y al futuro que ya lo tenían allí con sus fauces abiertas mostrando sus dientes afilados, viéndoles llegar. Hasta parecía que las montañas tenían ojos, aquellas montañas cada vez más cerca que les desafiaban como tigres y que parecía querer devorarlos.

XXIII

Alrededor del mediodía llegaron a Serrabe. Las calles estaban casi desiertas, pues se suponía que las gentes estaban encerradas en sus casas, reponiendo fuerzas. Pasaron por la plaza del pueblo y allí estaba, como esperándoles, el perro dormitando en el suelo, que se levantó al oír el ruido del automóvil, con un andar cansino y pausado, acomodándose nuevamente en los soportales.

Bajaron por una calle que salía de la misma plaza, rumbo a la casa de Perico y aparcaron junto a la puerta de entrada. Bajaron, estiraron las piernas y los brazos y Luis golpeó con la aldabilla de hierro fundido en la puerta de madera. Lo normal es que estuviera allí en el pueblo descansando a esa hora, pero nadie le abrió, llamó más fuerte esta vez y tampoco obtuvo respuesta. Se miraron los dos y Luis pensó "¿te apuestas que está arriba en la aldea?", "qué tío, de estos ya no quedan".

Acto seguido y en una acción espontánea, cogió con una mano el rostro de Chari y le dio un suave beso, cosa que agradeció ella sin decir una palabra, sino con el brillo de sus ojos verdes dorados por el reflejo de sus cabellos y le dijo:

—¿Te das cuenta de que en este preciso momento, cuando tomemos la dirección de tu pueblo homónimo, en ese preciso momento empezará la forma de vida con la que siempre he soñado y muchas veces la que no me ha dejado dormir? Me siento nervioso, con una excitación que nunca hasta la fecha había sentido, ¿tú me comprendes, mi amor?.

—Claro que te comprendo, cariño, cómo no te voy a comprender. Te he entendido siempre, desde el primer día que me lo insinuaste. Pues bien, ahí enfrente lo tienes, úsalo. Mejor dicho, vamos a probarlo los dos —dijo no sin impaciencia Chari.

El coche enfiló al momento el camino que se dirigía a la Puebla de Chari. Dentro, como dos autómatas e introduciéndose por una empinada ruta en las entrañas de las montañas, callados, mudos, masticando el silencio que sus mentes al unísono les imponía, transitaban muy despacio, observando todo lo que dejaban a su alrededor, percibiendo una vez más el sonido de la voz del agua que se estampaba sobre las rocas procedentes de las alturas, pareciendo que les daban la bienvenida a aquellos parajes agrestes. La belleza en ese momento no la percibían, enfrascados como estaban cada uno en sus pensamientos. Aquello que estaba experimentado en esos instantes, seguro que no lo olvidarían nunca.

Una bandada de pájaros de color blanco y negro fue como siguiéndoles con sus cantos unos metros. Debía ser su cariñosa bienvenida, y desparecieron al doblar la curva en la que muy apretadas aparecían las viejas casas de Sasué "La Puebla de Chari". El vuelco al corazón lo sintieron los dos al mismo tiempo, disparándose sus palpitaciones y produciendo como un eco en las paredes rocosas de las inmediaciones.

—Por fin —acentuó Luis como gritando y dando rienda suelta a la adrenalina que llevaba mucho tiempo presa y comprimida en su cuerpo. —Este momento lo he soñado muchas veces, es idéntico. Gracias, cariño mío por haberme

acompañado, te quiero, te quiero mucho —siguió diciendo preso de algo que no sabía explicar, como una especie de locura y perturbación.

Bajaron y lo primero que observaron es que Perico ya bajaba, cruzando el puentecillo corriendo, pero cómo podía tener esa agilidad con su edad, perdiendo el sombrero pero obviándolo. Volaba a su encuentro y los abrazó con todo el cariño del mundo. Era imposible en ese momento que existiese en la tierra nadie más feliz que Perico. Aquellos forasteros que habían venido a "usurparles" su pueblo de siempre tenían la culpa, la culpa bendita de hacerlo a él tan feliz.

Inmediatamente, Chari sacó de su mochila la cámara fotográfica y la colocó sobre una piedra e instó para hacerse una foto los tres juntos y así inmortalizar ese acto, esa conquista de aquella aldea escondida y olvidada del Pirineo. Cuando la tuvo enfocada se puso en medio de los dos y al momento quedó perpetuada aquella imagen, que a buen seguro con el tiempo tendría un valor nostálgico inmenso.

Los miedos, las vacilaciones, las dudas y el nerviosismo que sentían los dos hace un momento, habían desparecido por completo, y el entusiasmo había ocupado su puesto. Sin duda era Perico el causante, con el halo de seguridad y felicidad que transmitía. En ese momento era todo regocijo de encontrarse aprisionados y abrazados por las cumbres de aquel paisaje escarpado, silvestre y sobre todo verde como las esmeraldas que eran las paredes de su nuevo hogar, donde tendrían que dar acomodo a su existencia.

Chari asió a Perico de la mano y trató de apretársela con sus manos débiles y frágiles de niña con un enorme cariño que él percibió, dedicándole una sonrisa que ella nunca olvidaría. Se dirigió a la casa, a su hogar de ahora en adelante.

Luis montó en el auto y lo aparcó a la puerta del hogar donde procederían a bajar todo el equipaje. Viendo subir a los dos agarrados de la mano por la tímida cuesta que venía del puente y del riachuelo, que sonaba parecido a voces que surgían de sus aguas, sintió una alegría, una paz y un cariño como nunca había sentido. Esa era precisamente la libertad a la que había aspirado siempre, tenía ganas de gritarlo muy fuerte en ese instante, de chillar hasta que reventasen sus pulmones, que supiera el mundo entero dónde estaba, quién era él: la persona más feliz del mundo, dueña de las montañas inmensas y de los torrentes de agua de color azul y blanco que lanzaban aquellas cumbres. Sasué, el perro diminuto, con un andar más firme, apareció y mordisqueó su calzado y jugaba a su alrededor, mientras la pequeña aldea resucitaba después de su muerte, volvía a la vida, a su vida anterior.

XXIV

Aunque todo era viejo y usado, desde la estancia hasta el objeto más insignificante, a Chari y a Luis les resultaba todo como si lo fueran a usar por primera vez, como si todo fuera de estreno. Pasaron dentro el equipaje y después ya tendrían ocasión de distribuirlo y poner cada cosa en su sitio y organizarse aunque ello se haría sobre la marcha.

Luis andaba como loco, en un estado de euforia que era muy difícil de explicar. Parecía otro. Como si recluido muchísimo tiempo hubiera recuperado la libertad en ese instante. Entraba y salía y no paraba ni un momento, en un estado que contagiaba a Chari y a Perico, aunque este último le decía que se tranquilizara, que allí iba a tener todo el tiempo del mundo. En un momento determinado se dieron cuenta de que el estómago les hacía cosquillas pues era mediodía y tendrían que comer algo.

En el salón-cocina, lugar donde también se encontraba el hogar de la lumbre, hacía un fresquito muy agradable, así que improvisaron una comida con los alimentos imperecederos y algo de conservas que allí guardaba Perico; lo regaron también con un vino de una garrafa que había subido del pueblo y ese momento de la comida fue un rato maravilloso, íntimo, el principio de muchos momentos iguales que iban a tener a partir de entonces.

Al final Luis propuso un brindis, para que la estancia resultara lo más agradable posible y para que formaran una gran familia, por lo que con un aire mezcla de seriedad y sonrisa, dijo levantándose y mirándolos:

—Mi querida Chari y mi querido Perico, no sabéis lo feliz que me siento estando aquí sentado con vosotros. Pido y rezo que esta unión, en este lugar al lado de las montañas, nos sea agradable a todos y que sea el comienzo de una parte de nuestra vida que nunca lleguemos a olvidar.

Dicho esto, se levantaron, juntaron sus vasos y brindaron, bebiendo un pequeño sorbo, llenos de emoción, sintiendo que en ese instante sellaban su llegada a aquel lugar, donde lucharían por su existencia día a día, buscando la libertad que sólo allí podrían encontrar.

La tarde fue muy movida, con el afán de querer dejar cada cosa en su sitio, y aun así Chari pensaba y dudaba "¿qué sitio es para cada cosa?". Eso de pasar en un momento a ser la única mujer de la casa, la que dispondría de muchas cosas a su cargo, mira que si le venía demasiado grande, ella que en su vida siempre todo lo había tenido solucionado, sin preocuparse de lo más mínimo. Aquí la cosa cambiaba por completo, con su parte de responsabilidad que le tocaba, pero ella en el fondo tenía fe en su fuerza, aunque aparentemente parecía débil. Mas era engañoso, sabía que era fuerte, no en fuerza física pero sí mental que era lo importante. Así pues, intentó autoconvencerse y no cabía la menor duda de que lo conseguiría.

Lo que no se explicaba era lo feliz que se sentía en esos momentos, todo lo contrario a las sensaciones que había tenido esa mañana al levantarse y al despe-

dirse de su padres. Cómo había podido dar ese cambio en tan pocos horas, y es que parecía que cada vez que respiraba el aire limpio, nuevos brotes de vida e ilusión le crecían en su cuerpo, teniendo claro que observando a su querido Luis en aquel estado de delirio, ella era totalmente feliz.

Perico estaba radiante, sólo deseaba que los dos estuvieran cómodos, que en ese momento no les faltara de nada y haciendo todo lo posible para que así fuese. Sus pequeños ojillos relucían de felicidad y estaba pendiente de todo, dándoles la acertada explicación de lo que en cualquier momento surgía. Una nueva vida le salía al encuentro, se había topado con ella y no la podía desaprovechar, como el último tren que pasaba por su estación y que había escogido su pueblo como destino final. En su mano estaba que los dos jóvenes se sintieran allí como en el cielo, con su experiencia y su sabiduría que le daban ya tantos años. Él sería su maestro, pues se lo debía al ser los culpables de que le hubiera nacido otra vez la ilusión como a un niño.

Pero también sabía que, conocedor de aquel contorno, no todos iban a ser momentos de bonanza como aquél. Sabía que habría otros y seguro estaba de que la vida no la verían igual, y que en esos momentos sería cuando habrían de ser fuertes y para ello él tendría que infundirles el ánimo necesario.

Luis, por su parte, estaba como ausente, en una especie de ausencia maravillosa, saliendo de la casa con una rapidez sorprendente, mirando el alto horizonte de aquellas bellas montañas, no creyéndolo, y entrando de nuevo y miraba a los dos como queriéndoles transmitir la dicha que percibía. No era posible que estuviera allí, dueño de su existencia y dueño de su soledad, lo que siempre había deseado. Allí la tenía y era suya para disfrutarla y para amarla. La mente no le dejaba pensar, quería solucionar ya todos los problemas que se le presentaban en ese momento, aunque sabía que tenía que armarse de paciencia, y que llegarían momentos que no iban a ser de color de rosa, que era los que estaban disfrutando.

Miró a Chari y la vio trajinar de un lado para otro y pensó lo afortunado que era habiendo conocido a esa chica, toda una mujer, a la que había inculcado también esa filosofía de vida que habían emprendido. Si ya la quería un montón, ahora la querría, si cabe más; al límite, con un amor infinito. A ella no le podría falta de nada y menos amor, imprescindible en aquel sitio.

Repentinamente, y como producto de esa alegría que sentía por dentro, Luis empezó a cantar con unos gritos muy fuertes y destemplados, que rebotaron en las montañas, produciendo un eco que parecía burlarse de él por lo mal que entonaba. Perico y Chari se hartaron de reír pues allí nadie les oía. Sólo las montañas y el valle que se extendía aprisionado entre ellas, de ahora en adelante serían los únicos testigos de sus andanzas.

XXV

Ya tenían encima su primera tarde lejos de su hábitat de siempre. Estaban preparados para que cayera mansamente, para verla pasar sin prisas, sin agobios. Era junio, la tarde iba a ser muy larga, de las más largas del año, y quedaban muchas horas hasta que aparecieran las sombras de la noche y los engullera las tinieblas de la montaña. Por eso la querían disfrutar al máximo, como sino supieran que tendrían muchas como aquellas, todas las que quisieran o todas las que soportaran.

Chari no quería pensar en la noche próxima. Le daba algo de miedo, la temía, no sabía cómo explicarlo pero un poco le sobrecogía, le atenazaba el estómago, esperando que no fuera para tanto, pero, ¿a quién iba a temer?, eso es lo que la llenaba de resquemor, el no saber qué le daba miedo de la noche misma.

Dieron los últimos retoques dentro de la casa. El colchón y la almohada los había subido desde el pueblo, cómo no, Perico. En su casa los había dejado una furgoneta, y él mismo, con la ayuda de un amigo que poseía un pequeño tractor, los había subido a la aldea.

Llamó a Luis para que le ayudara a hacer la cama, un catre ancho, como nunca había visto otro, de madera vetusta, pero robusta y fuerte. Y eso que a saber los años que tendría y la cantidad de personas que seguro la habrían dormido utilizado, naciendo a la vida y cerrando por última vez sus ojos; y también lo que habrían soñado en ella.

—Luis, ¿te das cuenta de que es la primera vez que hacemos una cama los dos?, nunca me hubiera imaginado que fuera así y en este lugar.

—Tienes razón, cariño. Seguro que un día lejano nos acordaremos de este momento. ¿A que es preciosa la cama? ¿Has pensado que la usaremos la primera vez como si fuera un matrimonio? —le preguntó Luis, sabiendo de antemano lo que le iba a contestar —Joder, qué cosas; ya ves, lo mismo tú tenías pensado otro momento, el día que nos casáramos y en cualquier habitación de un hotel, ¿no es así?

Pero Chari no le contestó, le miró a los ojos y sonrió, como hacía siempre que daba una afirmación por respuesta. Pero se sentía feliz, así que procedieron hacer la cama, la cama vieja con colchón, sábanas y almohadas limpias, blancas, relucientes y puras como el agua que a pocos metros fluía por el riachuelo. Pusieron una colcha bordada de azul turquesa que ella sacó de una maleta y que él no había visto.

—Es preciosa amor —dijo Luis maravillado.

—Sabía que te iba a gustar, ¿a que queda bonita puesta? —preguntó Chari.

—Me encanta, vamos a dormir aquí mejor que los ángeles en el cielo.

La habitación estaba situada en el piso de arriba a la cual se subía por unas escaleras de madera que partían desde el salón. Era coqueta y espaciosa, con un arcón que debía ser antiquísimo, pero de los que podrían durar toda la eternidad, y amplio donde pudieron dejar mucha de la ropa y efectos que llevaban. También había una percha de pie, grande y asimismo de madera con muchos ganchos; y

una ventana grande y espaciosa por la cual se veía casi toda la parte de enfrente del valle, y las montañas que sin duda verían las primeras nieves que se depositaran en ellas el próximo otoño. Se asomó Chari a ella y alucinó, desde esa altura era la dueña del paisaje, del río y de los montes, absolutamente de todo, sus ojos le brillaban de alegría, de felicidad y llamó a Luis que fuera rápido.

—Ven, corre, mira qué maravilla.

Bajaron los dos por las escaleras, cogidos de la mano como si fueran los peldaños del mejor hotel. Esa iba a ser su casa, gracias al regalo que les había hecho Perico, la mejor persona del mundo, pensó Luis, no podía haber otra pues se había sacrificado por ellos y lo deberían respetar al máximo.

Perico los esperaba abajo, con esa cara risueña que siempre tenía y a sus pies Sasué dando pequeños pasos pero sin retirarse de ellos, sintiendo también su protección como lo sentían Chari y Luis.

—Vamos, os tengo que enseñar muchas cosas esta tarde.

Salieron a la puerta. Soplaba un vientecillo agradable que venía de las cumbres limpias, estaba preciosa la tarde sin apenas una nube, ideal para disfrutarla al máximo. Chari cogió al perro en sus brazos y el animalito comenzó a menear el rabito de gusto cuando sintió el calor de su pecho.

Lo primero que vieron fue donde iba a vivir Perico, en la casa del tío Blas, justo al lado de la suya. Para qué lo iba a negar Chari, eso le daba mucha tranquilidad. Cualquier cosa que necesitaran, con una voz que dieran desde su ventana allí estaría, estaba segura de ello.

El aposento era algo más pequeño, pero lo había dejando muy arreglado Perico, qué manos tenía aquel hombre, cuánta ilusión tenía y qué ganas de amar la vida, la vida que le había dado otra oportunidad.

—¿Os gusta?, también es vuestra casa —dijo con orgullo.

—Nunca podremos pagarte todo lo que haces por nosotros —dijo Chari, mostrando todo su agradecimiento con la mirada.

Al contrario que la otra vivienda, el salón de entrada tenía una habitación contigua, con un camastro que sería donde dormiría su morador; así, en las largas noches de invierno y con el calor del fuego muy cerca, seguro que el frío no lo notaría.

Salieron y atendiendo a una orden de Perico, lo siguieron por el pequeño camino que bajaba hasta el riachuelo, y allí el viejo, intentando poner en su rostro un toque de seriedad que no le salía, les dijo que los tendría que bautizar para luego proceder al empadronamiento. Ambos se miraron como incrédulos, pero viendo la cara de Perico comprendieron.

Como si fuera San Juan Bautista, y el riachuelo el Jordán, tomó un bote que allí había y cogiendo agua cristalina, mandó acercarse primero a Luis y le pidió que agachara un poco la cabeza, sobre la cual derramó unas gotas, al mismo tiempo que decía:

—Yo, Perico, el único superviviente de esta aldea de Sasué, ahora la Puebla de Chari, con este acto, te hago hijo de la misma y te empadrono con estas aguas de las montañas de testigo.

Luis, a sabiendas de que era una escena de broma, no pudo evitar emocionarse un poco y abrazó fuerte a Perico, dándole las gracias al oído.

De la misma forma y repitiendo las mismas palabras hizo lo mismo con Chari, aunque en este caso al mismo tiempo fue "bautizado" el perrito, porque parte del agua fue a caer sobre su suave pelo.

Chari, asiendo la mano al oficiante, le dio las gracias y lo besó.

Sabían que aquel acto, una divertida farsa que no iban a olvidar nunca, era el colofón de su bienvenida a la aldea, como ciudadanos de pleno derecho. Era su pueblo al que amarían siempre.

Pasearon por todo el pueblo, calle por calle. Por algunas no pudieron pasar debido a las ruinas de las casas. Les fue detallando de cada casa quién había vivido en ellas y qué había sido de ellos; y que algunos vivían fuera y que seguramente por curiosidad y por nostalgia alguna vez les visitarían.

Pasaron por las puertas del cementerio e inmediatamente Chari recogió un pequeño manojo de flores de esa primavera radiante que los envolvía y nuevamente, sobre la tumba de los familiares de Perico, rezó una pequeña oración y depositó el ramillete en el suelo junto a la desnuda cruz clavada en tierra.

—Luis ¿me ayudarás a adecentar la tumba y a limpiar este pequeño camposanto? — peguntó Perico.

—No faltaba más, si quieres ahora mismo —le contestó Luis.

Ante la respuesta el viejo rió y le cogió por el hombro saliendo de aquel sitio sagrado.

Se dirigieron a la pequeña iglesia solitaria donde la cruz de madera carcomida se mantenía milagrosamente colgada de la pared horadada por la lluvia y por los vientos.

Perico, dirigiéndose a una hornacina que había en la pared de la derecha, les explicó:

—Mirad, aquí estaba colocada una imagen pequeñita de la Virgen del Carmen, patrona de este pueblo; os tengo que decir que desapareció, alguien se la tuvo que llevar con el fin de que no se quedara aquí sola. Vamos... digo yo, el caso es que ahora no tenemos ni Virgen ni patrona.

—No sigas, Perico. En el primer desplazamiento, nos haremos con una imagen. No se hable más —dijo con autoridad Luis.

Salieron a la puerta. La tarde iba pasando lánguida por el sol que se había desplazado un trecho en su camino. Unos pajarracos, que debían ser muy grandes por la distancia que se encontraban, daban vueltas en círculo alrededor de unos pinos altos y negros. La aldea, a los pies de la iglesia, parecía que les observaba a los tres con sus ojos que eran las ventanas, mientas Chari hacía carantoñas a Sasué.

Chari se dio cuenta, y así lo hizo observar, que desde aquella posición se veía el pueblo de Serrabe, algo que le alegró, como si fuera el único hilo que los ataba a la civilización, seguro que subiría allí muchas veces más.

Mientras, la tarde seguía caminando cansina, acompañando al río abajo.

XXVI

Luis y Chari iban a experimentar una incidencia nueva. Como era natural, querían ducharse, lo necesitaban, y ahí empezaban los problemas, pero Perico no se preocupó ni lo más mínimo: al momento allí lo tenían con un buen haz de leña debajo del brazo que había cogido de un gran montón almacenado en un corral cercano. Y como en un alarde de magia, sacó una caldera grande, hizo fuego en el hogar con unas piñas secas y en poco tiempo tenía allí una fogata que los dejó boquiabiertos; colocó en unas grandes trébedes la caldera llena de agua del río que había traído Luis con dos cubos en varios viajes. Sólo quedaba esperar un ratito a que el agua estuviera en su punto, lo que sucedió mucho antes de lo que esperaban.

Con el agua caliente y en los mismos cubos de cinc que se trajo, y por mediación de una escalera, llenaron la inmensa garrafa de plástico que se encontraba boca abajo, a la que aun tuvieron que añadir agua fría para que tomara la temperatura ideal.

La ducha estaba situada en una cuarto lateral de la casa y Perico había adecentado el sitio lo mejor que había podido, pero poco a poco lo intentarían poner más cómodo.

El primero en hacerlo fue Luis y fue una experiencia encantadora, el agua salía con la intensidad que él quería, sólo con darle vueltas al tapón, en su vida se había dado una ducha igual de maravillosa.

Después entró Chari e igualmente para ella fue una auténtica delicia. No se lo podía creer. Era impensable que en aquella casa olvidada fueran a tener casi las mismas comodidades que en la capital, sólo había que buscarse las mañas, de eso estaba segura.

De allí salió reluciente. Se pintó suavemente como a Luis le gustaba, con un fondo de ojos verde débil y con unos labios de color rosa pálido que le encantaba a Luis, bien peinada con sus bucles rubios que siempre llevaba.

Cuando apareció en la puerta, con su sonrisa y la montaña detrás de ella, Luis no salía de su asombro. Allí estaba su amada, con una belleza como nunca la había visto. Juraría que en Barcelona estaba mucho más pálida, allí tenía más cara de niña y más cara de mujer al mismo tiempo

Sólo atinó a decir:

—No sé si te has dado cuenta, estás preciosa. ¿Verdad, Perico?

—¡Vaya! y que lo digas. Nunca ha habido una chica más linda que tú en este valle, te lo aseguro —dijo con certeza Perico.

—Gracias a los dos. La culpa ha sido de esa ducha que has inventado, es una delicia.

Las sombras de las montañas y los pinos colgados en sus laderas se iban tornando de un color más oscuro, la noche estaba en ciernes. Si querían ir al pueblo deberían darse prisa.

Dejaron al perrito acomodado en una espuerta de paja en la casa del tío Blas y salieron dirigiéndose al vehículo, porque según observación de Luis deberían pasar por el cuartel de la Guardia Civil del pueblo para hacerles saber que ellos eran los que moraban en esa aldea.

El pueblo a esa hora había tomado algo de animación, sobre todo en la plaza porticada donde la gente hacía pequeñas reuniones y hablaba de lo sucedido en el día. Y seguramente en muchas de ellas se hablaría de ellos, como una novedad grandísima dentro de la rutina de aquellos parajes.

Cuando apareció el vehículo por la calle que desembocaba en la plaza, todas las miradas convergieron en él y sus comentarios también. Aparcaron el coche allí mismo y salieron. Perico no cabía en sí de gozo, todos le saludaban según se iba acercando y a todos presentaba a sus acompañantes. Al final, casi toda la plaza estaba allí con ellos, y todos deseado saber algo.

Perico, como pudo les dijo:

—Escuchad, como creo que sabéis, estos son Chari y Luis, que han tenido la gran idea de venirse a vivir a estas tierras, y al mismo tiempo me han dado la gran alegría de poder irme a vivir a mi antiguo pueblo con ellos. Así que ya los conocéis, espero que los tratéis bien pues son unas grandes personas, lo mejor que podía venir por aquí. De ahora en adelante lo comprobareis, ¡ah! se me olvidaba, el pueblo ya no se llama Sasué, lo hemos cambiado por La Puebla de Chari, en honor a esta chica y porque he querido yo, vaya.

Algunos hasta aplaudieron; otros les dieron la mano, quedando absortos por un momento con la belleza y feminidad de Chari. Como una chica tan preciosa había tomado la determinación de irse a vivir allí, pensaban. La vida tenía esas cosas que nadie entendía.

Perico abrió paso y se encaminaron al cuartel, al que llegaron de inmediato. Había que hacer las cosas legales, era lo correcto.

En la puerta, estaba un guardia que saludó a Perico.

—Vaya, Perico ¿qué te trae por aquí?

—Pues mire, jefe, a presentar a mis nuevos vecinos —replicó el viejo.

—Pasad, ahí dentro está el sargento Lerín, él os atenderá en todo lo que queráis —respondió cortésmente el guardia Bermúdez.

Pasaron por un pequeño pasillo hacia un recibidor, en el que se podía leer "Cuerpo de Guardia", y allí sentado detrás de una mesa se encontraba el sargento que alzó la vista y notó su presencia,

—¿Da usted su permiso, mi sargento? —preguntó Perico.

—Cómo no, Perico. ¡Joder, qué alegría! ¿Qué haces por aquí?

—Pues ya ve, mi sargento, a presentarle a unos amigos —le contestó Perico.

El sargento se levantó diligente y con cortesía tendió la mano a los visitantes.

—Son Luis y Chari, y aunque no lo crea, son ya de hecho mis nuevos vecinos en Sasué, perdón, mi sargento, ya no se llama Sasué, le hemos cambiado el

nombre por el de La Puebla de Chari, en honor a esta chica tan preciosa —dijo lleno de orgullo Perico.

Ella notó como un pequeño rubor le llegaba a su cara, pero no apartó la vista.

—Sí, ya había oído eso, por aquí las noticias vuelan, pero yo la verdad sea dicha, ni me lo creía. Quién podía ser el osado que fuera a vivir a ese pueblo olvidado, ¿se lo han pensado bien?, y con respecto al pueblo, por mí le podéis poner como queráis, es vuestro, pero dejad que os diga que sois unos valientes, y no porque por allí ronden los delincuentes ni mucho menos. En fin, que en cierto modo os admiro y también os envidio; en cuanto mis obligaciones me lo permitan os haré una visita, y a mis guardias les ordenaré que pasen por allí de vez en cuando —dijo con cariño el sargento.

—Muchas gracias, muy amable —contestaron al unísono los dos jóvenes, como si se hubieran aprendido el guión con las palabras que tenían que contestar.

Se despidieron, y volvieron hacía la plaza que seguía recibiendo más gente. Se metieron en el bar para tomarse una cervecita y al entrar los tres, quedó le local en silencio, que fue roto por Luis con un "buenas tardes" dicho con una sonrisa, mirando a todos al mismo tiempo y fue respondido con otros "buenas tardes" por los allí presentes como si del mejor coro se tratara.

Del fondo del pequeño bar, se oyó una voz:

—Alicia, a estos señores sírveles lo que deseen, están invitados —dijo sentado Román El Duro.

Luis, al oír esa voz reconocida, volvió la vista y le vio, pidiéndole que les acompañara en el mostrador. Cuando llegó le dio un abrazo y Chari la mano.

—Qué alegría me das de verte, Duro.

—Sed bienvenidos. Os tengo que decir que aquí sois como unos héroes, mucho más, diría yo. La gente aún no se lo llega a creer, de verdad os admiran —les comentó El Duro—. Además, os repito como ya os dije la última vez que vinisteis, estoy a vuestra disposición y no sólo yo, sino toda mi cuadrilla— agregó con una sinceridad total.

—Gracias, Duro, pues posiblemente tenga que pediros ayuda y allí os invitaré a unos buenos vinos ¿vale? —dijo con convicción Luis

Todos quedaron de acuerdo; se tomaron unas cervezas y se despidieron de los allí reunidos, saliendo a la plaza. La gente les volvió a mirar con caras de cariño, montaron en el vehículo y desde la ventanilla dijeron adiós. El perro por su parte, en el centro de la plaza sentado, meneaba el rabo, ¿sería casualidad?

El coche volvía a introducirse nuevamente entre las montañas, aquellas cumbres que iban envolviéndose en sombras fantasmales y que cada minuto cambiaba a otro color de más sombras aún. El horizonte estaba precioso pero con un silencio total, sólo alguna vez roto por el graznido de algún pajarraco que debía confundir la noche con el día y por el aullido de cualquiera sabe qué animal.

XXVII

Llegaron al pueblo que parecía más solitario que nunca. Con las primeras oscuridades de aquel valle, las montañas de un color casi negro se asemejaban a gigantes al acecho. La triste noche caía sobre él con sus tristes garras, con sus tenebrosas zarpas, que lo envolvían en un manto de misterio. Únicamente el cielo cargado de millones de estrellas que empezaban a asomar con destellos del más puro platino, que se encendían y se apagaban, y una luna en cuarto menguante que asomaba débilmente con un halo enigmático.

Menos mal, pensó Chari, que tenían al lado a Perico, que le infundía una tranquilidad impagable. A la puerta de la casa, miró al valle fundiéndose todos los colores que había tenido durante el día en un negro cada segundo que pasaba más impenetrable, sólo acompañado de las candelitas que proporcionaban las estrellas allá arriba y los cuernos de la luna que no hacían más que darle reflejos a la opacidad. La noche era preciosa, había que observarla; ver cómo las estrellas con sus guiños surcaban el firmamento. Se encontraba ella ante la inmensidad, con una especie de asombro mezclado con el nerviosismo que le producía el escuchar los sonidos de las aves nocturnas y de otras alimañas.

Lo primero que hizo Luis fue sacar la botella de camping-gas e instalarle la pantalla de luz, inmediatamente todo parecía que había cambiado debido a una claridad suficiente que se adueñó del interior de la casa, otra vez el optimismo, mezclado con un no se qué de desazón, les rondaba.

Perico se dispuso a preparar la cena. Encendió fuego en el hogar y al momento estaba preparando una sopa de sobre calentita que seguro que les vendría muy bien, además de freír unos huevos y unas patatas en una sartén que a saber los que tendría que haber frito ya otras veces.

De momento Chari se acordó de que tenían que llamar a casa. Madre mía, se les había olvidado por completo, ¿sería posible?, así que cada uno por un lado se pusieron en contacto con sus familias, les contaron casi con las mismas palabras todas las aventuras y trataron de tranquilizarlos, infundirles ánimos. Que estaban en un paraíso, que todo lo habían solucionado muy bien, dejando a la familia sumida en una tranquilidad, claro está muy relativa. Seguro que con el tiempo lo asumirían.

—Llamadnos todos los días —le suplicó implorante la madre de Chari.

—Descuida, mamá. Lo haré, no te preocupes. Un beso muy grande y otro a papá, os quiero —les dijo Chari con un cierto nudo que se le iba tejiendo en su estómago.

Luis ya había terminado. Más parco en palabras pero no por eso menos tranquilizador, y a fe que lo había conseguido, les dijo que no tenían ningún problema, también gracias a la ayuda inestimable de Perico.

Mientras se hacía la cena, la pareja salió a la placeta de la puerta y abrazados contemplaron el hermoso cielo plagado de puntos brillantes. Escudriñaron y encontraron dónde estaban la Osa Mayor y la Osa Menor que se apreciaban con

una nitidez total, y hasta tuvieron tiempo de ver una pequeña cometa que surcaba el éter buscando al parecer otra posición más cómoda con el fin de poder observarlos a ellos mejor.

El silencio se podía oír, se masticaba Había una paz y una tranquilidad que ni se podía describir con palabras y allí permanecieron abrazados, hasta que la voz de Perico, que provenía del interior, les llamaba para cenar.

Sentados los tres alrededor de la mesa y al amparo de la luz de aquella botella azul, dieron cuenta de la cena maravillosa que les había preparado su ángel de la guarda, que se encontraba disfrutando del momento como ellos.

—Mañana celebraremos la inauguración de nuestra estancia aquí con una buena botella de cava de las que me he traído. Se me olvidó sacarla y ponerla en el río, que no se nos olvide —les dijo Luis, saboreando al mismo tiempo la última mojada de pan y huevo que le quedaba.

—¿Qué os parece si salimos fuera un rato? Me da la impresión de que no hace frío esta noche, seguro que estaremos bien —señaló Perico con esa cara de felicidad que siempre llevaba.

Dicho y hecho, con la ayuda inestimable de la lámpara, se sentaron en el umbral de la puerta, acompañados de Sasué que ya estaba con ellos desde que llegaron, haciéndoles cosquillas en los pies con su hociquillo y correteando con un pequeño trote.

Luis estaba extasiado, le parecía que la noche era menos negra que antes o podía ser que las estrellas según avanzaban los minutos transmitían más luz. Lo cierto es que podía divisar el contorno de las montañas, percibiendo en su interior que lo que estaba experimentando en esos momentos era lo que había soñado siempre: ser el amo de su vida, el amo del paisaje que le rodeaba, el amo de él mismo, en fin, el dueño de su libertad y verla y palparla como estaba haciendo en ese preciso momento.

Chari, sentada junto a Luis, miraba su cara pálida producto de la luz de la lámpara y lo observaba sin que se diera cuenta leyendo los pensamientos que le cruzaban su mente. Muy segura de lo que su novio, cuando ponía esa cara, estaba pensando.

Miró también a Perico que lo tenía enfrente y notó su expresión, de una paz que sólo un hombre de su edad, en el ocaso de su vida, podía tener. No hacía falta preguntarle qué sentía, su cara lo decía todo.

En ese estado de lasitud conjunta, Chari se removió en la silla presa de un susto debido al aullido estridente de un animal que parecía estar a escasos metros. Miró temerosa a Perico.

—No te preocupes de nada. Eso ha sido un lobo, no tengo duda, pero aunque parece que ha sonado cerca, está lejos, en la noche los sonidos engañan —la tranquilizó y siguió—: Esto lo oirás muchas veces, seguro que te acostumbrarás y además tengo que decirte que estos animales nunca bajan al pueblo y menos con habitantes, así que tranquila.

Aquella velada, por ser la primera que hacían, en la soledad de las estribaciones de la cordillera, en aquella aldea abandonada nunca olvidarían en su vida,

era como un regalo que Dios les concedía, la verdad es que estaban empezando a ser felices, ojalá durara mucho esa situación pues seguro que vendrían otros tiempos.

Antes de irse a la cama, Perico les hizo saber que al día siguiente, a poder ser por la mañana, bajarían al Ayuntamiento, para realizar las formalidades de su estancia allí, ya que administrativamente la aldea dependía de Serrabe. Además irían a comprar víveres al pequeño supermercado.

Así estuvieron aún algún tiempo, pero ya empezaban a estar algo cansados, debido a las emociones que habían sentido a lo largo del día y que hacía que se sintieran algo rendidos, por lo que decidieron irse a la cama suponiendo que mañana sería otro día, seguramente cargado de emociones y nuevas vivencias.

Chari se dirigió a Perico y le dio un beso de despedida en la mejilla, al instante sus ojos se tornaron vidriosos que aún parecían más por el reflejo de la luz de la lámpara. Este les deseó igualmente que pasaran una buena noche y marchó hacia la casa de Blas, con un nudo muy fuerte en el estómago por la sensación que había sentido con el beso de aquella chica que no la había notado en su vida. El amor que le demostró tampoco. No había tenido hijos, nunca pudieron besarlo así de esa forma y al final una lágrima surgió de sus arrugados ojos. Ese beso de despedida y de agradecimiento era un regalo del cielo, de los hijos que nunca tuvo.

XXVIII

Al introducirse Perico en su casa, Chari y Luis sintieron en ese instante como si toda la soledad del valle cayera de golpe sobre ellos, como si los aplastara con sus manos negras, frente a la inmensidad de la noche, en el centro de sus tinieblas, con miles de luceros observándolos con sus pupilas fluorescentes. Ella se abrazó fuertemente a Luis, le apretó casi hasta hacerle daño, lo quería sentir muy cerca, quería su protección.

Aún estuvieron un minuto en esa posición, oyendo el silencio sepulcral de la grandiosidad de esas montañas negras, percibiendo el sonido del discurrir de las aguas vírgenes al chocar contra los guijarros del fondo del riachuelo, que no paraba durante la noche y que daba la sensación de que aún se escuchaba con más fuerza. Aquello era maravilloso, pero también sentían como un poco de respeto, por ser la primera noche y Luis, en un alarde de valentía le dijo a su compañera:

—Chari, ¿nos damos un paseíto?

—Calla, ni loca. Ni tú tampoco. No quiero que me dejes sola.

Él se rió mientras la agarraba fuertemente y allí mismo, ante la negra noche como testigo, juntó sus labios con los de ella, fundiéndose en un largo beso mientras le decía:

—Chari, mi amor, nunca te dejaré. Ni un segundo.

Los ojos de Chari brillaban más que nunca, como los de un felino en la oscuridad. Luis acercó sus labios y besó aquellos ojos que también eran los suyos.

Cogieron la lámpara y se introdujeron en la oscura mansión. Al momento se inundó de luces pálidas y de las sombras alargadas de sus cuerpos que les seguían por donde iban. Chari no se separaba de él, fuertemente agarrado, presa de una especie de miedo que no la dejaba respirar. Subieron escaleras arriba y cruzaron la puerta de su habitación la cual hizo un ruido al abrirla que a Chari estremeció un poco. Luis pensó que habría que engrasarla, otro día lo haría.

Pusieron la lámpara en una mesa la cual despedía una claridad tranquilizadora, y se miraron a los ojos, con ese amor que se transmitían mutuamente y que ahuyentaban al miedo que por allí rondaba.

Abrieron la cama que emanó efluvios de blancura intacta y virgen, y se acostaron. La cama chirrió también lo cual puso más nerviosa a Chari, abrazándose a él en un intento de sentir su protección, su defensa, notando una especie de refugio en sus brazos.

—No temas, estoy aquí contigo, tranquila —le susurró al oído con el fin de tranquilizarla.

—Sí, sí, cariño, pero es que no lo puedo evitar —le contestó Chari apretándose si cabe más contra él.

Luis estiró el brazo y apagó la lámpara. En ese momento la estancia se llenó de tinieblas, sólo un haz de luz muy tenue traspasaba la ventana, reflejo de la media luna y las estrellas del firmamento que iban a vigilarlos y velarlos durante la larga noche.

Luis le quiso expresar todo su amor, con la mima dulzura que lo hacía siempre, y Chari le dio un beso en los labios. Con una voz acaramelada y llena de cariño, le susurró:

—Mañana, mi amor, mañana.

Sería la primera vez que iban a rezar en una cama, y así lo hicieron con un Avemaría, prometiendo ella que lo harían todas las noches al acostarse. En ese momento y al mirar a la pared de enfrente se dieron cuenta de que había un crucifijo negro, intuyendo que los antiguos moradores de la habitación muchas veces también habrían rezado delante de él.

A pesar de todo, aun con un débil temor en sus adentros, Chari se quedó durmiendo en pocos minutos. El cansancio y el estrés de día la habían rendido, Luis escuchaba su respiración tranquila y acompasada y miraba su rostro juvenil en aquella penumbra de la habitación.

Por su mente pasaron miles de pensamientos, allí estaba con su chica, esa chica de cuerpo y apariencia de cristal y mente del más firme acero, aquella joya tan fuerte y tan reluciente como el mejor diamante, en el corazón de aquellas montañas, buscándose a si mismo, queriendo encontrar esa liberación que venía persiguiendo hace ya mucho tiempo, en descubrir esa soledad y autonomía propia y que allí la tenía presente mostrándole toda su negra cara y sus afilados dientes.

Los dos durmieron plácidamente y así hubieran estado por mucho tiempo, ni el torrente de luz clara que inundaba la habitación les había apeado de sus sueños. Sólo el trajinar de Perico por la planta de abajo les despertó. Cómo había cambiado su habitación de la noche al día, como si toda la claridad del valle que manaba en esos momentos llenara de color la casa. Y ese color había entrado en ella con una luz que les llenaba los ojos y les cegaba.

Sólo por experimentar lo que estaban ahora viviendo ya había merecido la pena desplazarse hasta allí. Chari fue la primera que se levantó y cómo no, se dirigió a la ventana y todos los rayos de luz se estrellaron contra su rostro que se iluminó, volviéndose hacía Luis que sólo se le veía la cara entre las sábanas:

—Vamos dormilón, ven, corre, y vas a ver lo que no has visto en tu vida —le gritó cariñosamente.

La visión del valle era preciosa. Todos los reflejos que salían de las montañas, sus rocas, sus pinadas comprimidas de un color verde que descendía desde lo alto, su río de agua cristalinas que bajaba como columpiándose entre peñascos y pozas fundidas, haciendo juego con el color azul y nítido del cielo, hacía que los ojos de ambos, que lo observaban, se recrearan en un espectáculo difícil de imaginar. Era una visión de cuento semejante a aquellas postales que vendían en los puestos de Las Ramblas y que algunas veces se habían parado a ver. Estaban en el paraíso, la verdad era que sí.

XXIX

La luminosa mañana había elevado el ánimo a los solitarios vecinos de la aldea. El valle, desde la puerta del domicilio, se mostraba en todo su esplendor, en toda su belleza. El sol aún se encontraba agazapado detrás de las montañas, no había entrado en el espacio de cielo que ellos tenían reservado, pero su luz precursora de una pronta terminación de la primavera, inundaba ya gran parte del mismo, ofreciendo una diversidad de colores y sombras.

Ante ellos se presentaba otro día lleno de libertad, otro más lleno de aventuras, aunque las peripecias para ellos consistían solamente en ser los afortunados pobladores de aquellas tierras escarpadas que parecían salidas del paraíso y del que teóricamente se encontraban en el cielo.

Después de la primera noche que a Chari le había supuesto toda serie de temores, sobresaltos y algo de miedo, el nacimiento del día había borrado todas las huellas que la noche hubiera dejado en su subconsciente. Su cara rebosaba optimismo y felicidad, su rostro hacía juego con la belleza del valle, llegándose a confundir las dos bellezas y mezclarse en una sola. Vivía en esos momentos en un estado de excitación que no podía disimular su euforia, sus ganas disfrutar de sus vidas, del paisaje, y en esos momentos se acordó de su familia. Así pues sacando el móvil que llevaba en uno de los bolsillos de su pantalón vaquero, se puso en contacto con ellos para contarles lo feliz que era en esos momentos y así ellos, dentro de su pequeña tristeza por su ausencia, les llenaría de alegría.

—Hola mamá, buenos días, ¿cómo estáis?

—Hija mía, qué alegría me das. Muy bien, no te preocupes. Y vosotros, ¿os pasa algo? —contestó un poco extrañada por la llamada su madre

—No, mamá, al contrario. Te llamaba para decirte que estoy encantada en donde estamos. Tendrías que ver lo bonito que es todo esto, hace una mañana preciosa y creo que estamos en el lugar más bonito del Pirineo y del mundo. Lo inexplicable es que no haya venido a vivir alguien antes de nosotros. Tenía tantas ganas de que lo supieras que por eso te he llamado. ¿Y papá?

—Ya se marchó a la tienda, pero se lo diré en cuanto venga. Seguro que también se pondrá muy contento —le contestó su madre con palabras llenas de emoción.

Hablaron un poquito más pero Chari pensó que tampoco deberían gastar mucha batería, aunque que pensó no significaba problema alguno y eso daría ocasión de bajar al pueblo y romper la monotonía que posiblemente alguna vez sentirían.

Chari después ayudó a Perico a hacer el café en un puchero de color morado descascarillado, que ya tendría buena solera como las buenas cubas de roble viejas, por la cantidad de cafés que habría hecho en su historia y puesto en las ascuas semiapagadas de la lumbre.

Toda la casa se llenó de un aroma único. Chari pensó que nunca había experimentado ese olor ni visto hacer café de puchero; por eso, cuando lo probó se

quedó extasiada. Aquel café con leche le supo a gloria, al igual que le pasó a Luis, saboreándolo largo rato hasta que casi se le enfrió.

Perico les pidió que prestaran atención a lo que iba a decir, a lo que ellos extrañados le escucharon.

—Vamos a ver cómo os lo digo. Mirad, yo, como bien imaginareis, tengo un sueldo de jubilado; no muy alto, esa es la verdad, ya que he estado siempre en este pueblo y mi trabajo ha sido el de agricultor y ganadero, pero con él me basta y me sobra para vivir con holgura no teniendo familia. Mi única familia sois vosotros, así que he pensado, y prohíbo tajantemente que os neguéis lo que voy a decir a continuación, que ese dinero mensualmente vaya para sufragar los gastos que aquí tengamos. Habéis oído: es una orden.

—Vamos, calla Perico, no me jodas. Estás loco, nosotros nunca aceptaríamos eso, faltaría más. Ni lo pienses —dijo Luis cargándose de razón, aun sabiendo en su fuero interno que tenía la batalla perdida, ya que su interlocutor era más terco que una mula.

—Estáis sordos, no habéis escuchado lo que he dicho antes. No se hable más, el asunto está zanjado —les contestó Perico con una cara que no admitía más réplicas.

—Nos damos por vencidos, pero eso sí, y por ahí no paso, iremos a medias en todos los gastos ¿vale? —dijo levantándose Luis.

—Bueno, bueno, ya veremos —replicó el viejo no del todo convencido.

Chari se tenía que restregar los ojos. Todo lo que les estaba pasando no se lo creía, todo parecía como el caminar sobre una alfombra de flores. El haber conocido a Perico fue el mayor acierto, y más que un acierto lo consideraba el mayor milagro que se hubiera producido en el valle, a pesar de que ella no conocía la historia de ese valle.

Miró a Perico con un amor que él captó, la mirada de esa chica transmitía un afecto, un cariño y una simpatía que ninguna persona que no fuera su familia le había hecho sentir. De verdad que tenía unos buenos vecinos, merecían todo el sacrificio que hiciera, ellos sí que le estaban dando a él cosas que ya pensaba que no iba a tener nunca y esa mirada era la prueba de su amistad.

El coche se desplazaba camino abajo. Luis volvió la cabeza y vio cómo quedaba colgado en las faldas del monte su hogar, el hogar de todos. Esa mañana la libertad que siempre había soñado se palpaba, se mordía, en el aire que respiraban estaba impregnado de ella. Era feliz y Chari se daba cuenta de ello, sólo tenía que mirarle a sus ojos.

XXX

Se notaba a la legua que el viejo y los dos jóvenes hacían muy buena sociedad, que el grupo funcionaba a las mil maravillas, que se entendían, que congeniaban mejor que la mejor familia. Lo primero que habían decidido hacer esa mañana radiante era dirigirse a Serrabe, y resolver varios asuntos en el Ayuntamiento y en la cartería, además de comprar alimentos en el pequeño supermercado del pueblo.

Estaban muy cerca y desde esa posición lo veían de una manera total, anclado en la misma entrada del valle en forma de piña o de racimo de uvas, lamida su sombra por el riachuelo crecido al haber recogido todas las aguas de la montaña avenadas por multitud de pequeños hilos de agua de las lágrimas de las montañas y que guardaban en su seno. Serrabe parecía más pequeño de lo que en realidad era, con sus tejados de pizarra ya gastados por la erosión del agua y de los vientos tantas veces enfadados y que lo habían azotado durante muchos años, lo que le daba un aire de pueblo de cuento de hadas, así que no estaban fuera de la civilización; gracias a Dios el pueblo lo tenían cerca y eso era una gran ventaja.

El Ayuntamiento era una casona con una fachada blanca en la que se podían observar unas vigas de madera marrón ordenadas geométricamente y que le daban una belleza poco común. Tenía asimismo unos soportales, para protegerse en los días de lluvia, viento y nieve que con seguridad habría a lo largo del año.

Entraron. Perico saludó al alguacil y este a los dos acompañantes, ya que los conocía del día anterior y al mismo tiempo le preguntó:

—Oye, Sinesio, ¿está el alcalde o el secretario?

—Vas a tener suerte. Están los dos, reunidos, pero no creo que tarden mucho. Esperad un poco —les informó el alguacil.

No tuvieron que esperar mucho tiempo y pronto se encontraron sentados en un coqueto y amplio despacho donde se presentaron. Perico era un buen maestro de ceremonias, como si lo hubiera estado haciendo toda la vida. Luis pensó que lo tenía que nombrar alcalde de la aldea y darle el título de relaciones públicas. Era un todoterreno, una caja de sorpresas que las iba sacando una a una cada minuto que pasaba.

Cosme, el alcalde, era casi de la edad de Luis. Por sus estudios habría podido marcharse fuera y progresar, pero lo sacrificó todo por quedarse en su pueblo y también por ser un enamorado de aquellas montañas, de su paisaje y de sus gentes y estaba claro que nunca se arrepentiría.

—Cosme, como ya sabrás, estos son Chari y Luis, los nuevos vecinos de Sasué, y como creo que no ignorarás yo también estoy allí con ellos. He vuelto a mis orígenes, además, y con tu permiso, le hemos cambiado el nombre al pueblo. Nos hemos tomado el atrevimiento de ponerle "La Puebla de Chari", así que tienes que aprobarlo, sí o sí —dijo lleno de orgullo Perico.

La confianza que tenía Perico con el alcalde era total, más bien parecía el viejo el alcalde, como si las órdenes las diera él, claro que Perico era una institución en el pueblo. El día que faltara tendrían que dedicarle una calle.

—En primer lugar, sed bienvenidos. Nunca pensamos ni imaginamos que tendríamos vecinos más arriba de este pueblo. La verdad es que sois unos valientes, no se habla de otra cosa, así que lo que esté en mi mano y en la de los vecinos para ayudaros lo haremos, no tengáis la menor duda y a la aldea la habéis bautizado con un nombre precioso, aunque como comprenderéis eso sólo se puede hacer para la galería; a título administrativo como comprenderéis no se puede cambiar. Ahora, como ya sabe Perico, es como si fuera una pedanía de Serrabe y vosotros como si fuerais vecinos a todos los efectos de este nuestro querido pueblo —les explicó Cosme.

En ese momento Luis se acordó de un asunto que le rondaba por la cabeza y que resultaba muy importante y quién mejor que el alcalde para tratar de resolverlo.

—Cosme, hay un problema que desearíamos que se solucionara. Es el tema de la luz eléctrica, he observado que el tendido está instalado, ¿crees que podríamos conseguir que dispusiéramos de luz?, es bastante importante, por no decir vital.

—Sí, efectivamente, está puesto aunque yo creo que habría que repararlo un poco. Lo primero que voy hacer esta mañana es ponerme en contacto con la compañía eléctrica y exponerle el problema a ver que pasa. Eso sí, vosotros inmediatamente tendréis que empadronaros, es requisito indispensable, si no la compañía no va hacer ni caso. Vamos a ver si hay suerte, yo voy a poner toda la carne en el asador. Además tengo bastante amistad con un directivo de Huesca —explicó Cosme.

—Gracias, muchas gracias —dijeron casi al unísono Chari y Luis.

—Y ya sabéis, aquí me tenéis para lo que queráis, cualquier cuestión que os surja no dudéis en planteármela, para todo habrá alguna solución. Como alcalde os haré muchas visitas, es mi deber estar cerca de mis conciudadanos. Ya os tendré informados de las gestiones sobre la luz eléctrica —agregó con toda naturalidad.

—Muy amable, estamos también a tu disposición y en lo que podamos contribuir al pueblo, allí nos tenéis y repito, muchas gracias —dijo Luis levantándose y tendiéndole la mano. Chari hizo lo mismo despidiéndose con un beso y Perico le dio un abrazo.

Salieron a la calle, la mañana iba avanzando lenta, en lo alto se divisaba un azul celestial intenso, que casi hería a la vista como cuando el sol está en toda su plenitud. No había una sola nube, ni una pequeña pizca de algodón que lo ensuciara, sólo el vuelo de aves por encima de ellos les hacía saber que aquello que veían encima no era el cielo azul de una postal sino la visión de su libertad.

Perico caminaba risueño, por delante de ellos, con esa especie de alborozo que siempre tenía. Con él nadie podría estar triste a su lado, irradiaba júbilo. Para él cualquier insignificancia era motivo para que sus ojos se iluminaran con esa

sonrisa que siempre llevaba a flor de piel. Chari estaba enamorada de él, no había conocido nunca una persona así. En toda Barcelona seguro que no la encontraba, sería como encontrar una aguja en un pajar, a su edad con esa alegría de vivir, como si fuera a empezar otra vez una nueva vida, desde que le conoció ella sintió que estaba aprendiendo su primera y gran lección en aquellas montañas y que era la alegría de vivir y de entregarse a los demás, como si no hubiera una cosa más importante en la vida. Sólo llevaba un día allí y esas cosas ya no las olvidaría jamás.

El pequeño supermercado estaba muy bien surtido, en el adquirieron todo tipo de provisiones y las cargaron en el auto dirigiéndose al bar "a repostar" como algunas veces decía Luis cuando se decidía ir a ese tipo de establecimientos.

Eran ya las doce y el sol caía de pleno demostrándolo el perro que astutamente dormitaba junto a una columna, a la sombra del soportal y que meneaba el rabo cuando alguien pasaba a su lado.

—Alicia, buenos días. Danos de beber que estamos secos, secos —dijo al entrar casi gritando Perico.

— Buenos días, ¿qué os pongo?

—Cerveza para todos, ¿no es así? —preguntó el viejo.

—Has acertado, Perico, eres un sabio —dijo Luis, riendo todos al unísono.

El bar estaba vacío. Se sentaron en una mesa con un platito de olivas aliñadas al estilo de aquel lugar y el líquido amarillo y burbujeante, al caer, al deslizarse por su secas gargantas iba dejando un rastro de placer y frescor al mismo tiempo que ellos agradecieron mirando con deleite el vaso.

—¿Sabes, Alicia?, nos ha prometido el alcalde que hará todo lo posible para que tengamos luz eléctrica —le hizo saber Perico.

—Pues te voy a decir algo, si el alcalde ha dicho eso, seguro que lo consigue, pues no es cabezón ni nada, además que tiene muy buenos contactos, muy buena manga, con amigos hasta en el infierno.

Abandonaron el pueblo camino arriba y cuando doblaron la curva apareció otra vez su aldea, incrustada en la vertiente, rodeada de innumerables tonalidades verdosas que casi la tapaban por completo. El verde debía ser como el color de la esperanza, del optimismo, porque al doblar la curva todos, y especialmente Chari, sintieron que esa coloración los llenaba de unas sensaciones que hasta ese instante no las habían sentido y que nunca podrían explicar. Le estaban tomando cariño a esas casas la mayoría derruidas, a ese espacio de tierra, a ese espacio de mundo que les pertenecía, A ver si, meditaba Chari, iba a resultar que amaba más la libertad que Luis. Tendría gracia, lo más importante es que se estaba descubriendo a si misma, a conocerse mejor y más que se iba a descubrir. Ya no le cabía la menor duda.

XXXI

La tarde se presentaba en toda su duración para ellos. Qué felicidad, no tendrían que salir de aquellos parajes para ir a ningún sitio, todo el paisaje era suyo, para degustarlo, para amarlo. Mientras quedara una pizca de luz que lo iluminase hasta ver la última sombra. Para el deleite de sus oídos con los miles de sonidos distintos que surgían por todos los rincones del valle, con la voz de las aguas heladas que se deslizaban veloces y hacían una pausa en su caminar rápido en los pequeños remansos del riachuelo, donde se veían navegar pequeños peces que iban de un lugar para otro gozando de una libertad como ellos tenían en ese momento.

Luis al mismo tiempo que conducía camino arriba, iba haciendo planes para esa tarde y para todas las tardes que les esperaban -tenía tantas cosas que hacer-**.** Pensó también que le gustaba introducirse en ese desfiladero, que cada vez lo notaba más suyo, como si lo hubiera conquistado después de una batalla, como si fuera un condado en el que iba a reinar eternamente y en que las leyes fueran las que él dictara y las que dictara también la Naturaleza que de cuando en cuando también haría notar su reinado con toda su dureza.

Ya tenían ante sus ojos La Puebla de Chari iluminada por el sol en todo su esplendor, como si el lugar los estuviera esperando, como si los echara de menos. Sin embargo todo estaba vacío, embargado por la soledad que hacía tiempo se había apoderado de ella. Ahora ya todo era distinto, ellos habían devuelto la vida a la aldea, la habían hecho resurgir de su adormecimiento, resucitar de una muerte segura, comida por los cardos y hierbas que iban escalando, introduciéndose entre sus muros y grietas soltando las piedras y resquebrajándolos de arriba abajo, haciendo que el agua de las tormentas se llevara todo su interior y así dejarlo en el eterno olvido, con sólo unos pequeños vestigios de paredes grises comidas por la humedad y el silencio, que quedaran de muestra al paso del tiempo para que cualquier caminante despistado pensara que alguna vez alguien habría vivido en ese lugar y que la soledad se lo había tragado. Por ello, el espíritu que siempre reinaría en la aldea les daba las gracias cada vez que volvían a estar con ella, a transitar sus pequeñas calles y a morar en sus hogares.

Cuando abrieron la puerta de la casa del tío Blas, Sasué el perro, con su trotecillo débil y emitiendo un pequeñito ladrido les dio la bienvenida con el meneo de su rabito, con una alegría que le brotaba del interior de su alma; ello si Sasué tuviera alma ¿o era un ser inanimado? No, eso no era posible, llegó a pensar Chari, cualquier animal tendría alma o como se le llamase. Entonces ¿por qué meneaba el rabito con ese alborozo? Algo sentiría, de eso estaba segura.

Perico pidió que le acompañaran, que tenía que enseñarles algo que les iba a gustar. ¿Cómo había olvidado enseñárselo el día anterior? pensó. Anduvieron unos pasos hasta cerca de la casa y subiendo unos peldaños en la ladera había una puerta de madera muy vieja, desgastada por los años, que abrió el viejo dejándola abierta y poniendo una piedra para que hiciera tope y pudiera entrar la luz a su interior. Desde la misma puerta salía una escalera y descendiendo se introducía en

el monte unos metros, desembocando en una pequeña cueva, en muy buen estado, donde se notaba un frío tan intenso que parecía imposible el cambio de temperatura que allí hacía con respecto al exterior.

—Bajad, bajad, no tengáis miedo. Je, je —les dijo riendo.

—¿Qué es esto, Perico? —le inquirió Luis poniendo cara de extrañeza.

—Ah, ¿que no lo sabéis ni lo imagináis tampoco? Ya me lo explico, nunca os ha hecho falta. Pues de ahora en adelante este lugar lo tendréis que usar mucho, seguro —siguió riendo Perico.

—¡ Joder, Perico! no nos tengas en ascuas. ¿Qué es esto? —dijo Chari.

—Esto es un sotanillo y será nuestro frigorífico, el mejor que hayáis visto y usado, sin duda ¿lo entendéis ahora?

—No me digas. Seguro que sí, con el frío que hace aquí, y ahora que se acerca el verano, cómo no se nos había ocurrido antes —le dijo contenta Chari.

El viejo les explicó que era la forma antigua de enfriar los alimentos en el pueblo, que en cada casa había uno construido y que este lo había construido su padre, y que los días anteriores él mismo lo recompuso por encontrarse muy deteriorado, pero no debían preocuparse que no se iba a hundir, que allí estaban muy seguros, que antes la montaña se vendría abajo que hundirse aquello.

Aun a pesar de lo asegurado por Perico, la chica no lo tenía muy claro; eso de meterse dentro de la montaña para ella no era nada fácil, pero lo intentaría, no le que daba más remedio.

Salieron al exterior y el cambio de luz los cegó debiendo llevarse las manos a los ojos para protegerse de los rayos que caían implacables

—Me da la espina de que estos rayos de sol que te ciegan son precursores de tormenta. Mañana sin duda la habrá y fuerte —pronosticó Perico. Él no solía equivocarse, era garantía total en ese ambiente hostil, como el mejor hombre del tiempo sin usar ningún tipo de aparato, sólo su intuición ayudado por la experiencia de haber observado el firmamento millones de veces, de hurgar sobre los vientos, sobre las nubes y sobre todos lo meteoros que allí nacían y morían con su majestuosidad y al mismo tiempo con su peligro innato.

Luis y Chari se miraron, dando por sentado que otro día sería muy distinto al que estaban disfrutando. Cuando Perico lo decía es que era verdad.

Perico se dirigió calle abajo hacía el riachuelo por un camino que se notaba que las hierbas que lo poblaban habían sido cortadas recientemente, dejando una senda llena de piedrecillas y a su lado unos arbustos muy grandes.

Llegaron al lado del río y les enseñó como una especie de estanque de escasa profundidad, comido por la maleza que crecía en el interior por todas partes y con muchas piedras que arrastradas por el río habían quedado encerradas allí.

—Tampoco sabéis que es esto, ¿a que no? —comenzó a reír Perico, no disimulando que se lo estaba pasando muy bien con aquel juego, que bien mirado no era un juego, sino una forma de vivir que les imponía aquellas latitudes.

—Nosotros qué vamos a saber, si somos unos señoritos de capital. No tenemos ni puta idea de nada, si no llega a ser por ti, no sé qué hubiera sido de no-

sotros. Me temo que no hubiéramos durado aquí ni una semana —dijo medio en broma, medio en serio Luis.

—Pues aquí es donde la dueña de la casa bajará a lavar la ropa.

Chari lo miró con cara de sorpresa por lo de "dueña" y de extrañeza por lo de "lavar". ¿Que ella tendría que lavar?, no lo entendía. A Perico se le iba la pinza, se estaba volviendo loco de remate.

—¿Cómo? —le preguntó con una carita de asombro que le llegaba a los pies.

—Sí, sí. Cuando tu novio y yo lo hayamos arreglado ya verás como lo ves más posible. Y va a ser esta tarde mismo. Os lo explicaré: primero limpiaremos de hierbas y piedras el fondo y lo llenaremos de agua que baja del río; y luego me cuentas, Chari. Y además te digo otra cosa, te va gustar hacerlo, acuérdate de lo que te digo. Mirad, aquí se reunían todas las mujeres del pueblo y bajaban una vez por semana a lavar todas al mismo tiempo, se contaban sus cosas y se ayudaban las unas a las otras. Se puede decir que era un día de fiesta para ellas. Tú, al estar sola, también las echarás de menos —dijo lleno de certeza Perico sin abandonar su sonrisa a la que parecía que estaba abonado.

Regresaron a la puerta de la casa. Chari se entretuvo a jugar con el incansable perro, que se notaba que iba a ser un perro listo, un acompañante ideal, un amigo. Mientras los hombres hicieron algunos viajes al sotanillo a llevar vino, cervezas, carne y frutas. Pensó que la cueva era ideal, porque a la temperatura que había allí, de unos cuatro a cinco grados, conservaría perfectamente los alimentos, era como un milagro.

Luis observó a Chari cuando volvía a la casa tan ensimismada jugando con Sasué que le elevó el optimismo. Su moral andaba ya muy subida, como si dijera por los cielos, debido a la sapiencia de Perico que era todo un dios o su reencarnación en la Tierra. Con este hombre podrían con todo, así se dio cuenta de que él no era nadie por muy fuerte y valiente que aparentaba. Era un aprendiz, un comino, un don nadie en aquel lugar. Joder, pues no tendría que aprender aún nada, y aun así no le llegaría ni a las suelas de sus zapatos. Llegó a pensar que no sabía nada de nada, también pensó que con aquello que les estaba pasando, sin la presencia de Perico, no habrían podido. Les habría superado largamente, los habría aniquilado.

Mientras tanto, el perro se volvía loco entre las manos de Chari, intentando morderlas con sus finos y relucientes dientecillos y mirándola con sus astutos ojillos.

XXXII

Mientras Chari se quedó con Perico ayudándole hacer la comida, Luis bajó al río y se entretuvo en el lavadero extrayendo piedras del fondo y lanzándolas fuera, pensando que una vez que estuviera limpio de piedras y hierbas y quitado el barro que también había, no quedaría nada mal, así que se animó bastante, y lleno de energía, al poco rato las había sacado todas. Subió de nuevo a la casa, y sin que ellos se dieran cuenta cogió una pequeña azada y una pala de un cuarto de trastos y se puso nuevamente a limpiar el fondo con un vigor que hasta a él mismo le extrañaba, por lo que las gotas de sudor le caían frente abajo y se las quitaba llevándose el brazo a la cara, mientras miraba hacia el norte contemplando aquellas cumbres que parecía que le observaban, que contemplaban esas ansias de libertad que en esos momento sentía, allí solo frente a la inmensidad de aquel paisaje de apariencia hostil.

Por otro lado, Chari peló patatas y las cortó en trozos muy pequeños al estilo de como las preparaba su madre, depositándolas en un pequeño lebrillo de barro rojo vidriado y que ya casi había perdido su color original y sus grabados de color amarillo. Mientras, Perico ya había puesto en la lumbre una sartén grande con patas y le había echado aceite, tras lo que batió media docena de huevos en un plato hondo.

Chari se sentía totalmente feliz, importante, útil y eso la colmaba de satisfacción, queriendo aprender muy pronto todo y lo conseguiría, de eso estaba totalmente segura. La próxima vez haría la tortilla ella sola, claro que sí, estaría atenta a todo lo que le enseñara Perico.

Observó al viejo como mezcló en el lebrillo todos los ingredientes, añadió un poco de sal y lo echó en la sartén. Vio también con qué destreza le dio la vuelta dos veces y como la depositó en un plato grande. Chari alucinaba, qué manos tenía aquel personaje, ese hombre sabía de todo, la vida en aquella aldea le había llenado de una sabiduría total, mucho más que cualquier catedrático de la ciudad que se las daban de saber de todo, cuando en realidad no sabían de nada, sólo teoría y nada más que teoría. Habría que estar con Perico un tiempo y entonces sí que iban a aprender y ella tenía la suerte de estar allí junto a él.

Perico le pidió a Chari que llamara a Luis, que ya estaba todo preparado y que iban a comer, que mientras él iba a preparar una ensalada de tomate y pepino.

Chari salió a la calle y llamó con todas sus fuerzas a Luis. Oyó su voz por el río, bajando para ver qué hacía por allí. Era la primera vez que bajaba sola al río y pensó que también le gustaba la soledad, la soledad del paisaje, la soledad que daba el verde puro de las montañas pobladas de mil hierbas de los pequeños prados y miles de pinos, y se sentía en esos momentos dichosa y muy contenta de estar allí a solas ante aquel océano verde con cielo azul.

—Luis, ¿dónde estás?

—Aquí, ¿no me ves? —contestó con voz queda para que no apreciara de dónde procedía, escondiéndose dentro del pequeño estanque.

Chari se dirigió hacia donde le parecía que había salido la voz, no viendo nada. Llamándolo otra vez y contestando en esta ocasión con las manos en la boca con un sonido raro y fuerte por lo que asustó algo a su chica, la cual le llamó otra vez.

—Luis, tonto, ¿dónde estás?

—Aquí, ven —dijo con la misma voz de antes.

Chari se dirigió adonde creía haber oído la voz y al llegar apareció Luis dando un salto con las manos en alto, por lo que pegó un pequeño grito de susto, haciendo reír a carcajadas al travieso de su novio, al tiempo que ella tomó una piedra del suelo y se la lanzó.

—Imbécil, idiota, qué susto me has dado.

Antes de que le dijera algún improperio más, dio un salto, la abrazó y la besó varias veces en los labios mientras le susurraba al oído que la quería un montón y que presentía que allí iban a ser muy felices, tal como pensaba antes de ir aquel lugar. Chari le miró a los ojos y como siempre respondió con otro beso sin decir ni una palabra. Él ya sabía como siempre hacía, que sus ojos también le estaban diciendo que ella empezaba a ser feliz.

—Mira dónde vas a lavar.

Chari, cuando se dio cuenta de lo que había hecho Luis, no se lo creía. Parecía imposible que en esa media hora que había estado allí hubiera hecho tal trabajo, el estanque parecía otro. Sólo faltaba llenarlo de agua. Ella, sin decir palabra, se dirigió un poco más arriba y llamó a Perico que los estaba viendo sin que ellos lo supieran.

Inmediatamente bajó y contempló lo que le quería mostrar Chari, y miró también incrédulo a Luis.

—¿Todo esto lo has hecho tu solo, Luis?

—No, cómo iba yo hacer esto solo, me han ayudado —dijo Luis mientras se reía a carcajadas.

—¿Quién? — dijo esta vez Chari, que cada vez comprendía menos.

—Sasué, ha sido Sasué —les dijo mientras se desternillaba de risa.

Perico, riéndose, le hizo saber:

—Macho, eres un superhombre. Yo te creía más débil, uno de esos de capital, pero veo que no, que eres un bestia, pues esto que has hecho lo hacen muy pocos, vamos ni yo en mis mejores tiempos. Si lo digo esto en el pueblo no se lo creen —le contestó con admiración.

—Oye Perico, te voy hacer una pregunta. Si esta tarde cerramos la salida de aguas del estanque y si, como dices, mañana va ser un día de tormentas y de mucho agua ¿tú crees que llenaremos esto de agua? —preguntó Luis.

Luis le miró y pensó que ese joven que tenía enfrente era todo un hombre y que encima sabía adelantarse a los acontecimientos, su novia podía estar segura con él, tenía decisión y empuje, no cabía duda.

—Pues sí, tienes razón, lo haremos. Aunque llenar no se va a llenar, pero algo ayudará. Luego te diré cómo lo vamos a hacer para llenarla del todo, pero

primero vamos a comer que la tortilla se va a enfriar y está mejor calentita ¿no os parece? —les dijo Perico como si fuera una orden.

Luis le pasó una mano por el hombro y subieron hacia la casa y detrás les seguía Chari mirándolos mientras conversaban, sintiendo en esos momentos una especie de dicha y de paz como nunca había sentido.

Mientras ellos sacaban la mesa a la puerta de la calle, Chari, haciéndose la valiente, se dirigió al sotanillo a coger la bebida, no sin cierto temor, pero ella en el fondo pensaba que no era miedosa, a qué iba a tener miedo, aunque meterse dentro le daba un poco de no sabía expresar qué, pero lo haría. Llegó, se introdujo, no sin antes dejar la puerta abierta con una piedra como había hecho Perico, y bajó los escalones rápido, agarró la botella de vino y cervezas y en un suspiro subió otra vez a la puerta, pensando que algo le había costado pero que lo superaría.

Al volver Luis la miraba y ella sabiendo porqué, le preguntó:

—¿Qué te creías, que no iba a ser capaz? Qué poco me conoces.

Los dos se rieron al mismo tiempo en tanto el viejo pensaba que sus jóvenes vecinos tenían más agallas que lo que él mismo había pensado en algún momento.

Cuando probaron la tortilla, miraron a Perico. Eso sí que era una tortilla y no las que comían en cualquier bar de carretera. La mejor y más deliciosa que habían probado nunca, allí a la puerta de la casona y con el fondo amalgamado de verde y azul y el amarillo de la tortilla el paisaje total que resultaba era digno del mejor pincel.

—Chari, échate un trago del porrón, mirando a las montañas. No hay una cosa mejor —dijo Perico mirándola con sus ojillos astutos y rebosantes de felicidad.

Chari le hizo caso, cogió el porrón y mirando a las montañas lo elevó y bebió, parte se derramó sobre su cara y su camisa. Todos rieron y Luis le dijo:

—Mañana ya podrás lavártela en el estanque.

Mientras la tarde iba haciendo más grande las sombras, los tres habitantes de ese pueblo reían, y Perico les contaba historias, nuevas a los dos jóvenes y viejas para los habitantes inanimados del valle que ya las habían vivido, porque todo su entorno, todo lo que les rodeaba, montañas, bosques y agua siempre habían estado allí presentes y conocían todas las historias de aquel lugar delicioso que ahora daría lugar a nuevas vivencias con los nuevos habitantes del valle.

XXXIII

Conforme el atardecer iba avanzando, el azul inmaculado del cielo se iba manchando de unas franjas de color blanco pálido que debían anunciar algo. Las hojas de los árboles se movían débilmente producto de un vientecillo que soplaba y que era inapreciable a ras del suelo. Algo estaba cambiando en la atmósfera, así pues, en los dos o tres días siguientes seguro que el tiempo cambiaría y mucho, eso ya lo sabía Perico con exactitud, barruntándolo ya con su olfato horas antes. Nunca se equivocaba, intuía cuando una tormenta o un cambio brusco en el tiempo iban a llegar y también cuando una borrasca se acercaba por el norte y aparecía por las altas montañas bajando al valle en muy poco tiempo. Para él, sólo con mirar el movimiento de las nubes y el color del cielo, el ruido y el movimiento del follaje de los árboles, y hasta el comportamiento de algunos animales, ya imaginaba lo que pasaría en las próximas horas. En aquellas latitudes eso era muy importante, casi se diría que vital.

Chari y Luis se disponían a dar una vuelta por los alrededores del pueblo y se internarían un poco en el corazón del valle subiendo ladera arriba. Tenían gana de respirar aire aún más sano que el que estaban respirando aunque sabían que era imposible ser más puro, así que se calzaron unas botas de montaña y emprendieron el paseo.

Perico les dijo que fueran por una senda que iba cercana al río y que subieran lo que quisieran que no se perderían pues desde todos los sitios verían el pueblo. Asimismo les dijo que él iba a acondicionar el horno que había en la casa del tío Blas, ya que por la mañana pensaba hacer pan y que cuando llegaran les tendría preparada a los dos otra sorpresa.

Cogidos de la mano iniciaron el paseo, bajaron hasta el pequeño puente que cruzaba el riachuelo y dejando a un lado un pequeño campo que antes podría haber servido de huerta por su proximidad al río, vieron la senda que se internaba ladera arriba introduciéndose rápidamente en el interior del tupido bosque. Mientras tanto Perico les observaba desde la puerta de la casa, recordando cuando hace ya muchos años él y su esposa también daban un paseo por el monte una vez acabada la jornada de duro trabajo en aquel su pueblo de siempre.

Chari apretó la mano de Luis un poco más, sintiéndose en ese instante con una felicidad que no podía disimular, mirándolo con su cara graciosa adornada con sus cabellos de bucles rubios y naturales. Luis la miró sin decir nada, sabiendo que en esos momentos no hacía falta pues el silencio lo decía todo, hablaba por ellos, y el murmullo del agua, al deslizarse curso abajo y chocar con los guijarros del fondo, y el ruido del viento al mover las copas de los altos pinos emitía unos sonidos que a ellos les encantaba oír.

Siguieron subiendo por la senda apenas marcada porque nadie la usaba y el paso del tiempo borraba su huella. Sin embargo no se podían perder tal como les dijo Perico ya que el río discurría en sentido inverso y los acompañaba con un tintineo que era como un regalo para sus oídos, con un agua clara, limpia, cristali-

na, como un regalo de Dios para ellos. Chari se agachó y llenó sus pequeñas manos llevándolas a su boca, y bebió un poco de ese agua que bajaba demasiado helada para beber mucha cantidad. Eso si que era el agua que daba la vida a ese paraíso.

Pasaron al otro lado del río por encima de unas piedras ayudando Luis a Chari con su mano, dando ésta pequeños saltos hasta que llegar al otro lado. Desde allí se dirigieron a una roca que sobresalía y desde la cual se podía divisar todo el valle, precioso, con la luz del cielo que ya se iba apagando, sentándose juntos. Pasándole su mano por el hombro, Luis la atrajo hacia sí, y contemplaron todas las maravillas del valle, y la aldea, minúscula. Allí sentados, el pueblo parecía una mancha blanquecina dentro del verde valle. Intentaron ver a Perico, hasta que Luis creyó haber visto algo que se movía a la orilla del río. Sí, era él ¿quién iba a ser si no? No acertaba a comprender, debido a la lejanía, lo que hacía en ese lugar, pero ese hombre no se podía estar quieto, algo estaba tramando, eso seguro.

Se habrían quedado allí mucho tiempo más, el paisaje era inmenso, allá arriba en los altos picos se veían pequeños puntos negros de aves que daban vueltas y más vueltas, esperando que llegaran las primeras sombras para introducirse en los recovecos y pasar la noche, tal vez serían águilas o buitres, mientras a su lado miles de pájaros, algunos que no habían visto nunca, jugueteaban dando saltos de árbol en árbol.

Chari se acercó a Luis y lo besó en los labios.

—Amor mío, qué feliz soy en este sitio ¿me prometes subir aquí muchas más veces?

—Todas las que quieras, mi amor —le respondió Luis, con otro beso.

Se estaba ocultando el sol por el horizonte y la belleza del valle iba aumentando por momentos, llenándose de colores rojizos y amarillentos que se reflejaban en el verde de la hondonada, inundándola de una tonalidad con mil pigmentos que alimentaban sus ojos. Lo que estaban viendo a esa hora del ocaso era un regalo para ellos, no se podía pagar con nada. Subir hasta ese mirador, merecía la pena, aquello era un premio para sus cinco sentidos.

Sintiéndolo mucho se levantaron y emprendieron el regreso ladera abajo, cruzaron nuevamente el río y tomaron otra vez la senda que les llevaría hacia la aldea. Luis se agachó y cogió un flor de grandes pétalos rojos a la orilla y la introdujo entre el dorado cabello de su novia. Se adelantó unos pasos y la miró, estaba preciosa. Qué lástima no tener en ese momento la cámara fotográfica; ella dio unos pasos y se abalanzó hacia él y lo abrazó dándole un beso, lo que hizo que la flor cayese al suelo perdiendo las hojas. Luis busco otra igual e hizo lo mismo otra vez, mientras Chari reía feliz.

Casi sin darse cuenta estaban otra vez en la aldea. Les gustaba aquel lugar, Chari en ese momento llegó a pensar que no echaba de menos Barcelona, quién lo iba a pensar, pero era así y no había vuelta de hoja, los hechos lo ratificaban, se encontraba allí en la gloria y Luis, no digamos, estaba totalmente transformado.

Cuando llegaron a la casa apareció Perico con su rostro de satisfacción y alegría. Este hombre era la cara de la felicidad, era la primera lección y la más importante que habían recibido desde que habían llegado a ese pueblo. Seguro que era más feliz que nadie en el mundo, en toda Barcelona, y mira si era grande, no habría una persona como él, era imposible.

—Venid, venid, os voy a enseñar algo, mejor dicho dos cosas.

Obedecieron y se introdujeron en la casa del tío Blas, al tiempo que Chari cogía y apretaba entre sus brazos a Sasué que estaba allí metido en una espuerta de paja. Los pasó hacía una especie de corral y desde ese lugar a un especie de cuarto en el que a media altura había una ventana con una puerta de hierro y un asa, y abajo un gran hueco. Perico se dirigió al lugar y abrió la puerta, allí dentro se encontraba un amplio hueco.

—Mirad esto, es un horno en los que se cocía el pan cuando este pueblo era pueblo, así que mañana lo usaremos y entonces volverá a sentirse pueblo otra vez cuando el humo salga por la chimenea. Además vamos hacer un pan especial y os prometo que nunca habréis catado un pan igual en toda vuestra vida, veréis como tengo razón —les dijo henchido de emoción Perico.

—Ah, pájaro, y esto era una sorpresa, ¿eh?, has estado en este tiempo limpiándolo y preparándolo. Eres el no va más, estoy ya deseando que llegue mañana —contestó Luis.

Allí había una artesa de madera que se notaba haber sido limpiada por Perico y una estantería pequeña que imaginaron era para dejar el pan, así como una pala de madera para sacar el pan del horno.

Salieron a la puerta de la calle mientras Sasué se empeñaba en morder el dedo meñique de Chari, haciéndole cosquillas y mirándola al mismo tiempo con sus listos ojos.

—Y la otra sorpresa, ¿cuál es?, preguntó intrigado Luis.

—Acompañadme a la casa, ya veréis —les ordenó Perico con una sonrisa pícara.

Le siguieron y vieron en la mesa un plato con tres peces, mirándolo los dos jóvenes a los ojos Luis dijo observando el plato:

—Esto son truchas, ¿dónde las has pescado, bribón?

—En el río, dónde va a ser, o crees que van andando por el campo —rió de buena gana Perico.

—No me jodas, pero si te ve o se entera el vigilante o la Guardia Civil, qué.

—Descuida, a mí nadie me dice nada, y si se enteran hacen la vista gorda. Tranquilo, aún no conoces quién es Perico; así que ahora mismo las vamos a freír y ya veréis cosa buena. Vamos, Chari, ayúdame y mañana os diré cómo las he pescado, para que vosotros aprendáis y hagáis lo mismo.

Este Perico era un caso, ni buscándolo con lupa habrían encontrado un personaje igual en todo el mundo, se sabía todos los secretos de esas tierras, ellos sin duda eran unos afortunados.

Mientras la noche había ganado la partida al día y las últimas claridades se diluían en la oscuridad, ellos no notaban las tinieblas que se acercaban sino, al contrario, notaban que cada vez su horizonte en aquellas tierras era cada vez más luminoso y resplandeciente, es decir, ellos mismos irradiaban luz.

XXXIV

Cuando quedaron solos en la habitación repasaron todo lo que les había pasado en el día. Vaya jornada que habían tenido, como una película de aventuras, todo lo contrario a lo que vivían en Barcelona, donde nunca había ocurrido nada en sus vidas, una monotonía horrible marcada por el paso de los días y las horas como si de un reloj perfecto se tratara. Cada minuto de sus vidas había sido igual al del día anterior, la vida pasaba ante ellos como la misma película y cada jornada con la idéntica trama que les envolvía cada etapa diaria de sus vidas.

En ese pueblo, en ese paraíso perdido, la vida era totalmente opuesta, parecida a una anarquía maravillosa y salvaje, que les hacía vivirla de una forma diferente. Cada minuto era un minuto distinto al anterior, como una degustación de sus vidas que tenía un distinto sabor en cada sorbo que daban.

En el silencio imponente de la noche, ante una quietud tan profunda que hasta les dolía a sus oídos y que sólo era rota de cuando en cuando por el sonido que emitía un búho que cantaba en intervalos matemáticos de tiempo, se fueron quedando dormidos ya sin esa pequeña sensación de recelo a la oscuridad que habían sentido anteriormente, no sin antes rezar una pequeña oración frente a la sombra del crucifijo que tenían enfrente y que parecía vigilarlos. Sobre las cinco de la mañana Luis se despertó a causa de un fuerte ruido que venía del exterior a ráfagas, un ruido profundo, al principio débil como si viniera de muy lejos y que poco a poco aumentaba, dando la impresión de que era un trueno o algo parecido. Se levantó y abrió la ventana observando que todos los árboles se movían fuertemente y producían un gran ruido al agitar el viento sus ramas para todos los lados. Parecía que el viento se había vuelto loco, pues toda la vegetación se movía para todos los sitios, ¿es que soplaba el viento en todas las direcciones?, se preguntó. Sin duda era un gran vendaval, presagio de un día distinto a los que habían vivido hasta entonces, así, cerró la ventana rápidamente ya que el fuerte ventarrón podría arrancarla de cuajo.

En ese momento se despertó Chari. Viendo a Luis junto a la ventana y oyendo el ruido que hacía, preguntó extrañada a su novio:

—¿Qué pasa, cariño?, dime.

—No te preocupes, no pasa nada, sólo que tenemos una ventolera encima de muy señor mío. Hoy va a ser un día distinto, un día de esos cuando la montaña del Pirineo se despierta enfadada, cuando las fuerzas se desatan; tenía razón Perico cuando lo dijo, este hombre es un libro abierto, nunca se equivoca —le contestó Luis tratando de calmarla pues la veía algo asustada—. Pero tranquilízate, esta casona no se la lleva el viento, de eso estate segura —río Luis mientras se lo decía.

Se introdujo otra vez en la cama, mirando a la ventana a esperar acontecimientos. Allí estaban la mar de bien, la mar por decir algo, deberían decir la montaña de bien. De cuando en cuando el viento sonaba con mucha más fuerza como si lo hubieran soltado de golpe y con más intensidad. Sólo parecía calmarse unos segundos cuando renacía con más fuerza, de todas formas era un espectáculo

de sonido lo que estaban oyendo. Se abrazaron el uno al otro y así fueron pasando los minutos hasta que la luz del día ya se notaba al pasar muy tenuemente por el cristal de la ventana; se levantaron los dos y fueron a la misma. La visión que presenciaban en ese momento era fascinante, única; todo el valle se movía como impulsado por una fuerza extraordinaria que no se sabe de donde procedía, hasta parecer que estaba cubierto por una niebla parecida a la que había algunas veces en los pantanos. Los árboles y ramas se cimbreaban como si fueran a troncharse en pocos segundos, aquello que estaba observando, el panorama que veían no lo olvidarían jamás. Aquello debería ser una tormenta seca sin truenos, pensó Luis, quien más tarde se lo preguntaría a Perico a ver qué les decía.

No le hizo falta esperar mucho tiempo. Al poco rato le oyeron trajinar por la planta de abajo, sin inmutarse por nada, cansado de ver espectáculos como el que estaban presenciando en esos momentos. Así que, abriendo la puerta de la habitación, ni corto ni perezoso lo llamó:

— Perico, sube, anda.

Al momento oyeron las pisadas de Perico subiendo los escalones de madera y cuando tocó con los nudillos en la puerta.

—¿Puedo pasar? —preguntó.

—Claro, pasa, hombre, no te quedes ahí parado —le conminó Luis.

—Buenos días, muchachos, ¿os ha despertado el tiempo o he sido yo al hacer ruido abajo? —les siguió preguntando.

—Buenos días, amigo Perico. Ya llevábamos lo menos una hora despiertos, ¿qué pasa, que se acaba el mundo ahora que estamos tan a gusto aquí? —le contestó con otra pregunta Chari.

—No, tranquilos, esto es una tormenta de viento, de momento sin agua, aunque más tarde vendrá, tenedlo por seguro, pero es digno de contemplarla y oírla, yo ya las tengo muy vistas, pero aún así imponen; eso sí que tengo que reconocerlo —les explicó.

Agradecían la presencia de Perico, era el guardaespaldas de sus vidas, de sus existencias, todo allí giraba a su alrededor, era como un dios viviendo en la tierra, Chari llegó a pensar que aquel hombre era un ser superior; lo conocían desde hace pocos días y ya lo adoraban. Nunca habían conocido a nadie que le hubiera brindado su amistad de esa forma y manera, totalmente entregado a ellos para que no les faltara de nada, para que sus vidas la disfrutaran como nadie.

Perico les dijo:

—Me voy a hacer el pan, pero vosotros tranquilos, quedaos en la cama que aún es pronto, que ahora se está muy bien en ella oyendo el discurrir de la tormenta que aún estará bastante tiempo más azotando la aldea.

—Ni hablar, yo ya no me acuesto, quiero ver cómo lo haces, quiero aprender. Ahora mismo me visto y voy para abajo, no empieces aún, Perico —le contestó ilusionada Chari.

—Bueno, si tú quieres, yo no voy a decir que no —le contestó lleno de satisfacción.

Al momento bajaron los dos; la turbia claridad de la mañana tormentosa ya se introducía por todos los resquicios de la estancia y Luis provisto de un vigor y una energía que contagiaba a todos, le preguntó a Perico que si traía leña, contestándole que sí y que trajera zoquetes grandes, ramas y alguna piña.

Abrió la puerta de la calle y quedó maravillado con lo que veían sus ojos, aquello era el Edén, la mañana estaba preciosa y distinta, era un espectáculo grandioso, espléndido. Chari también salió, se cogieron de la mano y respiraron aquel aire concentrado de oxígeno y ozono y oyeron el fuerte ruido que salía de todos los rincones del valle y que no les dejaba apenas entenderse. Las nubes de un color gris corrían por el cielo de un lado para otro y los pájaros volaban para todos los sitios como poseídos.

Luis fue a por leña y Chari se introdujo en la casa del tío Blas a recoger a Sasué, al que tomó en sus brazos dándole calor contra su pecho y esperó en la puerta a que regresara Luis, viniendo en un momento con una espuerta de goma cargada de leña que parecía imposible que pudiera llevar a cuestas. Se notaba que los dos estaban disfrutando de lo lindo aquella mañana, no les importaba demasiado haber madrugado de esa manera.

Ya en la casa del tío Blas, Perico se puso manos a la obra y a su lado Chari, quien no se perdía detalle de todo lo que hacía; el viejo preparó la artesa y echó gran cantidad de harina de un saco de papel marrón que había llevado; vertió la cantidad de agua que le pareció justa y empezó a amasarla con sus manos sabias, hasta que la masa tomó la consistencia justa; mandó a Chari que le echase encima un poco más de agua para lo que esta dejó a Sasué en el suelo, iniciando con sus pequeñas patitas una carrerilla por toda la estancia.

Perico vertió la levadura justa y siguió amasando, creciendo de una manera considerable a los pocos momentos. Cuando consideró que era suficiente la dejó fermentar un rato tapada con una tela blanca.

Los jóvenes contemplaron absortos algo que nunca habían visto, cómo se hacía el pan. Algunas veces se lo habían imaginado, pero verlo así, en directo, era otra cosa, era el libro de la vida, de la vida de aquellos pueblos perdidos en el Pirineo y que por desgracia se estaban quedando vacíos si nadie lo remediaba-pensaba Luis-; ellos habían tenido la suerte de poder saborear esa clase de vida que muchísima gente ni sabía ni se imaginaba que existía.

Mientras tanto la mañana continuaba envuelta y cubierta por millones de ráfagas de viento que la abrazaban y la ahogaban emitiendo chillidos amenazantes desde las alturas hasta lo más profundo del valle.

XXXV

Había llegado la hora de cocer el pan. El viejo los llamó ya que se encontraban en la puerta absortos contemplando el grandioso espectáculo que recibían sus ojos. Allá lejos en la capital cuando ocurría una cosa así sólo divisaban una porción minúscula de cielo tapado por los altos edificios, y a lo sumo veían moverse las miles de antenas y las ramas de los pocos árboles que la poblaban. Aquí era todo muy distinto, la naturaleza en su salvaje y pura realidad y con toda su fiereza en directo; así que se introdujeron nuevamente en la casa del tío Blas y se dirigieron al horno. Perico cogió una porción de aquella masa e hizo una bola, al tiempo que mandó a Luis que encendiera fuego, la amasó nuevamente y fue aplastándola con sus manos dándole una forma redonda, y así una vez y otra vez hasta agotar la masa, haciendo unos diez panes que dejó sobre una tabla. Seguidamente con un cuchillo hizo cuatro cortes en cada uno, poniendo una tela por encima.

Cari, por su parte no quitaba ojo de encima a Perico, ensimismada en su trabajo y pensando que la próxima vez lo haría ella sin duda, bajo la atención del viejo. Le encantaba aquello, eso de hacer el pan con sus propias manos ellos mismos, era un lujo, entretanto Luis ya había prendido buen fuego en el hogar del horno, había introducido grandes trozos de leña de roble tomando una temperatura ideal. De todas formas Perico esperó aún un rato hasta que comprobó que había llegado el momento, por lo que fue introduciendo en el horno, con ayuda de la pala de madera, la totalidad del pan.

—¿Habéis tomado nota? Vais a probar el mejor pan del mundo y además os aseguro que este no es el que coméis en la capital. Vais a notar la diferencia y os sabrá más rico dentro de una semana que el de hoy mismo —les aseguró el viejo con su eterna sonrisa.

—Oye Perico ¿aquí podemos hacer magdalenas, bollos y otros alimentos? —preguntó ingenuamente Chari.

—Claro, preciosa, ¿por qué no?, te prometo que haremos muchas cosas, todas las que tú quieras.

La puerta, que no se encontraba cerrada del todo y que dejaba un resquicio, se fue abriendo muy lentamente como empujada por una pequeña fuerza. Primero apareció su pequeña cabecita y luego logró pasar aquel cuerpo menudo de pelo negro y manchado de lunas llenas, allí estaba Sasué que les quería hacer compañía. Los había olido, oído y también había querido estar presente como para recordarles que él también quería formar parte de aquella gran familia. Chari lo tomó en brazos y le acarició su cabecita de algodón jaspeado.

Perico les contó que en los inviernos de antaño, cuando nevaba sin parar días y días seguidos, cuando a duras penas se podía salir a la calle, se hacía mucha cantidad de pan porque no se podía salir a por leña ni al corral y sólo dejaban la leña suficiente para que la lumbre siempre estuviera encendida en las casas. También les hizo comprender que no todo era lo bonito y bucólico que lo estaban dis-

frutando ahora, que también pasaban muchas calamidades durante aquellos largos inviernos muy duros y temibles, que no tenían punto de comparación con los de ahora, aunque no por eso dejaban de ser duros.

Así en esas, Perico les dijo que el pan ya debería estar cocido, así que abrió un poco la puerta del horno y observó, llamándoles para que miraran. Viendo cómo el pan había crecido suficientemente y se encontraba en su preciso momento para sacarlo, dorado, con la costra marroncita, un espectáculo único que no habían visto nunca, le pidió a Luis que tomase la pala y los fuera sacando uno a uno, cosa que hizo no sin dificultad, ya que no lograba tomarlos con la parte plana de la pala. Más tarde fue Chari la que lo intentó y a decir verdad que lo realizó mejor, que duda cabe que la chica había sido más hábil, por lo que miró a su novio haciéndole entender con su sonrisa que era un poco manazas.

Los hermosos panes ya se encontraban enfriándose en la tabla de madera. Era un panorama que alegraba la vista. Lo habían hecho ellos allí, fuera del mundanal ruido, un espectáculo que no olvidarían, deseando que tomaran la temperatura normal. Debería ser un manjar de Dios. Sin duda, debería saber mucho mejor que el más caro bollo de la mejor pastelería de las Ramblas.

Salieron a la calle. La tormenta se estaba calmando muy lentamente y el huracán iba pasando a viento fuerte que cimbreaba las altas copas de los árboles y arrastraba por el suelo todo lo que veía. El cielo se iba tornando de un color gris oscuro aglutinando las nubes más blancas y pintándolas también de color negro. Nunca habían visto tantas nubes apelotonadas y tan bajas dando la impresión de que querían coger un sitio cómodo y descargar todo el líquido que llevaban dentro. El valle se iba oscureciendo como si la noche regresara otra vez. Parecía mentira cómo la luz del cielo se iba apagando poco a poco y las nubes negras dejaban en penumbra nuevamente al valle ahogando su color verde.

Se metieron en la casa. Perico ya se encontraba por allí, trajinando; había preparado la mesa, estaba calentando el café y se encontraba sacando de un recipiente grande, de barro, unos chorizos que debían estar diciendo comedme. Llenó el porrón de aquel vino tan rico que no sabían de dónde lo sacaba para el almuerzo que debería ser de campeonato.

Perico, alzando la voz y con rostro serio que nada más terminar acabó en carcajada, les expresó:

—Muchachos, cuando el tiempo está así de fiero, ¿sabéis lo que hay que hacer? Pues muy fácil, pegarse un almuerzo de la leche, que en estos días hace falta calor al cuerpo y tener la barriga llena. Así que, venga, vamos al lío.

Luis, que lo estaba atendiendo ensimismado porque cuando hablaba así aquel hombre había que callar, porque lo que decía valía más que las enseñanzas del mejor libro, le preguntó:

—Oye, ¿y esos chorizos?

—Los compré la semana pasada en la carnicería. Son especiales, ya veréis, por esta zona los hacen muy buenos y el jamón también; un día de estos bajaremos a comprar uno, es necesario tener aquí siempre.

—Y el vino ¿de dónde es que está tan bueno? —preguntó nuevamente Luis.

—El vino es de la comarca del Somontano. Por si no lo sabéis, es de la provincia de Huesca, de la zona del mismo nombre, orilla de Barbastro. La verdad es que allí producen vino de muy buena calidad, así que vamos a empinar el porrón que hoy es día de llevar el estómago caliente —les explicó Perico riéndose nuevamente mientras cogió el porrón y se lo ofreció a Chari, para que fuera ella quien empezara a refrescar el gaznate.

—Vamos, Chari, empieza que esta es la mejor bebida del mundo y según dicen, a Jesucristo también le gustaba, así que no debe ser pecado, venga atácale —dijo con gran sentido del humor Perico, riéndose los tres a la vez, mientras Chari alzaba el recipiente de vidrio y lanzaba el chorro contra su boca, cayendo la mitad dentro la mitad fuera.

Luis salió a por el pan a la casa del tío Blas, no sin antes decirle Perico que se trajera dos de ellos y que el resto lo introdujera en una saca de tela que había también allí y que la cerrara.

Volvió con dos panes magníficos que aún estaban un poco calentitos, los dejó encima de la mesa y Chari los empezó a mirar con fruición. Acto seguido cogió su móvil y llamó a su casa. Debía contarlo ya, no tenía paciencia.

—Mamá, soy yo, Chari, ¿cómo os va?

—Ay, hija mía, qué alegría me das. Estamos muy bien ¿y vosotros? Pero no me engañes —le contestó su madre llena de regocijo.

—Como nunca, mamá. Estamos perfectamente y muy contentos, esto es el paraíso y Perico un cielo, no te lo puedes ni imaginar. Así que tranquila, mamá.

—Oye, ¿y el tiempo cómo está? que han dicho en la tele que por los Pirineos va a haber fuertes tormentas —le preguntó intrigada su madre.

—Tranquila, mamá; hoy ha amanecido con tormentas y supongo que lloverá, pero no te preocupes, esto es maravilloso. La casa donde estamos es un palacio, oye, ¿sabes? hoy hemos hecho pan, hemos hecho diez panes, y ahora vamos a probarlo con chorizos del pueblo que compró Perico, me gustaría que estuvierais aquí ahora —le contestó eufórica Chari.

—Qué alegría me da oírte hablar así, hija, no sabes lo tranquila que me dejas.

—Bueno, mamá, dale recuerdos a papá y dile que me llame luego, un abrazo y un beso muy fuerte, mamá. Hasta mañana —le despidió Chari.

—Adiós, hija mía, dale un abrazo muy fuerte a Luis y a Perico. Adiós, un beso muy fuerte —también la despidió con voz entrecortada su madre.

Ya sentados en la mesa, en un acto ceremonial como luego les explicaría, Perico tomó un pan con sus manos, y con un cuchillo, en el anverso de la hogaza hizo la señal de la cruz rozando la costra con la punta del mismo, mientras Luis y Chari le miraban estupefactos, ya que era la primera vez que lo veían hacer.

—Esto que he hecho, por aquí y creo que en muchos sitios más aún se hace, sobre todo la gente mayor, creo que es una tradición referente al dicho de

que “El pan es de Dios” —le explicó Perico no totalmente convencido de lo que les decía.

Cortaron el pan y se lo llevaron a la boca. Chari y Luis no se lo creían, qué sabor tenía, cuanto costaría aquel pan en Barcelona, una fortuna sin duda, allí en la ciudad no sabían aún lo que era comer buen pan, ni lo sabrían nunca, peor para ellos —pensó Luis—. Que se hubieran venido a estas tierras, mientras sonreía para sus adentros; entretanto Chari, metiendo un chorizo en un buen trozo de pan y apretándolo con sus dedos lo fue mordiendo poco a poco como si no quisiera que se le acabara nunca. De cuando en cuando el porrón tomaba una posición inclinada en el espacio.

XXXVI

Como por arte de magia, el cielo pasó a un estado de laxitud completa, tensa, se diría de espera. Se ennegreció hasta lo máximo y al mismo tiempo contagió a las montañas que desaparecieron tragadas por las nubes negras que las engullían como si nunca hubieran existido en aquel lugar. El verde inmaculado del paisaje de otras mañanas claras había pasado a ser de un gris triste y mustio, como si se hubiera vestido de luto.

La calle, como consecuencia del vendaval anterior, se encontraba llena de hojas arrastradas por el viento y ramas recién cortadas de cuajo que la habían cubierto por completo, habiendo dejado como una especie de alfombra por donde los pajarillos picoteaban antes del fragor de la batalla que se avecinaba, que ellos lo sabían mejor que nadie.

La mañana tenía una faz triste, inmersa en esa soledad sólo rota por el pueblo grisáceo y plomizo, y por las almas que lo habitaban como minúsculas sombras que se movían lentamente esperando que empezara sin previo aviso el diluvio que había pronosticado el viejo. Sin embargo, Chari y Luis se encontraban expectantes a ver en qué momento explotaba el firmamento y todo el agua, contenida en esas grandes masas muy oscuras de allá arriba, caía sobre ellos intentado ahogarlos en su agua pura que inundaría todas las destartaladas calles y llegaría al río, que la abrazaría y llevaría a su seno para conducirla curso abajo.

Chari, armándose de valor, cogió una garrafa de plástico y se encaminó al riachuelo para coger el agua cristalina que caía en esos momentos, ya que posiblemente un poco más tarde el agua se enturbiaría.

Por la senda, dándose prisa, llegó al margen, a la misma piedra donde iba siempre. Se agachó y dejó la garrafa en una posición para que se llenara sin su ayuda. Al mismo tiempo que alzó la vista e iba observando cómo las nubes luchaban entre ellas para ponerse en buena posición y ser la primera en descargar agua a raudales. Estaba segura de que nada más que cayera la primera gota de agua, sería como la señal, el inicio de las hostilidades que desatarían la tempestad; cogió la vasija y corriendo se dirigió nuevamente a la casa mientras Luis la miraba riéndose. Así Chari le lanzó el reto:

—Cobarde, cobardica, ¿a que tú no te atreves a hacer lo que he hecho yo? Venga, que no se diga.

— Será posible la niña ésta, que yo no me atrevo. Ya verás ahora, me voy a traer dos, por falta de una —le contestó.

Entró a la casa, cogió dos garrafas y andando tranquilamente, sin prisas, para hacer notar que no sentía ningún miedo a la cercana lluvia, salió observando el cielo como si apareciera de un color azul e hiciera un sol magnífico. Cuando llegó puso una garrafa en el mismo lugar y se sentó a esperar, comenzando a silbar una canción. Esa debió ser la señal que desencadenó la furia contenida por largo rato en aquellos parajes. Parecía como si todo el agua del cielo la hubieran volcado al instante, como si el cielo inmaculado que debería hallarse mucho más alto se hubiera convertido en un mar azul y por gravedad hubiera caído a la tierra.

Luis dio un salto, agarró una garrafa y salió corriendo todo lo que podían sus piernas. A la otra ya ni se esperó; el río no estaba muy lejos pero como cada vez caía mucho más fuerte empezó a empaparse como una esponja, mientras Chari le observaba detrás de la ventana, tronchándose de risa cuando le vio llegar.

—¿Qué pasa, te has caído al río? Ja, ja, ja.

— Joder, qué manera de caer agua —dijo empapado Luis.

—Pero Luis ¿y la otra garrafa? Ja, ja ja, —se burló Chari.

—No me ha dado tiempo a cogerla. Cualquiera se quedaba allí. Madre mía lo que cae, en mi vida he visto llover tan fuerte.

Chari siguió con su burla:

—Eres un blandito, Luisito. Te asustas por dos gotitas de agua y dejas que se lleve la corriente una garrafita.

—Guasona, ya te cazaré a ti otro día. No te digo la niña los humos que le han salido.

Perico mirándolos se reía con una cara de felicidad que había que verla, observando cómo se burlaban entre sí. Notaba que la dicha había entrado nuevamente en aquella casa y que volvía a ser la que hace ya algún tiempo había sido, la misma que los días de lluvia cuando él y Julia, su esposa, dejaban el trabajo en la huerta y volvían rápido allí para contemplar los fenómenos detrás de la ventana, aliviados por el calor de la leña del fuego.

Fuera era una cortina de agua que no dejaba ver ni el otro lado de la ladera, ni la casa del tío Blas. La lluvia caía con ganas y rebotaba con fuerza en el suelo, dejándolo como un espejo cada vez más grueso donde las gotas saltaban haciendo grandes cráteres que soltaban gotitas minúsculas como si de lava se tratase.

Allí se encontraban los tres, en aquel espacio, dentro de un pueblo perdido en el más recóndito Pirineo, encerrados en una casa, a verlas venir, a esperar y esperar, acorralados por la furia, la rabia y el ímpetu de aquella atmósfera que les había vuelto la espalda, que parecía que los quería tragar, ahogarlos en aquel agua que caía por todos lados, del cielo y de las montañas que la escurrían como si ya no pudieran contener más entre su selva.

—Perico, dime ¿estamos seguros? —preguntó un poco temerosa Chari.

—No te preocupes, pequeña, esto ya lo he vivido infinidad de veces. Tranquila, hay que tener paciencia y esperar, unos días más tarde comprobarás cuál es el milagro del agua en este valle —le contestó tranquilizándola.

Todo el día estuvo lloviendo fuerte, no con tanta intensidad como por la mañana, pero con un rigor que no les dejaba salir a la calle. Los jóvenes se pasaron casi toda la jornada mirando a través de la ventana, viendo rezumar agua todo el valle, sintiendo cómo lloraban las cumbres con el agua que no podían retener, notando cómo el río crecía y crecía sin parar, con un ruido profundo al bajar desbocado desde las alturas. Había crecido una barbaridad, anegando todos los márgenes y chocando contra la parte superior del puente y rebotando hacia atrás, produciendo grandes cantidades de espuma blanca que daban la sensación de que

brotaban de sus adentros, buscando el agua otra salida, por lo que casi llegaba al camino que lo cruzaba.

Los ojos de los dos no se cansaban de admirar el espectáculo que proporcionaba la pantalla que aparecía ante sus ojos. Era inigualable, fantástico, lo saborearon de verdad; iban y volvían a la ventana como si fueran dos niños chicos, disfrutando de ese día que les había tocado, encerrados contemplando la naturaleza enfadada.

Después de comer, Perico les contó historias que habían ocurrido en el pueblo y se atrevió incluso a contar leyendas que a Chari le dieron un poco de repelús, y que hacía al viejo reír y pasárselo bien. Les confesó que se sentía muy feliz allí, con ellos, ya que él no había sentido la dicha de haber tenido hijos y por eso nunca les pudo contar esas historias y cuentos. Por eso ahora los sentía como si fueran propiamente sus hijos, su descendencia, su propia carne. Y hasta esa larga tarde viendo la lluvia caer sin parar se acordó muchas veces de Julia, la mujer que fue su compañera de siempre en aquel valle y en el que habían pasado momentos muy felices, y donde fueron enterrando a todos sus antepasados y a alguna gente del pueblo que quisieron hacer lo que ellos: quedarse allí a contemplar y ver pasar sus vidas y no marcharse a buscar otro futuro más fácil en otros lugares.

Mientras hablaba, Luis y Chari lo miraban con atención, pensando que aquella persona menuda que tenían enfrente, el último habitante de aquel valle encajonado en las montañas, era la voz de la sabiduría que se mostraba para su conocimiento, aquella persona que sabía lo que era vivir toda la vida en el valle, viendo nacer y morir a todos los de su alrededor, a ver desatarse miles de tormentas secas y de rasgarse el cielo e inundar todas las montañas y los campos, y escuchar lo que las voces que producía el agua al deslizarse por el cauce del río le hablaban.

Al caer la tarde, cuando ya quedarían muy pocos rayos de sol encima de las nubes que se habían tornado a un color más claro, fue entrando una pequeña claridad en el valle que no habían tenido en todo el día. Ya llegaba a apreciarse casi todas las cumbres y sólo caía el agua mansamente como si la echaran con las manos rociándola.

No dio más tiempo a que pudieran contemplar la luz del atardecer en el valle. La noche tomó posesión de su reinado, una noche en que ni las estrellas pudieron ir a visitarlos, sólo el color negro lo tuvieron de compañero en el viaje hasta la mañana siguiente.

XXXVII

Junto a la luz del camping-gas, ayudada por el resplandor potente que daba el fuego de la chimenea que Perico había encendido con unos tarugos grandes de leña de roble, el cuarto, que hacía las veces de cocina y salón, se encontraba bien iluminado. Las sombras de ellos se movían en la pared agrandadas cuando se levantaban de sus sillas como si fueran sombras producidas por las de una mano cuando se dibujan formas en la pared. Resultaba gracioso verse su contorno en aquellas paredes milenarias que tantas sombras habrían dibujado a lo largo del tiempo en que la soledad y la rutina diaria era la dueña de la vida de sus moradores, pero también producía una especie de desabrimiento, de una inquietud tal que si esas sombras fueran espíritus reales llenos de vida y dotados de movilidad propia. A Chari esas sombras grandes que se movían en la pared cercana le producían algo de desazón, como si su otro yo se moviera al compás suyo y le hiciera eco en las mismas. Ella miraba cómo su sombra se deslizaba moviéndose en dos direcciones a lo largo de la pared, mientras la sombra permanecía en su sombra sin mirarla. Eso era lo que le ponía nerviosa, con una inquietud que la turbaba, menos mal, pensaba, que estaba allí con ellos, en caso contrario no lo hubiera podido resistir, era superior a ella, quizá era una sugestión, pero esas sombras que repetían los movimientos que hacían ellos la llenaban de una histeria que ella sólo notaba en sus adentros y que a nadie decía. Hubiera preferido estar a oscuras sólo con el tímido resplandor que esa noche entraba por la amplia ventana.

Aún estuvieron allí un rato hasta que el cansancio del día los rindió. Perico los tranquilizó y les anunció que el día siguiente, pese a que aún el tiempo no volvería a la normalidad, estaría mucho mejor y podrían moverse y hacer la vida con normalidad, y también les dijo que sería precioso ver el valle con mil torrentes de agua caer al fondo del mismo y que podrían contemplar el río colmado de agua y escuchar su susurro fuerte todo el día y desde todas los rincones de la aldea.

Se desearon buenas noches y marcharon a sus aposentos. Perico abrió la puerta de la casa y se dirigió a la casa del tío Blas, con sus pasos cortos y precisos, hacia la soledad de su cuarto a enfrascarse nuevamente en el aislamiento cotidiano de la noche, a su combate nocturno como si fuera un encierro de clausura. Luis pensaba que no llevaba muy bien esa situación que Perico había querido así. No la compartía; debería convencerlo para que estuviera con ellos a la misma casona. Se lo plantearía otra vez y haría uso de su sensatez para que rectificara, aunque conociendo a Perico y su tozudez, algo complicado sÍ que era, pero debería hacer uso de su psicología para intentar conseguirlo.

La noche negra, la más negra de las que habían pasado en aquellos dominios sometidos por la fuerza de los elementos, se convirtió en una noche blanca con toda su pureza y candor. Era la noche de amor entre dos personas que se querían y amaban como nadie, donde el amor que compartieron dio luz a aquella habitación que se encontraba totalmente a oscuras y que iluminaron con sus caricias.

Las paredes blancas las llenaron de sombras que no perturbaron a Chari y que la llenaron de felicidad y ternura hacia Luis, la persona que más quería en el mundo.

Hasta que las luces tenues de un nuevo día aparecieron por su ventana, durmieron cogidos de la mano y no la soltaron hasta que la luz que provenía del exterior les hizo separarlas. En ese momento se fundieron en un beso dándose los buenos días, quedándose inmediatamente fundidos nuevamente en un sopor placentero y que duro sólo el tiempo que Perico tardó en llamarlos como hacía todas las mañanas y como si fuera un ritual.

Pensó Luis si es que este hombre no dormía o era un ser sobrenatural, o quizá un ánima de las que se hablaba en tiempos pasados, o un ser sobreencarnado en una abeja obrera o una hormiga que trabajaba sin descanso noche y día. Sin duda estaban bien cuidados y protegidos, seguramente mejor que por todo un ejército. Oía ruidos pero no podía intuir lo que se llevaba entre manos; eso sí, comprendía que les estaban dando la vida aunque no hicieran nada, sólo con brindarles su compañía día y noche, ese hombre era una mina de oro y platino juntas, un tesoro descubierto donde ya se supone que no hay tesoros ni nada por descubrir, como el hada o un mago de aquellas montañas que hubiera bajado de las mismas a ampararlos, a hacerles la vida más fácil, como si no existiera, como si fuera una alucinación, como si fuera algo que ellos se habrían inventado porque les hacía falta en aquel pueblo donde reinaba la soledad más completa, para que sus corazones no se cubrieran de una melancolía que los venciera y desistieran de su aventura.

Pero Luis, medio en sueño medio despierto volvió a la realidad con un sobresalto intenso cuando a Perico algo se le tuvo que caer de las manos al suelo y sonó con eco en todo el caserón. Nada era imposible con este hombre; tendrían que madrugar por fuerza todos los días mientras estuvieran allí, no todo iba a ser bueno —pensó mientras se reía para sus adentros—, así que sin hacer ruido se levantó, procurando no despertar a Chari, que dormía plácidamente tapada hasta arriba, viéndosele sólo su cara de ángel de cabellos rubios y colmada de un amor que la había sosegado, llena de una serenidad que ni el fuerte estruendo había logrado despertarla, aún así, se agachó y depositó un suave beso casi sin tocar su cara.

Luis bajó y se encontró a Perico mirando para arriba, con sus ojillos escudriñándolo. Este dijo:

— Cuánto madrugas, hombre, con lo bien que se está en la cama ahora.

—No lo dirás por ti, eh, ¡vaya tela!. ¿Es que no duermes nunca? ¿Es que el sueño cuando se te acerca te tiene miedo, o qué? —le preguntó Luis con una cara risueña.

Luis bajó hasta el salón y entonces se dio cuenta de que todos los utensilios del desayuno estaban puestos; hasta un fuente de magdalenas y que imploraban que alguien se las comiera había encima de la mesa. El joven las tocó y notó que quemaban, recién hechas. Se giró y miró a los ojos; evitando decir más palabras avanzó hacia él y le dio un fuerte abrazo y le dijo casi al oído:

—Gracias Perico, todo esto que haces ahora nunca lo podremos olvidar, puedes estar seguro.

—Hago lo que puedo Luis, hasta que creo que no es bastante —le susurró Perico lleno de emoción.

Siguió Perico diciéndole:

—Cuando se levante Chari, prepararemos café con leche y desayunaremos los tres, ¿vale? Mientras, te enseñaré una cosa que debes saber y que el otro día no te dije, acompáñame.

Perico salió a la calle y detrás se encaminó Luis. La mañana que emergía por lo alto de las cumbres se presentaba nublada, con cara de pocos amigos, aunque no enseñando los dientes como la del día anterior. Pero no era para fiarse, en los Pirineos no había que confiarse ni ante el día más azul y nítido.

Bajaron hasta el río, preguntándose Luis qué clase de mosca le habría picado al viejo esa noche, lo tuvieron que cruzar por el puente ya que no se podía atravesar por ningún sitio por la gran cantidad de agua, la cual bajaba dando tumbos y haciendo remolinos y chocando y esclafándose[2] entre las miles de piedras que producían un ruido que no dejaban oírse entre ellos, generándose un espectáculo único de contemplar. Parecía que las montañas de piedra se estaban fundiendo en el agua y que la tierra se iba amalgamando y licuando, dejando el valle como un desierto.

Perico lo llevó a una especie de arbusto y sacó un palo grande que en una punta tenía un aro provisto de una red fina y cerrada que le enseñó.

—Ya te habrás imaginado que es esto ¿no? Pues mira, antes de que me lo digas te lo diré: es para comernos las mejores truchas que se crían en el Pirineo y no me digas que no, pues ya las saboreaste la otra noche ¿a que es verdad?

—Sin duda Perico, pero esto es un delito —le dijo con preocupación Luis.

—Pero qué delito ni qué leche. Nosotros, ¿dónde vivimos? en la montaña, ¿no? Pues para nosotros no es delito ya que de algo tenemos que comer. Delito es para el que viene a pescarlas por puro placer desde la capital. Además, eso ya se lo comenté una vez al sargento de la Guardia Civil y me tuvo que dar la razón, contestándome que cuando subiera por aquí padecería una enfermedad muy parecida a la miopía.

—No, no, si contigo no puede nadie, eres un hacha —le contestó ya sin rebatirle Luis, puesto que aquel hombre cuando hablaba lo hacía cargado con toda razón.

—Otro día pescaremos alguna. Hoy no, que baja mucha agua y con demasiada turbulencia, pero ya tendrás ocasión otro día. Claro que cuando te aficiones no vas a salir del río —y se rieron los dos dirigiéndose hacia la casa.

Ya desde la ventana, Chari los contemplaba sintiendo en ese momento un bienestar y una paz como nunca había sentido, esa debía ser la felicidad multiplicada por el infinito. No podía sentirse otra satisfacción mayor en el mundo, que

[2] En Aragón, estrellarse, empotrarse.

iba a aumentar cuando degustara las magdalenas que la esperaban abajo y que ella aún ignoraba.

Cuando entraban a la casa, ella bajaba las escaleras, diciéndoles:

—Buenos días y vivan los reyes de mi casa… bueno… mejor dicho los de la casa de Perico.

Rieron los tres hasta que dejó de reír Chari al ver las magdalenas. Inmediatamente fue a tocarlas, comprobando que aún se encontraban calientes, y como si hubieran quedado de acuerdo, Chari dio un nuevo abrazo a Perico y le dijo aparentando que se encontraba enfadada:

—Pero Perico, ¿no te dije que me tenías que enseñar a hacerlas?

El viejo que se había quedado fuera de juego con el abrazo que le había regalado Chari, respondiendo con una emoción que no sabía ni dónde ocultarla, ya que nunca había recibido un abrazo ni un beso de una hija.

—Te prometo que la próxima vez te avisaré; es que era muy temprano y no he querido molestarte, las próximas las haremos por la tarde.

La mañana se presentaba sin sol y seguro que no iba a aparecer en toda la jornada, sin embargo era más luminosa que otro día cualquiera, producto de esa luz interior que irradiaban los tres vecinos del pueblo, donde su amistad despedía una claridad tan grande que llegaba a los más altos picos reflejándose en el río y en su ruido continuo como si pareciera que las aguas en su caminar hablaran.

XXXVIII

El trozo de cielo que se divisaba desde el valle se encontraba cubierto por unas nubes menos negras que la jornada anterior, se diría que esa mañana tornaban a un color gris con brechas de color blanco algodón; se encontraban ya más altas y la fuerza del sol que se hallaba infinitamente más arriba, apenas dejaba filtrar su claridad. Aun así, el valle estaba espléndido, donde sus colores de siempre empezaban a notarse nítidos y tal como eran, sin reflejos, de una forma mate, limpia y transparente.

Los dos jóvenes acompañaron a Perico al río. El viejo se había empeñado en pescar unas truchas para degustarlas en la comida y quería enseñarles la forma para que luego lo hicieran ellos. Allí había suficientes para que comiera todo el pueblo, aunque eso sí, estaba todo vedado, no se podían pescar, excepto él, por aquel compromiso tácito que tenía con la autoridad competente; claro que sólo pescaba las que le hacían falta y además las cuidaba y mimaba limpiando el río como la mañana después del paso de la tempestad.

Lo primero que se dirigieron a ver fue el lavadero, y comprobaron que se había llenado por completo de un agua que ya se encontraba limpísima, dispuesta para el primer lavado desde hacía ya mucho tiempo, y que iba a ser Chari la que lo reinauguraría esa misma mañana si el tiempo no lo impedía.

A continuación se dirigieron subiendo la cuesta adonde Perico guardaba el artilugio con el que se adueñaba de las pobres truchas. Lo agarró y les dijo que lo acompañaran, llegando a unas pequeñas revueltas que hacía el río y en el que había unas pequeñas pozas y según el viejo unas minúsculas cuevas a la orilla que era donde se refugiaban las truchas después de las tormentas.

Por el riachuelo bajaba más agua de lo normal, lógico después de las copiosas lluvias registradas el día anterior, de un color blanco azulado con grandes saltos y creando mil cataratas que se esparcían por todos los lados.

Perico introdujo aquel palo largo en el agua donde pensaba que podían estar guarecidas y lo movió de un lado para otro dentro de la poza, sacándolo de vez en cuando, no teniendo suerte en los primeros lances. Cuando la respuesta negativa ya se hacía notar y Luis y Chari se miraban como preguntándose si allí lo que pescarían sería un resfriado de seguir entre aquellas sombras que proporcionaban lo altos pinos que se encontraban a la orilla.

—¿Qué, Perico?, creo que las truchas se las ha llevado la tormenta, ¿o es que han cogido vacaciones? —le dijo en tono guasón Luis.

—¿Sabes lo que te digo? Hoy no las vas a probar; nos las vamos a comer Chari y yo, así que piensa lo que vas a comer —le contestó con sarcasmo el viejo, que notaba que esa mañana no querían entrar en la red.

Antes de terminar de hablar, subió el palo para arriba y allí apareció una hermosa trucha dando bandazos aprisionada entre la red. La sacó fuera y le dijo a Chari que la echara al cubo.

—¡Ostras, vaya bicho! con esta ya comemos los tres —exclamó contento y alborozado Luis, comprendiendo que había hablado demasiado.

—Ahora te toca a ti "espabilao", ¿has tomado nota de cómo lo he hecho yo? pues venga, vas a estar arriba y abajo hasta que saques una —le ordenó el viejo riéndose con cara de triunfador.

Luis tomó el palo y lo introdujo en el agua. Y allí estuvo un rato sacándolo y metiéndolo, pero lo único que enganchaba eran hojas y piedras, hasta que lo sacó y lo dejó en el suelo, queriendo decir que él ya no hacía más el tonto, sentándose en el suelo. Sin decir nada, la chica tomó el palo, se acercó a la orilla y empezó a hacer los mismos movimientos que los demás; lo sacó varias veces sin resultado alguno, hasta que una vez al poco tiempo, apareció una nueva trucha también espléndida, soltando Chari un grito de felicidad y triunfo. Dirigiéndose a Luis, dio este un salto desde el suelo como no creyéndose lo que estaban viendo, también miró a Perico, quien no cabía en sí de gozo y hasta de cierta forma se alegraba de que hubiera sido la chica la primera de los dos.

—Encima es una trucha asalmonada —recalcó el viejo.

Chari le preguntó:

— ¿Y eso, qué quiere decir?

—Pues que tiene el color de la carne como el salmón y es mucho más sabrosa.

Chari no cabía en sí de alegría. Mientras tanto, Luis con rabia agarró otra vez el instrumento y volvió a la carga, jurándose que hasta no pescar alguna, allí estaría y allí se quedó. Mientras tanto Perico y Chari volvieron a la casa y el viejo le dijo que cogiera la ropa sucia, que irían a lavar. El viejo agarró una tabla de madera labrada en una cara con entrantes ondulados y un pedazo de jabón casero que guardaba en una cesta de paja y que sabe Dios los años que llevaba hecho.

Chari lo miraba estupefacta, viendo lo que cogía, y preguntándose si con eso iba a lavar, pues no lo había visto hacer en su vida.

Salieron y se dirigieron al lavadero, mientras el viejo le enseñaba cómo fabricaban antes el jabón en los pueblos y para qué servía la madera, que en realidad su nombre era "losa de lavar". Perico era un libro abierto y a Chari le encantaba escuchar todo lo que salía de su boca.

En el estanque, el viejo colocó la tabla en la pared inclinada del mismo y agarró una prenda y la puso encima. Con la mano la regó con bastante agua y le pasó el trozo de jabón por encima apretando, hasta que el mismo tomó la blandura ideal para ello. Después tomó la prenda y la pasó de arriba abajo por la losa estrujando también la prenda entre sus manos, luego la aclaró en la limpia agua del estanque y la escurrió con las manos. Extendiéndosela se la entregó a Chari, que observó la blancura de la tela quedando maravillada de lo que había visto. Inmediatamente y sin que le dijera nada, ocupó su lugar, haciendo lo mismo que le había visto hacer a aquel buen hombre que tenía a su lado. Debió hacerlo bien, pues Perico no la tuvo que rectificar en nada; al contrario, el viejo pensó que esa chica era muy inteligente. Ardía en un candil apagado, como vulgarmente se decía. Era un portento.

En poco tiempo lavó toda la ropa, la aclaró y mientras tanto ya su acompañante había atado una cuerda larga entre dos árboles y se dispuso a tenderla con unas pinzas de madera que Dios sabe los años que tendrían.

Chari no cabía en sí, estaba radiante, aquello era un gozo. Lavar en medio del Pirineo, con ese agua clara y cristalina, algo fría, eso no lo olvidaría tampoco. Sacó el móvil que siempre portaba en su bolsillo y se dispuso a llamar a su mamá para explicárselo, pero fue sólo un intento vano, el móvil no tenía batería, su decepción fue grande. Tendrían que ir esa tarde al pueblo a cargarlos, no les quedaba más remedio. Así no podrían estar allí.

Más arriba, Luis pugnaba por sacar alguna trucha, pero no era su día y las malas pulgas le iban creciendo por momentos, hasta estuvo en un tris de tronchar aquel maldito palo en sus rodillas, pero entonces confirmaría categóricamente que era un perdedor, así que siguió un rato más hasta que en la rutina de entrar y sacar el palo apareció una trucha no tan grande como las otras, pero, en fin, una trucha era.

Contento desistió de sacar alguna más, escondió el palo donde lo tenía guardado Perico y bajó donde había visto a sus acompañantes hacer no sabia qué. Cuando llegó a ellos Chari miró a ver qué traía agudizando sus ojos y preguntándole:

—¿Qué tal se ha dado, principiante?

—Mira, qué te creías, que yo no iba a ser capaz, ¿eh, niña lista? —dijo enseñando el pez.

—Para eso te pones, para eso has estado media hora, ja, ja —reía mientras le contestaba Chari.

—¿Será posible la niña esta, qué aires está cogiendo?

El curso del día seguía de la misma forma, como si al paisaje lo hubieran "congelado". Podría que tuviera un poco más de luminosidad, pero nada más. Las nubes parecía que no se hubieran movido, como pegadas en el mismo sitio. Los árboles no se agitaban lo más mínimo. Los pájaros y aves no existían o habían desaparecido, como si estuvieran gozando de una hibernación profunda. Hasta el sonido del agua del río parecía un disco rayado, con un murmullo monótono e invariable que cansaba. El panorama que se observaba desde la casa parecía el de un cuadro hecho por el mejor pintor paisajístico. Era como si el tiempo se hubiera detenido en su caminar, sólo tres almas rompían el lienzo que aparecía sobre aquel tapiz verde.

XXXIX

Antes de la comida, Chari, provista de una canasta de mimbre con dos asas, bajó al lavadero y recogió la ropa, aún un poco húmeda pero no la quería dejar allí por si el tiempo cambiaba. La tendería dentro de la casa, allí se secaría poco a poco, pensando que debería ser un placer tender la ropa y secarla al aire libre en un día en que hubiera un sol radiante.

Las truchas ya estaban en la mesa fritas y aderezadas con unos trocitos de jamón. Estaban deliciosas, sobre todo la asalmonada y la joven, siguiendo la guasa, dudó en que Luis la probara o esperar que él pescase una por sus propios medios. Luis la miraba a los ojos no queriendo entrar en la conversación y sólo se daba cuenta de que su novia tenía una singular belleza, llegando a pensar que se había vuelto más salvaje en los pocos días que estaban allí habitando en esas montañas agrestes y desconocidas.

Chari, al darse cuenta de su abstracción le llamó a la realidad.

—Eh, ¿estás en la luna?

—¿Quién, yo? ¿Sabes qué estoy pensando? Pues que estás guapísima ¿a que sí, Perico? ¿A que no hay nadie más guapetona en todo el valle? ¿Qué digo, en el valle? En todo el Pirineo, de punta a punta.

—No sé si dirás lo mismo después de que me escuches, pues estaba pensando en no dejarte probar mi trucha que he pescado yo. Pero me has dado lástima —dijo con un poco de sorna la chica.

—¿Has oído, Perico, a la moza ésta cómo se le han subido los humos? Ya la arreglaré yo, ya. ¡Habrase visto! Anda, échate un trago de vino y calla, presumida, a ver si se te suben los colores que estás muy blanca —dijo Luis con algo de cachondeo.

Perico, mientras engullía un trozo de trucha, les dijo que los invitaba a tomar café en el pueblo y al mismo tiempo haría algunas cosas y ellos cargarían los móviles en el bar. A los jóvenes les pareció estupendo, pues ya tenían ganas de contactar con el mundo real. Así que, dicho y hecho, una vez terminaron de comer se prepararon para bajar al pueblo.

Mientras tanto Sasué que lentamente se le notaba que ya iba teniendo más fuerzas, con sus cortos pasitos daba vueltas para todos los lados, no separándose muchos de los pies de ellos, alzando su cabecita de vez en cuando, como queriéndoles hacer saber que él también estaba por allí, y aún llegó a lamer los restos del pescado chupando su jugo y relamiéndose como un perro de verdad. Cuando lo cogieron para introducirlo en la casa del tío Blas, no lo hizo de muy buen gusto, pues ya reclamaba fiesta y detestaba seguir encerrado.

Subieron al coche todos con cierta euforia y fueron dejando el pueblo atrás, colgado en la ladera, dando la impresión de que en un momento dado se descolgaría y caería despeñado hasta el río engulléndolo y desapareciendo entre sus aguas como si nunca hubiera existido y nadie lo fuera a echar de menos.

El vehículo se iba llenando de gran cantidad de barro por el agua caída el día anterior y las ruedas había pasado a tomar un color marrón proyectando grandes cantidades de lodo según iba avanzando por los recodos del camino, dejando las huellas bien señaladas en el mismo, como si quisiera dejar una huella para no perderse al volver.

Entraron en el bar, no sin antes el perro de siempre darles la bienvenida reglamentaria corriendo a su lado y meneando con fuerza el rabo.

—Buenas tardes, Alicia y a todos, ¿qué hay de bueno por aquí? —saludaron Perico y sus acompañantes con jovialidad.

Todos saludaron, y el Duro que estaba sentado al fondo, dio un salto con gran energía al mismo tiempo que decía:

—Muy buenas, creíamos que las lluvias de ayer os habían tragado —al mismo tiempo que empezaba a reír a grandes carcajadas.

—Duro, tú sabes que mucho tiene que llover para llevarme a mí la riada, ya pueden caer chuzos de punta —rió, mientras le contestaba el viejo.

—Bueno, ¿qué tal os va por esas montañas? ¿Os aburrís? —les preguntó el Duro, que era quien llevaba la voz cantante, debido a su autoridad y expresividad.

Contestó Luis con elocuencia:

—La verdad es que estamos muy contentos, nos hemos aclimatado bien hasta la fecha, aunque la culpa de ello la tiene Perico. Con esta persona iríamos al fin del mundo. No puede haber otro igual, es un hacha.

—Oye Alicia, ¿nos puedes poner a cargar los móviles, si no es molestia? —le preguntó Chari.

—No faltaba más, bonita, para mi es como si fuera una orden. Todas las veces que hagan falta.

—Gracias, Alicia, muchas gracias. Eres muy amable —le contestó agradecida Chari.

Tomaron café y una copa. Luis se tomó un güisqui con hielo porque le apetecía, ya que se le había olvidado echarlo en el equipaje cuando se trasladaron, y además le supo a gloria, lo necesitaba. Allí sentado con algunos vecinos del pueblo, de tú a tu, sintiendo que allí lo observaban como si fuera un héroe, como un ser de otra casta, de otro linaje hecho a la antigua usanza, y Perico observando a todos con una felicidad acorde a aquel momento tan entrañable y ameno.

Perico dijo a los jóvenes que iba a adquirir algunas cosas, que en un ratillo volvería, no sin antes pedirle a Luis que le dejara las llaves del coche. Estos siguieron platicando con los allí presentes que no hacían más que preguntarles sobre su vida actual y sobre lo que hacían antes en Barcelona.

—Pues hay que tener lo que hay que tener, para salir de allí con las comodidades que debe haber, con un buen trabajo y con vuestra familia y todo allí. A mi me lo dicen y no me lo habría creído —dijo uno de los allí presentes que por cierto se llamaba Melitón que se presentó provisto de una gran educación.

—Tienes razón, Melitón, pero algunas veces en la vida eso no es bastante. Hay que buscar otras formas de vida, muchas veces es más importante la liber-

tad de una persona que todas esas comodidades que te ofrece la modernidad. Muchas veces eso no acaba de llenarte, vamos, yo diría que te agobia y te voy a decir otra cosa: muchas personas en la gran urbe han pensado lo mismo que nosotros alguna vez y no lo han hecho porque no se atreven, y alguna vez, pasado el tiempo, lo harían sin dudar, pero ya se dan cuenta de que es demasiado tarde, que su tren se les escapó o que ya no tienen billete —le explicó con cierto aire de seriedad y con esa forma de sonrisa que Luis casi nunca escondía mientras hablaba.

Chari se sentó en el mostrador a hablar con Alicia y se lo debería pasar bien, pues de cuando en cuando reían a carcajadas.

—Oye ¿no sientes miedo por la noche? —le preguntó intrigada la señora del bar —no sé cómo explicarte, yo por lo menos lo sentiría.

—Para qué te voy a engañar y hacerme la valiente. Sí, claro que lo he sentido. Ahora, ya menos. Bueno, no sé si es miedo lo que siento, creo que ahora es respeto, aunque tampoco sé como explicarte. La verdad es que tengo más miedo al futuro. No sé, el miedo a la soledad, que me venza. En fin, ya veremos, de momento soy feliz allá arriba y estoy aprendiendo muchas cosas que en Barcelona ni las aprendería ni las habría vivido.

—¡Jó, cómo te admiro, Chari! Yo, en mi vida, no he sido nada valiente. A mí me ha pasado lo contrario, mi ilusión ha sido siempre el irme a la capital, y sin embargo por cobardía no lo he hecho. Algunas veces, porque la familia me ha quitado la idea, aunque comprendo que la única culpable he sido yo y ahora es demasiado tarde; pero en fin, aquí también soy feliz —le dijo Alicia un poco resignada a su suerte.

La puerta se abrió y apareció Perico llevando una bolsa grande en la mano.

—Vámonos, que estos os despedazan. Os comen a bocados, menudos buitres están hechos. Bueno, una cosa, atendedme todos: tenéis que saber que vamos a tratar de arreglar la iglesia del pueblo, posiblemente alguna vez os necesitaré, así que ya sabéis, queda dicho, os tendremos informados. Luis vendrá con el auto a por vosotros, ¿qué me decís? —les dijo con aire de orden el incombustible Perico.

El Duro contestó:

—Hombre, si te pones así, cualquiera se niega. Nada, no se hable más, allí estaremos y será un honor para nosotros arreglar la iglesia, queda dicho —contestó con autoridad al mismo tiempo que todos asintieron con la cabeza.

Se despidieron de todos. Chari dio un beso a Alicia y entre palmadas en el hombro salieron a la calle. Nuevamente el perro salió a su encuentro desde el otro extremo de la plaza y les acompañó hasta la puerta del coche con su hocico oliéndoles y con el mismo cariño que les mostraron la gente del bar.

Chari y Luis alucinaban, así eran las gentes modestas de ese pueblo, viendo cómo se ofrecían con aquella naturalidad, con ese cariño que les brindaban como si les conocieran de toda la vida, una hospitalidad que no olvidarían nunca.

El auto se dirigía camino arriba, al tiempo que la tarde empezaba hacerse mayor, pero las nubes no habían cambiado nada, seguían igual que por la mañana,

esperando alguna orden que no llegaba; hasta Perico dudaba de lo que iba a pasar a otro día, no había ninguna señal a la que pudiera acogerse, sólo faltaba esperar.

Aparcaron en la puerta, como siempre, cogiendo Perico la bolsa y dejándola dentro de la casa, indicándoles que pasaran. Allí metió la mano en ella y sacó un botijo de color blanco que les dijo que era el que tenía en su casa del pueblo y que les podía asegurar que conservaba el agua muy fresca. También sacó una bota de vino, que según él, era una pieza indispensable, riéndose al mismo tiempo, que deberían siempre tener llena si no querían que se les avinagrara.

Les dijo que esperaran, solicitándole nuevamente la llave del coche a Luis. Al instante apareció llevando tres jaulas grandes y varios manojos de pequeñas ramitas verdes. Al verlo se sorprendieron, preguntándose al mismo qué hace este tío, se está volviendo loco a cada momento que pasa.

En cada una de las dos jaulas había una gallina de color marrón y en la otra unos diez pollitos algo creciditos ya, de color blanco, con muestras de haber sido oro unos días antes.

—Pero, ¿esto qué es? —preguntó Luis.

—¿Es que no sabes lo que es esto? Yo te creía más inteligente, je, je —le contestó riéndose, con burla Perico. —Las gallinas valen para poner huevos y los pollitos se harán mayores y valdrán para alimentarnos, ¿o es que de repente os habéis convertido en vegetarianos? Además tengo que decir que os los han regalado. Fijaros cuánto os aprecian.

—Macho, eres un as. Estás en todo. Nosotros sí que somos unos pollitos, y encima sin plumas —le alabó Luis.

—Mañana les buscaremos lugar donde dejarlos. Además también me han dado unos plantones de tomates, pepinos, unas semillas de melón y sandía de buena calidad y unas patatas para sembrar. Así que ya no nos vamos aburrir, a trabajar todo el mundo y a producir, que si no vamos a pasar más hambre que los pavos de Manolo, que se comían los platos a picotazos —dijo Perico mientras se reía.

La noche cayó de repente. El cielo se oscureció cuando posiblemente el sol, que estaba encima de las nubes, pasó la línea imaginaria del horizonte. Allí quedaban los tres aprisionados, embebidos en la negritud de la noche, escribiendo la historia nueva de esa aldea olvidada. Al día siguiente, cuando el día venciera a la noche seguirían escribiendo otra página en el diario común.

XL

El siguiente día amaneció el cielo lleno de grandes cúmulos que asemejaban a inmensas montañas de algodón en rama, colgadas de un hilo con un fondo de azul virgen, como si estuviera recién lavado a consecuencia de las nubes sucias de los días anteriores. Iban cambiando de posición alternativamente, dejando siempre los mismos resquicios para que se pudiera apreciar el precioso color del cielo.

Chari se encontraba en la puerta de la casona contemplando aquella maravilla de nubes altas con ese color tan blanco y tan puro como si estuvieran recién lavadas. Todo el valle se había vestido de miles de colores como si lo hubieran lavado de arriba hacia abajo, como si hubieran vertido detergente y lo hubieran aclarado. Lleno de mil tonos, las cumbres de las montañas y sus picos, en los días que llevaban en aquel lugar, nunca los había visto con esas tonalidades. Parecían de postal. Chari se encontraba ensimismada, mientras Sasué correteaba alegre a su alrededor, sin separarse muchos de sus pies. Le gustaba estar junto a la chica, había escogido su amiga para cuando fuera mayor, hasta parecía atender cuando lo llamaba por su nombre.

Jugando con él, no llegó a percibir que un vehículo se adentraba lentamente en el valle y subía por el angosto camino rumbo a la aldea. No llegó a darse cuenta hasta que lo tenía muy cerca y comprobó que venían huéspedes de uniforme.

El vehículo de color verde aparcó junto al puente y de él descendieron dos guardias, que después de cruzarlo se encaminaron hacia la casa de Perico.

Sasué, como un perro adulto, los olió e inició un ladrido muy débil pero al mismo tiempo enérgico, y quiso salir al encuentro de ellos, a recordarles que ese era su territorio.

—Buenos días, señorita. A la paz de Dios. Ya va teniendo genio el perrito y dentro de muy poco será un buen guardián —saludaron llevándose la palma de la mano a la gorra los dos guardias.

—Buenos días tengan ustedes, señores agentes ¿qué les hace por aquí? Ah, ya le reconozco. Es usted el sargento con el que hablamos la otra tarde. No me equivoco, ¿a que no? —contestó devolviéndoles el saludo la chica.

—Efectivamente. Es una buena fisonomista, no es fácil reconocernos con la gorra puesta. ¿Ha visto qué mañana más bonita? Da gusto estar aquí en el valle esta mañana, por lo que hemos pensado hacerle una visita a los osados habitantes del pueblo —siguió el sargento, continuando con la charla. —Ah, perdón, le presento al agente Susín, buen conocedor de las montañas éstas; así que, si un día necesitan de un guía, él, gustoso les acompañará por estas latitudes. Se las conoce de cabo a rabo y de hecho ya ha participado en algunos rescates montañeros perdidos ¿no es así, Susín? —dijo el sargento

Con mucha educación el guardia, que era bastante joven, tendió la mano a Chari y esta le devolvió el saludo con una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Dónde están los hombres de la casa? —preguntó el sargento, extrañado de que ya no estuvieran allí.

—Han salido a dar una vuelta por aquí cerca, no deben andar muy lejos. Este Perico siempre está pensando algo —contestó Chari ingenuamente.

El sargento que ya lo conocía y por otra parte no tenía un pelo de tonto, ya sabía que Perico estaba practicando lo que más le gustaba y que no era el montañismo, sino el furtivismo.

Ordenó a su acompañante que se dirigiera al coche y tocara la sirena, así regresarían los dos al momento. Efectivamente no muy lejos de allí Perico y Luis estaban afanándose en poner unos lazos de alambre en los sitios donde pensaba el viejo que eran los idóneos para cazar conejos. Cuando ya habían terminado, oyeron el sonido estridente de la sirena,

—¿Qué pasa, Perico? —preguntó intrigado Luis.

—Ya tenemos a la autoridad en el pueblo. Coño, qué casualidad, este sargento parece que se lo huela. Parece un perro sabueso, como para engañarle. Claro que pensará que si yo no estoy en el pueblo algo me estoy tramando, me conoce ya de mucho tiempo, verás como es él.

Desde un hueco entre la hendidura del bosque, vieron el jeep, y en la puerta de la casa a los dos uniformados conversando con Chari. Así que con paso rápido fueron bajando a la aldea y aparecieron al momento por una esquina de la calle.

—A la orden de usted, mi sargento. Se presenta el alcalde pedáneo de La Puebla de Chari —saludó Perico con su sonrisa de siempre.

—Hombre, Perico, ya me estaba yo preguntando dónde estarías. Seguro que rezando no, ¿a que no, bribón? —le interrogó el sargento mirando a los ojos astutos del viejo.

Se dieron los cuatro la mano, respondiendo Perico:

—Pues no se crea mi sargento, yo ya tengo que empezar a rezar, si me acuerdo de ello. Yo luego me tengo que poner a bien con Dios, ya va quedando menos.

—Sí, tienes razón. Como Dios te tenga que pedir cuentas por todos los animales suyos que te has apropiado, lo vas a tener claro, ya puedes rezar, ya —dijo el sargento, mientras comenzaba a reír contagiando a los demás.

—Dime qué le has enseñado esta mañana al joven y piensa que a mi no me vas a engañar, ya nos conocemos. Bueno mira, te lo voy a decir yo, con otra pregunta: ya sé qué vas a hacer esta noche para cenar ¿a que va ser conejo con tomate? —apenas pudo terminar por la risa que le dio.

El otro guardia casi se parte de la risa y Chari, dentro del pequeño susto que tenía cuando oyó la pregunta del sargento, también le dio por sonreír con una risita que aumentó cuando vio a todos dando carcajadas.

—Somos los dos zorros viejos, mi sargento. Me parece que ya es imposible engañarnos mutuamente, pero a mis años poco voy a cambiar. Me tengo que morir de furtivo en primera división —dijo el viejo, mientras los demás no paraban de reír.

—A ver, Perico, ¿no vas a tener un detalle con tus amigos? Venga, convídanos, algo habrá en la despensa —le conminó el sargento.

—No faltaba más, ahora mismo —salió pitando mientras pidió a Chari que le ayudara.

Se sentaron a la puerta de la casa los cinco y dieron cuenta de un buen vino de la bota y unos cuantos chorizos de una orza que había subido el viejo de su casa del pueblo.

Allí, almorzando con la autoridad, estaban seguros y más seguros aún con la ceguera que voluntariamente sufrían cuando se adentraban en el valle. Por eso el sargento, aún en tono de guasa, le preguntó a Perico:

—A ver, Perico, esas truchas que tienes por ahí adobadas ¿dónde están?

—Mi sargento, no me fastidie. Ha llegado usted tarde, nos las comimos a mediodía, pero si quiere, ahora mismo cojo los bártulos y traigo aquí un par —contestó el viejo.

—No, te creo, no hace falta. Oye, pero no os vayáis a comer todas las del río, dejadnos algunas para nosotros los pescadores de caña, que lo hacemos a lo legal.

—Descuide, mi sargento, usted sabe que yo soy el furtivo más legal de todo el Pirineo, y eso para mí es un honor —dijo cargado de razón el viejo.

—No, si encima te tendré que pedir perdón. Vámonos, Susín, antes de que me arrepienta —dijo riéndose el bueno del sargento.

Después de unos buenos tragos de vino, el ambiente se relajó completamente. Se habían acabado todos los formulismos, y con los vapores puros del valle aleados con los vapores del buen alcohol del vino del Somontano, hasta el sargento les dijo que visto el buen recibimiento que les habían brindado, dieran por hecho que todas las mañanas subirían para almorzar, contestándole el viejo que subieran sólo una vez por semana, en caso contrario se sentirían cohibidos en su quehacer diario de furtivo, riendo de buena gana todos ellos.

Ya en tono serio les recordó el sargento que en caso de alguna anormalidad lo comunicaran al cuartel rápidamente que en unos minutos estarían allí con ellos. Esta observación lleno de tranquilidad a Chari que se sentía totalmente protegida.

Se despidieron cariñosamente y allí quedaron los tres, mientras el vehículo de color verde descendía hacia el comienzo del valle, hasta el pueblo que se encontraba doblando el comienzo de la ladera y acostado en otra montaña que lo protegía de los malos vientos.

—Tenéis mucha confianza los dos ¿verdad, Perico? —le preguntó Chari.

—Mucha más de la que podáis imaginar. Llevamos ya muchos años siendo muy buenos amigos y no veáis como sufrió cuando me tuve que bajar al pueblo. Él sabía que mi vida la tenía aquí. En el pueblo era un cadáver viviente, por eso, aunque no lo demuestre, está muy contento y más con vosotros, que sabe que me habéis devuelto a la vida.

XLI

Se estaban adaptando rápidamente a las duras condiciones de vida que ofrecía la aldea. A Perico, como era de suponer, no le hacía falta, se encontraba como pez en al agua. Hasta ese momento todo habían sido aventuras, nuevas y divertidas experiencias que habían disfrutado, pero los dos jóvenes, en su fuero interno, sabían o presentían que la vida allí no iba a ser un camino de rosas, que esas rosas algunas veces también portarían alguna espina y que llegarían días en que la misma rutina, el tedio y la misma soledad les podría pasar factura. Que los días del próximo invierno con su cruel dureza les heriría hasta hacerles mella en su vitalidad ahora joven y que ellos creían sin fisura alguna.

Aunque esos pensamientos les pasaba por sus cabezas algunas veces, al momento se difuminaban embebidos en el viento que soplaba sobre la aldea que bajaba a purificar el fondo del valle desde las cercanas y elevadas colinas, pero en ese momento de su estancia allí, desde su toma de posesión en la aldea llamada La Puebla de Chari, se sentían los dos como amos de su libertad, de disfrutar libremente su propia existencia y se diría que hasta la chica lo estaba disfrutando si cabe con más ahínco. Parecía ella la impulsora de la aventura, la que hubiera tenido la idea de esa locura en esos momentos maravillosa y feliz. Sólo con levantarse por la mañana y salir a la puerta de la casona; deleitar sus ojos con la vista del valle y las cumbres; y los oídos sentir el susurro del agua al deslizarse por el riachuelo, ya había merecido la pena desplazarse hasta allí, haberlo dejado absolutamente todo, arrinconando el pasado y pensar sólo en el futuro que de momento tenían allí para saborearlo al máximo.

La mañana, de cuando en cuando quedaba entre sol y sombra; que el astro tomara posesión e iluminara de plena luz y le diera más color al valle, la mañana invitaba a vivirla, a masticar su libertad que les ofrecía, toda para ellos.

Perico no se podía estar quieto, como si quisiera vivir esos momentos al máximo, como si presintiera que esos ratos no los podría dejar de aprovechar. No quería perder ni un minuto de esas jornadas que Dios le había dado de más en su vida, así que se dirigió a Chari y la llamó para que le ayudara, que iban a poner un cocido, explicándole que harían mucha cantidad para así tener mucho caldo para otras veces.

Encendieron la lumbre y en un puchero de barro, pusieron todos los ingredientes dejando de cuidadora y de cocinera a Chari, que había atendido con su carita de astuta todas las indicaciones del sabio viejo, sabiendo éste que lo que le decía no se le iba a olvidar porque la chica no se olvidaba de nada y tenía una memoria de elefante; que sería una muy buena ama de casa, como había sido su recordada Soledad que en paz descansara.

El cocido se quedó a la lumbre cociéndose a fuego lento, mientras Perico sacó como por arte de magia dos azadones. Le pidió a Luis que le acompañara, que tenían trabajo duro durante lo que quedaba de mañana. Tendrían que arreglar

un pequeño huerto para plantar las matas que se había traído la tarde anterior del pueblo.

Chari se quedó en la casona, con la compañía de Sasué que no se separaba de su lado como atraído por un imán, donde iba la chica, allí se dirigía él por medio de su trotecillo nervioso, buscando sus ojos en cada momento, pensando que ese perro iba a ser una ayuda inestimable para los días en que reinara la soledad.

Mientras, el viejo, con la bota de vino echada al hombro, y Luis pasaron el puente y se dirigieron más arriba, muy cerca del río, en el mismo lugar en que Luis unos días antes pensó que eso habría sido un huerto en épocas pasadas.

El sitio era un lugar cuadrangular lleno de hierba y matojo, mas parecía en buen estado para preparar la tierra que se encontraba debajo esperando ser alimentada para dar sus frutos.

Cada uno cogió un azadón. Perico le dio unas pequeñas explicaciones y le dijo que lo observara y tomara nota cómo lo hacía él. Al poco rato ya estaban los dos levantando a golpes de azada la tierra, sin ningún trabajo por la blandura que presentaba debido a las últimas lluvias. Luis lo hacía bastante bien y con rapidez, aunque el viejo le dijo que fuera más despacio que él no estaba acostumbrado hacer esos trabajos y luego más tarde lo acusaría. Luis se reía sin hacerle caso y seguía con el mismo ímpetu y afán.

El viejo paró y fue a coger la bota que tenía colgada de un árbol pidiendo también a Luis que parara que iban a refrescar el gaznate.

—Ven Luis, deja eso que vamos a echar un trago y ya verás que bien nos sienta.

Perico le ofreció la bota a Luis y este rehusó, devolviéndosela otra vez al viejo para que fuera él el primero en beber; alzándola bebió un largo trago, entregándosela después al joven quien bebió otro trago que aún fue más largo que el anterior.

—Joder, qué sed tenía, y qué bueno, en mi vida me he echado un trago más rico —dijo Luis relamiéndose.

—Es que como en el campo o la montaña no hay nada, te lo digo yo, y más después de trabajar. Oye, ¿sabes que casi ya lo tenemos todo levantado?, pensaba que eras más flojo, pero ¡coño, eres un bestia tozudo! —le expresó lleno de satisfacción el viejo —ahora cuando terminemos quitaremos toda la hierba que hemos cortado y luego haremos los surcos y a plantar esta tarde.

Pasada una hora, tenían hechos media docena de surcos muy bien alineados gracias a la sapiencia del viejo Perico, dejando deducir que eran muchos los surcos que había preparado. Preguntó Luis, que estaba en todo, que cómo se iban arreglar para regar aquello, que si lo harían a mano provisto de un cubo trayendo el agua del río.

—Muy bien, Luis, eres listo y está bien pensado eso, pero lo vamos hacer de otra forma: vamos a coger unos canalones de las casas viejas y los vamos a unir; los traeremos hasta aquí, llegando el agua por su propia gravedad ¿a que no

habías caído en eso? —le dijo el viejo con rostro que expresaba estar disfrutando al máximo esos momentos.

Pegaron otro largo trago de la bota y subieron a la casona, donde se encontraba Chari sentada a la puerta de la casa y el perrito sentado entre sus pies, dejando pasar el tiempo tranquilamente y notando que la paz de la montaña la infundía sosiego y serenidad como nunca había tenido.

—¿Y el cocido, cómo va? —le interrogó Perico.

—Bien, yo creo que muy bien. He llamado a mamá para decirle que estaba haciendo de cocinera y la mujer no se lo creía. Pensaba que la estaba engañando pero se ha puesto muy contenta aunque tiene mucha ganas de vernos, cualquier día se presentan por aquí, ya veréis —les dijo muy contenta Chari.

—Habrá que estar preparados —les sugirió el viejo con cara en la que no podía disimular la alegría que sentía en esos momentos.

—Oye, Perico, a las gallinas y los pollitos hay que echarles de comer, ¿no? —le preguntó la chica.

—Muy bien, pequeña, veo que estás en todo, pero ya lo he hecho yo esta mañana mientras vosotros estabais en la cama y les he preparado un lugar. Después os lo enseñaré —le contestó el viejo.

El viejo pasó para dentro, acompañado de los dos jóvenes y el perrito que rápidamente se levantó y siguió a Chari. Miró el recipiente del guiso, aquello cocía lentamente. Le vertió un poquito más de agua y lo dejó que continuara cociendo.

—Ya veréis luego como estará. Os aseguro que no habéis comido otro igual en vuestra vida. Palabra de este viejo chocho.

Perico mandó que le siguieran a ver las gallinas. Salieron a la calle y se dirigieron por las traseras de la casa del tío Blas a una especie de corral y desde allí a un cuarto chico con una ventanita también pequeña. Dentro se encontraban las dos gallinas sueltas y los pollos en una caja grande cubierta con una alambrera. Unas latas vacías de conserva contenían pienso, y dos cestas de esparto con el fin de que las gallinas pusieran allí los huevos que Perico suponía.

Dejó las puertas del cuartito abiertas e inmediatamente salieron las gallinas cacareando al notar la luz del día. Chari estaba ensimismada y encantada al mismo tiempo, pues eso era también nuevo para ella y le preguntó al viejo:

—¿Te parece bien que desde mañana me ocupe yo de ellas?

—Me parece estupendo, preciosa. También tendrás que limpiar su estancia y echarles de comer y ponerles agua. La comida está en esas sacas que ves ahí —dijo contento el viejo.

Mientras tanto Luis observaba a Chari y se sentía feliz ¿Cómo podía ser que su chica se hubiera aclimatado tan bien a aquellos lugares? Casi podría asegurar que mejor que él, porque lo estaba viendo con sus propios ojos, si no, no se lo podría creer.

—Esta tarde a última hora vendrás aquí, para mirar a ver si han puesto algún huevo. Esa será también tu misión todas las tardes —le dio otra orden Perico a Chari.

—Jó, qué alegría, ya estoy deseando que llegue —rió llena de ilusión la joven.

Salieron del corral. El sol, en la pausa que le permitían las inmensas nubes blancas, ya empezaba a estar en todo lo alto. Y mientras Perico daba los últimos toques al cocido, Luis cogió de la mano a Chari y ésta a su vez cogió en los brazos a Sasué y bajó al río a enseñarle el trabajo que habían hecho esa mañana. Cuando lo vio la niña, le encantó. Casi no se lo creía, miró a lo ojos a su novio y le estampó un apasionado beso; se sentía más feliz que nunca y estaba más enamorada que nunca.

Regresó a la aldea. En la explanada de la puerta de la casona, que hacía de comedor, Perico ya había preparado la mesa y los cubiertos; la bota colgaba de una silla. Más tarde, siendo testigo el valle que lo observaba con millones de ojos transparentes, dieron cuenta del cocido más rico que habían degustado en su vida, guardando todo lo sobrante en el sotanillo para que no se estropeara.

XLII

La tarde se presentaba más azul que la mañana. El astro sol había ido comiéndole espacio a las nubes que iban desapareciendo lentamente, marchándose y difuminándose por el horizonte una vez perdida su batalla, dejando un azul limpio y pulcro después de tanta agua que había aseado su rostro infinito.

Luis dijo que se iba a su habitación, que quería echarse un poco la siesta. Perico lo miró y al momento intuyó que estaba muy cansado de la paliza que se había pegado cavando con la azada; pero eso, el muy tuno, no lo decía. No quería que pensaran que era un débil, un blando. Así que, sin decir ni una palabra más, se esfumó escaleras arriba.

El viejo y la joven se le quedaron mirando, pero él por viejo y ella por joven y sobre todo porque lo conocía y había visto su cara, sabía perfectamente que estaba reventado. Y debía ser así porque ella lo conocía de hace ya muchos años y no la podía engañar disimulando, y también sabía que cuando tenía que hacer un trabajo se empleaba al máximo y no paraba hasta terminar.

Chari cogió su perrito y una cesta con los cacharros; y al contrario que otras veces, dijo que los iba a enjuagar al río, asintiendo con la cabeza el viejo. Marchó hacia el puente con el sol dándole de picado encima de ella, haciendo que sus cabellos dorados adquirieran aún más color oro del que ya tenían y que relucían como nunca lo habían hecho, despidiendo reflejos áureos que destellaban en todo el valle.

Agachada junto a la corriente fue metiendo los platos, pasándoles un estropajo, quedando limpísimos, mientras Sasué a su lado se empeñaba en meter, no sin temor, sus patitas en el agua y chapotear con sus manecillas, al tiempo que algún pececito se acercaba con la intención de querer llevarse a su boca algún trozo de residuo comestible, mientras los habitantes invisibles de las cumbres los observaban, protegiéndolos con sus brazos abiertos, ocultos.

Terminada la faena, Chari se sentó a la sombra y dejó la vajilla extendida al sol para que se secara, mientras se dispuso a contemplar la aldea que tenía enfrente de sí, allí en la mitad como si ahora la presidiera. Allí se encontraba la casa, la única casa del pueblo que había vuelto a tener vida, que había resucitado del olvido y de las tinieblas donde se encontraban sumidas las demás carcomiéndose y ennegreciéndose comidas por el agua y los vientos, y masacradas por la maleza que iba apoderándose de ellas como si fueran hiedras venenosas y malignas.

Le gustó contemplar la casa pareciéndole que llevaba toda su vida viviendo allí. La amaba ya como si fuera suya sintiéndose bien en la aldea que Perico había bautizado con su nombre. A su lado Sasué se había subido a duras penas a su halda y parecía mirarla con sus pequeños ojos; ya no se bajó de ella, se encontraba bien con aquella niña de piel clara y pelo rubio, y que hacía las veces de su mamá perra, a la que le habían hurtado.

Recogió los cacharros y subió a la casona nuevamente. Por allí andaba Perico que siempre tenía que hacer alguna cosa, incansable, como si fuera del me-

jor acero, como si no hubiera conocido nunca el descanso, como si estuviera disgustado con él. Ese hombre era un misterio, un misterio maravilloso. Chari lo admiraba, lo veneraba como si fuera el santo preferido de un altar. Estaba en todo. Ese hombre, estaba segura, era un ser superior de aquellas montañas del Pirineo; un habitante irreal de aquella cadena montañosa; un ser ficticio que todo lo sabía y que todo lo hacía, cada día que pasaba estaba más convencida de ello; ese hombre cargado de tanta vitalidad era más valioso que el mejor diamante tallado que hubiera en el mundo.

Salió nuevamente y se encaminó en compañía del perro en sus brazos a dar una vuelta por las calles ruinosas, rotas y pulverizadas del pueblo. Esas calles que parecían haber sucumbido a una guerra fraticida y cruel y que nunca ya podría emerger de sus ruinas. El sol atizaba con fuerza y las lagartijas se paseaban con total impunidad por las paredes introduciéndose por los agujeros y escondrijos de sus descarnizadas piedras; alguna que otra cigarra se entretenía en cantar con su monótono y estridente canto, como queriendo avisar de que aquellos rincones eran suyos y nada más que suyos, que nadie viniera a usurparlos, callándose al pasar cerca de ellas y volviendo nuevamente al ruido penetrante y cansino de siempre.

Al volver una esquina, la vio deslizarse por entre las hierbas que poblaban lo que alguna vez fuera una calle. En ese momento a la chica se le heló la sangre en las venas, casi sin respiración. Aquello era una serpiente. Quiso gritar y no le salía, quiso correr y no le dejaban sus piernas. Hasta a Sasué se le erizó su pequeño rabo y se puso muy rígido, mientras un débil ladrido se escapó de su hocico. Como pudo, la chica saltó hacia atrás y escapó calle abajo, dando gritos cuando sus pulmones se descomprimieron del susto tremendo que se había dado. Antes de que se diera cuenta, ya estaba allí Perico, como si hubiera surgido de la nada, sujetándola y preguntándole qué le pasaba. La chica casi no podía hablar, aunque el viejo se lo imaginaba.

—...Perico... Perico... era una serpiente muy grande. Es verdad, créeme, te lo prometo —le pudo decir entrecortadamente.

—Me lo creo, pequeña, tranquila, ¿dónde ha sido? —le consultó el viejo.

—Ahí, al doblar la esquina, por favor mátala, Perico.

Este cogió una rama seca y se dirigió al lugar. No sería la primera que iba a matar, lo había hecho infinidad de veces y ya había perdido hace tiempo el resquemor que sentía ante aquellos bichos cuando era joven.

Rebuscó sin ningún temor y allí la vio, enroscada, confiada, sabedora de que era dueña de todo aquello. Perico se acercó sigilosamente y le asestó con la parte gruesa de la rama en la cabeza, quedando con un movimiento convulso en la cola que hacía saber que el reptil había pasado a otra vida. La colgó por la mitad de la rama y fue al encuentro de Chari para tratar de que se quedara tranquila.

—Ya no temas, preciosa. Esta ya no te va asustar más —le dijo tratando de calmarla.

—Anda, vamos y no te preocupes que estos bichos no hacen nada si no los atacas. Aunque comprendo que te asustes, yo cuando era joven también llegué a impresionarme.

En la puerta de la calle se encontraba Luis que había oído algo pero no supo precisar qué. Chari se lo contó y comenzó a reír, queriéndose hacer el valiente, aunque él sabía que era una risa falsa porque tampoco a él le hubiera gustado ser el protagonista.

La anécdota había pasado pero Chari no se separó tarde de ellos. Por si acaso, esa vivencia le duraría unos pocos días más, hasta que su propia mente la olvidara, la rechazara.

Cuando llegó el sol cerca del horizonte, Perico les dijo que se fueran con él que iban a ver si podían esa noche hacer conejo con tomate como le había dicho el sargento. Así que los dos jóvenes y el perro en los brazos de la chica, que ya no se deshacía de él en ningún momento, marcharon hacia arriba. No tuvieron que andar mucho pues pronto estuvieron en el campo minado de lazos.

Empezaron a inspeccionarlos. Perico tenía una memoria extraordinaria pues lo que estaba haciendo parecía imposible, como acordarse exactamente dónde estaban puestos todos los cepos. Era sin duda el mejor furtivo de entre todos los furtivos, hasta seguro estaba que podría ser capaz de encontrar los lazos que ni él mismo hubiera puesto.

En los primeros no tuvieron suerte pues por allí no había pasado ningún conejito. Siguieron el recorrido y como si lo presintiera, le dijo a Luis que mirara detrás de determinada mata que era allí donde casi siempre lo había puesto y había obtenido premio. El muchacho asintió y se interno por la senda; llegó al lugar, regresando alborozado y dando saltos, trayendo un hermoso conejo entre las manos. No cabía en sí de alegría; eso era increíble. Felicitó a Perico y le preguntó que dónde era el próximo sitio donde tenían que mirar.

Habían cogido dos conejos y de buen tamaño, así que contentos, sobre todo los jóvenes, porque lo que habían presenciado, regresaron a la aldea, llevándolos Luis al fresco del sotanillo para que se conservaran bien, ya que Chari se había negado a ir pues aún le duraba lógicamente el susto de la culebra.

El sol se estaba poniendo en ese momento por el horizonte. Los rayos cada vez eran más débiles pues se reflejaban en las altas cumbres dando los últimos estertores. La bola de fuego que aún se resistía a abandonar el valle ya se le podía mirar de tú a tú mientras iba desapareciendo tragada por la montaña del oeste y dejando el valle sumido en una claridad frágil que se iba muriendo segundo a segundo.

Chari se acordó de que tenía que ir aún al corral a comprobar si las gallinas habían puesto algún huevo. Haciendo acopio de valor y no queriendo que nadie la acompañara se dirigió al sitio, comprobando que las gallinas ya no estaban fuera, pensando si no se habrían escapado. No, eso no podía ser, las paredes eran muy altas, así que entró en el cuarto donde había poca luz y allí se encontraban las gallinas acurrucadas en un palo y con la cabeza debajo del ala, la cual sacaron al oír el ruido de la puerta al entreabrirse pero sin moverse del sitio. Chari llena de emoción se acercó a la espuerta de esparto que estaba en un rincón y ¡oh, milagro! allí había dos huevos de color canela magníficos. La joven los cogió con delicadeza creyendo que se iban a romper entre sus manos y marchó contenta no sin antes ver

a los diez pollitos que se encontraban también muy juntos pero sin moverse apenas, cuando la sintieron junto a ellos.

Salió a la puerta y empezó a gritar, pegándose nuevamente un susto Perico y Luis por primera vez. Otro —¿qué le pasaría a Chari ahora?—, pensó el viejo saliendo corriendo los dos.

Al verla venir, con la cara de no saber dónde ocultar su alegría, Perico se dio cuenta de lo que pasaba y antes de que ellos preguntaran, ya estaba la chica enseñándoselos a ellos, sin caber en sí de gozo, como una cosa nueva para ella.

—Oye, Perico, ¿todos los días harán lo mismo?

—Normalmente así será, aunque eso va por ciclos, pero seguro que mañana por la tarde habrá otros, te lo aseguro.

Loca de contenta bajó y los depositó en una cesta de mimbre que había en la cocina. Esa noche ellos se comerían el huevo frito más sabroso que hubieran degustado en su vida.

Aún esa tarde, Perico tuvo tiempo de enseñarles una cosa más y fue hacer palomitas de maíz en la lumbre. Sabían lo que era eso, las habían visto en las bolsas que vendían en la feria, pero ellos, hacerlas nunca. Perico puso una cacerola de culo ancho en el fuego no muy fuerte, echó en la misma los granos de maíz de color marrón, puso una tapadera en lo alto de la cacerola y les dijo que se sentaran con él a la orilla del fuego y que esperaran un ratito. Al momento empezó a oírse dentro como si fuera la explosión de unos petarditos que aumentaron en número, hasta que decrecieron y dejaron de escucharse al poco tiempo.

Perico retiró la cacerola del fuego y la abrió enseñándole a los jóvenes una gran cantidad de palomitas blanquísimas como si fueran la flor del algodón en rama. Chari, sin poder resistirse, metió la mano y casi quemándose agarró un puñado, llevándose a la boca algunas. Después, en un acto de puro amor, abrazó a Perico y le dio un beso. Este, cada vez que le hacía eso, perdía los papeles, nadie del mundo en esos momentos le podía pagar mejor. Ni aunque le dieran todo el oro del mundo lo cambiaría. Perico era feliz.

Dejarían para el día siguiente la siembra del huerto. No les había dado tiempo, ya que la tarde se les había echado encima sin avisar, no había problema. A la mañana siguiente lo harían los tres, era el tiempo de la siembra.

La noche en la puerta de la casona era todo un espectáculo, millones de estrellas se amontonaban pues todas querían dar su luz minúscula al valle y a las casitas del pueblo, mientras sus habitantes las miraban elevando la vista al cielo y contemplando su majestad y belleza al tiempo que la luna que ya tenía hechizos luna llena, regaba con su luz las sombras.

XLIII

No habían caído en ello los jóvenes, pero la mañana había nacido tan azul que asemejaba a un mar calmado y sin ninguna ola como si fuera un espejo de cristal con reflejos de añil y que parecía dar la impresión de que nada ni nadie se movía en el valle. Era la mañana de su primer domingo en la aldea, el primer día de fiesta y ellos lo habían olvidado. La noción del tiempo se les había escapado de ese lapso que día tras día pasaba delante de ellos sin percatarse. Sólo Perico se había acordado y en el desayuno lo había recordado a los dos jóvenes, haciéndoles saber que deberían bajar al pueblo. Seguro que los estarían esperando, por lo que no deberían decepcionarles. En el pueblo los días de fiesta todo el mundo se reunía alrededor de la plaza, frente a la iglesia, vestido con sus ropas de solemnidad, para celebrarlo como debía ser, después de una semana de duro quehacer.

El viejo les dijo que ese día no harían ningún trabajo, que ellos también santificarían la fiesta, que descansarían, así que si lo deseaban bajarían al pueblo y disfrutarían de la mañana de domingo con ellos, pues era una tradición en todos los lugares habitados del valle. Ellos asintieron contentos y se dispusieron a prepararse para bajar al pueblo a reunirse con su gente.

Deberían ir con sus mejores galas, tampoco es que allí las tuvieran como para ir a una boda, pero algo tenían escondido en el armario, así que cada uno procedió a arreglarse lo mejor que pudo, apremiándoles Perico, ya que la mañana se iba echando encima.

El viejo pronto estuvo listo. Se puso su camisa blanca de rayitas finas que ya tenía bastante tiempo y los pantalones negros que pertenecieron a su padre y que sólo sacaba en esas ocasiones y que deberían ser de un buen paño pues ya tenían años. También se ajustó su boina negra que sólo se ponía los domingos.

Luis, por su parte, salió a la puerta de la calle en un pis-pas. Se había puesto los pantalones de pana de color verde claro que tanto le gustaban y una camisa vaquera de rayas azul y blanca que le había regalado hacía dos años su novia. Y sus zapatos de color marrón que le había regalado su madre.

Chari se hizo esperar; primero porque era una mujer y segundo porque era una gran coqueta. Allí en la aldea no lo expresaba, no lo aparentaba, eso era otra vida, pero en el pueblo tenía la oportunidad de demostrarlo. Además ya tenía ganas de vestirse de señorita con las mejores galas que allí tenía.

Se puso su vestido de color azul claro con vuelo y que le llegaba un palmo por debajo de las rodillas y que le encantaba; una rebeca muy fina de color de rosa y sus zapatos de color azul para calzar sus pequeños y delicados pies. Se peinó su cabellera rubia haciendo que sus bucles de oro ondularan y se desparramaran por todas las partes de su cabeza y que le llegaban hasta los hombros. Se puso su collar de perlas pequeñas azules muy ajustado al cuello y que le gustaba ponerse de esa forma; se pintó los ojos de un tono azul muy débil y sus labios de un rosa pálido echándose la colonia que le regaló Luis hace algún tiempo y que un día le confesó haberle regalado esa colonia porque ese aroma le gustaba a él.

Perico y Luis se estaban impacientando. El joven le dio una voz, pero no obtuvo respuesta, además tampoco la esperaba, ya que nunca le hacía caso cuando ella se estaba arreglando. Ese tiempo era suyo y no quería que nadie le metiera prisa.

Al bajar oyeron desde la puerta de la calle el pequeño crujido de las escaleras de madera y apareció por la puerta como si fuera una aparición de la Virgen, con su vestido azul limpísimo. Sólo le faltaba ir acompañada de una aureola de nubes blancas.

El viejo, al verla, se quitó la boina y lanzó un silbido que se oyó en todo el valle como signo de admiración profunda. Su novio se quedó sin articular palabra, como si no la conociera de nada. Sin duda era la reina del valle; sin duda iba a causar sorpresa y asombro.

Perico inmediatamente exclamó.

—Te aseguro, Chari, que nunca he visto en el valle una preciosidad tan grande, en el pueblo vas a dar la campanada.

—Gracias, Perico, muchas gracias —al mismo tiempo que se dirigía a él y le estampaba en la mejilla un beso, se acercó a Luis y le dio un beso en sus labios, poniendo su novio sus manos en su cara diciéndole que estaba guapísima.

—Hala, vamos que es ya tarde. Seguro que nos deben estar esperándonos —apremió el viejo con una cara de satisfacción que no le cabía en todo el valle.

Chari cogió su perrito para que también le acompañara, el cual lo agradeció mirándola a su cara con sus ojitos satisfechos.

— No fastidies ¿Es que te vas a llevar el perro? —le preguntó Luis.

—Hombre, claro, ¿qué te creías, que lo iba a dejar aquí?, donde yo vaya, va él —dijo taxativamente la chica.

—Vale, no se hable más, tú ganas.

El perro, como si lo hubiera entendido empezó a menear su colita, y se acurrucó nuevamente contra el pecho de su ama, intuyendo que había ganado la batalla.

El valle se abría como un jardín de mil flores. Todos los colores del mismo se destaparon llenando por completo la aldea y les dieron la bienvenida a sus moradores. La primavera, que ya se les escapaba, llenó de aromas de miles de pétalos y plantas del bosque todo en rededor. El aroma se les había impregnado en todo el cuerpo, pues no habría hecho falta que se hubieran echado colonia, el perfume se encontraba en el aire que respiraban y que asemejaba a una mezcla de lavanda y jazmín juntos.

Dejaron la aldea sola dándole el sol radiante de pleno, mientras las laderas de enfrente se sumían en una sombra que pasado el mediodía cambiaría de signo cuando el sol caminara en su andar cansino hacia el oeste. Fueron bajando lentamente el camino tortuoso que les llevaba hacia el pueblo, mientras el río saltarín, en algunos tramos, alegraba sus miradas con esas aguas limpias y vírgenes, que daba algunas veces grandes saltos y ruidos que asemejaban a voces para ir salvando el desnivel hasta los confines del valle.

Al entrar en el pueblo no vieron a nadie. Sólo algún viejo sentado en una silla vieja de madera reposando al tibio sol, miraba el paso del vehículo, haciéndoles un saludo. Perico, respondió en el acto, pareciendo que a los demás habitantes se los había tragado la tierra. Perico les dijo que no se preocuparan, que estaban todos en la plaza, como ya les había dicho antes. En los pueblos del valle tenían esa buena costumbre, les hacía unirse más, y las rencillas que hubiera se olvidaban ante un trago de vino.

Efectivamente, al entrar por aquella calle ancha que se adentraba en el pueblo desde las montañas, y llegar a la plaza que se encontraba casi llena de vecinos, como si alguien hubiera dado una orden, el silencio se adueñó de la misma. Sólo algún murmullo se dejaba oír, esperando que los pobladores de la aldea, alejados de la civilización, del mundo, de la realidad, bajaran del coche. Todos estaban pendientes de ellos y los que aún no conocían a aquella pareja de jóvenes aventureros, aún lo estaban más, sobre todos las mozas y viejas que allí se encontraban.

El primero en bajar fue Perico que iba en el asiento delantero como si fuera presidiendo la comitiva. Lo hizo con ligereza pero con majestuosidad. Él era entonces un dios, el Dios del valle. Lo hizo también con arrogancia, con orgullo, saludó a todos con la mano e inmediatamente se dirigió a la puerta de atrás para ayuda a bajar a Chari, que miraba a todos lados percibiendo que cientos de ojos la estaban observando como si fuera una artista de cine, por lo que empezó a sentir vergüenza, al saberse examinada.

Luis bajó después e hizo exactamente lo mismo que Perico. Saludó con la mano y dio los buenos días a los más cercanos, contestando todos al mismo tiempo como si lo hubieran estado ensayando.

Con gran elegancia, y como si lo hubiera estado haciendo miles de veces Perico cogió de la mano a la joven y la ayudó a bajar. Chari, que portaba el perrito blanco y negro en sus brazos, dirigió su mirada al suelo. No se atrevía a subirla llena de vergüenza pero inmediatamente Luis se acercó a ella y la cogió del brazo. La chica, al estar arropada por su novio, se armó de un valor que ni ella misma se creía y con una sonrisa encantadora, también alzó la mano y su cara y dijo un débil buenos días que sólo oyeron los que más cerca estaban.

Un murmullo general se oyó en toda la plaza. Las chicas del pueblo se miraban entre sí, incrédulas ante lo que estaban viendo, con una cierta envidia si cabe; los jóvenes del pueblo mirando boquiabiertos como si fuera una aparición, como si nunca hubieran visto una chica en aquel pueblo, y todos se acercaron para presenciar más cerca lo que estaban viendo sus ojos.

Nadie se explicaba que aquella belleza, que acababa de bajar del coche, pudiera vivir en aquella derruida y olvidada aldea. No se explicaban qué hacía aquella chica tan preciosa y tan joven en aquel sitio mientras los mozos del pueblo llegaban a sentir una especie de pelusa de aquel apuesto joven que la acompañaba.

Lo que más impresionaba a todos, unos por una cosa y otros por otra, era el pelo rubio, ensortijado que le caía por los hombros. Hasta algunos creyeron ver en ella a la protagonista de alguna película americana que habían visto no hacía

mucho tiempo, mientras algunas chicas observaban el vestido y conjunto que portaba que miraban y examinaban por todos los sitios.

Empezaron a caminar llevando adelante a Perico, que no cabía en sí de gozo, abriéndose un pasillo entre ellos, aprestándose algunos a darles la mano, Parecía que una autoridad estuviera visitando el pueblo, mientras las miradas furtivas se dirigían hacia la chica que se apretaba más a Luis, en tanto este la tomaba más fuerte de su mano, al tiempo que el perro, amo de la plaza, les seguía fijándose en el perrito pequeño que portaba la chica.

Perico ya había visto en una esquina al alcalde y hacia allí se dirigió. Parecía el embajador del valle, hacia allí se dirigió y los jóvenes detrás de él sin separarse. El alcalde se adelantó unos pasos y con educación les tendió la mano lleno de satisfacción, mientras Chari, con toda cortesía y educación, ofreció su mejilla.

—¿Cómo están mis robinsones? —exclamó en voz alta Cosme como si quisiera que lo oyeran todos, igual que cuando se dirigía al pueblo desde el salón de plenos.

Riéndose por el apelativo impuesto por el mandamás, Luis le contestó:

—Perfectamente, don Cosme, nunca hemos estado tan bien, pero estamos muy impresionados por el recibimiento y algo aturdidos por ello.

—Nada, tranquilos, es normal. Esto no pasa todos los días, pero no os preocupéis, para ellos sois unos valientes, ya lo veréis. Además antes de que se me olvide tengo una buena noticia para vosotros: he hecho las gestiones y tengo que deciros que la semana el personal de la eléctrica os instalará la luz en el pueblo y en vuestro domicilio. Eso os ayudará a vivir un poco más cómodos. Y otra cosa: del gasto se hará cargo este Ayuntamiento, ya lo hemos tratado en Pleno y ha habido unanimidad. Así que no digáis que no, que el que mando soy yo —terminó riéndose Cosme.

—No sabemos cómo agradecérselo, don Cosme, muchas gracias en nombre mío, de Perico y Chari, muchísimas gracias —le contestó lleno de gratitud Luis, con el premio de la sonrisa de Chari.

—Para mí es todo un honor —respondió el alcalde, mientras los que poblaban la plaza escuchaban y al mismo tiempo cuchicheaban.

En ese momento empezaron a repicar las campanas de la iglesia del pueblo llamando a misa. Todos los habitantes, menos algunos que se perdieron dirigiéndose al bar, enfilaron sus pasos hacia el templo. En la puerta estaba don Jenaro el cura que esperó a que llegaran para saludarlos diciéndoles que los esperaría todos los domingos, a lo que asintieron.

El cura parecía buena persona. Daba la impresión de que era un bonachón y que se había ganado el cariño de sus parroquianos, ya que todos lo saludaban con afecto.

Entraron en la iglesia y el alcalde invitó a sentarse a los tres en la primera fila, acompañados de su esposa Quiteria que ya les había presentado en la puerta del atrio.

Se hizo un silencio total a la salida del cura para celebrar el acto y en ese momento comenzó una canción que cantaron varios niños y niñas acompañados de una guitarra, y que sonaba como cantada por ángeles, algo que hizo volver la vista atrás a Chari y Luis, quedando maravillados por lo bien que lo hacían.

La solemnidad del acto sólo se vio enturbiada por las muchas miradas furtivas que dirigían gran parte de los asistentes. El cura, en la homilía, agradeció la presencia de los nuevos feligreses, invitándoles a que todos los domingos les honraran con su presencia.

A la salida, Chari se dirigió al cura y le solicitó que si podía cantar en el coro los domingos que siempre le había gustado mucho. Cosa que accedió gustoso el clérigo.

Desde allí la gran mayoría, sobre todos los hombres, se dirigieron nuevamente a la plaza mientras las mujeres se marchaban a las casas a preparar la comida del domingo. En la plaza y en las mesas dispuestas por el bar, tomaron todos vino y cerveza acompañadas de aperitivos, en perfecta armonía con los visitantes y con algunas chicas que no le quitaban ojo a Chari mirando sus bucles rubios y su vestido azul.

Chari pasó a visitar a Alicia que trajinaba en la barra con denuedo ya que en esos momentos tenía mucho trabajo, dejando los móviles Chari para que los cargara, esperando que fuera la última vez por la noticia que les había dado el alcalde.

La hora de la comida había llegado y todos, absolutamente todos, pasaron a despedirse de los jóvenes. Todos querían estar cerca de ellos, como si fueran príncipes, y Chari despidió a todos con un beso, quedándose prendados de su simpatía.

Poco a poco la plaza fue quedándose vacía. Sólo el perro deambulaba sin saber qué hacer por toda la plaza, como animal huérfano del pueblo. Nadie lo echaba de menos, pero la plaza no parecería la misma sin él.

Los visitantes abandonaron el pueblo rumbo a las montañas como si estuvieran más protegidos por ellas, como si necesitaran su soledad, su abrazo, como si les obligara a oír la voz del agua que oían día tras día cuando se deslizaba entre las rocas al bajar de las cimas de color azul.

XLIV

Aunque pareciera mentira, a los tres habitantes de la aldea les gustaba sentirse aislados en esa especie de reclusión. Se diría que la deseaban, que la echaban de menos, que la necesitaban, como si el contacto con el mundo les aturdiera.

Rodeados de las cumbres inmensas, del fondo verde que divisaban y del susurro de los chorros de agua que se vertían sin parar curso abajo, cuando bajaron del coche una luz cegadora y amalgamada de todos los colores del valle les inundó sus ojos, los llenó de toda la libertad que habían perdido en unas horas, todo lo que su vista podía divisar era de ellos, para su disfrute, para su complacencia. Por ello Luis, en ese momento pensó que no podía haber otra persona más feliz en el mundo, rodeado por todos lados de aquel paraíso y abrazado por el cariño de aquellas dos personas que se encontraban junto a él, y meditó que no podía haber otra forma mejor de disfrutar la libertad, la libertad que el mismo había elegido, que había seleccionado para ser su compañera de viaje, aquella cosa inanimada que le llenaba de felicidad y que le hacía sentir su vida como si fuera dueño único de ella. No sabía si Chari y Perico sentían en esos momentos lo mismo que él, de lo que si estaba seguro es que estaban disfrutando de ese estado de libertad aunque no se dieran cuenta de ello.

Hicieron fuego dentro con pequeños trozos de roble y en pocos momentos la fogata se encontraba al máximo. Cortaron tres chuletones de ternera, les vertieron una pizca de sal y esperaron a que las ascuas estuvieran en su punto; pusieron la parrilla encima de la misma y en unos instantes un apetitoso olor impregnó la estancia. Calentaron sopa de cocido que tenían guardada y sacaron el pan del que habían hecho unos días antes y que aún se conservaba igual que el primer día.

Luis, sin dejar de silbar, sacó la mesa fuera y fue llevando el mantel, los platos y cubiertos, dirigiéndose posteriormente al sotanillo a traerse la mejor botella de cava que allí se encontraba. Estaba en el punto ideal para degustarlo, a la temperatura deseada. El beber cava los domingos al mediodía para él era como un rito, no podía faltar, era imprescindible. Perico y Luis se sentaron, mientras Chari, como si lo hubiera estado haciendo todos los días de su vida, vertió la sopa humeante en los platos y Luis abrió la botella dejando soltar el tapón al aire como le gustaba hacer siempre, diera donde diera, y saliendo despedido con un sonido que se oyó en todo el valle y produjo un pequeño eco que hizo que los pajarillos que se encontraban cerca, salieran de estampida y fueran a posarse nuevamente en los árboles cercanos. El acto de verter el cava en las copas lo realizó Luis con toda solemnidad, haciéndolo poco a poco, viendo cómo las burbujas progresaban hacia el borde con una uniformidad que auguraba la calidad del mismo. Ordenó que cogieran la copa cada uno y que se levantaran, mirándolos a los ojos y elevando la copa al cielo, algo que hicieron inmediatamente Perico y Chari. Exclamó:

—Por nuestra libertad, por nosotros. ¡Salud! —se miraron a los ojos y chocaron sus copas al unísono, haciendo un ruido que sonó como música mágica en aquel escenario de ensueño.

El joven estaba regado ese día. Se notaba que estaba feliz y contento y había llegado a saborear al máximo la miel de su liberación; Chari lo notaba, degustando la buena carne recién asada y percibiendo cómo las burbujas del cava le llenaban de matices su garganta. Y, además, en el mejor del restaurante que pudiera encontrar en el mundo: aquel espacio con los mejores cuadros de paisajes y alfombras verdes que se pudiera desear, al lado de sus compañeros de mesa que le hacían totalmente feliz. Fue cuando pensó que la decisión irrefutable que había tomado tiempo antes había sido la correcta, sin duda, y por eso se encontraba satisfecho y completamente dichoso.

En un momento, Perico, volviendo la cabeza hacia la dirección donde se encontraba el cementerio, levantó su copa y mencionó a su esposa que se encontraba allí enterrada y que lo había dejado solo hacía algún tiempo ya, y dijo:

—Por mi querida esposa que sé que nos está viendo en este momento. Allá, esté donde esté, y sé que se encuentra feliz, un recuerdo por ella.

En ese momento Chari, tuvo que hacer grandes esfuerzos para que no se le derramara una lágrima pero sus ojos dieron a entender que se había emocionado y la delataron, por lo que Perico, a quien no se le escapaba ni una, le cogió su mano y Chari con cariño se la apretó con ternura.

Entonces Luis dijo que ya se habían acabado los sentimentalismos por lo que cogió su copa de cava que se encontraba llena y llevándola a la boca se la bebió de un trago sin respirar, riéndose el viejo y la chica por sus ocurrencias.

La comida terminó con risas y buen humor. El viejo les invitó a hacer una excursión por la tarde; si les parecería bien irían a un lago que se encontraba más arriba y les enseñó con el dedo más o menos el lugar donde se tenían que desplazar. Los jóvenes se pusieron muy contentos, mientras Sasué no había parado en ningún momento de dar saltitos y corretear por orilla de sus pies, frotando su lomo por los tobillos de Chari.

Al empezar a caer la tarde, se dispusieron para iniciar la caminata, se calzaron las botas de montaña que se habían traído de Barcelona, mientras Perico se había puesto unas botas de cuero que a saber los años que tenían, que aún conservaban un buen estado y que no serían la primera vez que iban a andar por aquellas montañas.

Lo peor y lo más doloroso, sobre todo para Chari, fue cuando hubo que dejar a Sasué en la casa del tío Blas metido en una cesta de esparto, aún muy pequeño para seguirlos andando y tampoco era cuestión de llevarlo en brazos, como les había advertido Perico, ya que había que ir por sitios en los que habría que hacer uso de ambos brazos para caminar. El pobre perro como si lo presintiera y como si entendiera lo que decían, empezó con una especie de lloros que en verdad daban lástima. Cada vez que lo dejaban en la cesta se escapaba de un saltito y corría hacia ellos; daba pena pero había que dejarlo allí, así que cerraron la puerta y lo dejaron solo, oyéndose sus pequeños ladridos desde fuera, pero aquello iba a

durar poco tiempo. A Sasué se le veía crecer por momentos y pronto sería un señor perro y amo de aquel trozo de Pirineo.

Al borde del río, el camino se fue empinando cada vez más, siguiendo algo que anteriormente parecía haber sido un sendero y que seguro que habían utilizado cazadores furtivos, excursionistas y escaladores. Perico iba en primer lugar seguro de que no equivocaría el camino puesto que en su juventud le había encantado explorar aquellos lugares y había sido hasta hace unos años guía por lo que se llevaba algunos dineros que no le venían nada mal. A estos les acompañaba hasta el mismo lugar de inicio de la conquista de algún pico de aquellos que parecían torres verticales llenos de aristas rocosas y puntiagudas. Aquello lo conocía como la palma de su mano, aunque hacía mucho tiempo que no pasaba por allí, pero le daba igual pues parecía que había sido ayer.

Chari de vez en cuando, mandaba parar a los hombres y se sentaba un pequeño ratito en la primera piedra que encontraba. Aun así Perico se quedaba extrañado del aguante y fortaleza que tenía la chica, quién lo iba a decir, no desmerecería en nada a las mujeres y mozas del pueblo acostumbradas a deambular por esos lugares.

Perico por otra parte se comportaba como un joven, con una vitalidad fuera de lo común. Era un portento aun a su edad, siempre en primer lugar, indicando por dónde debían de pasar los demás con una alegría contagiosa.

El paisaje se iba haciendo cada vez más agreste. Parecía mentira que hubieran ya subido tanto desnivel; la aldea quedaba abajo como un punto blanco en mitad del valle. Aún así los altos picos surcaban desafiantes encima de ellos, el camino se hacía cada vez más escarpado y algunas veces se tenían que dar entre sí la mano para salvar las rocas. Perico les dijo que al cruzar aquella ladera, justo debajo, verían un pequeño lago de aguas azules muy limpias, indicándoles que allí en el Pirineo a los lagos se les llamaban ibones.

Durante los últimos metros la respiración de los tres se tornó muy fatigosa y debían parar al poco tiempo. Se pusieron nuevamente en marcha y al fin llegaron a la cima de la ladera, el espectáculo que desde allí se contemplaba era magnífico. Más abajo se veía el ibón, rodeado de rocas y piedras y con unas aguas cristalinas que en conjunto resultaba de un color azul oscuro. Desde allí se veía emerger otro pequeño valle que se tornaba de un color verde con tonos esmeraldas.

Se sentaron allí un buen rato y estuvieron contemplando y recreándose en tanta belleza que en esos momentos era de ellos y sólo de ellos. El cielo era de un azul muy claro y el sol se marchaba lentamente en su camino hacia el horizonte que se encontraba enfrente de la aldea. De buena gana se hubieran quedado allí más rato para hartarse de toda esa belleza para que por sus ojos entrase toda la luz y todos los colores que se encontraban esparcidos en toda la extensión que abarcaba su vista. Aquello parecía el edén, Luis no decía ni palabra, sólo miraba y miraba para todos los sitios, encandilado, no se habría movido aunque la noche lo hubiera sorprendido, se encontraba sumergido en el deleite total de todo aquello por lo que había luchado durante mucho tiempo.

Emprendieron el camino de vuelta, dando la impresión de que de un momento a otro iban a despeñarse ladera abajo por la verticalidad del camino y que caerían hasta la misma aldea, ya que se veía justamente en el fondo. Poco a poco y con precaución llegaron al lugar en el que ya se podía andar mejor y llevar una marcha más o menos normal, mientras los pinos y abetos verdes se iban adueñando del paisaje y se iban convirtiendo en una selva espesa y llena de sombras y misterio en su interior.

Al poco tiempo se tropezaron nuevamente con el riachuelo en un punto donde se unían varios regatos más pequeños y que surgían de todos los lados como si se hubieran puesto de acuerdo, haciendo una serie de sonidos mágicos que iban cambiando de música sin ningún orden.

Sin darse cuenta habían cruzado el río por el puente viejo donde resistía la señal con el nuevo nombre la aldea y de nuevo estaban en la puerta de la casona. Lo primero que hizo Chari fue dirigirse a la casa del tío Blas y recoger a Sasué, que al sentir la puerta como se abría, dio un salto y salió despedido hacia la chica que se agachó rápidamente y lo cogió con las manos llevando su cuerpecillo a su cara estrujándolo, mientras Sasué movía el rabito a una gran velocidad y con una alegría difícil de explicar.

Los tres se sentaron en unas sillas al lado de la puerta de la casona mientras Perico les indicaba con la mano el lugar más o menos donde habían estado. Chari se sorprendió de lo que habían andado y subido, mientras el perro intentaba jugar con ella y la mordisqueaba cariñosamente en las manos.

En un momento determinado Chari se levantó, dejó a Sasué en el suelo y se encaminó hacia el corral donde estaban las gallinas. Al momento regresó llevando dos huevos de buen tamaño y enseñándoles uno en cada mano a los dos con una sonrisa de triunfo encantadora.

Aquella noche se fueron pronto a dormir. Aunque querían aparentar ser fuertes, el cansancio de la tarde les había hecho mella y posiblemente alguno mañana tendría agujetas, pero mañana sería otro día, otro más que Dios les regalaría en aquella aldea olvidada, y donde sólo existía de acompañante la libertad, toda la libertad que ellos se quisieran tomar.

XLV

La aurora los despertó pronto. Una intensa y blanca luz se iba introduciendo por los desvaídos cristales de la vieja ventana de madera con una fuerza que hacía que quedara iluminada con un resplandor que dañaba la vista y que al mismo tiempo cubría cada milímetro de la alcoba con una sensación de optimismo y ganas de saborear la nueva jornada, que se presentaba como un día saturado de claridad y que invitaba a degustar cada minuto la luz que iba desgranando el día.

Luis se levantó de un salto y, como siempre, se fue hacía la ventana y la abrió, sacando medio cuerpo fuera y respirando profundamente. Soltó una bocanada de aire viciado, llenándose de otro puro e impoluto, teniendo que cerrar los ojos ante el estallido de luz clara que le cegó durante un momento. Lo que estaba notando en esos instantes no lo cambiaba por nada, eso era suyo y nada ni nadie se lo podía arrebatar, la imagen que poco a poco se iba revelando en su cristalino era el regalo del paisaje que tenía enfrente, más nítido que nunca. Aquello era el premio que ganaba minuto a minuto por su tozudez en hacerse dueño y señor de aquellas montañas y valles, la recompensa inmensamente más grande que el trabajo que le había costado salir de la ciudad viciada y envenenada.

Por su parte, Chari se hizo un ovillo entre las sábanas y la manta de lana que aún guardaba el calor de la noche. Le gustaba quedarse así durante un rato mientras toda la luz del valle se colaba en la habitación, ya sabía que Perico estaba abajo, lo que no sabía era que Sasué también lo acompañaba, creyendo oír unos pequeños ladridos que parecía que se escuchaban abajo, o eso pensó.

En un momento determinado oyó como leves ruidos dados de una forma cadencial, no llegando a comprender de qué se trataba. Pensó que Perico estaría haciendo cualquier cosa allá abajo, hasta que la puerta de la habitación empezó a moverse muy lentamente, y como empujada por unos ruidos que la rascaban. Pero hasta que no vio un pequeño morrito blanco asomar a ras de suelo y empezar abrirse muy lentamente la puerta y observar que allí frente a ella se había colado su perro. Entonces dio un salto del lecho y se abalanzó a por él. Allí estaba su perrito, ladrando de alegría, como diciendo lo he conseguido. Hasta Luis, que aún se encontraba junto a la ventana se sorprendió enormemente, pensando que Perico lo había subido y lo había dejado en la puerta. Pero eso no podía ser, Perico, mientras ellos estaban arriba, nunca subía. Luego, el perro había subido solo ¿pero cómo había podido subir las escaleras?

Chari lo agarró y lo echó encima de la cama, el perro no cabía en sí de gozo. Empezaron a jugar los dos, el perro era una mina, aunque eso que había aprendido el can ya no lo olvidaría nunca, seguro que todas las mañanas sería su despertador.

Se vistieron y bajaron los dos, Chari dejó a Sasué al final de la escalera para ver cómo se las ingeniaba para bajar. Ya desde abajo observaron que el perrito hacía intentos para bajar, pero parecía que no se atrevía, como si le diera miedo

dar un salto y llegar al siguiente escalón. Perico los observaba a los tres con una sonrisa de satisfacción, sabiendo que al final el perro bajaría por sí solo.

Al principio, como si hubiera aceptado la derrota, empezó a dar gemidos como si quisiera que fueran a recogerlo y también algún ladrido como dándose algún grito de ánimo. Perico les dijo que no subieran a por él, que eso lo debería hacer solo; y así fue, echó una patita al vacío y cuando encontró la madera del escalón de abajo, entonces echó las dos de atrás. Cuando notó que lo había conseguido, comenzó a dar pequeños ladridos de júbilo y entonces ya fue una cadena de pequeños saltos y ladridos hasta que llegó abajo, corrió hasta Chari que inmediatamente lo agarró y le dio un beso en su cabecita.

Aquel diminuto perro les había dado a los jóvenes una lección: en las dificultades uno no se puede rendir a las primeras de cambio, hay que perseverar y al final se obtendrá el resultado apetecido.

En poco rato el desayuno ya estaba puesto en la puerta de la calle. Hacía una temperatura ideal para tomarlo fuera; el verano estaba a muy pocos días de entrar por el valle y tomar el reinado que iba a dejar la primavera, un dominio que heredaría abarrotado de naturaleza verde como si eso fuera el color de su bandera y con un escudo de millones de flores de miles de colores regadas por toda la tela verde que constituía el valle.

Allí sentados, los tres ante el café humeante, y Sasué dando pequeños saltos entre sus pies como si estuviera poseído, ya que sabía que muy pronto sería el perro guardián de la casa. Su misión se estaba acercando, pronto tendría ese honor.

—Oye, Perico ¿no crees que este perro tiene más inteligencia de lo común? —preguntó intrigada Chari,

El viejo se rió y le contestó:

—Bueno, piensa que esta raza de perros del Pirineo tiene una inteligencia superior a casi todos. Pero opino que este Sasué va estar a la cabeza de todos ellos.

Chari estaba encantada con su perro, en pocos día le había cogido un cariño inmenso y al perrito le pasaba lo mismo con ella.

Mientras hablaban, varias docenas de gorriones daban picotazos en las migajas del suelo esparcido a sus pies y que sólo se levantaban dando un pequeño salto, abriendo las alas cuando el perrito quería jugar con ellos.

Acto seguido y en buen equipo como formaban los tres, recogieron todo y se dirigieron al huerto con un manojo de plantitas que cogió Perico de las escaleras del sotanillo. Cogieron dos azadas pequeñas y se dirigieron los tres al huerto que ya estaba preparado para su siembra. Incluso Sasué quiso ir andando detrás de ellos sin pedir ladrando el auxilio de su ama, aunque poco a poco se iba quedando atrás, teniendo ésta que esperarse a ponerse a su altura.

Perico cogió los plantones de tomates y le pidió a Luis que hiciera un hueco con la azada en lo alto del surco, lo que hizo con bastante acierto y allí depositó Perico una planta que tapó con la tierra que Luis había levantado. Pronto tuvieron el surco lleno de plantas, y entonces mandó a la chica al riachuelo cerca-

no para que trajera un cubo de agua, que ella mismo se encargó de echar un poco en cada mata plantada.

Chari y Luis estaban disfrutando al máximo. Eso lo hacían por primera vez pues en su casa ella no se había ocupado nunca de las plantas y flores. Eso lo hacía su mamá que si le gustaba atenderlas, pero aquello era otra cosa, su trabajo y la ilusión de verlas crecer y quién sabe si también recoger su fruto. Lo mismo hicieron con los pepinos y después con las patatas que partieron en tres trozos que ya se encontraban con algún tallo y que fueron introduciendo en la tierra. Asimismo metieron las semillas de melón y sandía y volvieron hacer lo mismo regando con agua.

Perico les avisó que ya habían terminado, que al contrario de lo que les había dicho que traerían el agua desde el río con unos tubos, que no haría falta, ya que al ser pocas matas, con unos cubos bastaría para regar todo, diciéndoles a los dos que desde ese momento ellos ya se ocuparían de su cuidado, haciéndoles saber que no les garantizaba obtener fruto de ello, ya que lo habían plantado algo tarde, pero que si no hacía mucho frío durante las noches, pudiera ser que sí.

Se dirigieron otra vez a la casona. Chari cogió a Sasué en brazos ya que hasta allí era subir cuesta y el perrito lo agradeció mirándola los ojos.

El viejo le dijo a Luis que si tenía ganas, dedicarían la mañana a adecentar un poco el cementerio, ya que como había comprobado, estaba un poco descuidado, por lo que el joven asintió de muy buena gana.

Con dos azadas y una espuerta se dirigieron al camposanto, acompañados del perro que ya no se perdía ningún acontecimiento, por lo que no podía disimular su contento, meneando con fuerza su rabo blanco y negro, y aunque no parecía la mejor ocasión, Perico se colgó la bota de vino al hombro.

—No jodas, Perico, en el cementerio. ¿También vamos atacarle al morapio? parece que no está bien eso.

—Luego me dirás, cuando llevemos un rato trabajando, si está bien o está mal. Además te voy a decir una cosa y que no se te olvide; no te preocupes que nadie de los que están allí te va a pedir que le invites a un trago —y empezó a reírse de buena gana, pensando Luis que nunca había conocido a nadie con ese sentido del humor.

El cementerio era pequeño, pero aun así, habría que echarle unas horas para ponerlo decente. Comenzaron a quitar las hierbas con las azadas mientras Chari iba llenando la espuerta y sacándola fuera. Cuando ya llevaban un buen rato, Perico agarró la bota que había dejado colgada de una cruz de hierro ya oxidada y se la ofreció a Luis. Este, con cara de sorpresa, la rehusó y se la entregó otra vez al viejo, la tomó y esbozando una sonrisa y como si estuviera en una taberna la alzó, y dejando un buen espacio entre la bota y la boca pegó un trago largo, apretando el lomo de la misma para que el chorro saliera con fuerza, terminando con una expresión de satisfacción y como señal de que le había sabido bien rico.

Se la cedió nuevamente a Luis, diciéndole:

—Vamos, que no pasa nada, te lo digo yo. Ojalá ellos pudieran, seguro que lo echarían —riendo a carcajadas cuando observó que el joven inició un trago también largo.

—¿A que no ha pasado nada? Pues claro que no, hombre, qué va a pasar, encima de que les estamos limpiando su casa —reía Perico, mientras Luis pensaba lo gracioso que se estaba volviendo el viejo, pero que al final terminó riéndose como él. Al mismo tiempo Chari cogió la bota y pegó un pequeño trago que tampoco le supo malo, aunque no consiguió que todo aterrizara en su boca, unas cuantas gotas cayeron a su camisa, mientras Sasué que no le perdía ojo la observaba con la boca abierta.

Cuando llegaron a las tumbas de su familia, Perico se esmeró más y su rostro se tornó algo más serio. Cortaron todas las hierbas y removieron la tierra un poco, mientras Chari seguía en su trajín de recoger las hierbas y brozas que iban dejando cortadas.

Cuando terminaron de limpiar las tumba de sus familiares, esposa y padres, Perico se quitó la gorra y rezó un Padrenuestro acompañado por los dos jóvenes y nada más terminar, pidió a Luis que trajera la bota, la cogió y dio otro buen trago, mientras el joven al verlo, no daba crédito a sus ojos y pensó este viejo es la leche, pero al mismo tiempo pensó que era todo un tío con carácter, una persona con principios, en suma, una persona de quien iba a aprender más que de todos los profesores que había tenido en su vida.

Salieron del lugar y se sentaron en la puerta de la casa a descansar ya que habían afanado de lo lindo. El sol ya estaba calentando fuertemente y empezaba a picar allá en lo alto. Luis salió como disparado al sotanillo y volvió con tres botes de cerveza, se metió en la casa y sacó tres vasos y allí en la puerta, apuraron el rubio líquido y la espuma blanca que les supo a gloria.

Por la tarde ya no hicieron nada y cuando el sol traspasó el horizonte, Perico dijo que se iba a pescar unas truchas, mientras Chari y Luis, cogidos de la mano, dieron un pequeño paseo por los alrededores de la aldea, seguidos de cerca por Sasué que emitía un pequeño ladrido cuando se quedaba atrás. Contemplando al mismo tiempo el lento tránsito del día a la noche y que se escapaba por aquel horizonte de color rojo anaranjado y que iba tornando a rosa y azul conforme el sol se escapaba, cada segundo iba pasando más veloz y se iba cubriendo de sombras cada vez más intensas.

XLVI

El buen tiempo se había apoderado del valle, al abrigo de las montañas que apuntaban al cielo. A la aldea le brillaban sus piedras grises, oxidadas y muertas por la soledad y el paso del tiempo en el que sufrían. El azote y los arañazos de los vientos gélidos del invierno, que habían tomado el color de destrucción y abandono. Las voces de los tres habitantes se oían nítidas en toda su extensión. Era la única sensación de vida que existía en el valle, esa minúscula porción de aquellas montañas interminables que habían resucitado a la vida; por eso las voces se oían acompañadas de miles de ecos que las transmitían hasta los más pequeños rincones donde ninguna voz humana había llegado nunca. El valle no quería desaparecer sumido en la nada, en un olvido profundo que lo haría sublimarse, que la erosión del agua disolvería hasta el mínimo atisbo de lo que antes había sido vida y transformarlo en polvo inanimado.

Cuando la mañana aún no se había apoderado completamente del poder de las sombras, y las cumbres de las montañas aún poseían el azul plateado del reflejo del un sol incipiente y tímido que venía del este, por la lejanía, un vehículo se iba acercando a la aldea perturbando su paz cotidiana llena de vida, aquella vida que le fue arrebatada cuando sus moradores se murieron hartos de soledad y rendidos por el hastío. Poco a poco, sorteando con prudencia las atrevidas revueltas, se fue acercando a las primeras casas.

El vehículo se detuvo cerca del puente, sin atreverse a cruzarlo y adentrarse en la aldea. Los ocupantes vieron el cartel y se miraron estupefactos, creyendo haberse extraviado,

—Javi, ¿pero esto no tendría que ser Sasué?

—Joder, claro; no lo entiendo. Que me lo expliquen, aquí en el mapa pone Sasué —dijo confuso Javi.

Bajando hacia el río se dirigían Luis y Chari que habían oído el ruido del coche. Perico les avisó que seguramente serían los de la eléctrica, pero cuando llegaron a su altura, a los visitantes les faltó tiempo para preguntarles no sin antes mirar de arriba a abajo a la chica.

—Buenos días. Vamos buscando el pueblo de Sasué pero está claro que nos hemos equivocado —dijo el que debería ser el responsable de los tres integrantes del vehículo

—Pues no. Están ustedes en el buen camino, ya que han llegado al justo sitio — respondió con una sonrisa irónica Luis.

—Pero qué cachondeo es este si ahí pone otro nombre, ¿se están quedando con nosotros?

—Se lo voy a explicar —les aclaró el joven —. Esto hace muy poco se llamaba Sasué, pero cuando vinimos a vivir aquí hace unos días mi novia y yo, decidimos cambiarle el nombre y ponerle el nombre de ella.

Los tres pusieron cara de sorpresa, nadie les había avisado de ello. Sólo tenían claro que deberían llevar la luz eléctrica a un pueblo, pero lo que no sabían era que el pueblo tenía otro nombre y que estaba habitado.

—Ya está claro, pero aún no me creo que ustedes vivan aquí solos ¿eso es cierto?

—¿Y porqué no iba a serlo? ¿Tiene algo de particular que vivamos en un pueblo? —recalcó Luis

—No, nada. Sólo que nos parece extraño, pues hay que tener valor para estar aquí, y encima sin luz ni nada.

—Pues a eso vienen, ¿no es así? —dijo, riéndose Luis, mientras Chari los miraba a todos sin poder controlar la risa.

—Pues nada, manos a la obra. Si no hay problemas, esta noche ya van a dormir con luz, eso como yo me llamo Javier.

—Gracias, se lo agradecemos de verdad.

Los acompañaron a la casa y vieron la instalación cómo estaba, decidiendo cambiarla toda, quedando uno de ellos allí, mientras los otros dos se desplazaron por un sendero hacia uno de los postes de la luz para comenzar los trabajos de tender los cables.

Perico pronto se convirtió en perfecto ayudante del instalador, sirviéndole de muy buena ayuda, diciéndole que también debería hacer lo mismo en la casa que estaba orilla y que era la suya.

Luis comunicó a Perico que Chari y él iban a bajar al pueblo a tratar de localizar al Duro, para decirle que otro día iría a por él y a por sus amigos para traerlos a la aldea y tratar de reconstruir la iglesia. Pareciéndole bien a Perico, le hizo saber que lo buscaran en el bar o en su casa, dándoles la dirección, y si no estaba, que preguntaran a cualquiera, que les daría razón.

Subieron al vehículo en dirección al pueblo, mientras la preciosa mañana ya había entrado de lleno en el valle sin llamar, introduciéndose de golpe, en el mismo momento en que el sol aparecía por lo alto de los picos, pareciendo que los focos de algún estadio se encendían, llenándolo todo de luz, de vida, hasta el verde gris que cubría todo, volvíase de un verde que parecía fluorescente.

—Amor mío, dime de verdad ¿cómo te sientes?, ¿estás contenta?, ¿todo va saliendo bien?, ¿te gusta esto? —preguntó en catarata Luis.

A Chari le pilló de improviso. No esperaba toda esa retahíla de preguntas en ese momento y menos tantas al mismo tiempo ¿es que acaso no se daba cuenta de que ella era feliz al máximo? ¿que estaba disfrutando de una forma como nunca había imaginado?

—Me atosigas con tantas preguntas, Luis, cariño, ¿es que no me lo notas? Ahora mismo soy la mujer más feliz del mundo y más aún estando a tu lado. Tranquilo, mi amor, ten presente que si alguna vez pierdo la ilusión por esto, te lo diría. De eso puedes estar seguro —le contesto la chica rozándole con su mano una de las suyas que llevaba al volante.

—Gracias, preciosa, es que algunas veces tengo miedo de que no seas feliz.

Llegaron al pueblo y aparcaron en la plaza. Casi atropellan al perro que notó la presencia del vehículo y corrió hacia ellos aun medio dormitando y ocioso en un rincón, comenzando a menear el rabo y a moverse nervioso como si los conociera de toda la vida.

Pasaron entre las cortinas del bar, que hicieron su característico sonido. Allí se encontraba en una mesa el Duro y otro compinche suyo, con un mazo de cartas intentando matar el tiempo que al contrario de lo que pensaban, los mataría a ellos.

Con una alegría que no pudo disimular, exclamó:

—Coño, pero mira quiénes están aquí, ¿qué se os ha perdido?

—Vosotros sí que estáis perdidos. Vengo a por ustedes; mañana ya no habrá cartas —les ordenó con burla el joven.

En ese momento salió de la trastienda Alicia y se sorprendió al ver a los jóvenes, sobre todo a Chari tan de mañana. Empezó a conversar con ella al instante, dejando a los hombres que hablaran de sus cosas.

—¿Y el viejo cascarrabias de Perico? —preguntó el Duro.

—Se ha quedado con los de la eléctrica. Nos están instalando la luz.

—Eso es un notición. Había que echarle pelotas vivir así; te lo dice uno que le llaman Duro.

—Mañana, si os parece bien, bajaré a por vosotros. Cuantos más vengáis, mejor. Y llevad herramientas. Bueno, vosotros ya sabéis —les dijo dando las gracias con sus ojos.

Al buenazo del Duro se le hinchó el cuerpo de satisfacción cuando se aprestó a responder, y lo hizo con las mismas palabras que siempre decía:

—Como yo me llamo El Duro, mañana estaremos aquí preparados y a lo mejor vas a tener que hacer dos viajes para poder subir a la gente.

—Gracias, sois magníficos, mañana nos vemos.

Le dijo a Alicia que les sirviera una ronda a todos y después salió con Chari, pues debían hacer unas compras. Al pisar la plaza, el perro alzó su cabeza, puso sus orejas tiesas, movió el rabo dos o tres veces y siguió en su posición primera.

XLVII

Cierto era que habían entrado con buen pie en el valle. Nunca habían pensado que pudiera ser así esperando muchísimas más dificultades de las que estaban teniendo. Todo les salía a pedir de boca, pareciendo que se habían puesto de acuerdo todos para que no tuvieran ningún problema. Era todo demasiado bonito o lo parecía. Sin embargo lo que tenía muy claro ella era que había madurado en diez días más que en sus apenas veinte años, como si se hubiera hecho más mujer, más madura, más segura. Había perdido la inseguridad, el temor, aunque tuvieran que regresar por cualquier motivo, ella ya no sería la misma, había aprendido mucho de Perico, de su querido viejo. Nunca había pensado que hubiera en el mundo personas como él, dispuesto a todo sólo por ayudar a los demás, una persona que nunca olvidaría y sólo lo conocía de escasos días. Sólo por el hecho de haberse topado en sus vidas había merecido la pena.

El miedo que le rondaba a Chari por su cabeza era que no todo podía ser siempre de color de rosa, ese paraíso terrenal en el que vivían, ese edén de felicidad, alguna vez tendría que quebrarse, temía, aunque por otra parte veía el lado positivo y no observaba razones para que el actual status cambiase a corto plazo.

Sin decir nada a nadie, cogió a Sasué y se encaminó al huerto. El perro la seguía cada vez más seguro, más ágil, con esa alegría que demuestran los perros cuando están contentos, con esa felicidad que te demuestran en su mirada profunda.

En un momento determinado comenzó a correr, quedándose rezagado Sasué y al ver que su ama se alejaba inició un ladrido continuo, pidiendo auxilio. La chica se detuvo y lo miró; el perrito dejó de ladrar y esperó la orden que le daba su jefa; ella le extendió las manos y le apremió para que fuera. Como si lo comprendiera, el perro inició nuevamente la carrera todo lo deprisa que podía y cuando llegó, lo cogió y abrazó, sintiendo el pequeño latido del can a cien, pero el perrito en ese momento era feliz y sus razones tenía.

Cogió el cubo de aluminio que estaba junto al huerto y se encaminó al riachuelo cercano a robar el agua cristalina que bajaba purísima desde allá arriba. Lo llenó y volvió al huerto; las pequeñas plantas aún se mantenían firmes sin ningún atisbo de haberse marchitado. Fue regándolas una a una y volvía nuevamente al río. La segunda vez fue acompañada también por el perro que volvió al instante con ella. A la tercera, el perro, si es que pensaba, se lo pensó mejor y se quedó sentado con su cabecita descansando entres sus patas delanteras esperando a que regresara su ama, quien al notar que no había ido detrás de ella, se sorprendió, sospechando que Sasué tenía los sentidos más desarrollados que cualquier otro can y eso era buena señal.

Se sentía muy bien sola. Esos ratos que deambulaba por el pueblo, por las orillas del río, saltando entre los canchales, viendo como los peces se alejaban muy asustados; oír la inmensidad de pájaros que entonaban miles de cantos y canciones al unísono, y alimentar su vista alzándola a lo alto de las colinas que parec-

ían no tener fin cuando se incrustaban en las blancas y sedosas nubes cuando quedaban abajo.

Mientras tanto, en la aldea, los operarios se afanaban con rapidez en llevar el cable a las casas. Ya estaban cerca del pueblo y posiblemente al caer la tarde podrían hacer la prueba del alumbrado.

Entretanto el electricista que había quedado en la casa ya casi lo tenía instalado todo. En realidad tampoco era mucho el trabajo, había cambiado toda la instalación, sólo quedaba poner alguna caja y su trabajo habría terminado.

Luis le dijo a Chari que fuera al sotanillo y llevara unas cervezas, que iba a convidar a los trabajadores, que él cortaría unos trozos de salchichón.

Le dijo a Quique, que así se llamaba el operario, que parase un rato y que saliera a tomar una cervecita, cosa que hizo de muy buena gana y agradeció, pues el calor ya apretaba, aunque dentro de la casa se estaba fresquito.

El joven les dijo que eran unos afortunados por vivir allí, que tendría que ser algo fuera de serie estar en aquel lugar viviendo en plena naturaleza y que eran unos héroes, ya que había que tener agallas y todo lo que había que tener para establecerse en una aldea donde no residía nadie; diciéndoles que él personalmente sentía envidia de ellos y que se quedaría de buena gana, pero que si eso se lo planteaba a su mujer, seguro que le pedía la separación, que estaba loco.

Cuando terminaron, Luis cogió dos cervezas y unas lonchas de salchichón encaminándose hacia la salida del pueblo, al otro lado de la iglesia, donde trajinaban los dos operarios con los cables. Cuando lo vieron llegar con las cervezas y el aperitivo, lo agradecieron al máximo, diciéndole que harían lo imposible para que esa noche tuvieran luz.

Se sentaron un ratito sobre unas rocas y saborearon el rubio líquido con fruición, observando las altas cumbres mientras charlaban.

—¿Te puedo hacer una pregunta? —le dijo Javi, que desde que llegó a la aldea no se la quitaba de la cabeza—. ¿Cómo es que te pasó por la cabeza venirte a este pueblo tan solitario y encima traerte a esta chica contigo? Porque hay que tener valor...

Luis, de buena gana, le explicó en pocas palabras la razón de su estancia allí y ellos escuchaban casi sin creer todo lo que estaban escuchando, pensando que deberían estar locos los dos. Pero al mismo tiempo sentían algo de envidia, haciéndole saber que sería duro vivir allí era cuando llegara el invierno, que entonces sí que había que tener valor para andar por esos parajes.

Luis también les pidió que no fueran al pueblo a comer, que sería un placer compartir la mesa con ellos, aceptando los operarios y dándole las gracias.

En la puerta de la casa, dieron buena cuenta los seis comensales de las viandas que Perico y Chari en un santiamén habían preparado. Comer en ese lugar, en el centro de ese paisaje inmenso, era lo máximo, al aire libre, empinando de cuando en cuando la bota de vino fresquito. Era una delicia total, además observando a hurtadillas la belleza ya casi salvaje en que se estaba convirtiendo Chari. Llegaron a tener envidia de ellos, mientras Sasué les miraba extrañados preguntándose para sus adentros qué demonios hacían allí aquellos huéspedes.

Tomaron café e hicieron notar que no les faltaba de nada, que iban sobrados. Entonces Perico le hizo saber que les faltaba la luz, riéndose todos por la ocurrencia, contestándole al viejo que seguro que la iban a tener aquella misma tarde.

Sobre las seis dieron el trabajo por terminado, uno de ellos bajó al pueblo para proceder a enchufar la corriente desde el transformador, diciéndole Javi, en funciones de jefe, que lo llamara al móvil cuando fuera a hacerlo, quedando en ello de esa forma.

Cuando llegó el momento y llamó por teléfono, todo se convirtió en expectación. Habían dejado el automático y los interruptores preparados, pasaron unos segundos que parecieron eternos y como por arte de magia, toda la casona quedó iluminada por una luz potente, de suficientes vatios. En todas las dependencias se encendió la luz, una gran alegría se apoderó de los tres habitantes de la aldea que contagió a los dos trabajadores. Hasta Luis salió a la calle a proclamarlo con grandes gritos a los cuatro vientos, mientas Sasué no entendía lo que estaba pasando, mirando a Chari como pidiendo que se lo explicara.

De pronto, Perico salió también como una exhalación y se dirigió rápidamente hacia la casa del tío Blas y dio al primer interruptor que tuvo a mano. La estancia se llenó de una luz blanca, así que salió a la calle con una profunda alegría, abrazando a los operarios.

Nadie lo tuvo en cuenta, pero no habían dado a los interruptores de la puerta de la casa, fue Chari la encargada de hacerlo llevando a Sasué en brazos. Cuando lo hizo, el foco que estaba justo encima de la puerta emitió un chorro de luz, y eso que aún la tarde no había expirado, por la noche el resplandor se vería desde Serrabe.

Se despidieron todos, dándose las gracias mutuamente, unos por el buen y rápido trabajo que habían hecho, y los otros por el detalle de la comida que habían tenido.

Otra vez se quedaban solos en el pueblo, pero esta vez con una compañera que les habían traído quienes marchaban a bordo del vehículo que acababa de doblar la curva dirigiéndose hacia la civilización, y que era la luz.

XLVIII

Tenían mucha gana de que la noche llegara, que lo cubriera todo con sus temidas sombras, ver como la luz que les acababan de traer las devoraría como por arte de magia, haciendo acto de presencia en aquel valle muerto por largo tiempo. Querían aguardar a que la oscuridad fuera máxima y entonces ver nacer la luz que iba a cambiar sus vidas.

El momento esperado llegó. A Perico, por votación, le concedieron el honor de darle al interruptor del foco que se encontraba encima de la puerta de la casona. Se acercó lentamente como si de un acto oficial se tratara, mientras los dos jóvenes le aplaudían. Pulsó el botón y una luz muy blanca, enorme, iluminó la placeta, llenó de vida casi toda la aldea y colmó de reflejos y sombras el valle que había vuelto a la luz de entre las sombras de la noche. Había emergido como un buque fantasma con torrentes de luz que iluminaban el cielo que ahora parecía el mar azul en una noche oscura.

Dieron gritos de júbilo, les parecía que eran las doce del mediodía cuando el sol estaba en todo su esplendor, segurísimo que el resplandor lo verían desde Serrabe. Hasta Sasué, notando que algo anormal se había producido, ladraba confuso entre tanta claridad y algarabía.

Esa noche cenaron acompañados de un fresquito delicioso y de la luz que había traspasado todos los umbrales. Que le había dado otra cara a las fauces de las montañas, que noche tras noche les enseñaban sus dientes negros y amenazadores, donde parecían vivir seres malignos y demonios escondidos durante el día.

Hasta la luna los acompañó en la velada, como queriendo hacerle un homenaje a la competidora que le había salido inesperadamente. También los millones de estrellas parecían alumbrar mucho más, asomadas al balcón del cielo a observar el prodigio que se había producido en el fondo del valle, en la minúscula aldea que noche tras noche se abatía tragada por su negritud.

Perico se encontraba radiante y como siempre, y ante cualquier buena nueva, lo celebraba con la bota. La tomó del respaldo de la silla y se la ofreció a Cari. Esta bebió un pequeño trago y no se le cayó ni una gota, debería ser por la luz. Inmediatamente la cogió Luis y levantándose pegó un trago largo que terminó cuando la chica le mandó parar; y por último Perico también pegó otro que tampoco se quedó corto. Cuando terminó apuntó la bota al perro y le disparó un chorro, que al sentirlo en el lomo, ladró con una especie de quejido. Los tres rieron mientras Sasué se movía para todos lados intentando quitarse el líquido.

A continuación Perico les dijo que observaran el cielo, que no tardaría mucho en aparecer las luces de algún avión surcar el espacio. Así fue: a lo lejos vieron cómo progresaba marcando una diagonal con sus luces en intermitencia haciéndoles guiños. Cuando lo tuvieron encima de ellos, Perico miró su reloj y les avisó de que a la noche siguiente, y a la misma hora, pasaría nuevamente por allí,

que debería haber salido de Madrid y que él pensaba que iría para Paris o Alemania.

La noche estaba preciosa, para pasarla contemplando el espacio horas y horas, con las estrellas blancas, con algunas que parecían poseer miles de colores, como si tuvieran un fuego eterno.

Perico, mientras tanto, les contaba historias que habían sucedido en la aldea, cuando la vida y el bullicio reinaba en todas las casas. También les contó historias de sus antepasados, que a su vez le habían contado a él sus padres. En fin, Chari y Luis lo atendían porque Perico en su sencillo hablar parecía que tenía más conocimiento que Salomón cuando escribió el Libro de la Sabiduría, hasta Sasué parecía que le prestaba atención allí sentado y refugiado en el halda[3] de la chica.

Cuando se fueron acostar, decidieron que la luz exterior se debería quedar encendida. Era un pueblo como otro cualquiera y todos los pueblos dejan sus luces encendidas por la noche.

Al llegar a la habitación los jóvenes dieron al interruptor y la estancia se llenó de una claridad que eliminó las amenazadoras sombras que otras noches parecían emerger por el resplandor tenue de la linterna.

A la mañana siguiente el cielo se levantó enfadado, una especie de cortina de niebla había inundado las alturas del valle, dejándolo casi opaco y que hacía parecer que el sol se había ofuscado por la competencia. Perico les insinuó que eso duraría hasta más o menos la hora de comer, que luego la tarde se abriría nuevamente.

A Luis le entró prisa, y a medio desayunar, salió zumbando para el pueblo de abajo con ganas de empezar a restaurar la iglesia. Lo tenía asumido como un homenaje a Perico que se lo merecía todo; aquellas piedras carcomidas que la sostenían habían sido testigo y juez de su nacimiento, de su comunión, de su boda y, por desgracia, de la muerte de todos sus familiares, así que era de ley que deberían ayudarla a emerger de nuevo.

En el pueblo, en la plaza, ya se encontraban siete personas con El Duro al frente y el perro junto a ellos. Cuando el coche entró en la plaza, todos se movieron nerviosos, asemejando a chiquillos cuando van de excursión.

—Buenos días a todos, amigos madrugadores —dijo Luis con agradecimiento.

—Estamos a tu disposición —dijo El Duro, que siempre llevaba la voz cantante.

Enseguida montaron cuatro en el vehículo y tomaron camino de vuelta a la aldea, quedando otros tres para el próximo viaje, que no tardó mucho en hacerse pues Luis antes de que se dieran cuenta ya estaba allí a por ellos.

Subieron todos a la iglesia, y el que parecía que tenía más idea, pues su profesión había sido la de albañil, fue al que nombraron maestro de obras, y a cada uno le dieron su misión.

[3] Regazo, falda.

Perico no cabía en sí de gozo aquella mañana. Estaban todos sus fieles amigos tratándole de echar una mano y eso que sabía que alguno de ellos era ateo convencido. Andaba como un loco poseído, no quería que nada les faltara, le dijo a Luis que hiciera una lista con todo lo que tenían que adquirir y que el maestro iba enumerando.

Todos volvieron la cabeza hacia el fondo del valle cuando el ruido de un motor les avisó de que alguien venía hacerles una visita. Cuando el vehículo dobló la curva que le hacía visible, alguno de ellos exclamó:

—Coño, viene el señor alcalde, ¿qué mosca le habrá picado a este, ahora?

Perico salió como una bala hacia el puente para recibirlo, y aún llegó antes que el auto; Luis lo siguió también y allí recibieron a Cosme, expresándole antes que nada su agradecimiento por la llegada de la luz, que no se esperaban que hubiera realizado los trámites tan pronto y que la iluminación era tan potente que iluminaría Barcelona entera.

—No seas exagerado, Luis. Son las ganas que teníais de que estuviera iluminada la aldea —dijo el alcalde.

Subieron a la casona, saludó a Chari y rápidamente la chica le hizo una demostración de la luz, dándole las gracias nuevamente.

—Qué menos podía hacer por vosotros vuestro alcalde —le contestó lleno de satisfacción—. Me he enterado de que queréis restaurar la iglesia; esa es una buena obra y os adelanto que el ayuntamiento correrá con los gastos que ocasione. Pero no os preocupéis, este dinero ya lo solicitaré de la Diputación y os mandaré rápidamente al aparejador cuando haya que realizar alguna obra municipal para que eche un vistazo a esto.

Perico le miraba con sus ojos astutos a punto de traicionarle, pues sentía que dentro de ellos se estaban humedeciendo y no pudo decirle nada a Cosme porque en ese momento no podía, tenía la lengua y el pensamiento agarrotados por la emoción y el agradecimiento. Tuvo que ser Luis el que le diera un abrazo en nombre de todos.

—Gracias, don Cosme, esto ya nos supera, muchas gracias —Perico, en tanto, no pudo evitar que una lágrima se le deslizara cara abajo, que rápidamente trató de disimular. Cosme que se había percatado le dio un abrazo y les dijo:

—Siempre me tendréis a disposición, eso sin duda. Vamos a ver la iglesia.

Cuando llegaron al lugar, se encontraban los siete vecinos del pueblo y hasta parecía que en formación militar, saludando al alcalde quitándose las prendas que cubrían sus cabezas.

Saludó a todos dándoles la mano y entraron dentro del recinto sagrado. Explicó Manolo, que así se llamaba el albañil, todo lo más urgente que deberían hacer, poniendo énfasis en que lo primero debería ser arreglar el tejado, lo que más falta hacía.

Cuando se fue el alcalde pusieron manos a la obra, retirando piedras y escombro de las casas colindantes y haciendo una limpieza general dentro y fuera de la misma, lo que les llevó toda la mañana.

Mientras tanto Perico, que subió y bajó a la casona miles de veces, ayudaba a Chari hacer la comida en una enorme sartén de patatas en caldo con conejo y que la chica cuidaba mientras el viejo se encontraba arriba.

Quién se lo iba a decir a ella que estaría haciendo la comida para diez personas en un pueblo perdido del Pirineo. Por eso cuando llamó a su mamá y se lo dijo, no se lo creía; ella su hija a la que siempre creyó tan frágil y delicada, "no puede ser", "que sí mamá, que es verdad. Cuando vengáis os voy a hacer una comida para chuparos los dedos".

La mamá estaba al corriente de todo lo que pasaba en el valle. Su niña mimada casi todos los días le narraba hasta el último detalle la escuchaba embelesada como si estuviera a miles de kilómetros. Ya estaba ansiosa por verla, deberían viajar pronto a esas montañas que ella suponía tan lejanas.

La comida que hicieron al aire libre fue inolvidable. Juntaron dos mesas de madera curtidas por los años y en el centro pusieron la sartén con las patatas con conejo. Acompañadas de la bota que tuvieron que llenar dos veces con vino del Somontano, y con pan que aún estaba de muy buen comer y eso que llevaba ya varios días hecho. Entre risas, dichos y bromas, que a Chari y Luis nunca en la vida se les olvidaría, fue fantástica, allí notaron como era la camaradería y el compañerismo de aquellos vecinos ya entrados en años y que para ellos lo principal era la amistad y las ganas de vivir; con esa alegría que demostraban, todo lo contrario a las caras aburridas y cansadas de la gente de la gran ciudad, estos viejos eran de otra casta, de otro linaje. Los aires recios y con solera que azotaban aquellas tierras los habían forjado para resistir todos los avatares y la dureza de la vida misma, sin duda tendrían que aprender mucho de ellos.

Por la tarde siguió el mismo ritmo febril, y mientras Luis los fue llevando a todos nuevamente al pueblo, Chari fue a hacer una visita a la iglesia. Ya desde fuera observó todo mucho más cambiado: el diminuto atrio estaba más limpio; quitadas las hierbas; limpio de piedras y maderas sueltas y cuando entró la sensación fue distinta de cuando lo hizo por primera vez, todo estaba en su sitio, también se encontraba limpia y además habían sacado fuera los cuatro bancos rotos. Ahora sólo faltaba arreglar el altar mayor y restaurar los dos altares que se hallaban carcomidos por la humedad, pero pensó que todo se haría y pensó que ella lo pintaría, pues nunca se le había dado mal pintar.

Luis, a la vuelta, se había traído tres sacos de yeso y otros tantos de cemento, y los subió con el coche hasta la misma iglesia dejándolos dentro de la misma, aun a pesar de la oposición de Chari quien le hizo saber que era muy peligroso subir, pero conociendo a su novio sabía que no a iba a convencerlo; si había pensado que lo podía hacer lo haría y claro que lo llevó a efecto; él era así y nunca lo podría cambiar.

XLIX

Al día siguiente la restauración de la iglesia siguió su curso, con la salvedad de que el alcalde con buen criterio, ordenó al albañil del ayuntamiento que se acercara a la aldea para inspeccionar los trabajos y que echara una mano en el arreglo del tejado. Así, cuando Perico lo vio descender del vehículo de Luis, se llevó una gran alegría, ya que Serafín era un dios en su especialidad, sabía más que todos los aparejadores y arquitectos juntos, lo que él decía iba a misa y en este caso con más motivo, así pues estaban de enhorabuena, la obra iba ser terminada mucho antes de lo que pensaban.

Chari, que ese día se levantó antes que Luis, quería sentir el amanecer en directo, por eso se vistió sin hacer ruido mientras Luis levitaba en un sueño profundo y salió a la puerta de la calle. A esa hora hacía frío, por lo que regresó otra vez al cuarto y haciendo el menor ruido posible, cogió un jersey de lana y volvió a la calle con ganas de darse un paseo subiendo el margen del río.

Sasué, con su sexto sentido, la escuchó desde la casa del tío Blas y empezó a ladrar de forma nerviosa despertando a Perico quien al instante salió a ver qué pasaba, siguiéndole el perrito contento.

—Pues sí que has madrugado hoy, pequeña —le dijo con todo el cariño el viejo.

—Pues la verdad es que sí, pero tenía ganas de ver amanecer y, ya ves, aquí estoy, me voy a dar una vuelta por el río, no tardaré mucho —contestó con su cara de ángel la chica, mientras Sasué meneaba el rabo y mordía los pantalones de ella.

La luz de la puerta de la casona, aliada con la claridad incipiente que iba naciendo por un lado de las montañas, daba un colorido al valle en esos instantes de un color verde pálido y se notaba una paz difícil de explicar, que ella nunca había notado, era como si fuera la dueña del mundo, la más dichosa de todas las mujeres.

Al adentrarse en el bosque que abrazaba al río, cuyo susurro al discurrir de las aguas parecía más agudo esa mañana, oyó también el sonido entremezclado de miles de pajarillos que piaban y cantaban de mil maneras, saludando al muevo día que daba luz a aquel paraíso, por donde Chari caminaba absorta faltándole ojos para fijarse en todos los detalles, mientras Sasué la seguía como podía a su lado.

Al doblar un pequeño recodo del río, la chica se quedó de piedra, inmóvil. No podía ser real lo que estaba observando sus ojos: algo maravilloso, inaudito, enfrente de ella al otro lado del margen del riachuelo. Se hallaban dos animales parecidos a cabras, provistos de unos cuernos pequeños y tiesos, de color marrón tirando a amarillo. Como no se movía, no la descubrieron y allí estuvieron un ratito bebiendo. El perro como si presintiera que no debía hacer ningún ruido se quedó también quieto, sólo moviendo su rabo que daba a expresar su extrañeza y nerviosismo.

Se dieron la vuelta y en dos saltos ágiles se internaron montaña arriba y los perdió de vista. Había quedado alucinada de la visión de la naturaleza más bella que había presenciado nunca. Lo que habían captado sus ojos aquella maravillosa amanecida nunca lo podría olvidar. Qué lástima, se lamentó, no haberse llevado la cámara fotográfica.

Conforme iba amaneciendo la luz de la aurora se iba internando en el valle, y hasta daba la impresión de que los pájaros trinaban con más fuerza, llenando la inmensa cavidad que dejaba el circo de las montañas de una sintonía celestial.

Allá abajo su aldea, la que llevaba su nombre, asemejaba a un pueblo de costero con su faro en que sólo cambiaba el color azul del mar por el verde de las montañas. La paz interior que sentía en esos momentos no la cambiaba por nada del mundo, se sentía dueña de todas aquellas montañas, así como reina de la paz de las mismas.

Siguió paseando ensimismada y se entretuvo en hacer un ramo con todas las flores que encontraba, procurando que no fueran iguales. Al poco tiempo portaba en la mano un ramo de más de veinte flores distintas, regadas por el rocío de la mañana y con una mezcla de colores que ya quisiera tener en su escaparate la mejor floristería de las Ramblas.

Como ya se había alejado un poco, volvió sobre sus pasos y se encaminó nuevamente hacia la aldea notando cómo Sasué se iba quedando atrás. Ya le iban faltando las fuerzas; cuando lo observó, el can la miró con expresión suplicante, ella riéndose lo tomó con la otra mano y prosiguió su camino.

Al entrar en el pueblo que refulgía como una mancha blanca entre el verdor del valle, observó que Perico estaba en la puerta de la casona, había apagado la luz de la puerta haciendo las veces de perfecto alguacil y observaba cómo subía la chica llevando las dos manos ocupadas.

Cuando llegó a la pequeña placeta de la casona, dejó a Sasué en el suelo y enseñó a Perico el ramo del que se sentía orgullosa, diciéndole al viejo:

—No te vas a creer lo que he visto, dos bichos parecidos a unas cabras muy cerca de mí que se encontraban bebiendo en el río. Vaya susto que me han dado, pero ha sido precioso.

—Me lo creo, niña, claro que me lo creo. Esos "bichos" como tú los llamas, por estas latitudes los denominamos sarrios[4] y son muy comunes. Estos lugares están infestados de ellos y los has visto porque por la mañana bajan a beber a los ibones y a los riachuelos. Si los quieres ver no tienes más que madrugar y apostarte en el río —le sugirió.

En ese momento apareció por la puerta con el pelo deshilachado y en ropas menores Luis, como asustado, viendo a los dos, allí en la placeta

—Joder, qué susto me has dado Chari. Creí que te había pasado algo.

—Y claro que me ha pasado. Toma, y para que te calles te regalo este ramo de flores, ya que tú no has tenido ese detalle conmigo —le dijo con burla.

[4] Rebecos

Le contó lo de los animales y el otro la escuchaba embobado, diciéndole que a la mañana siguiente irían los dos juntos para ver si los veían otra vez.

Chari buscó un recipiente de cristal, lo llenó de agua y puso el ramo de flores en mitad de la mesa de la habitación principal, contemplándolo y gustándole el detalle que había tenido con ella misma y que le daba una alegría a la casa que no había podido imaginar.

Una vez que desayunaron, mientras Luis se dedicaba a trasladar a la aldea a los amigos trabajadores, Perico se entretuvo en ir a pescar truchas, por lo que debería darse prisa y maña, ya que serían muchos para comer; necesitaría poner en práctica todos sus conocimientos de furtivismo, ya que esta práctica no tenía secretos para él.

Por otra parte, Chari se entretuvo en arreglar la casa y se debía sentir muy contenta ya que sus cantos traspasaban los recios muros de la misma, oyéndose melodiosos en toda la aldea, llegándole a Perico que se encontraba en el río.

El almuerzo, al igual que el día anterior, fue de lo más animado entre chorizos de los comprados en el pueblo y la media docena de truchas pescadas por Perico. El vino corrió de lo lindo y la bota no paraba, se notaba que el ambiente era sano ya que todos cooperaban en la restauración al máximo dentro de sus conocimientos, y la obra llevaba un ritmo frenético. El albañil estaba en lo alto retejando, tapando huecos, quitando tejas rotas y reponiéndolas en buen estado y que traían de las casas ya derruidas. Aún le llevaría toda la tarde y posiblemente parte de otro día; el otro albañil puso una especie de andamio y también picó y tapó con cemento las rendijas del exterior pero aún le llevaría un rato largo terminar pues se encontraban en muy mal estado. Dentro de la pequeña iglesia, otros dos con sendas piquetas pequeñas iban picando todas las paredes, las cuales cubrirían después de yeso.

Como había dos coches, esa tarde Luis sólo tuvo que efectuar un viaje, así que al poco tiempo ya estaba de regreso en la aldea, con ganas de estar con su Cari; con todos los jaleos de la obra, casi no podía disfrutar de ella, de su presencia, de su cariño, así que agradeció muchísimo cuando al llegar a la casona la chica fue a su encuentro y lanzándose a los brazos le estampó un beso largo, mientras Sasué daba unos ladridos como si fueran de celos mientras los miraba.

Perico les preguntó qué les apetecía cenar y Luis respondió que una tortilla de patatas, que llevaba mucho tiempo sin probarla y si ello era posible que fuera gorda. El viejo asintió y les dijo que eso estaba hecho y que se chuparían los dedos. Ellos le manifestaron que se iban a dar un paseo, pero que al contrario que otros días esta vez irían camino abajo y siguiendo el curso del río.

La tarde ya estaba marchitándose, y el horizonte se estaba pintando de un color anaranjado debido a las brumas y nubes desparramadas como a brochazos por el oeste. Seguro que cuando el sol tocase la línea de su puesta, el cielo parecería que habría invadido el infierno y el cielo se cubriría de llamas.

Cuando se cogieron de la mano e iniciaron el paseo, Sasué se puso en marcha detrás de ellos, no perdonaba ni una, era su perfecto guardaespaldas, su comodín y les miraba a los ojos para esperar su aprobación, aunque Chari sabía

que gran parte del paseo lo tendría que llevar en brazos. Pasaron el puente y se deleitaron con el discurrir de las aguas bravas que saltaban entre los guijarros por debajo del arco. Chari observó al mismo tiempo el letrero con su nombre y siempre que lo hacía un ramalazo de gusto y orgullo atravesaba su cuerpo.

Ya tenía ganas de disfrutar de un rato de relax y tranquilidad con Luis; lo deseaba con fuerza, habían llevado unos días con mucho trajín y el paseo que se aprestaban a dar les vendría muy bien.

Según iban bajando, el pueblo encaramado en la ladera parecía como si los echara de menos, que llorara su ausencia. Eran ya parte de él, como si el pueblo tuviera vida animada, como si todas las ventanas que aún se mantenían en pie y que parecían ojos incrustados en las paredes heridas de muerte los estuvieran espiando, acechando lo que hacían, dirigiendo sus miradas hacia ellos pidiéndoles cuentas. Aún así la aldea estaba preciosa al atardecer, cuando ya los últimos rayos de sol se deslizaban corriendo por los tejados y los iban dejando en una especie de sombra y cada minuto que pasaba se hacía más oscura.

Llegaron hasta la curva donde ya divisaban Serrabe; si hubieran tenido más tiempo habrían bajado al pueblo, pero esa tarde ya no podría ser, otro día quizá. Se sentaron en una gran roca que estaba entre el camino y el río y allí esperaron a que se produjera el estallido de luces color rojo-anaranjado como si fueran fuegos artificiales, que en un periodo no demasiado largo se iba a producir cuando el sol intentase pasar al otro lado.

Allí sentados, con la mano de Luis en el hombro de Chari, éste le dijo una frase a su novia, de sopetón, de golpe, que la dejó sin respiración:

—¿Sabes, mi amor lo que me ronda por esta cabeza?

— Madre de Dios bendito, ¿qué será esta vez?, tú me matarás un día de un infarto —dijo harto intrigada.

— He pensado que cuando tengamos la iglesia restaurada nos casaremos en ella, ¿quieres?

Chari se quedó blanca. Sólo los rayos anaranjados, suaves, que le daban en el rostro lo disimularon. Miró a sus ojos y le dijo:

—¿Estás seguro?

— No estoy seguro. Lo deseo fervientemente —contestó con convicción.

—¿Que si sería bonito? Sería maravilloso, aunque me has dejado de piedra. Son las palabras tuyas más bonitas que he oído en este valle desde que llegamos.

Ya no hablaron más. Se dieron besos y más besos sin cansarse y allí quedó firmada el acta de la futura boda en el valle, hasta que los destellos de luz roja y anaranjada se les metió en los ojos de golpe hasta tener que retirar la vista del horizonte. Teniéndose ambos que poner la palma de la mano para protegerse de aquellos rayos bruscos y al mismo tiempo preciosos.

El horizonte ardió un rato hasta que el sol acabó por introducirse detrás de los montes oscuros y después quedó una especie de rescoldo anaranjado que fue terciando a un rosa fuerte que al poco tiempo iba cambiando a rosa oscuro.

Volvieron camino arriba. Perico ya había encendido el foco y presidía victorioso el pueblo inundando de luz gran parte de la aldea y sus haces de reflejos se desperdigaban y se extendían por el valle. Mientras ellos, cogidos de la mano y con la otra llevando a Sasué, volvieron a introducirse en el corazón de su aldea, a su abrigo.

—Oye Chari, ¿has notado el olor a tortilla?

—Ya lo creo.

Cuando salió Perico, corrió a su encuentro y lo abrazó, gritando al mismo tiempo:

—Perico, Perico, nos casaremos aquí pronto. Me lo ha dicho Luis, ¿no te parece maravilloso?

Perico sólo tuvo agallas para abrazarla, no pudo articular palabra por la emoción y se perdió dentro de la casona.

Esa noche brindaron con cava a la luz de la luna y vieron pasar el mismo avión y a la misma hora de la noche anterior.

L

Chari no podía dormir esa noche. Las palabras que le había insinuado Luis contemplando cómo se marchaba la tarde deshecha por el crepúsculo anaranjado, la habían dejado en estado de flotación su pensamiento, de aturdimiento, dicha, duda, felicidad, responsabilidad, anhelo, incertidumbre, gozo, y daba vueltas y más vueltas en el lecho, mientras Luis soñaba como un bendito, ¿cómo podía estar tan tranquilo? Al final el cansancio y el sueño pudieron con ella y cuando descansaba de verdad, su compañero de cama la despertó. Estaba amaneciendo, deseaba levantarse para ir a ver a los sarrios como bajaban a calmar su sed al río y Chari se dio la vuelta con un vete tu solo, yo tengo mucho sueño, no he dormido bien.

Luis se levantó, se calzó sus botas de montaña y se puso su jersey de lana gorda. Sin hacer ruido salió a la calle, ni Sasué lo oyó o lo ignoró y emprendió la marcha río arriba. Al llegar a una curva donde se veía gran parte del riachuelo descender, se apostó sentado detrás de unos arbustos y se dedicó a esperar, haciéndose un ovillo porque hacía bastante frío a esa hora.

Daba la impresión de que esa mañana, o eso le parecía a él, no quería amanecer. La misma incipiente claridad se había quedado como inmóvil, que no avanzaba, como si las altas cumbres no la dejaran pasar o los pequeños retazos de nubes negras que pululaban por lo más alto fueran las que reflejaban su gris plomizo.

En ese estado de aturdimiento, con grandes dosis de paciencia y saboreando al fin cómo el amanecer iba venciendo a la oscuridad, observó a lo lejos dos sombras que se movían entre los matorrales. Permaneció más quieto si cabe, manteniendo la respiración y los vio aparecer. Eran dos sarrios grandes, que pararon a la orilla del río y antes de calmar su sed, miraron en todas las direcciones varias veces. No querían que nadie les inquietara, ni les molestara, inclinando después sus cabezas y metiendo el morro en el río. Luis disfrutaba como un niño; cuántas veces había soñado con ese momento. Sacó su máquina de fotografías y disparó todas las que pudo, hasta que asustados, desparecieron en una décima de segundo internándose por el bosque con grandes saltos.

Contento, y como era temprano, quiso prolongar un rato la excursión, y continuó subiendo a buen paso. En poco tiempo tenía a la aldea a vista de pájaro, mucho más pequeña, puesto que había subido muchos metros. Se sentó en una piedra y sobre un tronco de pino seco abierto en dos, posiblemente partido por un rayo, se dispuso a contemplar la belleza del paisaje que le superaba, que le aturdía, dominando todo, pensando que en esos momentos de su vida había alcanzado la plenitud de la felicidad, lo que siempre soñó. En ese momento se estaba deleitando con ello, era lo máximo que siempre había aspirado en su afán soñador, en ese momento nadie mandaba en él, sólo Dios regía sus destinos, su vida, y estaba completamente agradecido a Él.

En su turbación aún no se había percatado de que unos chillidos estridentes rasgaban el aire. En la ladera de la colina cubierta de piedras y pequeños arbustos se volvió y prestó toda la atención posible para ver de dónde procedían y quién los producía. No vio nada aunque estaba seguro de que provenían de la colina que tenía enfrente. De pronto observó un punto negro que se movía cerca de unas piedras grises. Aquello tenía que ser, se puso de pie y lo vio perfectamente. Quiso avanzar despacio para verlo más de cerca, pero desapareció metiéndose en algún agujero de la roca; entretanto se oían más gritos en la ladera. Más tarde le preguntaría a Perico qué podían ser aquellos bichos.

La mañana no había tenido desperdicio, pero debería regresar rápido. Tenía que bajar al pueblo para subir a los operarios otra vez. En ese momento miró a la iglesia, qué pequeñita se veía desde allí, y entonces pensó que en esa iglesia se casaría con Chari, y además no iba a tardar mucho. Quería que fuera lo más pronto posible, vaya que sí, así sería.

Perico ya se encontraba haciendo cosas, parecía la reencarnación del dios del trabajo en la tierra, y no sólo era eso, sin la ilusión con lo que lo llevaba a efecto, con esa alegría y su sonrisa sempiterna que dibujaba en su rostro, le dio los buenos días e inmediatamente le preguntó:

—Oye, Perico, además de haber visto dos sarrios como tú dices, he visto y he oído unos bichos oscuros no muy grandes y que daban unos chillidos raros, ¿tú sabes lo que es?

—Cómo no lo voy a saber; desde hace ya algunos años hay montones de esos bichos que tú dices. Les llaman marmotas y son unos animales muy curiosos, cuando notan la presencia humana se avisan entre ellos, por eso dan esos gritos.

El valle ya se había cubierto con la luz virgen de la mañana, Chari aún no había bajado; debería estar su pensamiento viajando en un sueño de hadas, con un vestido de seda y tul blanco y con una diadema de mil flores rodeando su cabecita. Volando como si fuera un ave del paraíso y dando círculos y más círculos por los altos de los picos azules y dejándose caer hasta la aldea para nuevamente ascender al infinito.

Perico le dijo a Luis que fuera preparando el desayuno, que él se iba a dedicar a preparar la masa para hacer pan, pues ya no tenían apenas. Este asintió y se puso manos a la obra, mientras tanto Sasué, al estar cerrada la puerta de acceso a la casona, daba vueltas inquieto mirando a las ventanas y de cuando en cuando daba un ladrido buscando a su ama. Por ello, cuando Luis abrió la puerta, se introdujo a toda la velocidad que pudo y empezó a subir las escaleras que daban a la parte de arriba. Antes de que Luis se diera cuenta, ya había subido, empujó la puerta de la habitación con su hocico y mirando a la cama, empezó a arañar las mantas con sus uñas y a lanzar gruñidos y ladridos, que lógicamente a Chari despertó de su volar por las nubes vestida de blanco. Bajando inmediatamente a la realidad, Sasué empezó a ladrar de júbilo, quiso subir a la cama, dando un salto, pero se cayó al suelo otra vez. Chari se puso en la orilla, alargó la mano y lo cogió, El perro lo agradeció lamiéndole la mano y meneando su rabito, expresándole todo su cariño animal.

La chica, al notar que la luz que entraba por la ventana, se figuró que se había dormido y dio un salto rápido, madre mía, pensó, me he dormido, ¿será posible, qué hora será?

Se vistió rápido y salió como catapultada hacia abajo, siguiéndola Sasué no sin antes haberse lanzado al vacío y cayendo al suelo no de la mejor forma, siguiendo a la chica tan rápido como le daban sus patitas tan cortas, pero bajando las escaleras más rápido que la última vez sin parar de ladrar.

Junto a la lumbre, encontró a Luis atareado preparando el café; lo miró con unos ojos que le expresaban todo el amor del mundo y le decían sin mover los labios que lo quería con locura y que aún estaba saboreando las palabras de la tarde anterior a la orilla del río y contemplando cómo se terminaba su claridad y al mismo tiempo ella se había llenado de una luz misteriosa y fascinante.

—Buenos días, mi amor, ¿has dormido bien?

—Yo no sé; pero tú, seguro. Se nota en tus ojos, parecen pelotas, los tienes hinchados. Ja, ja. —contestó sarcástico Luis.

—La verdad es que sí, nunca me había pasado eso. Es que no podía conciliar el sueño; tus palabras de la tarde me transformaron, es como si mi mente volara, Luis, estoy completamente ilusionada, ¿quieres creer que eso que me dijiste ya lo había pensado alguna vez y mi deseo era que nos casáramos en la iglesia de este pueblo?

—En cuanto terminemos la restauración, vamos a empezar con los preparativos —le dijo a Luis cogiéndole la mano. —No sabes lo feliz que me haces, Luis de mi alma, cuando se lo diga a mis padres van pensar que estamos locos. De todas formas ya lo piensan, ¿no crees?

—Pues por eso, que se lo crean de verdad —dijo Luis, mientras sacaba el desayuno a la puerta.

Chari le preguntó:

—Y Perico, ¿dónde anda?

—Está haciendo pan, ¿cómo no le ayudas?

La chica salió disparada hacia el horno. En ese momento se sentía culpable de todo, aunque la culpa la tenía su novio que la había dejado en éxtasis.

—Buenos días, Perico. Perdóname, haz el favor. No sé qué ha pasado, pero me dormí profundamente.

—No te preocupes, pequeña. Te voy a contar una cosa: hace ya muchísimos años, cuando a mi novia entonces, le pregunté con voz temblorosa —que me acuerdo como si se lo hubiera dicho ayer—, que si se quería casar conmigo. Ella también me dijo que esa noche casi no pudo dormir y luego al amanecer cuando cayó rendida estuvo así toda la mañana. Hasta creyeron sus padres que le había pasado algo. Tú estarás feliz, me lo imagino, pero yo te puedo asegurar que aún lo estoy más. ¿Sabes lo que es casaros en la iglesia de este pueblo? Para mí es lo máximo, yo sí que estoy volando entre nubes, pequeña.

Chari se abalanzó hacia él y lo abrazó con sus brazos delicados y le dio un beso susurrándole al oído:

—Gracias, Perico —al viejo le dio un vuelco el cuerpo y no pudo reprimirse. Sus ojos se acristalaron y brillaron llenos de emoción, llegando a pensar que Dios le había dado a su edad unos hijos que de joven se los negó.

Le pidió a la chica que le ayudara a terminar de amasar, y mientras el iba a hacer fuego, Chari en ese instante era la chica más feliz del mundo.

Mientras la masa tomaba consistencia y crecía, los tres desayunaron en la puerta de la casona, con el sol intentando escalar las montañas por el otro lado, hasta que sus zarpas de luz cálida emergieron y asomaron al valle cubriéndolo de un resplandor que iluminó todo el azul inmenso. La claridad iba bajando muy poquito a poco desde las montañas de enfrente hasta el fondo del valle.

Antes de terminar, Luis, con una energía fuera de lo común, cogió el vehículo y marchó hacia el pueblo a recoger a la gente. Estaba loco porque la obra terminara; al mismo tiempo pensaba que compraría pintura de todos los colores y marcharían a adquirir imágenes. Se lo preguntaría a Perico para que le diera alguna idea.

Cuando llegó a la plaza, allí estaban todos. Provistos de unas pequeñas bolsas, que Luis se dio cuenta y les preguntó para salir de dudas:

—Y eso, ¿qué es?

—Hoy llevamos la comida nosotros, y a callar —dijo el Duro lleno de satisfacción y con aires de mando en sus palabras.

Como Luis sabía que ya no había nada que hacer ante su categórica respuesta, emprendió el camino de vuelta, con el corazón rebosando gratitud.

La obra iba a un paso extremadamente rápido. El tejado ya se había terminado y a las paredes se les estaban tapando los últimos huecos, estando previsto que por la tarde, entre los dos albañiles, enlucieran de yeso el interior y comenzaran a restaurar los dos altares.

Esa mañana, como Perico y Chari no tenían que preparar comida, pues la habían subido sus amigos, bajaron al huerto y regaron las plantas, comprobando que habían prendido todas. Era buena señal, probablemente algún día recogerían algún fruto.

Entretanto la aldea se la veía envuelta en una aureola de luz, colmada de vida. Hasta las casas viejas y derruidas por la intemperie desprendían otro color y añoraban no haber sido ellas las que hubieran sido restauradas y devueltas a lo que nunca jamás tuvo que suceder.

LI

Al siguiente día las nubes invadieron casi por completo el firmamento; salían por doquier en pequeños grupos de color blanco desde lo alto de las montañas, pareciendo como si alguien las hubiera ordenado a todas que fueran a invadir el valle y se juntaran en el centro del mismo, apelotonándose y uniéndose en usa sola. Allí se iba tornando de un color gris amenazante, desafiante, en un ademán de aliviar sobre el valle toda su carga acuosa. Al mismo tiempo y como si emergieran desde el centro de la tierra, sábanas de niebla iban ascendiendo por la ladera hacia las cumbres, dejando el valle sumido entre brumas de sombra y el río cubierto de una neblina que brotaba como si estuvieran a punto de hervir sus aguas.

Un frescor distinto al de otros días nubosos se dejaba notar, como si el frío lo lanzara la humedad del cielo y de la que procedía de la tierra; pero se iba calando en los huesos. El verano había empezado con mala pinta, con aspecto y apariencia de ensombrecer el valle y ponerle un rostro de antipatía, como si estuviera enfadado con él, como si las relaciones entre el cielo y la estación pasaran por momentos de desagrado mutuo.

Luis salió a la calle y miró al cielo. En ese momento sólo observó nubes que venían en tropel desde lo más alto, como si las llamaran a rebato. Sin entender mucho de climatología, no le gustaba nada el día que se presentaba y sobre todo por el fresco que se había adueñado de la calle. Le tendría que preguntar a Perico para ver qué opinaba de aquella situación que se había hecho dueña y señora.

Chari bajó al momento y al empujar la puerta de la calle, un frío cargado de humedad se metió instantáneamente en sus huesos; por ello subió rápidamente al cuarto y se colocó un grueso jersey de lana. A ella no le iba a coger desprevenida la mala cara del tiempo ese día. Le haría frente de esa forma, pues cambiaba radicalmente el clima en esa zona, y eso que el verano no había hecho más que comenzar… qué sería cuando llegara el invierno.

Esa mañana, lógicamente desayunaron dentro y además con la lumbre tirando a tope. Se encontraban allí muy a gusto. Perico les informó que esos días eran muy traicioneros, que él tampoco sabía a qué atenerse pues lo mismo se pasaba de esa forma todo el día, que empezaba a caer una agua débil pero continua y que empapaba hasta dentro. Y observó que también era el día apropiado para pillar un buen resfriado o enfriamiento.

Junto al calor del fuego que iba ambientando la estancia en un ambiente cálido y familiar, Luis, con una taza de café con leche humeante, quiso preguntarle a Perico una duda que tenía precisamente desde el día anterior:

—Perico, dime, ¿cuándo se celebraba la fiesta de la aldea?

—Pues mira, bien pronto sería: exactamente el 16 de julio, día de la Virgen del Carmen. Qué recuerdos más entrañables me trae cuando todos los vecinos nos juntábamos en la iglesia para la misa que subía a decirla el cura de Serrabe. Luego sacábamos a la Virgen en procesión por todas las calles y a continuación

hacíamos una comida común en esta placeta. Por la tarde se bailaban jotas, se bebía aguardiente y se consumían dulces y magdalenas hasta que no podíamos más. Además, me acuerdo de que colgábamos, desde las ventanas y balcones, banderas de papel de todos los sitios. Era una fiesta muy fraternal, ese día se olvidaban todas las pocas rencillas que había entre nosotros y éramos todos uno. Qué bonitos recuerdos me trae. En fin, todo pasa en esta vida —le contestó emocionado el viejo.

—Y si yo te dijera, por eso te hecho esa pregunta, que este año vamos a celebrar la fiesta con todos los honores. ¡Claro que la celebraremos!, hasta compraremos banderas de colores y las colgaremos en nuestras ventanas. Y vamos a invitar también a nuestras familias, ¿a que sí, Chari? ¿tú que dices?

—Uy, qué ilusión. Por mí, encantada. Yo me encargaré de llenar la iglesia de flores y plantas que huelan bien y las esparciré por el suelo. Que magníficas ideas tienes, cariño.

A Perico le empezaron a brillar sus arrugados ojillos y todo el rostro se le iluminó. Se le encendió como si un milagro hubiera acaecido. Ninguna otra cosa le haría más ilusión; por él no quedaría, pondría todo su empeño en volver a celebrar las fiestas. Estos dos chicos de la gran ciudad, que habían aparecido sin anunciarse, le habían hecho volver a recobrar toda la ilusión de la poca vida que le quedaba.

Los miró a la cara y al mismo tiempo les dijo con palabras que le salía de la boca pero cuyo inicio eran en el corazón:

—La verdad es que vosotros me habéis traído la felicidad que ha entrado a mi vida. Claro que vamos a celebrar este año la fiesta. Ese día ya me podré morir tranquilo, muchas gracias muchachos —el viejo ya no pudo articular ninguna palabra más, mientras los seguía mirando con su cara de agradecimiento.

—Perico, dime —le inquirió nuevamente Luis: —¿dónde podremos ir a comprar una talla de la Virgen?

Se puso a pensar y en unos segundos contestó:

—Posiblemente en Benabarre la encontremos. Creo recordar que allí había una tienda en la que vendía velas y otros artículos de culto y me parece que también tenían imágenes.

—Mañana nos largamos para allá y seguro tendremos Patrona en la aldea. Claro que sí, o vamos a Huesca o a Zaragoza, o al fin del mundo, que lo digo yo —lo dijo cargado de razón Luis, mientras Chari, embelesada, observaba a su compañero, su firmeza y la ilusión que ponía en sus palabras.

Luis se levantó como impulsado por un resorte que tuviera la silla y dijo que se iba para el pueblo a recoger a los obreros. Que se había hecho un poco tarde, no sin antes decirle que posiblemente por la tarde quedaría todo terminado, a falta de la pintura.

Chari salió a la puerta a despedirlo y observó cómo el vehículo se perdía en la curva en la que, al doblarla, se observaba el pueblo de abajo, el punto justo donde se podían observar los dos pueblos a la vez.

La mañana seguía igual de enfurruñada, turbia, muy agria; como si le hubiera sentado mal el paso de la noche, pues cuando cenaban al fresco el día anterior, vieron el fulgor de todas las estrellas brillar en el cielo. Y el frío húmedo y malvado se calaba y se introducía por cualquier resquicio entre las prendas de abrigo.

Aprovechó para ir con Perico al corral y echar avena a las gallinas y pienso a los pollitos, y también recoger los dos huevos que suponía que aún tendrían que estar allí, ya que no los había recogido la tarde anterior por olvido. Se percató de que los pollos habían crecido, llenándola de alegría. Pronto podrían estar sueltos como las gallinas. Barrió el corral, y cuando fue a tirar los desperdicios, Perico le dijo que no los tirara que los echara en una bolsa y luego irían a mezclarlos con la tierra del huerto que eso sería el mejor abono que le pudieran echar.

Chari pensó que le gustaba esa vida, que no se aburría, sin apenas tiempo para pensar. Siempre había algo que hacer y siempre algo que le gustaba hacer. Esas experiencias que estaba viviendo nunca las olvidaría, segura de que alguna vez las recordaría con mucho cariño.

La faena en la iglesia se desarrollaba a toda máquina. Lo peor ya lo habían efectuado. Ahora era cosa de albañiles finos, por eso estaban allí los dos especialistas que estaban dejando la impecables los dos altares, el mayor y el menor, donde se pondría la imagen de la Virgen.

Pudieron observar que la cruz de madera no reunía buenas condiciones, pues se encontraba carcomida, así pues pensaron que la debían sustituir y ni cortos ni perezosos, con una hacha talaron un pino recto, le rebajaron las ramas e hicieron una cruz a la que luego tendrían que darle una buena mano de barniz cuando se secara, sabiendo que lo que habían hecho no se podía hacer. Pero lo sagrado era lo sagrado y ante eso no había fuerza ni razón que lo prohibiera.

Lijaron la puerta de madera que tendrían que barnizar, pero extrañamente estaba muy bien conservada. El árbol empleado debería haber sido de algún ejemplar de buena calidad, pues había resistido los hielos, las nieves y los vientos de aquella tierra áspera, igual que la pequeña campana de bronce que se encontraba en el vértice de la portada, sólo habría que cambiarle la soga que servía para repicar.

Perico, como si fuera el arquitecto de la obra, se personó con su bota bien llena y fresquita al hombro aunque la mañana no invitara a tomar las cosas muy frescas. Se quedó haciendo cruces cuando vio su iglesia, paralizado sin creérselo. Aquello era un milagro, parecía un juguete, blanca, remozada; tocó las paredes para cerciorarse de que no estaba soñando; empujó la puerta y entró, los maestros albañiles habían hecho maravillas; qué coqueta había quedado, y cuando la pintaran, iba a ser una obra de arte. Dio las gracias a sus amigos y salió para terminar de hacer la comida pues lo merecían con creces.

Al salir vio algo que no se había dado cuenta antes, la cruz nueva de madera que estaba en el suelo. Eso ya era demasiado, nunca pagaría a aquella buena gente lo que estaban haciendo por él, por sus vecinos, por la aldea. Desde

ese momento todos ellos quedaban invitados a las Fiestas que dentro de poco se iban a celebrar en su aldea. Invitaría a todo el pueblo de Serrabe.

—¿Qué te pasa, Perico? —preguntó Chari al verlo entrar con esa euforia.

—Pues qué me va a pasar, que son todos unos buenos chavales, ¿has visto cómo han dejado la iglesia de guapa? No me lo creo, vengo emocionado. Si a mi me lo llegan a decir, me matan y no me lo creo, estoy muy contento Chari. Entre todos me habéis hecho el viejo más feliz de todo el Pirineo.

—Será que te lo mereces y porque todo el mundo te quiere. Tú ya sabes que tanto Luis como yo te queremos un montón, te adoramos —le apostillo con dulzura la chica.

—Gracias, hermosa, os lo agradezco a todos, pero vamos hacer la comida que se presenta aquí la tropa y nos corren a palos como no la tengamos hecha —le contestó Perico, recobrando inmediatamente su jovialidad y su buen humor.

Ese día se desarrolló la comida dentro de la casa, en un ambiente que los jóvenes nunca hasta la fecha lo habían vivido igual. Ante el plato de alubias con chorizo que se habían cocido a fuego lento en la lumbre, y acompañadas con el buen vino de siempre, con la satisfacción del deber cumplido y con el resultado de una obra maestra, las risas y el buen humor que hacía olvidar el tiempo despiadado que los acechaba en la calle, se desató una atmósfera que terminó con los hurras de rigor dedicados al viejo Perico. El perro, entre tanta algarabía, no se movía de las piernas de Chari, asustándose cuando levantaban demasiado la voz.

La tarde terminó como había empezado la mañana. Agria, con ambiente desapacible, sin una sola gota de agua, resistiéndose las nubes en una pugna y que terminó con la victoria de las nubes secas. Que, sin embargo, se pasearon por el cielo a lo largo de la jornada con sus rostros avinagrados y desagradables cubriendo el azul puro de los días anteriores y tapado, esperando que al próximo día el enfado se les hubiera pasado.

Esa noche no salieron al fresco, que se había convertido en un frío lacerante, cruel. Por lo que los tres y el perro trotando feliz, aliviado ya de la juerga del mediodía, dejaron pasar el tiempo en una paz y en un bienestar sentados cerca de la lumbre que hacía que la velada no deseaban que acabara nunca.

LII

Abandonaron el pueblo los tres, apuntándose Sasué con la ayuda de sus ladridos. Tenía el can un sentido especial para barruntar cuándo Chari iba a abandonar la aldea. Al menor indicio en algún cambio de vestimenta u otro detalle, ya lo sospechaba y se ponía en guardia, no quitándole sus astutos ojillos de los de la chica sin prestar atención a los demás.

La mañana invitaba a hacer una excursión ya que el tiempo era totalmente opuesto a la jornada anterior. Como vulgarmente se dice "como de la noche al día", aunque el principal motivo era religioso-comercial. Todos marcharon encantados por salir de la monotonía diaria en la que vivían en la aldea y más cuando el motivo era ir a adquirir la imagen de la patrona para su pueblo. La patrona divina que los protegería en aquella aldea olvidada y en la que sólo ellos residían lejos del mundanal ruido.

Pasaron por Serrabe sin parar. Perico les hizo saber a los jóvenes que debía hacer mucho tiempo que no salía de su pueblo, porque no se acordaba cuándo fue la última vez.

Perico, como un niño con zapatos nuevos, miraba para todos los lados. El paisaje que veían sus ojos le parecía inédito; sólo se acordaba de algo al atravesar algún pueblo. Según iban pasando los kilómetros, las montañas fueron quedando atrás, a sus espaldas, como dibujadas en el lienzo que formaba el horizonte azul.

Benabarre no se encontraba muy lejos. Pronto llegarían, mientras el perro en los brazos de su ama, miraba para todos lados hasta donde le alcanzaba su cabecita. Aquello era nuevo para él y parecía estar disfrutándolo al máximo.

El pueblo apareció al doblar un recodo y asemejaba a un cono blanco que emergía de la llanura con su castillo majestuoso en lo alto. Entraron con el vehículo hasta la plaza, dejándolo aparcado en la misma. Salieron, y Chari dejó el perro un momento en el suelo, el cual el primer acto estiró sus patitas delanteras y luego las traseras y comenzó a husmear por todos los sitios como explorando todo aquello que era nuevo para él.

Perico, a la primera persona que pasó por allí, una señora ya entrada en años, le preguntó si sabía de alguna tienda en el pueblo que vendiera imágenes; no sabiendo darle respuesta, al pasar lo mismo con otras dos señoras que pasaron al instante, se miraron entre ellos y comentaron que no iban a tener suerte.

Chari sugirió porqué no iban a la iglesia y hablaban con el cura, él mejor que nadie sabría indicarles. A Perico le pareció muy buena idea y hacia allí se dirigieron rápidamente. El templo era muy grande pero para mala suerte de ellos se encontraba cerrado. Preguntaron si les podrían indicar dónde vivía el cura, manifestándole que la casa de enfrente mismo tenía su domicilio.

Dieron al portón de madera dos golpes con la aldaba de hierro y esperaron. Al momento oyeron unos pasos y la puerta se abrió lentamente, aparecien-

do la figura del sacerdote que muy amablemente les preguntó en qué podría ayudarles.

Perico se adelantó:

—Buenos días, perdone que le molestemos, venimos buscando una tienda en la que podamos adquirir imágenes religiosas.

—Buenos días tengas ustedes. Pues aquí en el pueblo seguro que no hay ninguna. Hace ya algún tiempo había un negocio donde se podían comprar tallas de imágenes, pero ya cerró, así que como no se desplacen a Barbastro o Monzón… no sé, no sé… por aquí cerca no creo que encuentren —les respondió con amabilidad el cura, enfundado con la clásica sotana de antaño, por lo que se desprendía que era un sacerdote chapado a la antigua.

—Qué le vamos hacer, seguiremos buscando. Pero aunque tengamos que desplazarnos hasta el mismo Huesca encontraremos a la Virgen del Carmen —le contestó con convicción Perico.

En ese momento el cura pareció recordar algo y les dijo que no se marcharan, que se le había ocurrido una cosa.

—Miren, vamos a ir a la sacristía de la iglesia, creo recordar que en un armario hay una imagen pequeña de la Virgen que alguien donó hace ya tiempo. Hasta ni yo mismo recordaba que existía, acompáñenme y la verán.

El cura entró a la casa y salió portando una llave grande. Se dirigieron al templo, justo enfrente. La oscuridad del mismo era total al entrar, casi no se podía observar nada. El cura dio a un interruptor y diversas luces se encendieron dando al recinto sagrado una luz débil pero suficiente. La iglesia era grande, con un retablo magnífico y poblado de imágenes en sus innumerables altares. Le siguieron por el pasillo central y a la izquierda se introdujeron en un cuarto bastante extenso en el que ponía “Sacristía”, donde había una mesa de despacho, y varios armarios y algunas imágenes colgadas en las paredes, así como un armario acristalado en el que guardaba muchos libros y carpetas.

Sacó una pequeña llave de un cajón y se dirigió a un armario muy grande que casi llegaba al techo. Lo abrió y extrajo una imagen de la Virgen del Carmen de medio metro de alto, en bastante buen estado pese a que se le observasen desperfectos en su pintura.

El cura se la mostró a los visitantes y al propio tiempo les preguntó con curiosidad:

—Perdonen, me pregunto sobre el interés en tener una imagen de la Virgen.

En ese momento Luis que casi no había intervenido aún, tomó la palabra y le contestó:

—Aunque le parezca mentira nosotros somos en la actualidad y desde hace poco, los tres únicos habitantes de la aldea de Sasué, no sé si usted habrá oído hablar de ella. Se encuentra muy cerca de Serrabe, y hemos hecho una pequeña restauración en la iglesia y hemos querido hacernos con la imagen de la Virgen del Carmen que era la patrona del pueblo cuando vivía gente. Eso se lo

puede confirmar este señor que nosotros llamamos Perico y que siempre vivió en esa aldea.

El cura antes de responder los miró algo incrédulo, pero viendo el semblante de ellos, se dio cuenta de que lo que decían era cierto.

—Si ustedes aceptan esta imagen de la Virgen del Carmen, esta iglesia se la dona a la iglesia de Sasué, que les puedo decir que no he estado nunca. Aunque he oído de su existencia.

—Muchísimas gracias. Se lo agradecemos en nombre del pueblo, que en realidad está aquí representado en su totalidad. Nunca olvidaremos este gesto y aprovechando la ocasión le invitamos a que suba cuando usted pueda a la aldea y vea el nuevo emplazamiento de la Patrona —le contestó Luis con gratitud, dando al terminar las gracias Chari y Perico.

—Bueno, no hay de qué, es para una buena causa pues a lo mejor me pierdo un día por allí, ya que creo que no esta muy lejos.

Inmediatamente el cura sacó un recipiente de bronce y con un hisopo del mismo metal que introdujo en el cubo, roció la imagen con agua bendita y dijo unas palabras en latín que ninguno entendió.

Preparó una caja de cartón y envolviéndola en papeles la introdujo en ella y la ataron con una cuerda saliendo a la calle no sin antes explicarles las características del templo.

En la puerta se despidieron de don Anselmo, que así se llamaba el buen cura de Benabarre, y emprendieron el regreso a la aldea no sin antes tomarse una cerveza fresca en un pequeño bar que había a la salida, comenzando Sasué a dar ladridos de satisfacción, que hasta ese momento había permanecido en silencio y acurrucado en los brazos de la chica.

Marcharon muy contentos rumbo a su tierra, porque les daba la impresión de que estaban como en otra extraña. La verdad es que parecía que había ocurrido un milagro, de esos que pasan muchos días pero que nadie se da cuenta de ello, aunque podían atestiguar que lo que les había ocurrido era uno auténtico.

Los picos altos y majestuosos ya los observaban imponentes a la lejanía, claros, limpios, rodeados de un azul en el que no se veía ninguna mancha que pudiera dañar su pureza. Viendo el panorama que veían, sabían que ellos eran unos afortunados. Eso sí que era un milagro, poder vivir ante tal explosión de naturaleza y con la voz de las aguas que le acompañaban durante cualquier momento del día y la noche.

Cuando entraron en Serrabe, tuvieron la suerte de toparse con Cosme el alcalde, que les dio el alto al vehículo, parando al momento y bajando los tres. Y Sasué, que Chari dejó en el suelo, empezó a correr y dar vueltas de alegría como poseído.

—¿De dónde venís? Os hemos estado buscando por todos los sitios; he ido al pueblo y he pensado estos se han arrepentido y se han ido otra vez a Barcelona —dijo con risas el alcalde.

—Mucho tendrían que cambiar las cosas para que nos fuéramos de aquí. Y si le digo a usted de dónde venimos y a la misión que hemos ido, no se lo

cree. Pues venimos de traernos a la Patrona de este pueblo, sí, y no nos mire con esa cara, que es verdad. La llevamos en el coche y pronto presidirá el altar en la iglesia que como sabrá ya está restaurada, a falta de algunos detalles — contestó Luis con satisfacción.

—De vosotros me creo todo, tenéis agallas para eso y para mucho más, pero me venís al pelo. Esta tarde va a venir el arquitecto a revisar la iglesia, así que allí nos encontraremos... y a preparar buen vino y jamoncito —ordenó Cosme con una sonrisa de oreja a oreja.

—Eso está hecho, y lo que haga falta. Nos faltan palabras de agradecimiento, le debemos muchas don Cosme.

Se despidieron emprendiendo la marcha por el camino arriba. Ya tenían ganas de llegar. Allí se encontraban muy a gusto; les parecía que el mundo era una prisión y aquél su espacio donde al entrar adquirían la libertad y con el día que había amanecido aún parecía que la disfrutaban con más fuerza y ganas.

El agua al deslizarse por aquellas rocas que brillaban, daba grandes saltos, saludándoles como si los sonidos que producía fueran sus palabras, las voces que les daban la bienvenida. La Puebla de Chari, apareció al doblar la curva, incrustada en la ladera como una perla en la alfombra verde e inclinada.

LIII

La aldea los estaba esperando con los brazos abiertos como si no pudiera estar más tiempo sola. No lo soportaría, sería sin duda su fin. Quedaría reducida a la nada, al triste olvido, como si nunca hubiera existido. Sólo quedarían montones de escombro amasados con los hierbajos y cardos que lo taparían y cubrirían de abandono y arrinconamiento perpetuo.

Cuando cruzaron el puente que significaba dejar atrás la frontera del mundo civilizado, el valle se tornó si cabe con un color verde más intenso. El aroma que al mismo tiempo despedían los miles de plantas y árboles que lo vestían invadía cada molécula del aire que allí se respiraba y había como una especie de murmullo producido por las ramas de todos los árboles al moverse asemejando a una voz que daba la bienvenida a sus moradores y a la Patrona del pueblo que, escondida en una caja dentro del vehículo, había tomado posesión de su reinado en aquel su pueblo de siempre. Hasta la voz de las aguas del río que no paraba nunca, se sintió más fuerte como si chocaran con más fuerza e ímpetu contra los guijarros pulidos del fondo.

Cuando llegaron a la plazuela, Sasué, al dejarlo Chari en el suelo, inició carreras en todas las direcciones, como si el can se hubiera vuelto loco. Iba y volvía con un frenesí fuera de lo común; parecía que no era el mismo, como si una fuerza extraña lo hubiera poseído. En un momento se paró en seco y comenzó a dar ladridos todo lo fuerte que su garganta le dejaba, preso de una alegría al encontrarse de nuevo en su hábitat que era lo único que conocía.

Sin tantos aspavientos, a los tres habitantes les pasó lo mismo, aunque no lo exteriorizaran como el perrito. Estaban en casa otra vez. Allí se sentían libres, en ese trozo de Pirineo y con ese trozo de cielo, que desde allí divisaban, eran los dueños de todo, principalmente de sus propias vidas, de sus inquietudes, de sus anhelos, de sus sentimientos y de su amor.

Al que más se le notaba era a Perico. Sus astutos ojillos le relucían como la luz de una linterna en una negra noche, como dos tizones de carbón encendidos por donde le fluía la alegría que le producía a raudales su pequeño cuerpecillo. Desprendiendo cariño para aquellos dos jóvenes hasta muy poco antes desconocidos y que le habían hecho poder disfrutar nuevamente de lo que él ya había dado por perdido. Por eso volver después de unas horas nuevamente a pisar las calles de su amado pueblo, lo llenaba completamente de gozo y con más ganas de vivir cada minuto que Dios le reservara de vida.

Lo primero que hicieron fue sacar la caja del coche que contenía la imagen con sumo cuidado. Aquello era el tesoro más preciado en ese momento de la aldea, y aunque Perico no era practicante de los ritos de la Santa Madre Iglesia, él los respetaba y cumplía las tradiciones como el primero y por aquella escultura de la Virgen hubiera dado la vida en ese momento por defenderla y cuidarla.

—Lo primero que vamos hacer será colocar a la Virgen en su trono, ¿qué os parece, muchachos?, allí es donde mejor debe estar y no tirada en el suelo en una caja —ordenó el viejo convencido.

—Sin duda, Perico, tienes razón. Vamos ahora mismo —le alabó la idea Luis.

Chari tuvo el privilegio de tomar a la imagen entre sus delicadas manos, como si la llevara en procesión transportarla hasta la pequeña ermita. A su lado Sasué, que no se separaba en ningún momento de los pies de ella, subía todo contento como si presintiera lo especial del momento.

Detrás de ella marchaban, calle arriba, Luis y Perico, ambos con cara de satisfacción, sobre todo el viejo que con todo el respeto posible se quitó su gorra, como si ese acto tuviera una gran trascendencia. La verdad es que para él si la tenía. Era la Patrona de su pueblo, la de siempre, la que siempre tuvo esa aldea perdida entre las montañas, y eso a él lo llenaba de gozo, sin ser muy creyente. Él sabía que su pueblo volvía a ser pueblo con esa imagen.

Abrieron la puerta entornada y entraron, hasta Sasué, que parecía haber comprendido la importancia del momento, se paró y permaneció atento y callado, observando a ver qué pasaba.

Chari avanzó despacio hacia el pequeño altar situado a la derecha y empinándose un poco depositó en el coqueto hueco la imagen de la Virgen. En ese instante a Perico le resbalaron lentamente unas lágrimas. La emoción le había embargado pues su pueblo en ese momento tenía patrona otra vez, nunca lo hubiera imaginado.

Chari rezó una Avemaría en voz alta, acompañada por los demás, mientras Sasué seguía en la misma posición totalmente callado; aquel perrito tenía un sexto sentido.

Cuando salieron a la calle, Chari les dijo que la tarde la emplearía en pintar los altares y les advirtió que lo quería hacer sola, que no la molestaran, que necesitaba toda la inspiración posible, accediendo a ello Perico y Luis.

Desde la altura del pórtico de la iglesia, situados en el lugar más alto de la aldea, divisaron el contorno. Todo lo que veían sus ojos les pertenecía. Era suyo aunque no tuvieran escrituras de propiedad, ni falta que les hacía; Dios se lo había regalado para que lo disfrutaran y fueran totalmente libres.

Bajaron nuevamente a la puerta de la casona y Perico, sin decir nada a nadie, sacó la bota, unos trozos de chorizo seco y lo dejó en lo alto de la mesa, diciéndoles:

—Esto que hemos realizado de una manera tan sencilla me ha llenado totalmente de emoción y hay que celebrarlo también sencillamente. Lógicamente, con un trago de vino de la bota. Así que, por Nuestra Señora la Virgen del Carmen, patrona de La Puebla de Chari, salud a todos. Chari, tú la primera, tienes ese honor.

—Gracias, Perico. Para mí ha sido un gran honor portar la imagen y depositarla en su trono. Gracias nuevamente, salud —le contestó Chari.

La chica alzó la bota y con una maestría total y sin derramar una sola gota, pegó un buen trago hasta que sus ojos expresaron por sus destellos que ya estaba bien.

Perico y Luis se miraron extrañados, ya que nunca se había echado un trago tan largo.

—¿Qué? ¿Qué miráis como tontos? ¿Lo he hecho mal, acaso? Además la ocasión merece la pena.

A continuación ellos hicieron lo mismo pegando un trago si cabe más largo y después comenzaron a reír los tres juntos. Sasué empezó a ladrar como si eso fuera la expresión de su risa.

Cuando terminaron, Luis se atrevió a decir:

—Bueno, yo aunque no soy muy creyente, estas cosas las respeto bastante, y espero que la Patrona lo sepa comprender. Así que le pido que nos cuide a todos y nos dé salud.

El trozo de cielo que en ese momento estaba cubierto en el centro por una pequeña nube blanca y que tapaba el sol, fue desapareciendo en la lejanía empujada por un viento que debería soplar por las alturas, llenando el valle de una claridad total; como si en cada centímetro de cielo hubieran instalado un potente foco de luz. Al mismo tiempo Chari pensó que lo que estaba viviendo allí en la prisión de aquellas montañas no lo olvidaría mientras viviera y aunque tuviera que marcharse mañana mismo, el tiempo que había pasado allí lo recordaría siempre.

Se sentían bien, los tres sentados a la mesa, degustando la comida que en poco tiempo habían preparado Perico y Chari. Allí, comiendo en plena naturaleza, con los gorriones metiéndose entre sus pies a recoger las migas, hasta a Sasué le debía encantar que los pájaros estuvieran a su alrededor. Aquellos momentos eran una delicia, no se podía comparar con nada del mundo, como si los tres hubieran estado toda la vida juntos en el valle, como si aquello fuera un sueño y en un momento despertaran y volvieran a la cruda realidad. Pero no, no era un sueño, todo aquello era verdad.

Chari cogió botes de pintura de todos los colores y unas brochas de todos los tamaños, además de cartones para poner en el suelo. Acompañada de Sasué, que vigilaba todos sus pasos, se encaminó hacia la iglesia, no sin antes decirles a los dos que ni se les ocurriera pasar por allí. Le hacía muchísima ilusión pintar los altares, los adornos. Quién le iba a decir a ella que sería la artista que iba a quedar inmortalizada al pintar la iglesia de un pueblo olvidado; de algo le iba a servir el año que estuvo haciendo Bellas Artes en la universidad.

Tenía toda la tarde para sí y aún quedaban muchas horas de luz. Debería dejar la puerta abierta para que entrara toda, afortunadamente la ermita era pequeña y la puerta amplia, comprobando que había suficiente claridad. Ahora, todo dependía de ella.

Empezó a preparar los botes y extendió el cartón, mientras Sasué la observaba sin perder detalle, como si comprendiera lo que estaba haciendo. Hasta que se dejó caer al suelo poniendo sus patitas delanteras extendidas hacia delante y así, hundiendo su cabecita en ellas, la estuvo observando.

Mientras tanto, Perico y Luis, sentados junto a la mesa y ante unas copitas de orujo, esperaron al alcalde y al arquitecto que les honrarían con su visita;

para ello Luis ya tenía preparada una botella de buen cava que se estaba enfriando en el sotanillo.

No tuvieron que esperar mucho tiempo. El ruido de un vehículo les cortó la conversación, y al momento, al doblar la curva lo vieron aparecer.

—Ahí están, Luis. Vamos a ver qué le parece al señor arquitecto lo que hemos hecho.

—Ya verás cómo está todo en regla. No faltaría más.

Se dirigieron rápidamente al puente para recibirlos. Cuando lo atravesaron, el vehículo acababa de llegar, comprobando que el albañil del ayuntamiento también les acompañaba. Eso los dejaba más tranquilos, porque ellos técnicamente poco podían explicarle.

Se saludaron, presentándoles el alcalde a su acompañante:

—Buenas tardes, vecinos. Aquí os presentó a Enrique, el arquitecto que ha mandado la Diputación de Huesca para ver el estado final de la obra. —Inmediatamente prosiguió. —Ellos, los únicos hombres de este pueblo, son Perico y Luis —, preguntando a continuación —Pues ¿y Chari?

—Está pintando la iglesia. Ha querido hacerlo ella sola y encima nos ha pedido que no nos quiere ver por allí hasta que su obra esté terminada. Siendo este su pueblo a ver qué le vamos hacer —dijo Luis sonriendo.

—A nosotros sí nos dejará ¿no? —dijo también sonriendo el arquitecto.

—Ya veremos, que la chica tiene genio —siguió con la broma el viejo.

Subieron a la casona, no sin antes interesarse el arquitecto por el estado de lo que observaba alrededor, comprobando la desolación que presentaban casi todos los edificios de la aldea.

—Es una pena el estado de conservación en que se encuentra la aldea. Sin embargo el sitio, el entorno y el valle es magnífico, esperemos que haya personas como ustedes que piensen lo mismo y repueblen estos lugares tan preciosos, aunque me imagino que la vida aquí debe ser muy dura —observó Enrique el arquitecto.

—Bueno, según se mire, a nosotros en estos momentos parece que estamos viviendo en un paraíso. Ahora mismo no lo cambiaría por nada del mundo —dijo Luis lleno de orgullo.

Perico y Luis permanecieron en la puerta de la casa. El alcalde, el arquitecto y el técnico municipal subieron a la iglesia a pasar la revista de rigor. Tocaron con los nudillos en la puerta y al instante apareció Chari con la brocha en la mano y con manchas de pintura que delataban que ya estaba inmersa en su trabajo. Asomándose a ver si les acompañaba alguien más, y percatarse de que sus dos compañeros habían acatado la orden que les había dado, respiró tranquila.

—Buenas tardes, señorita. Soy Enrique, el arquitecto que viene a revisar las obras de la ermita. Me imagino que sabía que iba a venir, ¿no es eso? —le dijo un poco turbado ante la belleza salvaje y rubia de la joven

—Buenas tardes tengan ustedes. Sí, claro que lo sabía, pero no por eso iba a dejar de trabajar. Tengo bastante faena. Pero vamos, toda la iglesia es suya —le dijo Chari.

Pronto terminaron la revisión. El arquitecto comprobó los pilares, las paredes y poco más, quedando satisfecho por lo visto. No había observado nada anormal, al contrario, felicitó al técnico municipal y tras despedirse de la joven bajaron nuevamente a la casona. Allí les esperaban con impaciencia Perico y Luis que habían preparado una mesa con unos platos con queso y chorizo.

Perico le preguntó

—Qué, señor arquitecto, ¿que le ha parecido?, ¿nos da usted el aprobado?

Rápidamente le contestó

—No les doy el aprobado, sino el sobresaliente; y cuando esté pintada por esa artista que hay allá arriba, seguro que será matrícula de honor. Se llevarán una sorpresa cuando la vean terminada, ya verán.

Rieron todos y Perico les instó a que se sentaran alrededor de la mesa. Luis apareció con la botella de cava y poco después estaban brindando todos por el feliz resultado de la obra y por la salud de todos.

Un rato después marcharon encantados por el recibimiento que les habían brindado, dándoles las gracias y ofreciéndose Enrique para echarles una mano en cualquier problema que tuvieran.

El viejo y Luis lo agradecieron, pero también agradecieron que se hubieran marchado. A ellos les gustaba estar mejor solos, como si fueran eremitas. Agradecían las visitas pero también rezaban para que no se hicieran muy largas. Aquel sitio lo consideraban más que suyo y no quería intrusos que les hurtaran su intimidad.

Iba pasando la tarde y el sol seguía su camino implacable, que haría dentro de una hora, más o menos, que desapareciera hundido en los montes lejanos opuestos a las altas montañas. Mientras tanto Chari, seguía ensimismada en su trabajo; ya había realizado una orla de varios colores que surcaba toda la pared interior, y se encontraba pintando con franjas azules el recinto donde estaba instalada la Virgen. De vez en cuando se retiraba unos pasos y contemplaba lo hecho y volvía sobre sus pasos dando unos retoques.

Pensaba que al siguiente día lo terminaría, sin duda. Tenía pensado pintar unos angelitos alrededor del altar. Estaba la mar de ilusionada. Si hubiera luz en el recinto estaría toda la santa noche hasta que lo terminara por completo. Nunca había desarrollado un trabajo que lo hiciera con tanta ilusión, pensaba que se asemejaba a Miguel Ángel pintando la Capilla Sixtina vaticana.

El sol estaba a punto de desaparecer, cuando Chari bajó otra vez a la casona. Allí la estaban esperando sentados ante la mesa. Sin hablar, interrogaron a la chica con los ojos y ella, captándolo al instante, les contestó:

—Tranquilos, todo va perfecto. Ni Murillo lo haría mejor, ya lo veréis. Ahora lo que quiero es una cervecita fresca. Vengo sequita. Anda, Luis, tráemela.

Luis salió como un rayo y antes de que se sentara ya estaba allí con la cerveza. Chari tomó un largo trago mientras Sasué la observaba detenidamente meneando su pequeño rabito.

LIV

Era el último viernes de julio. Ya llevaban en aquel edén unos veinte días que habían pasado veloces como los fuertes vientos que bajaban de las altas montañas. Se consideraban con todos los derechos, como miembros de esa aldea afortunada. Eran los dueños y señores de todo lo que llegaban a divisar sus ojos, hasta de las altas cumbres que desde aquella posición se dejaban ver. Todo aquel que quisiera aventurarse para conquistarlas tendría que pasar por allí, rendir su tributo de pleitesía. Claro que por allí no pasaba nadie, como si aquel trozo de valle no existiera en los mapas, ni nunca hubiera existido; como si fuera maldito entre todos los pueblos malditos y olvidados. Aquellos que fueron abandonados un día por sus habitantes para ir a buscar otro tipo de progreso y fueron engullidos en la red de las cloacas de la gran ciudad. Ellos, los únicos habitantes de la aldea, la aldea muerta que había resucitado, retornando a la vida de entre las ruinas de su podredumbre por el óxido del día tras día, desde el momento en que unas voces que vinieron del exterior le dijeron "Levántate y anda".

Chari se levantó muy pronto, no podía conciliar el sueño. Se encontraba impaciente; quería reanudar pronto su trabajo que había quedado a medias. Los nervios producidos por su ilusión no la dejaban descansar, así que nada más que la luz del nuevo día empezó a colarse débilmente por las ventanas de la habitación, se puso en pié, sin hacer mucho ruido para no despertar a Luis que plácidamente descansaba, como si el tiempo y la luz que se filtraba se hubieran olvidado de él.

Acompañada de Sasué, que hacía tres días había conseguido el permiso para dormitar en una pequeña alfombra del cuarto, y que rápidamente la escuchó moverse, se puso en guardia para hacer de su seguro guardián, salieron y bajaron las escaleras que daban a la habitación de abajo. El perro las bajó ya dando saltos y sin desviar la mirada de los ojos de su ama, señal de que se iba haciendo mayor y cada vez más inteligente.

Abajo se encontraba Perico, encendiendo el fuego, mirándola con esa cara de felicidad que siempre destilaban sus ojos prendidos en aquel rostro curtido por las arrugas, de los ya muchos años que habían azotado su piel aquellos vientos cálidos del verano y los lacerantes de los inviernos más fríos y gélidos.

—Buenos y madrugadores días, pequeña, ¿qué pasa? ¿te ha tirado del camastro Luis?

—Buenos días, Perico. ¿Ese? Pero si ni se ha enterado de que me he levantado. Duerme como un saco. Parece la bella durmiente del bosque. —Con ganas de hablar, Chari continuó —Oye Perico, te voy a decir una cosa, presiento que mañana van a venir nuestros padres a visitarnos, y no es por que me lo hayan dicho ellos, que a mi no me han dicho nada ni ayer cuando estuve hablando con mi mamá, pero ten por seguro que mañana vendrán a vernos. Ya lo verás como sí, te lo digo porque luego, cuando se despierte el dormilón, deberíais bajar al pueblo y comprar algunas cosas, para que mañana no faltara de nada. Atiende, me gustaría hacer una paella. Comprad un pollo o dos, y arroz —dijo con seguridad Chari

—¿Pero estás segura, mi pequeña?, claro que cuando tú lo dices, por algo es. Creo que tienes otro sentido más. Mira, me lo voy a creer, no te preocupes, cuando baje el zángano nos marchamos para el pueblo.

Perico, mirando a los ojos a la chica, se convenció de que al día siguiente vendrían. Lo decía la mirada de la chica, completamente segura. Los ojos del viejo se iluminaron también y miró con dulzura al alma joven del valle. El viejo deseaba que viniera la familia de la chica, llegando a convencerse de que sin duda a otro día estarían allí haciéndoles compañía.

Desayunaron en la cocina los dos, sentados frente a frente, antes las tazas humeantes de café con leche recién hecho y con las magdalenas caseras elaboradas por el saber culinario del viejo.

Chari salió a la puerta de la calle para dirigirse a proseguir su trabajo en la ermita. En ese momento un torrente de luz y aroma a miles de plantas y flores le entró por su boca y reventó sus pulmones. Hasta Sasué también lo percibió y empezó a dar unos ladridos que casi asemejaban a un perrito adulto y a corretear loco de alegría.

—Dime, Perico, ¿mañana hará también un día así? —voceó Chari para que el viejo la oyera desde dentro.

Perico salió fuera corriendo al oír las voces de la chica y rápidamente le contestó:

—No te preocupes, que mañana cuando vengan vuestras familias hará un precioso día.

—Gracias, Perico, eres un sol —terminó Chari dirigiéndose calle arriba.

Quedó Perico mirándola cómo se marchaba, ensimismado y absorto ante la personalidad que tenía aquella muchacha. Si se lo hubieran asegurado, él no lo hubiera creído nunca. Esa niña engañaría a todo bicho viviente. Ante aquella apariencia frágil y débil se escondía una voluntad y firmeza del mejor acero. Aquella chica tenía algo que él, ni con la sabiduría de sus muchos años, había llegado a descubrir; y seguro que aún aprendería más de ella, por que él estaba aprendiendo sólo con mirarla a los ojos.

Cuando Chari llegó a la ermita, no pudo sino mirar al inmenso paisaje que se le introducía en sus retinas y las dilataba de luz y color. Era maravilloso, y pensó que era un regalo que a su vida le había hecho su novio Luis. Aquel que en ese momento dormía, perdiéndose el espectáculo que muy pocos benditos tenían en ese momento la suerte de presenciar. Estuvo un rato contemplando el paisaje que se fundía en sus ojos y hasta creyó adquirir la concentración necesaria para seguir pintando los frescos de aquella catedral diminuta.

Luis se despertó por la luz que a torrentes entraba por la ventana. Automáticamente alargó su mano buscando a Chari y por supuesto no la encontró. Cambió de posición, abrió los ojos y tampoco. Pensó que ya había escapado y sin decirle nada. Se vistió y bajó. Allí encontró a Perico en su quehacer diario.

—Perico, buenos días. ¿Y la señora alcaldesa? —le preguntó con cierta mofa y al mismo tiempo riéndose burlón.

—Alcaldesa aún no lo es. Pero ten seguro que si hubiera elecciones ella tendría mi voto, sin duda. Si quieres saber qué está haciendo, ve a la iglesia. Anda, ve si tienes... —le contestó riéndose más.

—Yo allí no voy ni aunque me lo recetara el médico. Pues no es nadie ella; y no te lo digo en broma. Yo por allí no aparezco mientras no termine.

Se rieron los dos al mismo tiempo. Se sentían muy bien compenetrados, como si se conocieran de siempre, como si toda la vida hubieran vivido los dos en el pueblo al amparo de aquellas montañas.

Perico le contó lo que acababa de decirle Chari, y que tendrían que ir al pueblo a comprar. El joven en principio se rió fuertemente, aunque al momento fue cediendo su risa frenada por la duda. El viejo le hizo saber que él la creía y que si decía que vendrían todos, así sería, no tenía duda, pensó Luis que quizá tuviera razón porque el único día que podrían venir sería en sábado, y aquel era el ideal. Aun así pensó que le daban cierto miedo las reacciones vaticinadoras de su novia Chari.

Ni cortos ni perezosos hicieron una lista con lo que tenían que adquirir y se dirigieron al pueblo. Mientras conducía lentamente pensó que le haría mucha ilusión que vinieran todos, ya tenía ganas de verlos, de estar un día con ellos y lo deseaba también por Chari, había sido muy valiente, casi tenía que reconocer que mucho más que él.

En su trajín con la brocha, Chari oyó el ruido del motor del coche y sonrió débilmente, los dos habían escuchado sus palabras, esperaba que fueran ciertas, que no fallara en su predicción.

Sasué, al oír el ruido del coche, salió disparado a la puerta de la calle y ladró en dirección por donde transitaba, volviendo rápidamente dentro de la ermita y empezando a ladrar mirando a su ama. Esta le mandó callar llevando un dedo a sus labios y como si lo entendiera, calló de inmediato.

El día transcurrió tranquilo. Sin embargo una ilusión grande rondaba los corazones de los dos jóvenes. Mira que si no se cumplía lo que Chari había asegurado... De todas formas era muy fácil comprobarlo, una sola llamada telefónica lo aclararía. Pero no, no lo haría ninguno de los dos. Ese sería el juego, además pronto lo comprobarían, sólo había que esperar a que amaneciera el día de mañana.

Cuando la luz de la tarde se iba marchitando y dentro de poco los fantasmas de la noche cubrirían el valle por completo, Chari bajó de la ermita, manchada de pintura, pero con una sonrisa angelical que daba a entender que su misión había terminado. Los dos la esperaban con impaciencia, los miró y lo entendieron. Quisieron subir a ver su religiosa obra, pero ella lo prohibió con un tened paciencia, mañana, que hoy ya no se ve nada.

Cenaron con un agradable fresquito, también con unos pesados mosquitos que aquella noche pululaban y que Sasué no daba más que zarpazos al aire queriendo espantarlos, pero a los dos les rondaba por su mente la misma cosa, mañana sería un día especial; nadie se lo había dicho pero ellos tenían fe que así

fuera. Hasta Perico presintió también que sería un día diferente en aquellas montañas, en aquel pueblo. Seguro que mañana sería un día que todos recordarían.

Abrazados los dos, cerraron los ojos queriendo dormirse muy pronto y que el tiempo que deambularan en el limbo de los sueños pasara lo más pronto posible. Deseaban que fuera ya cuando los chorros de luz traspasaran nuevamente su ventana.

LVI

La noche fue demasiado larga, aún más larga de lo que se creyeron en un principio. Se despertaron infinidad de veces y la noche seguía negra como no queriendo despertar de su sueño; como si no dejara dar paso al nuevo día. Miraban el reloj y las horas pasaban muy lentamente. Cuánto duraba la noche, se asemejaba a una noche eterna donde no se divisaba ni un resquicio de luz. Luis se levantó más de una vez queriendo buscar una brizna de claridad allá donde las cumbres de las montañas besaban el cielo, pero no la encontró. No llegaba a ver el límite entre el cielo y las cimas, la oscuridad le cegaba. Chari le preguntaba que si ya se veía y Luis engañándola le contestaba que a lo lejos ya se veía algo de claridad, mientras tanto Sasué observaba el trajín de sus amos, no durmiendo tampoco pero sin hacer ninguna clase de ruido.

Al final quedaron profundamente traspuestos, su desvelo e insomnio fueron vencidos por el cansancio y la ansiedad, y cuando creyeron que se habían quedado dormidos hacía un rato, Perico con los nudillos tocó a la puerta de la habitación. El primero que lo oyó fue Sasué que comenzó a dar ladridos y despertó a los dos jóvenes.

Inmediatamente, Perico los llamó,

—Vamos dormilones. No, si aún os pillarán vuestros papás en la cama. Venga, arriba, que son las nueve de la mañana.

—Pasa, pasa, Perico. Madre mía, Chari, son las nueve de la mañana. Vamos a levantarnos rápido. ¿Será posible?, esto no le pasa a nadie, vamos a rezar para que no aparezcan ahora.

Perico, ya dentro y con unas risas burlonas que se oían en toda la casona, les apremió para que se dieran prisa y bajó nuevamente a preparar el desayuno.

Antes de que saliera se pusieron en pie, hasta el perro dio un salto e inmediatamente se estiró como hacían todos los perros.

Abrieron la ventana. El día era magnífico. Una inigualable mañana de verano, con los colores que regalaba el valle. Se vistieron lo más rápido posible y bajaron corriendo las escaleras, salieron hasta la puerta de la calle a respirar el aire puro, y la primera mirada de la chica fue investigar el camino que venía de Serrabe, como queriendo escudriñar la presencia o el ruido de vehículos. En un momento se quedó más tranquila, no parecía que viniera nadie a la aldea, aunque por dentro lo deseaba. La ilusión y las ganas que tenían de ello los había traicionado durante la noche, no les había dejado dormir.

Se metieron al interior y dejaron a regañadientes fuera a Sasué. Con sus ladridos los alertaría cuando los oyera, de eso estaban seguros pero ¿estaban seguros ellos de que efectivamente vendrían?, Sí, estaban seguros, aunque tenían alguna duda. Sería un mazazo que no vinieran. En un momento Chari le insinuó a Luis que si los llamaba por el móvil, diciéndole que no, riéndose y reprochándola vaya adivina que estaba hecha.

Desayunaron rápido, sin perder ni un segundo. Querían sorprenderlos cuando llegaran, estar guapos, limpios, bien vestidos, como si los estuvieran esperando, como si un pajarito les hubiera cantado que iban a visitarlos ese día.

Se ducharon y en menos de media hora ya estaban paseando nerviosos por la puerta, no quitando la vista de la estrecha carretera que subía serpenteando desde el pueblo.

Perico fue el primero que se había arreglado, vestido de fiesta antes de que se levantaran y sin demostrarlo tenía más ilusión que ellos. De cuando en cuando miraba de soslayo al camino y agudizaba el oído para captar el mínimo sonido que asemejara a un coche.

Como en las grandes ocasiones, Perico se había encasquetado su boina, que la llevaba más limpia que los chorros del oro. Parecía como si la hubiera estado cepillando toda la noche, al igual que sus zapatos que relucían como nuevos.

No pudiendo aplacar su nerviosismo, Chari bajó hasta el puente. No podía estar allí esperando algo que a lo mejor no se cumplía, quería salir a su encuentro, le siguió Sasué que parecía entender lo que estaba pasando por las cabezas de sus amos. Se encontraba también nervioso y no paraba, parecía que tenía el baile de San Vito.

Luis se quedó haciendo compañía al viejo, ayudándole a poner cada cosa en su sitio para que la estancia causara buena impresión.

Chari pasó el puente y sentada ante sus muros viejos observó cómo se deslizaba aquella agua tan limpia y clara, que parecía caer mezclada con el azul del cielo, pero sus nervios no la dejaban estar sentada. Así pues, llamó a Sasué y empezaron a bajar poco a poco por el camino. Cuando se quiso dar cuenta estaba ante la curva desde la cual se observaba ya Serrabe y el cruce de la carretera que llevaba hasta la aldea. Se sentó en la misma roca en que Luis le dijo que pronto celebrarían su boda, y se dispuso a esperar y a escudriñar la lejanía, con un Sasué que también la miraba a ella a los ojos y al mismo sitio que miraba su ama.

Se encontraba bien allí, aunque una especie de comezón le rondaba por su estómago. Nunca había pasado una mañana de tanta ilusión en toda su vida, pareciendo que ya había pasado un año desde de que se despidió de sus papás. Tenía tantas ganas de verlos y de enseñarles todo aquello, de contarles tantas cosas, que le parecía mentira que pudiera ser realidad.

En esos pensamientos y sin dejar de observar el cruce de la carretera de Serrabe, su corazón le dio un vuelco como si le hubiera saltado del pecho y empezara a galopar desbocado. Observó detenidamente y vio dos coches sin poder cerciorarse por la lejanía de que modelos eran, tomando el rumbo de la aldea.

Como si fuera una posesa salió corriendo a dirección a la casa, llamando a gritos a Luis y a Perico sabiendo que no la oían. Corría todo lo veloz que podía y Sasué a su lado sin dejarla. Cuando llegó al puente ya bajaban los dos que acababan de oír el ruido de los vehículos.

—Luis, son ellos, son ellos. ¿No ves como yo tenía razón? ¡oh, qué alegría me da!

Los coches subían muy lentamente, abriéndose hueco en el valle. Los vieron aparecer por la curva y en un instante los tendrían delante de ellos, frente al rótulo del nombre de la aldea.

En un instante todo fue un revuelo de abrazos y besos por doquier. Mientras, Perico permaneció a un lado, henchido de alegría e ilusión viendo cómo sus jóvenes vecinos descargaban su amor ante sus seres queridos. Todos querían hablar al mismo tiempo: Papá... Mamá... Chari... Luis... hijos míos... qué ilusión... estáis bien... etc.

Luis mandó que le atendieran un momento:

—Atención, os voy a presentar a la persona más buena que existe en este mundo. Este es Perico, del que tanto os hemos hablado. Todo lo que diga de él aún me parecerá poco. Sin él, nuestra misión hubiera terminado al otro día, de eso estad seguros. Lo queremos tanto como a vosotros, no hay mejor persona que él en estas tierras, tenedlo presente.

Les fue presentando al viejo, al cual estrecharon con un fuerte abrazo, mientras Perico, emocionado, no podía articular palabra alguna. Era imposible, su corazón había quedado mudo por la emoción y le tenía maniatada su boca.

A duras penas pudo decir el viejo:

—No les hagan caso, son unos exagerados, de verdad... Ustedes sí que tienen unas excelentes personas.

Los hermanos de Luis, Lucas y Abel, cuando se quisieron dar cuenta, ya se habían perdido por los alrededores, contemplando la belleza de aquellos lugares, disfrutando de la excursión a un pueblo del Pirineo, percatándose rápidamente la mamá de Luis.

—Tranquila, mamá, por aquí no hay ningún peligro. De verdad.

Ximo, el padre de Luis, les preguntó extrañado:

—Oye Luis ¿nos estabais esperando?

—Pues mira, eso es verdad. Chari lo presintió ayer y a los dos nos convenció. Tenía toda la razón, es una adivina —le respondió su hijo Luis.

—Mirad, familia ¿os habéis dado cuenta del nombre del rótulo del pueblo? —les preguntó llena de orgullo Chari.

—No nos habíamos dado cuenta, te vas hacer famosa —le contestó su padre.

—Eso fue idea de Luis. Me quiso dar ese gran honor por lo valiente que fui. Él es el culpable —aclaró la chica.

Elisa, la madre de Luis, lo tomó de la mano apretándosela con fuerza y le dio un beso en la mejilla muy largo. Al mismo tiempo Gloria, la madre de Chari, la llevaba abrazada contra su cuerpo mientras subían para la casona. Todos y todas querían hablar al mismo tiempo, como si les faltara, como si lo quisieran saber todo en ese instante. Perico observaba a todos como si todos fueran su otra familia, la que Dios aún le había reservado con un entusiasmo y con su eterna sonrisa que nada ni nadie podía borrar de su boca.

Al llegar a la casona, se sentaron todos alrededor de la mesa y contemplaron lo que desde allí se veía. Quedaron maravillados, el paisaje los enamoró.

Más tarde les enseñarían todo, tantas cosas que enseñar y contarles que pensaban que les iba a faltar tiempo.

—¿Qué tal el viaje?

—Perfecto, Luis. Una maravilla; hemos tenido poco tráfico y con la ayuda de un mapa no hemos tenido ningún problema. Eso sí, al llegar al pueblo de abajo, hemos preguntado por la carretera que conduce a la aldea y aquí estamos —contestó el padre de Cari.

Perico había desaparecido y Luis ya sabía dónde estaba. Había ido a por la bota y a preparar unos aperitivos. Luis también fue a por unas latas de cerveza y refrescos.

Mientras, las madres no hacían más que preguntar miles de cosas a Chari y ella les contestaba con una ilusión y con una sapiencia como si estuviera viviendo allí en el valle siempre.

—Chari, estás más guapa que nunca. Los aires de la montaña te han sentado bien —le dijo Elisa.

—Es que no sabe usted lo bien que me trata su hijo, y Perico que es nuestro ángel de la guarda —le contestó con orgullo. —Qué alegría tenemos y más aún porque hayáis realizado el viaje todos juntos. No sabéis lo felices que nos encontramos todos y Perico también. Yo creo que aún tenía más ilusión que nosotros —siguió.

Con todo el jaleo de la emoción, nadie, ni su mamá, se habían fijado en el perro. Sasué deambulaba por allí. Nadie había observado sus ojos tristes, como si tuviera alma, sólo cuando Chari lo agarró y lo enseñó a todos, y lo presentó con su nombre, el can pareció cómo los ojos le empezaron a relucir.

—Y este que tengo en los brazos es Sasué, mi perro. No sabéis lo listo que es, os digo sin equivocarme que tiene conocimiento.

El perro lanzó un ladrido dándoles la bienvenida y comenzó a menear su rabito cuando fue dejado en el suelo y empezó a olisquear los pies a todos bajo la mesa loco de alegría.

Perico quería hablar y Luis se dio cuenta de ello con una mirada que le dirigió, por lo que mandó callar un momento a todos.

—Perico, el gran Perico, el alma de este valle, os quiere decir unas cositas. Atendedle, lo que diga él va a misa.

—En primer lugar, bienvenidos a este pueblo, en otros tiempos Sasué, mi pueblo de siempre y ahora con el nombre de vuestra hija. Espero que paséis todos un buen día y nosotros haremos lo posible para que así sea. Tengo que deciros también que tenéis unos hijos magníficos, valientes y unas maravillosas personas. A mi me han dado la vida, la vida que ya pensaba que se me había acabado. Aunque sé que vosotros os habéis quedado un poco huérfanos sin ellos, pero podéis estar tranquilos. Aquí, os aseguro que son completamente felices y yo haré lo posible para que así sea. Para mí son como los hijos que nunca llegué a tener.

Perico no pudo seguir debido a la emoción que lo superaba. Tuvo que dirigir su mirada al suelo, para que no notaran que sus ojos estaban a punto de explotar, ahogados por las lágrimas.

—Bueno, bueno, vamos a echar un trago —dijo el padre de Luis, queriendo quitar dramatismo al momento.

Cuando el pequeño refrigerio se dio por terminado, Chari les indicó a todos que irían a la iglesia recién restaurada y así les enseñaría el trabajo de pintura realizado por ella, indicándoles que ni Perico ni Luis tampoco lo habían visto.

Subieron hasta lo alto del pueblo contemplando la impresionante belleza del valle salpicado de cumbres. En ese momento se les unieron los hermanos de Luis que por el tiempo que habían tardado ya habrían explorado medio valle.

—¿Pero de dónde venís, perdularios? —les preguntó su padre.

—Papá, me parece que nos vamos a quedar aquí con nuestro hermano. Esto nos gusta mucho —le dijo uno de ellos.

—Vosotros no duraríais aquí ni dos días; de eso estoy seguro.

Estaban todos ante la pequeña iglesia, ante su modesta portada recién pintada de cal y con su pequeña campanita de bronce brillante. Chari se adelantó y abriendo el portón dijo que pasaran todos dentro, dejándola completamente abierta para que penetrase toda la luz.

Cuando entraron Perico y Luis se quedaron como anonadados, casi sin poder articular palabra alguna. No podía ser posible, aquello parecía que lo habían pintado los ángeles: ella había pintado los ángeles en los altares de la Virgen y de la Cruz, esta luciendo colgada en el altar central.

Perico se atrevió a decir:

—Nunca he visto esta ermita tan guapa, y llevó aquí toda mi vida. Y eso se lo debemos todos a Chari. Vaya manos que tiene. Ni el mejor pintor habría podido hacer esto, debemos estar orgullosos de ella.

A Chari le brillaban los ojos. No podía esta más contenta, con muchos lazos con aquel pueblo olvidado, muchas cosas que le unían y posiblemente muchas más que la atarían.

Todo fueron enhorabuenas, y los padres estaban que no cabían en sí de gozo. Quién se lo iba a decir a ellos, que unos días después de su marcha, que les dejó el corazón helado y triste la mañana de la despedida, les iba a regalar el día lleno de emociones que estaban pasando.

Una vez en la puerta de la casona, Perico, por la hora que era, decidió que había que hacer la paella, brindándose para preparar todo y después hacerla, diciéndole Luis que esta vez él le ayudaría. Mientras Chari, haciendo de anfitriona, les enseñó a los demás toda la casa. También les enseñó el sotanillo y comprobaron el frescor de su interior; luego fueron al corral donde estaban las gallinas y los pollos y recogieron los huevos que no había recogido el día anterior. Pasaron por la casa del tío Blas, enseñándoles al mismo tiempo el horno donde hacían el pan y las magdalenas.

Más tarde se dirigieron a ver el río donde pescaban las truchas y al otro lado del puente donde tenían el huerto ya plantado y con atisbos de haber prendido y que en un tiempo seguramente daría sus frutos.

Los padres no se llegaban a creer que aquella chica a la que siempre habían considerado tan frágil como el más fino cristal de Bohemia, y que aún da-

ba esa impresión, mostrara por el contrario esa sensación que le parecía ser tan fuerte y dura y tan segura de si misma. Era como si se hubiera transformado en una mujer hecha y derecha sólo en un corto periodo de tiempo.

Todos estaban encantados y al mismo tiempo alucinaban. No esperaban una cosa así, se podrían marchar contentos. También Perico les había dejado impresionados, aquel hombre, como ya les habían hecho saber sus hijos, era de otra pasta que ya no existía. No habían podido tener mejor suerte.

Chari les dijo que iba a recoger flores por allí cerca para ponerlas en el altar de la Virgen, ya que no tenía ninguna y que de ahora en adelante ella se encargaría de que no le faltaran; ayudándole su madre y la de Luis mientras los hombres regresaron otra vez a la casona.

Al poco tiempo ya estaban nuevamente en la puerta de la iglesia con un precioso ramo de flores que pusieron en un frasco de cristal con agua, e inmediatamente subieron a depositarlas en el altar.

En todo ese tiempo Perico y Luis habían encendido fuego y estaban haciendo los preparativos para empezar a cocinar.

Cuando regresaron las mujeres, le pidieron a Perico que fueran ellas las que la cocinaran, a lo que el viejo accedió gustoso diciéndole que si tenían alguna duda le preguntarían.

Mientras tanto los hombres se sentaron en la puerta, acompañados de un porrón de cristal que Luis había llenado de cerveza y gaseosa fresca y que fueron llenando según se iba vaciando, ya que en cada ronda casi lo vaciaban. Empezaron a hablar de muchas cosas, preguntándole a Perico sobre su historia en aquel pueblo, escuchándole con atención Carles y Ximo y también los hermanos de Luis.

Las madres disfrutaban como hacía tiempo no lo habían hecho, en la cocina de la casa, calentando el aceite y echando las verduras y la carne; pero la que más disfrutaba era Chari viendo a las mamás trajinar. En ese momento era completamente feliz. No se cambiaría por nadie en el mundo, qué feliz le había hecho esa visita, esperándola todos los días.

La comida al aire libre allí en medio de la plazuela, delante de la casona, todos alrededor de una mesa vieja de madera que sacaron de la casa del tío Blas, fue para no olvidarla nunca. La paella que hicieron las mujeres estaba deliciosa, el vino que se iba derramando a través de la bota y que no paraba ni un segundo hicieron que aquello pareciera el día de la fiesta del pueblo de antaño, como les contó Perico a todos, cuando se reunían en las puertas de las casas a comer las viandas que habían preparado las mujeres. Sólo faltaban las banderas de papel de todos los colores colgadas de pared a pared.

Cuando el vino empezó a calentar los estómagos, aquello tomó una animación fuera de lo común. Todos hablaban y reían al unísono. Hacía mucho tiempo que no pasaban un día igual, nadie se lo hubiera imaginado poco tiempo antes, en aquel paraíso, ante aquellas montañas que los observaban como si fueran intrusos, aquellos que les respiraban y consumían su aire puro e inmaculado y que estaba impregnado del verde que crecía en su manto.

De postre, una sandía grande que Luis trajo del sotanillo y, con una maestría del mejor cocinero, Perico partió en trozos iguales.

Cuando llegó el momento de tomar café, Perico se levantó y fue hacerlo, brindándose también Chari para ayudarle, a lo que accedió, sacando la chica unos pequeños vasos de cristal que fue depositando en la mesa con una sonrisa y una alegría como nunca había experimentado.

Al momento empezó a salir por la puerta de la casa un aroma a café que al mezclarse con el aire de la calle, le impregnó de un olor que en un segundo se apropió de toda la aldea.

Perico, con la cara de satisfacción que nunca abandonaba, salió nuevamente a la calle llevando una cafetera muy grande, dejándola en el centro de la mesa, volviendo nuevamente a la casa, regresando al momento llevando una fuente de magdalenas que había hecho por la mañana, cuando aún los jóvenes dormían.

Luis les pidió a sus hermanos que se acercaran al sotanillo y trajeran una botella de cava que estaba al entrar, a la derecha. Volviendo al momento con la botella que se encontraba en su frescor ideal para tomarla, y que al verla ambos padres, muy entendidos de esa bebida, lanzaron un silbido, como queriendo avisar de que ese cava era magnífico.

—Oye, Luis, qué callado te lo tenías ¿de dónde has sacado ese cava?, joder, hacía tiempo que no tomaba uno igual —le preguntó el padre de Chari.

—Pues la verdad es que lo compré unos días antes de venirnos, sabía que iba a llegar un día como hoy para degustarlo, y también os tengo que decir que me costó una pasta.

Luis, con la majestuosidad que el acto pedía, descorchó la botella y el tapón salió despedido, acompañado de un ruido que sonó en el valle con miles de ecos.

Llenó las copas que él mismo sacó, guardadas en la casa. Mandando levantar a todos, dijo que quería hacer un brindis, por lo que su cara se tornó de una seriedad apropiada al momento y dijo:

—Escuchadme. Quiero brindar por todos, por estas dos familias que es como si fueran una sola. Pero el motivo principal de este brindis va dirigido a Perico, la mejor persona del mundo, a esta persona que nos acompaña, que si no hubiera sido por ella, no estaríamos aquí ahora. Así que os pido que, a partir de ahora, la consideréis también de la familia y llamarlo como cada uno queráis, abuelo, hermano, tío, lo que os venga en gana, pero sabed que desde este momento es de la familia aunque no esté escrito en ningún papel. He dicho.

Alzó la copa y bebieron todos, e inmediatamente se abrazó al viejo y lo abrazó con cariño durante unos segundos, al tiempo que los allí presentes aplaudían con fuerza, respondiendo la montaña con su eco al aplauso que le brindaban a aquella persona que las montañas conocían desde siempre, desde su nacimiento en una habitación de la casa que tenían enfrente.

Perico, con los ojos totalmente humedecidos, y abrazado en ese momento por Chari, sólo pudo decir que muchas gracias, mientras las mamás Elisa y Gloria habían sacado un pañuelo del bolso y secaban sus ojos.

Luis cambió de la seriedad al regocijo en un instante y sirvió más cava, ya que sabía que las emociones aún no habían acabado y quería que el vapor del mismo penetrara otra vez en los cuerpos de todos para ir preparando la noticia que les quería dar a los visitantes.

Cuando otra vez todo eran risas, bromas y jolgorio, Luis nuevamente mandó callar ante la sorpresa de todos y les dijo:

—Callad un momento, Chari os quiere decir una cosa y sólo os puedo adelantar que no es una broma.

Luis miró a Chari y le guiñó un ojo, no habría hecho falta ese gesto, ella ya se lo imaginaba.

—Pues sí, ya que Luis me ha pedido que sea yo, así lo haré. Estáis todos invitados a nuestra boda que se celebrará muy pronto, en este lugar, ¿cómo os habéis quedado? Así que lo siento, pero tendréis que volver nuevamente a este sitio. No os queda más remedio, porque espero que seáis nuestros padrinos.

Todos, a excepción de Perico que ya lo sabía y se reía feliz por lo bajo, se quedaron durante unos segundos de piedra, mudos. La noticia así lanzada, tan de sopetón, les había superado, pero al final reaccionaron.

—Pero que decís, ¿eso es verdad? nos vais a matar a sustos —dijo la mamá de Chari mientras consultaba los ojos de su hija.

—Sí, mamá, y de esto no le echéis la culpa a Luis. Fui yo quien tuve esa idea y estamos muy ilusionados. Así que id sacando los trajes del armario que pronto vais de boda.

Todos se levantaron y fueron a abrazarlos, sabedores de que si habían previsto otro tipo de boda para sus hijos, ya lo podían olvidar. Sus hijos ya habían dictaminado cómo y dónde lo iban a realizar.

Luis hizo un gesto a un hermano y le dijo que fuera a por otra botella de cava; por lo que casi sin que nadie se enterara ya había puesta otra botella de cava en la mesa.

Carles, el padre de Chari, cogió la nueva botella, la descorchó y sirvió a todos, solicitando que le atendieran un momento:

—Bueno, sabéis que no soy muy aficionado a las palabras, pero hoy merece la pena esforzarme un poco. Así que en nombre de nosotros los padres, decir que nos llena de alegría que hayáis pensado lo de vuestra unión; y que lo de celebrarlo aquí me parece un marco ideal, perfecto. Además, qué coño, dónde mejor que en vuestro pueblo.

Antes de terminar de hablar estaban aplaudiendo los demás. El asunto se daba por zanjado y el cava otra vez se estaba escanciando, mientras Perico con una copa en la mano observaba a las familias con una emoción nunca sentida en su vida. Él era feliz, como siempre lo había sido, y en ese momento le vino a la cabeza cuando anunció a sus suegros que se iba a casar con su hija.

Entre risas, voces y hasta algún cántico animado por el vapor del espumoso, la tarde fue pasando aunque no se daban cuenta de ello. Nadie deseaba que el sol siguiera su camino, que se alejara como todos los días por aquel horizonte de montañas por el cual se tenía que esconder quisieran o no. Entonces el valle se cubriría de sombras, al principio tenues y más tarde negras, muy negras y que cubrirían de azabache todo el valle hasta la mañana siguiente.

El día, que parecía por la mañana ser eterno, fue consumiéndose y llegó el momento de la despedida. Debían salir con tiempo suficiente para llegar aún con luz a Barcelona. Había que irse sin otro remedio. De buena gana, se hubieran quedado allí a pasar la noche, pero de momento era imposible. De todas formas se marchaban muy contentos, sin haber imaginado que sus hijos estuvieran tan felices, tan integrados en aquel ambiente hostil y al mismo tiempo precioso. Se iban encantados con el viejo Perico, les había tocado la lotería al haberlo conocido e irse al pueblo con ellos, los chicos. Así que se sentían muy tranquilos.

Chari les dijo que dentro de unos días les quería ver otra vez allí, precisamente el 16, día de la Virgen del Carmen, la patrona del pueblo. Tenían que venir a las fiestas, no les perdonaría que no vinieran, así que asintieron y desde ese momento Chari empezó a contar los días que faltaban.

Fueron muchos los besos y abrazos que se dieron y también fue mucha la pena de las mamás cuando subieron a los vehículos y vieron allí al viejo y a los dos jóvenes agitando sus manos diciéndoles adiós. Un nudo les apretaba los pulmones no dejándolas respirar ni articular palabra.

Los tres permanecieron en el lugar hasta que los coches desaparecieron por la curva de la alegría por la mañana y la curva de la tristeza a aquellas horas.

Chari era muy fuerte, se estaba volviendo tan fuerte como aquellos parajes, pero sus ojos tenían un brillo especial que le reflejaban cuando miraba al sol, eran unas diminutas lágrimas que pugnaban por salir al exterior y ella no dejó que así fuera, aunque le hubiera gustado hacerlo.

Perico, cuando ya subían otra vez a la casona, les dijo lleno de orgullo, porque ya los consideraba su familia,

—Chari, Luis, tenéis que estar orgullosos de vuestras familias, son una bendición, os confieso que yo también las quiero como si fueran mías.

Sentados los tres a la mesa, vertieron en sus copas el cava que aún contenía la última botella y entre sorbo y sorbo se les escapó el sol, y con sus últimos rayos amarillentos diciéndoles adiós, los abandonó colándose en el horizonte.

LVII

Los diez primeros días de julio pasaron rápidamente. Los preparativos de la fiesta del pueblo trajeron en jaque a los tres únicos organizadores y únicos habitantes de la aldea. Todo fueron ideas para que la celebración resultara del agrado de todos los visitantes que se acercaran por aquel lugar perdido y ciertamente olvidado. Aun a pesar de que los tórridos días de ese mes aconsejaban estar más tiempo dentro de la casa para librarse de aquel sol que caía implacable, no paraban, no debía escapárseles ningún detalle que luego ya no tuviera arreglo. Bajaron varias veces al pueblo y se entrevistaron con el alcalde, el cual contribuyó económicamente para adquirir cohetes, banderas y guirnaldas; vino en abundancia y también dulces. Además de contratar a una pequeña charanga que había en un pueblo de al lado. Hablaron también con el cura de Serrabe para encargarle que tuviera el honor de celebrar la Santa Misa, a lo que accedió con una ilusión grandísima. También lo dieron a conocer en el cuartelillo de la Guardia Civil y colocaron carteles hechos a mano por Chari en el bar del pueblo y en las paredes de la plaza para que tuviera conocimiento todo el pueblo, al que lógicamente invitaban para que hicieran acto de presencia en aquella aldea que muchos ya habían considerado muerta y que ahora resurgía de sus cenizas.

Chari se encargaría unos días antes de decorar la ermita con flores de todas las clases, cogidas en la falda de la montaña, además de hierbas olorosas ayudada por Perico. Además tendrían que bajar al pueblo y subirse unas pequeñas andas de la iglesia para sacar en procesión a la pequeña imagen de la patrona.

Los tres estaban como locos preparando los pequeños actos. Luis creyó que en su vida no había tomado tanto interés en realizar una cosa, como si la vida le fuera en ello. Mientras tanto Perico era el ayudante que todo lo resolvía, para todo tenía solución. Sólo pedía que ese día no lo estropeara ni la lluvia ni una maldita tormenta que en esas fechas pudiera haber y que tampoco sería de extrañar; rezaría para que así no ocurriera.

Luis, acompañado de Chari, bajó al pueblo y adquirió veinte botellas de cava y sidra para brindar todos los allí presentes ese día. Las dejó almacenadas en el sotanillo para que estuvieran frescas llegado el momento.

Cada noche se sentaban a la puerta y con la compañía de las estrellas y con la mirada interesada de Sasué que no entendía el ritmo febril de sus amos en esos días, los tres repasaban punto por punto todos los detalles y aportaban todas las ideas que se les ocurría, desechando alguna por no ser apropiadas.

Conforme se iba acercando la fecha, el nerviosismo se iba apoderando de ellos. Sus familias también habían llamado y comunicaron que ese día bien temprano los tendrían allí, para echarles una mano en lo que necesitaran. Así que andaban locos de excitación, de entusiasmo y al mismo tiempo de impaciencia, y hasta cierto grado de histeria. Todas las noches miraban al cielo y observando las estrellas demandaban a Perico para que les dijera algo. Este no podía aventurar

nada, pero le mosqueaba que hiciera ya tantos días que no hubieran visto una nube; quedaban cuatro días para la fiesta y le daba temor tal hecho.

Dos días antes amaneció completamente nublado, con una especie de niebla que pugnaba por bajar a cubrir todo el valle, el cual se cubrió de una sombra acuosa que no dejaba augurar lo que iba a pasar dos días después. El día se volvió triste, y así fue toda la jornada como si fuera la avanzadilla de unos días más tristes aún. Perico no se atrevía a dar ningún pronóstico, como esos días había visto muchos y unos cambiaban a bien y otros a mal. Rezaría para que fuera lo primero. Lo que le tranquilizó y sosegó un poco fue que la niebla no bajara a ras del suelo, síntoma de que posiblemente a otro día el tiempo pudiera cambiar a bueno otra vez. Chari le rogaba varias veces al día que mirase hacia arriba a ver si notaba algo que le hiciera ser optimista con respecto al cambio de tiempo.

Esa tarde el viejo y la chica, acompañados de Sasué, que ya más bien parecía un perro adulto y al que ya no podían seguir, cogieron dos cestas de mimbre muy grandes y se dirigieron a la falda de la montaña entreteniéndose en coger toda clase de flores y todo tipo de hierbas olorosas para perfumar su querida ermita, qué otra cosa podían hacer para que el sagrado templo desprendiera un aroma a cielo; por ello cogieron tomillo, romero, hierbabuena, sándalo, albahaca y otras hierbas que Perico escogió y que Chari no había visto nunca ni tampoco aspirado su olor; que le parecieron maravillosas. Desde allí subieron a la ermita y las desparramaron en el suelo, colocándolas sobre el altar de la Virgen y puestas en unos tiestos de barro. Al poco tiempo el templo desprendía un olor que ni la mejor perfumería de Barcelona; así pues, contentos, regresaron a la casa. Lo contaron a Luis que había estado ocupado con las guirnaldas y las banderas de papel para ser colgadas cuando estuviera totalmente seguro de que no iba a llover.

Durante la velada, ante una noche muy negra, porque por las nubes bajas no se divisaba el contorno de las cumbres, ni la luz del reflejo de la luna casi llena que ni siquiera sabían dónde se encontraba, brindaron con cava por que todo resultara bonito y porque todos se divirtieran.

Los tres, inmersos en su soledad, perdidos en aquel valle profundo y oscuro, donde sólo se oía su voz y el eco en la inmensidad de las montañas, y con el graznido de algún bicho que protestaba por el ruido, y por el silencio que también se dejaba notar, como si tuviera voz, como si molestara no oír absolutamente nada y que de tan oscura parecía que impresionaba hasta al mismo viejo, dejaron pasar el tiempo, llenos de ilusión porque llegara ese esperado día que quisiera Dios se poblara de mucha gente venida del pueblo de abajo y que llenara de alegría para que la aldea se sintiera orgullosa.

LVIII

Lo primero que hizo Perico al levantarse fue abrir la puerta de su casa y mirar el cielo. Aun sin divisar ningún trozo de azul en las alturas, se quedó más tranquilo pues lo que observaba alzando la vista lo tranquilizó un poco. Él conocía los cambios de tiempo en aquellas montañas y por la experiencia de los años, algo le indicaba que el día siguiente el color predominante sería el azul limpio y nítido de esos días de pleno verano.

Todo el día lo dedicaron a terminar los preparativos, aunque no es que tuvieran que hacer muchas cosas. Dado el estado de la aldea poco se podría hacer. Lo único, cruzar las calles desde el puente hasta la plazoleta y desde allí hasta la puerta de la iglesia con pequeñas banderitas de papel de distintos colores que unirían en zigzag la calle. Para ello y por medio de una escalera ya vieja que tuvo que reforzar y atar Perico, subieron y las ataron a las ventanas y a algún árbol cercano

Cuando terminaron la faena, la aldea parecía otra. Ya se encontraba casi dispuesta para su gran día, limpiaron también las calles, les quitaron los guijarros y las malas hierbas que crecían por doquier y mientras tanto Chari, se entretuvo en confeccionar un cartel en un tablón grande aprovechando la pintura que le había sobrado de la iglesia, escribiendo una bienvenida a los visitantes y que pondrían junto al indicador con el nombre del pueblo.

Los tres estaban muy ilusionados. Perico exteriorizándolo menos, aunque sus ojos brillantes delataban lo feliz que se sentía, ya que era su pueblo de ahora y de siempre, el pueblo que vestían de fiesta y que había engalanado infinidad de veces algunos años atrás. Y siempre, cuando llegaban esas fechas, todo el pueblo tomaba parte en adecentarlo. Ahora eran sólo tres pero les animaba la ilusión.

A última hora subió el alcalde de Serrabe. No creyendo lo que veían sus ojos, se los tuvo que restregar, pareciéndole imposible lo que estaba contemplando en aquel paraíso virgen. Les felicitó y tomó una cerveza con ellos en la puerta de la casona, con la compañía de la tarde que daba sus últimos latidos, como queriéndose despedir pronto y así dar paso cuanto antes al nuevo día.

El mandamás del pueblo de abajo, mirando a los ojos de los tres, les dijo con una sonrisa picarona:

—Tengo dudas de si vosotros sois de carne y hueso. Exceptuando Perico, que ya lo conozco de mucho tiempo, esto que habéis hecho por el pueblo si me lo dicen no me lo creo. Es extraordinario, yo nunca lo hubiera pensado. La verdad, por eso tengo mis dudas de que seáis humanos. Lo repito, esto lo hace sólo gente que tenga unas ganas muy grandes por conseguir un ideal, un fin, tener puestas unas ilusiones en una meta y, sobre todo, sentir un amor por las tradiciones, la naturaleza y la libertad. En fin ahora me doy cuenta porqué os vinisteis a estas tierras. Ya sé lo que buscabais y me alegro de que aquí lo hayáis encontrado.

Luis le contestó, riéndose:

—Si no te crees que somos humanos, pálpanos, como le dijo Cristo a Santo Tomás A lo mejor resulta que tenemos cava en vez de sangre, aunque eso pudiera ser, ya que somos bastante aficionados.

Acabaron riendo los cuatro a carcajadas, dándole un susto al perro que por allí se encontraba, retozando y dando un ladrido de vez de cuando.

El alcalde se interesó por las vituallas que tenían y por lo que habían comprado. Luis le explicó que tenían veinte botellas de cava y sidra en el sotanillo, además de naranjadas y limonadas, contestando que con eso no había ni para empezar, que esperaba que se acercara mucha gente a pasar el día, aunque de la comida no se tendrían que preocupar pues la gente ya vendría provista de ella, que el daría orden para que a primera hora subiera el alguacil y acercara bebida y otras cosas.

El viejo y los jóvenes se lo agradecieron y Cosme, mirando a Chari, le dijo con cara muy seria, aunque con una mirada guasona:

—Chari, mañana tendrás que vestirte de gala. Te haré el honor de ponerte a mi lado, ya que tú eres la alcaldesa pedánea de esta aldea y harás la representación de la misma; luego tendrás que decir unas palabras a todos los presentes.

—Yo haré lo que usted diga, faltaría más, para eso soy la alcaldesa, y si hay que hablar se habla —siguió la chica la broma, aunque sabía en cierto modo que más o menos debería ser una cosa así.

De todas formas y aunque Luis se percató de que había algo de broma en esa conversación, la rotundidad y la solidez de su novia le había sobrepasado. Chari se estaba convirtiendo en una mujer de agallas, aquella chica que conocía de Barcelona estaba cambiando a mucha velocidad; nada le asustaba ni se rendía ante cualquier problema. Se daba cuenta de que quizá tenía más valentía y decisión que él, de todas formas eso le gustaba.

Cuando se despidió el alcalde, Perico le dio un abrazo fuerte y sentido, dándole las gracias por todo lo que estaba haciendo por ellos y por su aldea, diciéndole que nunca podría pagarle suficientemente.

El coche desapareció por la curva, al tiempo que el último rayo de claridad se marchaba por las montañas, empezando en ese momento a cubrirse el espacio que delimitaba el valle de un gris azulado que se iba enturbiando más y más con cada minuto que pasaba. Los pocos álamos que serpenteaban las orillas de riachuelo empezaron a tornarse como formas fantasmagóricas que se cimbreaban moviendo su cabeza. El espectáculo del circo del valle era precioso en ese momento y también lúgubre, esto último sólo hasta que la negra noche devorase las sombras del atardecer.

La ilusión y el nerviosismo por lo que pasara al día siguiente les tenía atenazados. Sentados en la puerta de la casona, alumbrados por la potente luz, les había quitado el apetito. Cenaron lo justo, echaron dos tragos de la bota y Chari preguntó a Perico:

—¿Y mañana el tiempo… tú qué opinas?, ¿hará buen día? -

—Estoy seguro que sí, pequeña, duerme tranquila, que no suelo equivocarme —contestó lleno de seguridad el viejo, cosa que tranquilizó a la chica.

Cuando pulsaron el interruptor de la luz exterior para irse a sus aposentos, miraron al valle, comentando que donde ahora se encontraba oscuro y sólo, dentro de una horas sólo, volvería a tornarse lleno de luz y movimiento, con voces, algarabía, color y risas. Querían dormir rápido para que pronto pasara la noche, una noche como una losa que aún tendría que pasar por encima de ellos. Deseaban que fuera ya cuando la luz apareciera nuevamente por las montañas que ahora la noche no dejaban divisar.

Cuando se metieron en la cama no podían conciliar el sueño, a pesar de encontrarse muy cansados. El nerviosismo luchaba contra el cansancio y aunque cerraban los ojos, el pensamiento les hacía abrirlos otra vez. Tantas cosas iban a pasar cuando el día abriera sus ojos; cuánta felicidad habría en la aldea; sus familias también vendrían y quizá algún conocido más. En fin, tendrían que dormir y rápido pues era preciso que estuvieran descansados. Ellos eran los principales protagonistas y anfitriones de ese día que estaba a punto de aparecer.

LIX

Luis llevaba un rato despierto cuando se dio cuenta de que una leve claridad entraba ya por la ventana de la habitación. Miró su reloj y aunque se encontraba muy a gusto y calentito, inmediatamente se levantó y fue a mirar por el ventanuco. Rápidamente se le iluminó el rostro, aun no acertaba a verlo muy bien pero intuía que el día iba a ser maravillosamente azul, y se le pasó en ese momento por la cabeza que a Perico lo pondría de jefe de espacios del tiempo en la televisión. Sabía más que un Larousse, aún no lo había visto equivocarse en nada, Perico debería ser inmortal, no se debería morir nunca.

Se levantó y se vistió, no haciendo ningún ruido, ya que su novia dormía feliz y aún era muy temprano. Quería disfrutar ya muy de mañana del día íntegro, respirar el aire puro del amanecer, de la mañana de fiesta en la aldea. Él sólo quería pensar en absoluta libertad y soledad, ser el dueño de aquel pueblo perdido y al mismo tiempo bendito, de aquel rincón que Dios les había regalado para su disfrute.

Bajó sin apenas ruido por las escaleras, seguido por Sasué que no desaprovechó la ocasión temprana de salir a la calle y empezar a corretear y estirar sus patas. En la calle miró al cielo y se le despejaron las dudas sobre el tiempo; el azul oscuro de la alborada se iba tornando por segundos en un azul claro que delataba que el día iba a ser tan limpio como el pequeño manto blanco de la Virgen patrona de la aldea.

No había hecho más que bajar la vista del cielo cuando la puerta de la casa del tío Blas se abrió y allí apareció Perico, como una aparición. Este hombre estaba en todas partes, era un monstruo pensó.

—Buenos días, madrugador, y luego dices que yo no duermo, menudo pájaro estás hecho.

—Buenos días, Perico. Macho, estás en todos los sitios. Te tenías que llamar Dios en vez de Perico. Joder, que tío, menudo centinela estás hecho —le dijo Luis riéndose y haciendo reír al viejo también.

—Me voy a dar un paseo para despejarme, que el día a va a ser muy movido; pero no te preocupes, en un ratillo estoy aquí, ¿vale?, —le dijo Luis, mientras Sasué los miraba como si los entendiera.

—Vale, pero no tardes mucho, que esto se va a empezar a poblar luego y tú eres un anfitrión —le observó el viejo.

Cuando despertó Chari y se vio sola, pegó un salto de la cama y fue rápido a la ventana, tranquilizándose al instante. Primero por el azul del cielo y segundo porque no se había dormido, aunque le extrañó que ni Luis ni el perro estuvieran allí. Se vistió en un segundo y salió a la calle; allí estaban sentados Luis y Perico, mientras Sasué salió como un cohete y se tiró a los pies de la chica mordiéndoselos de cariño y dando ladridos de contento que sonaban en todo el valle.

—Buenos días. ¡Vaya socios que tengo por vecinos en este pueblo! ni caso me hacen. Anda que ya os vale, ¿por qué no me has llamado, bribón? —dijo con cara de enfado disimulado la chica.

—Buenos días, preciosa. Me gusta cuando te enfadas y sobre todo por la mañana, estas más guapa aún. Venga, alegra esa cara, que hoy es la fiesta de tu pueblo —le contestó riéndose Luis, mientras el viejo miraba al suelo no aguantándose la risa.

El sol pugnaba por salir pero aún era temprano. Desayunaron rápidamente y cada uno se dedicó a ponerse guapo para el día más grande del año en la aldea. Se asearon y se vistieron con la mejor ropa que tenían, recordando aquellos años que ya habían pasado y que consistían en que todos los habitantes de Sasué, precisamente por ese día, se ponían sus vestidos guardados en sus baúles para esa ocasión; los hombres se ponían su boina, gorra o sombrero y las mujeres se hacían peinados para que hicieran juego con el vestido y se colgaban de sus orejas los pendientes y zarcillos que habían comprado cuando habían bajado a Serrabe.

Luis y Perico terminaron y salieron a la plaza. Estaba todo dispuesto ya, no había que retocar nada, sólo esperar a que la mañana siguiera su curso y empezara a llegar gente. Estaban impecables, el viejo con su camisa blanca que sólo se ponía una vez al año, y sus pantalones negros y zapatos de material del mismo color, con su boina negra, y acompañado de una alegría que se iba transformando en torrentes de ilusión conforme se iba acercando la hora. Luis se puso su chaqueta de fina pana de color azul y pantalones del mismo color y una camisa de color gris claro y una corbata de pana azul. Parecía un señorito o el cacique de cualquier pueblo, y además se puso unas gafas de sol, que le daban más prestancia y chulería.

—Coño, Luis, cualquiera te conoce, pareces el alcalde Cosme cuando se viste de fiesta. Te va a coger celos, con lo celosillo que es —le dijo el viejo sin dejar de mirarlo.

—No será para tanto, hombre, pero es que el día merece la pena, ¿a que sí, Perico?

—Sin duda alguna. No sabes lo ilusionado que estoy; parece que me corren lombrices por el estómago. Tengo más ilusión que cuando me casé —dijo el viejo mirando el camino por donde en poco tiempo empezaría a subir la gente.

Allí estaban cuando se abrió la puerta de la casona y apareció Chari por la puerta, como un ángel. Sólo le faltaba aparecer sobre una nube, preciosa, con un traje de chaqueta negro con puntillas del mismo color en las mangas y en la falda, que hacía un contraste total con su pelo dorado y ensortijado. Con los pendientes que Luis le regaló cuando le pidió ser su novia, hace ya algunos años. Perico, al verla, se levantó de un salto y se quitó su boina, mirándola como embobado, como si nunca hubiera visto una mujer. Las había visto pero nunca como aquella; casi articular palabra, se había quedado como una estatua, hasta Sasué parecía que no conocía a su ama, mirándola a los ojos sin moverse hasta que ella lo llamó. Entonces empezó a dar saltos y ladridos de alegría.

Luis, por su parte se levantó y sólo pudo decirle:

—Chari, mi amor, estás preciosa. Nunca te había visto tan guapa. La verdad, ahora comprendo porqué fue un acierto venirnos para acá.

Sin dejar terminar a Luis, Perico recobró el habla y le soltó:

—Eres la chica más guapa que ha vivido en este pueblo, el de abajo y ¡que leche! de toda Huesca y de España, eso lo digo yo, y vale.

—Gracias a los dos. Os quiero mucho, compañeros. Lo principal es que lo pasemos bien en este día —dijo llena de gratitud la chica, mientras el perro no se separaba de su lado.

En esos instantes, sin que ellos se hubieran dado cuenta, dos coches habían doblado la curva camino de la aldea. El perro empezó a ladrar y a mirarlos a todos al mismo tiempo; volvieron la vista y allí tenían a sus familiares otra vez. Locos de alegría bajaron a recibirlos al puente, comentando al mismo tiempo que cuánto habrían tenido que madrugar para llegar a esa hora.

Llegaron al mismo tiempo, y de nuevo abrazos y besos, la misma escena que días atrás, y piropos ante los dos jóvenes. Los padres no se imaginaban que sus hijos estuvieran así de guapos, sintiendo un gran orgullo dentro de ellos.

—Hijos míos, estáis muy guapos. Si os vemos en otro sitio ni os conocemos. Qué bien os tratan Perico y estas montañas —dijo la madre de Luis.

Subieron abrazados por la cuesta. Luis le dio la mano a su novia y Perico fue cogido por el hombro por Ximo, el padre del joven, mientras los dos hermanos de Luis jugaban con Sasué.

Eran los primeros en llegar y era lo que más alegraba a los tres habitantes de la aldea. Lo más importante ya estaba allí; claro que aún faltaban tres horas para la Misa Mayor. Luego iría llegando más personal.

—¿A qué hora habéis salido de Barcelona? Porque habéis tenido que madrugar mucho —les preguntó Luis que no cabía en sí de gozo.

—Pues sobre las cinco y media de la mañana, pero es que no había nada de circulación, y como ya conocemos el camino, ha sido un paseo —contestó Carles, el padre de Chari.

Mientras hablaban, Perico desapareció y poco después estaba sacando el desayuno a la mesa. Sacó de todo: magdalenas y bollitos que habían comprado para la fiesta, chocolatinas, por lo que, como tenían buen apetito, desayunaron la mar de bien. Los hermanos de Luis miraban entusiasmados los bollitos y las chocolatinas y se iban ganando la confianza total del perro echándole trozos de bollitos que engullía sujetándolos con sus pequeñas manitas mientras miraba a los dos como si les diera las gracias por la acción.

Las mamás no hacían más que mirar a sus hijos. Los veían guapísimos y se encontraban la mar de felices pensando en el día de fiesta que estaba a punto de comenzar. Mientras, los hombres se habían levantado y daban una pequeña vuelta por la aldea, comprobando el estado de los adornos que habían puesto el día anterior.

—No me digáis que estas banderas las habéis puesto vosotros. Además, para qué te pregunto, si sé seguro que así ha sido —inquirió Carles a Luis.

—Pues claro, quién iba a ser. Las pusimos ayer cuando supimos por Perico que no iba a llover —contestó riéndose Luis.

—Hacía tiempo que no veía yo esto. Ahora ya no se hace, a no ser en algunos pueblos, por desgracia cada vez en menos.

Sobre las diez de la mañana el primer vehículo apareció. Era la Guardia Civil que venía a inspeccionar el lugar de la fiesta. Dos guardias muy jóvenes que dieron los buenos días y fueron recibidos por Luis y Perico, departiendo con ellos unos momentos. Mientras, de vez en cuando, los agentes miraban de reojo a la chica, casi sin hacer caso a lo que les hablaban Perico y Luis. La autoridad les hizo saber que un poco antes de las doce subiría el sargento jefe del puesto al que acompañarían para estar presentes en los actos, dándoles las gracias Perico que en ese momento se sentía más grande que Dios.

Cuando se marcharon, Chari subió a la iglesia acompañada de su madre y de Elisa para darle el último toque, sorprendiendo a las mujeres que no la esperaban verla de esa forma. Dentro había un aroma celestial y las flores que adornaban estaban en todo su esplendor. La pequeña imagen de la Virgen del Carmen se encontraba a la derecha del altar también llena de flores, no podía ser de otra forma: era su día.

Un nuevo coche apareció de repente por la curva. Al mirar Luis le dio un vuelco el corazón, sin duda era el coche de su amigo del alma Sebas. Al mismo tiempo que bajaba como una bala hacia el puente, lo vio bajar del vehículo y corrió para abrazarlo.

—¿Tú por aquí?, qué alegría me das, eres la hostia, no sabes cuánto me alegro, Sebas. Nunca imaginé que te dejaras caer por aquí.

—Pues ya ves, Luis, no podía faltar. Cuando me llamaste el otro día al móvil y me lo dijiste, aunque te anuncié que no podía venir, te mentía. Desde ese momento me puse a organizar el viaje, y ya ves, aquí estoy —dijo lleno de felicidad Sebas, al tiempo que miraba las montañas y el valle. —Joder, bien decías que esto era un paraíso. Esto es espectacular, magnífico, el edén.

—Sí, luego te contaré. Ahora te presentaré a Perico, nuestro salvador. Te digo que es alguien superior al mismo Dios bendito y no te aumento ni lo más mínimo. Ahora verás. Y también vas a ver a Chari cómo le sienta el Pirineo, no la vas a conocer —dijo lleno de orgullo Luis.

—Sí, vamos. Ardo en deseos.

Cuando llegaron a la placetuela y vio a Chari, Sebas lanzó un silbido que retumbó en todo el valle. No se lo podía creer; nunca la había visto tan bonita, tan guapa. Su cabellera aún la tenía más rubia, más color oro, la saludó y sólo le dijo:

—Bendito sea el Pirineo que produce estas bellezas. Anda, que no me das envidia, Luis…

—Pues ya tiene amo, así que no la mires tanto —contestó Luis, echándose a reír los tres.

Le presentó a Perico que todo lo observaba, dándole éste un fuerte abrazo. Hizo la presentación Luis:

—Aquí tienes a Perico, nuestro salvador en estos lugares donde Cristo perdió el gorro y que si no llega a ser por él, llevaríamos ya días paseando nuevamente por las Ramblas. Ahí donde lo ves es el último residente de este pueblo, el amo y señor de este valle, el que más sabe de todas estas montañas desde el Cantábrico hasta el Mediterráneo y eso lo firmo yo donde haga falta.

—Si lo dice mi amigo Luis, me lo creo. Me alegro mucho haberte conocido Perico, considérate amigo mío.

—Gracias, pero no te lo creas, Sebas. No es para tanto —dijo el viejo lleno de emoción por lo que le decía su vecino Luis.

Sobre las once, empezó a llegar gente del pueblo, algunos andando y otros en coche. Todos venían con sus trajes de fiesta, la mar de contentos, portando bolsas de comida ya que pensaban pasar allí todo el día. Todo eran saludos a los allí presentes, quedándose embobados con la belleza salvaje de Chari a la que la mayoría conocían de haber estado en el pueblo. Marchando a continuación por la aldea a husmear, aunque la zona visitable era sólo la calle que subía desde el puente, el camino hasta la iglesia y la calle que conducía hasta el cementerio, que algunos aprovecharon para visitarlo por tener algún familiar descansaba allí.

También llegaron vecinos desde otros puntos, que habían desertado hacía bastante y que todos los años volvían el día de la fiesta, para pasarlo allí, sabiendo que iban a estar solos, aquella aldea era suya y la encontraban ya hace un tiempo sin vida. Pero grande fue su asombro cuando la vieron con aquel bullicio que iba en aumento, quedándose muy sorprendidos, y más cuando vieron a Perico, harto conocido y a los osados jóvenes que la habitaban y que la habían hecho revivir. Así que fueron abrazados y felicitados, viendo cómo los ojos de muchos de ellos se poblaban de lágrimas al comprobar en ese día el estado del pueblo que les vio nacer y que parecía estar levantándose nuevamente, haciéndoles gracia el cambio del nombre de su pueblo por el que le habían puesto.

El valle, a esa hora ya cercana a la misa, desparramaba toda su luz, con una claridad esmeralda del reflejo de los miles de árboles de toda la gama de colores verdes que brotaban por todos los sitios. Hasta las cumbres de color azul perpetuo, puras y limpias sin una nube aquella mañana, porque así Perico había dispuesto y vaticinado con su saber del clima de aquellos lugares. Asimismo cientos de aves poblaban el espacio del valle, llenando con su trino todo y que se escuchaban en la aldea más que ninguna mañana, y las águilas y otras rapaces daban vueltas y más vueltas a los picos como si también estuvieran de fiesta.

El pueblo se iba llenando de gente. Aquel día nunca sería olvidado por aquel contorno. Chari y Luis se encontraban algo asustados pues nunca había pasado por sus cabezas que iba a llegar tanta gente a ese pueblo, olvidado todos los días y hoy rebosante.

Perico y los dos jóvenes se encontraban en el puente esperando la llegada del alcalde y de don Jenaro, el cura del pueblo de abajo, que oficiaría la misa en honor de la Patrona. Se encontraban, en ese momento, acompañados por Román el Duro y algunos amigos de Perico que habían subido andando. Sus mujeres habían subido en otros coches charlando más bien a voces, acallando el so-

nido y las voces de las aguas vírgenes del riachuelo que ese día sonaba de una manera muy especial, como queriendo estar también presentes y hacerse notar en aquel día.

En el mismo coche del Ayuntamiento aparecieron el alcalde de Serrabe y el cura que portaba los santos utensilios para celebrar la misa. A continuación llegó Sinesio el alguacil con una furgoneta llena de cajas con vino y sidra y otras vituallas, que subieron después a la casona depositando todas las botellas en el sotanillo.

Se saludaron todos y subieron a la placetuela de la casona, donde Luis presentó sus familias tanto a la autoridad local como la eclesial, quedando maravillados las dos fuerzas vivas por el estado de la aldea, sobre todo el cura que hacía mucho tiempo que iba por allí.

También llegó el sargento de la Guardia Civil, acompañado de los dos guardias jóvenes y en ese momento el alguacil cogió un manojo de cohetes. Cuando lanzó el primero y salió disparado hacia el cielo y explotó en todo lo alto, espantó a todos los pájaros, irrumpiendo los allí presentes en un aplauso, que no terminó hasta que se lanzó el último. En ese momento Perico rompió a llorar. Había resistido hasta ese instante en que no pudo reprimirse. Eran ya muchas las emociones, ver de esa forma a su querida aldea era demasiado para él. El sonido de los cohetes le había hecho volver de repente a otras lejanas fechas, cuando se lanzaba el primer cohete y anunciaba el comienzo de las fiestas. Todos sus recuerdos los tenía en vivo delante de él. Se sintió un niño nuevamente como cuando se lanzaba veloz a recoger las varillas de los cohetes que caían al suelo.

Se dio la orden de subir a la iglesia que se quedaría pequeña para albergar a tanta gente. Muchísimos tendrían que seguirla desde fuera, en la pequeña explanada de la puerta. Al frente iba el alcalde y a un lado Perico, Luis y Chari y Sasué que la seguía sin apartarse ni un centímetro de sus pies. Su familia y Sebas, y al otro lado el cura y el sargento. Y siguiéndolos atrás, el gentío que subía poco a poco, mientras Jenaro el alguacil no dejaba de lanzar cohetes. Al final una charanga, que había llegado a última hora, compuesta por un acordeón, un saxofón, una guitarra y un tambor amenizaba con su música la subida y el comienzo de las fiestas.

Cuando la comitiva alcanzó la puerta de la iglesia, esperó a que llegaran todos los que subían, y allí en la puerta de la misma el cura dirigió la palabra a los asistentes diciéndoles que iban a celebrar la Santa Misa en honor a la Patrona de la aldea después de muchos años sin celebrarse y que todo se debía al trabajo de los tres únicos habitantes de la misma. Aunque sentía que, debido a las reducidas dimensiones que tenía, mucha gente debería quedarse en la calle.

Entraron a la ermita. El cura y muchos que aún no la habían visto, quedaron maravillados. No se lo creían. Estaba preciosa con las velas encendidas y con un aroma floral que se colaba por todos los olfatos. Y fueron acomodándose en los pocos bancos y sillas que allí había, teniendo que permanecer bastantes de pié y muchos más en el exterior.

En la primera fila se sentaron el Alcalde de Serrabe y el Sargento de la Guardia Civil a un lado; y Chari, Luis y Perico al otro lado. En la fila de atrás, tres concejales que también asistieron y las familias de Luis y Chari. Comenzó la celebración en un ambiente de recogimiento y al mismo tiempo de alegría.

Sasué había quedado en la misma puerta mirando sin quitar ojo a su ama que sabía que estaba dentro, meneando el rabo de cuando en cuando.

Perico, con su boina en la mano, no hacía más que mirar para todos los lados. No llegaba a creerse lo que estaba sucediendo. Era como un sueño; si se lo hubieran dicho hace dos meses, alguien lo habría considerado como un loco, pero no, era todo cierto y real. Allí mismo, en la iglesia donde lo bautizaron, hizo la Comunión, se casó y celebraron el funeral por la muerte de sus padres, era el mismo lugar donde se estaba celebrando otro acto que le emocionaba y que le hizo que no le abandonara un nudo en la garganta, pero al mismo tiempo no podía disimular una cara de felicidad que nadie la podría igualar, ese día era, sin duda, el más feliz de su vida.

El cura agradeció a Perico, Luis y Chari lo que habían hecho, y sobre todo la locura que habían protagonizado de venirse a aquella aldea ya muerta, volviéndola a la vida, por lo que le daba las gracias en nombre de todos y que pedía para que todos los años se volviera a festejar la misma fiesta.

Cuando terminó la misa, procedieron a sacar a la pequeña estatua de la Virgen en procesión. El cura se colocó detrás de ella junto al alcalde, el sargento, Perico, Luis, Chari y todo el personal detrás, y en ese momento el alguacil, ayudado por otros comenzaron a tirar cohetes que subieron rápidamente explotando continuamente y las mujeres empezaron a decir:

—¡Viva la Virgen del Carmen! ¡Viva!

Entonces la charanga empezó a entonar el himno de España, y la procesión descendiendo en dirección hasta la plazuela, tocando a continuación marchas marianas al son del sonido de disparos de más cohetes, siendo seguida la procesión por toda la gente que allí se encontraba.

Luis y Chari, cogidos de la mano y mirándose a los ojos de vez en cuando, sonreían inundados de emoción y felicidad. Ni en sus pensamientos más optimistas habrían imaginado lo que allí estaba celebrándose. El marco sin igual, magnífico, con el valle rindiendo pleitesía a la patrona de aquellas montañas y aquellos paisajes, a la vez que se sentían observados por decenas de personas que los consideraban como dioses, venidos de no sé dónde, y sobre todo los más jóvenes miraban la belleza incomparable y única de aquella rubia que iba al lado del alcalde, sin quitar ojos de su persona como si nunca hubieran visto una cosa igual.

Bajaron hasta la plaza de la casona y allí después de dar una vuelta a la misma, el cortejo se dirigió a la entrada de la aldea, el puente, y desde allí por el camino volvieron nuevamente a la plaza y a continuación para terminar se dirigieron a la iglesia.

Entraron a la Virgen nuevamente bajo los acordes del himno nacional. Ya en la iglesia rezaron un Avemaría y se dio la procesión por terminada. Desde ese momento empezaban los actos lúdicos.

Entre risas y jolgorio, fueron muchos los que se acercaron a felicitar a los habitantes de la aldea que no cabían en sí de contentos. Los abrazaban y les daban las gracias por todo y así fueron bajando a la plazuela que fue cubriéndose rápidamente de personal.

A partir de ese momento, una vez terminados los actos oficiales, Luis tomó cartas en el asunto y ayudado por sus hermanos, con Perico y el alguacil, se dirigió al sotanillo sacando las cajas de vino, sidra y cava que fueron depositando en la puerta de la casona. En ese momento el alcalde rogó que guardaran silencio un momento y les anunció que por familias pasaran por la puerta a recoger la bebida que desearan y que después, al terminar, recogieran también los dulces.

La fiesta se fue animando, en corros formados por familias y por conocidos dieron cuenta de las meriendas y comidas que habían preparado y que juntaban compartiéndola como siempre se había hecho en el pueblo en el día de la fiesta, subiendo de cuando en cuando los corchos de la sidra y el cava despedidos con fuerza al aire.

Los vapores del alcohol hicieron que el ambiente subiera de tono, y que la sensación de fiesta, bienestar, gozo y regocijo cundiera en todos los festeros.

La cara de Perico era de plena felicidad, ceca del alcalde. Consumían las viandas y de cuando en cuando se pasaban la bota y bebían cava. Chari y Luis tampoco se quedaban atrás, se sentían completamente felices e importantes, al sentirse tan observados. Sus familias también se lo estaban pasando en grande, llenos de orgullo por lo que habían organizado sus hijos y porque se dieron cuenta de que en ese lugar los consideraban como unos héroes.

Sasué andaba como poseso. El pobre animal no entendía aquel bullicio y de a intervalos ladraba nerviosamente, sobre todo desde que había oído las explosiones de los cohetes, pero no se movía del lado de Chari, se sentía muy seguro y comía lo que le iba echando su ama.

La tarde siguió muy animada. Al terminar la comida, en los postres y los dulces, el alcalde pidió silencio y poniéndose en pié agradeció a todos los allí presentes su asistencia y sobre todo dio las gracias de corazón a los tres vecinos de la aldea, a los cuales mandó levantar, ponderando todo el esfuerzo que habían realizado para que el día de fiesta se hubiera llevado a efecto. A continuación dijo a los allí asistentes que la alcaldesa de La Puebla de Chari, como ya habrían visto al llegar deseaba a todos decirles unas palabras. Chari en ese momento se quedó como una estatua, casi muda. Tendría que hablarles; no le quedaba remedio y haciendo de tripas corazón y ante la sorpresa de Luis y de su familia, les dijo a todos:

—Amigos y queridos todos: como así me lo ha pedido el señor alcalde, os voy a dirigir unas breves palabras. Solamente que os agradezco de verdad vuestra asistencia a las fiestas de este vuestro pueblo, y que espero que el año que viene también nos acompañéis otra vez a unas nuevas fiestas. Os quiero a todos, ¡ah! y un momento, sólo quisiera deciros que el principal artífice de todo es Perico al que todos conocéis y que es la mejor persona que existe en la tierra.

Cuando terminó de hablar un potente, caliente y largo aplauso, sonó en todo el valle, como nunca había pasado. Chari se sintió muy feliz y Perico y Luis también, sobre todo este último por la firmeza y saber estar que había demostrado su novia Chari. Sus familias no se lo creían, les parecía que su hija, que se había dirigido a todos, no era ella. No la conocían en ese momento, cómo había cambiado, o es que acaso la tenían antes aún como una niña y no se habían dado cuenta de que era toda una mujer.

Rápidamente la charanga empezó a tocar piezas y al momento todo eran bailes y risas y la sidra empezó a correr nuevamente. Todos bailaban y se divertían; mientras, sin darse cuenta nadie, la tarde iba cayendo lentamente. El sol que había iluminado más que nunca el valle, se iba retirando, siguiendo su curso de siempre a escaparse por el horizonte, dejando una aureola de reflejos dorados que hacían, si cabe, aún más hermosas las montañas.

Llegó la hora de la despedida. El personal fue diciendo adiós y marchándose, unos en vehículo y otros andando y cantando, muy contentos por lo bien que lo habían pasado en aquella aldea que algunos creían en ruinas, tapada de cardos y zarzas salvajes.

Al final sólo quedaron allí los tres habitantes, sus familias y Sebas que se lo había pasado muy bien y que no acertaba aun a discernir si lo que había visto durante todo el día era real o había sido un sueño del cual aún no se había despertado.

Allí en el puente se despidieron nuevamente de todos, como habían hecho sólo hace unas fechas. Los padres les dijeron a sus hijos y al viejo que los esperaban un día por Barcelona, cosa que asintieron y que sería muy pronto; haciendo que la despedida fuera menos triste que la vez anterior. Se despidieron también de Sebas al que Luis le dio un fuerte abrazo, diciéndole Sebas que le tenía muchísima envidia, por el simple hecho de ser tan valiente y conseguir lo que había conseguido, que lo admiraba mucho y que volvería por allí más a menudo.

Los tres aldeanos les indicaron que viajaran con precaución, respondiéndoles que no se preocuparan que irían los tres coches juntos y que ya les llamarían al llegar.

Los vieron descender lentamente hasta que el último vehículo dobló la curva, aquella terrible curva que los dejaba nuevamente en la más absoluta soledad, otra vez perdidos en aquella perdida aldea de aquellas perdidas montañas.

Subieron muy despacio hacia la casona, con el comienzo de la resaca de la fiesta que habían vivido horas antes, con lo recuerdos tan recientes que ahora les pesaban como una losa. Sólo el perro, al verse otra vez sólo con sus amos, era el portador del optimismo y retozaba como un poseso. Pero en el fondo los tres se encontraban muy contentos por el feliz resultado de todo, ese día quedaría grabado y nunca lo podrían olvidar aunque algún día tuvieran que emigrar como muchos lo hicieron hacia otro lugar.

Esa noche, allí sentados como siempre hacían, con la luz de la luna llena alumbrándoles la velada y que asemejaba algo triste, con la compañía agradable de Sasué, recordaron minuto a minuto todas los momentos y anécdotas del día e

intercambiaron risas, pero la soledad en ese momento se masticaba en el inmenso espacio del valle, el valle que se había encontrado poblado de personas hacía muy poco y que ahora volvía a encontrarse solo, terriblemente solo.

LX

Los dos o tres días siguientes, pasaron monótonos y fríos a pesar de que estaban en la plenitud del verano. Con una sensación de tristeza, como si fuera la resaca de una fuerte borrachera, la nostalgia del feliz día les había sumido a los tres en una especie de adormecimiento. Incluso Perico, muy raro en él, había perdido en esos días su eterna sonrisilla que se le notaba en sus ojos a muchos metros de distancia; hasta el perro Sasué con su instinto de can inteligente, notaba la melancolía que se había aposentado en la aldea una vez retiradas todas sus galas y perifollos que la habían adornado. Daba la impresión de que nuevos vientos que llegaban del norte la había dejado nuevamente en la ruina y la decadencia.

Hasta el cielo azul que había presidido toda la jornada de la fiesta mayor, cambió de golpe. Empezó a cubrirse de nubes negras empujadas por un viento fuerte y algo frío que bajaba de las cumbres y que contribuía a acrecentar el ambiente triste, amalgamado de soledad, que reinaba por todo el contorno, y que parecía que no iba a ser pasajero, que estaría presente con ellos acompañándoles algunas jornadas.

Se entretuvieron en limpiar la iglesia y tirar todas las flores marchitas y hierbas olorosas. Aun así quedó un olor que había impregnado las paredes y el aire del recinto que tardaría muchos días en desaparecer. Con la ayuda de la escalera quitaron todas las banderitas y limpiaron todos los papeles, bolsas y restos de comida y botellas que por allí se habían tirado.

Por la mañana Chari bajó al lavadero y lavó toda la ropa sucia. Ella sola disfrutó de lo lindo echando jabón sobre las prendas en la losa de madera y luego lanzándolas al agua varias veces para que se aclararan bien y olieran a limpio. Se sentó luego en una roca donde permaneció silenciosa, mirando a la aldea y a ladera que la cubría, en compañía de Sasué que no hacía más que retozar y husmear el suelo.

Cuando la tarde iba terminando bajaron al huerto, quitaron las malas hierbas y lo regaron, por hacer algo, ya que el viejo les aseguró que iba a llover fuerte los próximos días y que posiblemente habría tormentas que pudieran ser fuertes. Comprobaron que todo lo plantado había crecido de una manera notable, de hecho los tomates ya tenían algo de flor.

Chari, al oír a Perico, se apresuró a coger la ropa en un tendedero que el mismo viejo le había preparado muy cerca de la casona, no fuera que lloviera, ya que se estaba poniendo muy feo y todo pusiera ser que se le mojara, por lo que la fue dejando colgada en las sillas de la cocina.

Chari y Perico fueron al corral y echaron de comer a las gallinas y a los pollos, recogiendo los huevos que había, diciéndole Perico que al día siguiente matarían un pollo e iba a ver lo rico que estaba, contestándole Chari que debería ser él quien lo sacrificara que ella no tenía valor para eso.

Esa noche cenaron dentro de la casa. Afuera, la noche no estaba para bromas, más bien parecía una noche de otoño que una de pleno mes de julio y además, de cuando en cuando, caían algunas gotas de lluvia que eran el presagio

de lo que podía ocurrir al día siguiente. Encendieron la lumbre para hacer la cena y no apagaron porque el calorcito que desprendía no les venía nada mal, pasando por la cabeza de Chari cómo sería en realidad estar allí en una noche de nieve en pleno mes de enero. No lo quería ni pensar, mas debería de ser muy duro.

Hablaron y hablaron después de la cena, acordándose especialmente del día de la fiesta, de lo bien que lo había pasado toda la gente y por supuesto ellos. Seguro que lo recordarían toda la vida, contentos porque todo había salido bien, aunque no podían disimular que un halo de tristeza les torturaba su mente. Había sido todo tan bonito que quisieran repetirlo todos los domingos y días de fiesta pero que debería pasar un año.

Cuando ya pensaban irse a descansar, notaron que había empezado a llover con mucha fuerza. Parecía que el cielo se había roto en mil pedazos y que se habían desbordado todos los pantanos, además caía de una forma totalmente inclinada, rebotaban las gotas con fuerza cuando tocaban el suelo y salían despedidas nuevamente ayudadas por fuertes ráfagas de viento. Como persistiera mucho tiempo esa forma de llover, el riachuelo pronto subiría de nivel. Perico les apuntó que era raro que lloviera de esa forma tan fuerte y que de momento aún no se hubiera oído algún trueno, que esa forma de diluviar casi siempre lo hacía con ocasión de fuertes tormentas.

Llovía a intervalos, lo mismo dejaba que empezaba al rato si cabe con más fuerza aún. Como la lluvia parecía que iba a durar más tiempo, Perico aprovechó una pausa y dio las buenas noches dirigiéndose a la casa del tío Blas a descansar. Ellos aún estuvieron un rato más sentados al lado de los rescoldos de la lumbre, levantándose cuando oían la lluvia con fuerza, pegando esta vez las gotas fuertemente sobre el cristal de la ventana que parecía que iba a saltar en mil pedazos. Tenían toda la noche para ellos, no tendrían que madrugar luego podían trasnochar lo que quisieran; allí se encontraban muy bien los dos juntos, observando la noche taladrada por millones de gotas de agua y el silencio roto por el fragor de la lluvia y el ruido de la gotas contra el suelo que parecía un espejo de cristal.

Al final la sensación de sueño les fue envolviendo y embriagando y optaron por subir al lecho. Otro día igual al que habían pasado con la misma monotonía y posiblemente acompañados de lluvia y más lluvia haría que el próximo amanecer no tuvieran como compañero a ese sol que colmaba el valle de alegría y luz.

Esa noche, con la compañía del viento que ululaba sin parar y sus gritos desagarrados, con la lluvia que azotaba con rabia el cristal y el marco de su ventana, sellaron su amor. Y como si fuera un milagro lo mismo que el día había tenido una sensación de tristeza, esa noche se llenó de felicidad y gozo, jurando que su amor siempre vencería a los días tristes y grises.

LXI

La semana siguiente, los ojos de los tres habitantes sólo percibieron el cielo gris plomizo y la lluvia a manera de chubascos que caía de forma casi continuada sobre todo el valle. Una niebla alta no dejaba ver las cumbres ni tampoco el fondo del valle desde donde la curva dejaba observar el pueblo de abajo. Se encontraban aislados, encerrados en aquel lugar que ahora parecía una cárcel de color verde tristón. Sólo en contadas ocasiones pudieron salir a la calle, por lo que Chari mataba el tiempo permaneciendo junto a la ventana de la estancia contemplando cómo caía la lluvia sin parar y las gotas de agua se partían en miles al chocar contra el cristal. El valle se encontraba infectado de agua, destellando las piedras de las ruinas de la aldea y las rocas con reflejos de plata al chorrear el líquido elemento que las empapaba.

Sasué pasó también todo el día dentro de la casona, junto a su ama, sentado junto a ella y meneando el rabo cuando Chari le dirigía la palabra. Levantándose cuando ella se movía y volviendo al mismo sitio cuando ella volvía. Algunas veces metía la cabeza entre sus piernas y dormitaba, levantando la cabeza cuando oía cualquier ruido que se escapaba de lo normal.

Luis pasaba el tiempo leyendo alguna novela. Le gustaban los días lluviosos aunque fueran algo tristes, le encantaba sentarse junto a la lumbre que Perico mantenía encendida con un tronco grande de leña de carrasca, aunque la temperatura no era baja, pero dentro de la casona se sentía algo de fresquito y sobre todo de humedad, y leía y leía sin parar, desperezándose de cuando en cuando, alzando las manos y abriendo sus piernas, soltando al mismo tiempo un grito que asustaba al can y hasta a la misma Chari y volvía nuevamente a devorar páginas de su novela, aprovechando cualquier pausa de las inclemencias para salir a la calle y respirar aire puro y contemplar el paisaje que a él le encantaba de esa forma. Allí en la puerta de la casona viendo cómo el valle se empapaba de agua que rezumaba en forma de vapor y que brotaba del suelo, Luis se encontraba inmensamente feliz, disfrutando de toda la libertad que había soñado tiempo atrás. Podía coger la que quisiera de ella, la tenía a su disposición, era suya y nada más que suya y pensaba, mirando a las nubes que no dejaban pasar ni un resquicio de claridad, que en ese momento era el ser más afortunado de la tierra, era otro dios en aquel valle, aunque pensó que algún día todo terminaría. Pero trató de olvidar esos pensamientos malignos que se habían cruzado en su camino y lo consiguió. Pensaba también en su Chari, aquella chica de cristal frágil que se trajo de la gran ciudad y que ahora era de una aleación de oro por sus cabellos, de titanio por su fortaleza y de dureza por estar tallada en el mejor de los diamantes. La sentía como un don que Dios le había regalado para el resto de su existencia, ella era su razón de vida, su amor por el que lucharía cada día para que no flaqueara ni un instante. En ese momento que pensaba en ella mirando donde suponía que estaban las cumbres tapadas por las nubes, se le acercó la chica, le cogió su mano con fuerza y se la apretó con sus débiles dedos mirándose a los ojos sin dirigirse la palabra, sus pupilas al clavárse-

las mutuamente se decían todo lo que se tenían que decir en ese momento, mientras Sasué que era el perro más listo de todo el Pirineo, daba ladridos que no sabían si era de contento o de contento mezclado con celos caninos, lo que hizo que los dos rieran y el perro callara meneando el rabo tal vez por vergüenza.

Perico en esos días lluviosos y tristes tampoco le dio a tiempo para aburrirse. Siempre estaba haciendo alguna cosa, toda su vida había sido así en aquel lugar, el aburrimiento no lo conocía; cuando no estaba arreglando alguna silla, estaba haciendo cuerdas con esparto o, cuando dejaba de llover, salía y se entretenía en coger unos caracoles muy gordos que se criaban cerca de las rocas a orillas del riachuelo y que salían de sus escondrijos cuando el tiempo estaba muy húmedo. Si tenía tiempo y aguantaba la lluvia, probar a ver si pescaba alguna trucha en sus pozas, que él ya sabía dónde se escondían, y desde allí veía la aldea en su totalidad contemplando el penacho de humo que salía de la casona como en tiempos pretéritos en el que muchas chimeneas despedían el humo que daban vida al pueblo y un olor característico al quemarse la madera de roble, pino y sabina. Cuánto le gustaba respirar ese aroma así; cuando no, partía leña para pasar mejor el otoño e invierno próximo para lo cual se dirigía al corral de la casa del tío Blas y con un hacha la iba haciendo pedazos, llamando a Luis para que le ayudara cuando había que partir grandes troncones. Leña no les iba a faltar, la había a montones en las vigas de las casas abandonadas y derruidas.

Cómo se notaba que el viejo era inmensamente feliz en su pueblo de siempre. A los jóvenes les había manifestado que preferiría vivir sólo un año más en la aldea que no diez en el pueblo de abajo, que el contemplar aquel su pueblo con aquellas casas muertas y las pocas que quedaban en pié le daban los ánimos y el vigor necesarios para ir luchando por la vida. Por eso cuando aquel día le dijeron que si quería volverse a la aldea con ellos el corazón le dio un vuelco, desde ese momento la felicidad nuevamente le envolvió.

Esos días lluviosos y lánguidos, sentados en la mesa que había en el centro de la estancia de la casona, comían y cenaban lo que ellos se preparaban. Eran casi autosuficientes y más cuando la huerta empezara a dar fruto. Cada uno al lado de la mesa saciaba el hambre y calmaba su sed con buenos tragos de la bota de aquel buen vino que en aquel recipiente sabía mucho mejor y que llenaba su cuerpo de vigor y de optimismo para ir aguantando los días sombríos que iban amaneciendo.

Y sobre todo por la noche, en la velada, tomando un cafecito con leche y Luis un copita de güisqui, era Perico el que les contaba muchas historias de aquel pueblo, de las vivencias y anécdotas de sus vecinos, como la del pobre Efrén que había muerto hace algunos años, que se lo llevaron a la mili a Zaragoza y se escapó a la semana del cuartel y se vino otra vez al pueblo andando, contándoles que tardó muchos días en llegar y en la misma entrada a orilla del río una pareja de la Guardia Civil lo estaba esperando y lo apresó, llevándolo nuevamente al mismo donde tuvo que realizar la mili completa y unos meses más de calabozo.

Preguntándole al viejo algo sobre dónde hizo la mili, contestó que la realizó en Madrid y a pesar de que no le gustaba nada aquello, no le quedó más remedio que aguantar, pero los meses se le hicieron muy largos. Cuando se licenció, juró

que nunca más volvería a salir de su pueblo y casi lo consiguió a excepción de una vez que tuvo que bajar a Huesca, sin contar las veces que iba a las fiestas de los pueblos de alrededor, pero eso él no las tenía en cuenta.

Cuando terminó, le preguntó a Luis:

—¿Y tú, dónde hiciste el servicio militar?

—Yo no lo realicé. Tuve la suerte de que ese año la mili ya no era obligatoria. Menos mal, porque yo pasaba de soldados y de guerras, y si hubiera ido por fuerza lo mismo hubiera desertado como ese Efrén del que nos has hablado —le respondió Luis.

—Joder, qué suerte, macho. Qué suerte los jóvenes de ahora. Aunque antes se decía que el que no hacía la mili nunca llegaba a ser un hombre del todo — le contestó mientras se lamentaba el viejo, ya que el no tuvo otro remedio.

—Chari ¿soy un hombre del todo o me quedo a medias? —le preguntó a la chica entre risas

—Tú sin mí no eres nadie —le dijo la chica, riéndose ella y el viejo al mismo tiempo, mientras el perro emitió un sonido parecido a un gruñido.

Allí, contándose cosas, pasaban la velada, hasta que los ojos empezaban a nublarse pidiendo el sueño reparador esperando que el día siguiente cambiara. El maldito tiempo parecía más bien de otoño y no les dejaba degustar el pleno verano de ese mes de julio que pronto se les escaparía.

TERCERA PARTE

LXII

El mes de agosto empezó tórrido, con ese calor que en el Pirineo abrasa, cuece y asa por todos los lados y que sólo se puede combatir poniéndose a cubierto en las extensas sombras de sus bosques o al resguardo de los muros de la casona. La vida seguía igual de monótona, pero al mismo tiempo igual de feliz. Llevaban ya varios días que el tiempo no había cambiado lo más mínimo. Los días eran calcados unos a los otros, con el cielo azul sin una pequeña nube, como si hubieran desaparecido para siempre o porque las altas cumbres no las dejaran pasar, el caso es que el valle estaba reluciente, con el riachuelo bajando gran cantidad de agua cristalina que seguía emitiendo ruido al chocar contra el fondo y las piedras, que parecían palabras entremezcladas como si tuvieran un significado.

Chari a veces se bajaba a la orilla del río y en el sitio de más desnivel de la corriente se sentaba y escuchaba sus sonidos. Le encantaba oírlos, y hasta parecía entenderlos algunas veces, como si le quisieran decir algo y ella aguzaba el oído más y más, se pasaba allí minutos y minutos con Sasué que ya había pasado la frontera de perrito para ser un perro adulto, hasta el ladrido le había cambiado de tono y que retozaba por alrededor husmeando.

Otras veces, se marchaba a la ladera de la montaña y cogía gran cantidad de flores para confeccionar tres ramos. Dejaba uno en el interior de la ermita junto a la Virgen. No dejaba que se marchitara, cambiándolo antes. Otro ramo lo depositaba en el pequeño cementerio, en la tumba de los familiares de Perico, y éste se daba cuenta de ello las veces que visitaba la tumba y el viejo le daba las gracias y ella sabía que era por el detalle de las flores. Y otro lo tenía en la casona dentro de un jarrón.

Una tarde de los primeros días de agosto, Chari y Luis le dijeron a Perico que se iban a la montaña a dar un paseo, proponiéndole que les acompañara. Les contestó diciéndoles que no, que se fueran ellos, que él se quedaría por allí haciendo cosas. Así pues prepararon una mochila con bocadillos y por el camino, que subía paralelo al río, se alejaron de la aldea acompañados de Sasué que retozaba loco de alegría y ladraba como un perro poseso. Cogidos de la mano saboreaban el panorama y a sus ojos no les daba tiempo, como si de sus paladares se tratara, degustar el paisaje que surgía por cualquier lugar que sus miradas dirigieran, la verdad es que vivían en un paisaje único. Pues donde estaban era un paraíso, aquello estaba virgen, quizá algún sitio por donde caminaban sería la primera vez que lo habría pisado gente. La aldea ya se divisaba pequeñita, clara, sin ningún reflejo, y a su lado, bordeándola un hilillo de agua que parecía estaño recién fundido. Eso sí, las altas montañas quedaban mucho más arriba, las cumbres que cuanto más subías más altas estaban y que parecían que no tenían fin alguno.

El bosque los iba cubriendo, cada vez era más espeso y el camino más estrecho e iban saltando de roca en roca, teniendo que darle la mano Luis a su chica

alguna vez para poder remontarlo. Esta vez querían llegar a algún ibón y ver sus aguas inmaculadas.

Cuando llegaron a lo alto de una colina, desde la cual se observaban más colinas y entre ellas esos pequeños lagos de color azul oscuro, eligieron uno, el más cercano para visitarlo, Desde ese momento ya no había camino. Tuvieron que improvisarlo ellos, se apropiaron de un palo cada uno para apoyarse y emprendieron la marcha por un lugar por donde ya la altura no dejaba crecer ningún árbol, sino arbustos pequeños. Tuvieron muchas veces que agarrarse de la mano para protegerse, mientras Sasué saltaba como si fuera un ciervo por entre las rocas, riéndose los jóvenes cuando le vieron caer por haber pisado mal una piedra, ladrando con genio.

Poco a poco fueron llegando al ibón. Daba la impresión de que era pequeño desde arriba, pero conforme se acercaban se iba haciendo muy mayor. Cuando llegaron, se quedaron sorprendidos. El agua era muy azul y no dejaba casi ser traspasada por la vista, era inmenso y al meter las manos en el agua, Chari dio un chillido, el agua estaba helada. Era una maravilla estar allí, aquello era un milagro de la naturaleza, hicieron fotos desde todos los ángulos y allí merendaron sentados en una roca echando unos tragos de la bota que Perico les había metido en la mochila sin ellos enterarse. Y por eso Luis pensó al subir que la bolsa pesaba mucho para lo que llevaban.

Estuvieron un rato por allí viendo los picos que circundaban aquello. Sin duda deberían ser tresmiles o poco les debería faltar. Era una delicia estar los dos solos, contemplando el vasto paisaje, como una medicina para sus vistas y sobre todo para sus mentes. Aquella sensación de belleza, paz y libertad sin duda les curaría todo, hasta sus almas si tuvieran alguna mancha.

Mientras, Sasué aparecía y desaparecía entre las rocas y jugaba como si fuera un niño y les ladraba de vez en cuando como si quisiera contarles lo bien que se lo estaba pasando.

Cuando ya llevaban un rato al lado del ibón[5] azul oscuro, pensaron en regresar y así lo hicieron, desandando el camino andado hasta volver al punto de partida. Allí, en lo alto de la colina donde se divisaban varios ibones azules, con la respiración entrecortada por la fatiga, se sentaron para reponer fuerzas mientras contemplaban la diminuta aldea perdida y olvidada en todo aquel valle, sintiéndose ambos orgullosos de que fueran ellos los únicos que la poblaban.

Nuevamente iniciaron el regreso, internándose al poco tiempo entre el amplio follaje de la selva virgen que sólo era roto por un camino muy estrecho que bajaba hasta el fondo del valle. A Sasué lo tuvieron que llamar dos veces pues se quedaba olisqueando todo lo que para él era completamente nuevo y aparecía al momento cerca de ellos meneando el rabo.

Descansaron nuevamente sentados en una roca que asemejaba a un sillón y allí Luis besó a Chari repetidas veces, con ella se sentía el más feliz del universo, al lado de aquella belleza por dentro y por fuera, su novia era un ángel y él se lo

[5] Lago del Pirineo aragonés.

expresaba con mimos, abrazos y besos, y Chari le respondía completamente enamorada.

Lo que tuvo que pasar pasó porque ellos así lo decidieron. El amor inundó todo el valle y el sol no quiso traspasar el horizonte hasta su culminación. Por eso eran los reyes del valle y el sol los inundó de la luz del atardecer como un homenaje. Hasta Sasué desapareció en esos momentos, no queriendo robarles su intimidad.

Cuando se aprestaron a bajar nuevamente hacia la aldea, Chari preguntó:

—Oye, Luis, mira que si me quedo en estado, ¿tú que me dices?

A lo que respondió Luis mirándola:

—Ojalá, Chari. Ojalá Dios nos conceda ese don. Ya ves, sería nuestro hijo concebido en la montaña. Pues podría ser ¿porqué no?

Siguieron andando mientras cada uno por su lado pensaba lo mismo, que sería maravilloso tener un hijo en aquellas montañas, aunque no se daban cuenta de las consecuencias que eso podría acarrearles.

No se separaban de sus manos y se la apretaban con fuerza en algunos momentos. El milagro tendría que pasar, debería ser así, debía estar escrito, no podía ser de otra forma.

Cuando la tarde llegaba totalmente a su fin y sus luces las estaban masticando las tinieblas de la noche, llegaron a la aldea y encontraron a Perico nervioso pensando que algo les había podido pasar, quedando más tranquilo cuando los vio regresar. Claro que algo había pasado, pero Perico no lo sabía.

LXIII

Había llegado el domingo lleno de luz y color. Parecía más reluciente que un día cualquiera. El sol, al remontar las cumbres más altas, regaló toda la fuerza de su luminosidad que recogió todo el valle, haciendo que los tonos de los infinitos verdes que cegaban los ojos, aún se acrecentaran más.

Los tres se aviaban para bajar al pueblo, cantando una canción distinta, cada uno a su aire y Sasué al oírlos comenzó a ladrar fuertemente. Saliendo Perico a la puerta para ver qué pasaba, callándose el can a continuación, limitándose desde ese momento a pasear en una y otra dirección olisqueando todo lo que encontraba.

Bajaron al pueblo y se dirigieron directamente a la iglesia donde aparcaron el auto. La gente se dirigía arreglada a misa, saludándolos al llegar y comentándoles lo bien que lo pasaron el día de la fiesta en la aldea.

En el atrio de la iglesia, junto a un olmo viejo y enfermo, Luis y Perico esperaron a que dieran las doce y Chari pasó dentro para ensayar las canciones litúrgicas con las demás chicas y chicos del coro que ese día ocuparían un lugar a la derecha del altar. La chica disfrutaba con ello, recordando cuando también ella cantaba en el coro de la iglesia de su barrio. Con su cara de niña no sobresalía de la juventud de sus acompañantes. Parecía una más de ellas, sólo la distinguía su cabellera rubia y ondulada.

Afuera, Luis y Perico conversaban con los hombres del pueblo que hacían tiempo a que empezara el acto y que se habían acercado a la plazuela. Comentaban sobre el buen tiempo que llevaban disfrutando, que les parecía raro que en muchos días no hubiera aparecido alguna tormenta, a lo que Perico les hizo saber que no muy tarde vendrían y fuertes. Tomó nota Luis sabiendo que el viejo no se equivocaba.

Sasué se encontraba allí y ya sabía que se tenía que quedar fuera, cosa que hizo sin tener que rogarle, sentado y dormitando en la misma puerta del recinto, meneando el rabo cuando alguien que llegaba tarde le veía pasar.

En el interior de la iglesia se estaba muy bien, hacía un fresco muy agradable y aunque a Luis le cansaban las misas, le parecían muy tediosas y sosas y eso no lo podía evitar, ese día le gustó todo, los cantos que interpretó el coro le gustaron mucho, le recordó también cuando de joven iba a la iglesia los domingos por la mañana y un coro acompañado de guitarras no paraba de cantar canciones y también le hizo pensar la charla del cura en la homilía, dijo cosas que le sembraron de dudas, que le hicieron meditar, no como otras veces que al minuto del rollo se perdía y no entendía nada.

De cuando en cuando, como la tenía enfrente, miraba a Chari que estaba ensimismada con sus cantos y esperaba no apartando los ojos de ella hasta que la joven se daba cuenta y sin dejar de cantar le dedicaba una leve sonrisa.

Cuando llegó el momento de darse la paz todos los asistentes, Perico extendió la mano para tendérsela al joven, este aparte de apretarle la mano se fundió

con él en un abrazo que llegó a emocionar al viejo Perico, bajando también del altar Chari que dio un beso a los dos.

Al terminar la misa, subieron como siempre hacía al bar del pueblo que estaba lleno y con mesas en los soportales del exterior que se resguardaban del sol ardiente que picaba como si hubiera fuera un enjambre de abejas. Mientras el perro, que siempre se hallaba en la plaza y que esta vez se encontraba en una columna a la sombra, al oler la presencia del perro forastero, se levantó de un salto y fue a olisquearlo, haciendo Sasué lo mismo, iniciando una serie de juegos que no dejaron hasta que se fue nuevamente a la aldea.

Se sentaron en una de las mesas que quedaba vacía, saludando a todos los presentes que ya disfrutaban de cerveza fría y espumosa en cantidades industriales, no quitando la mirada de Chari la cual los saludaba también muy cariñosa, diciéndole Perico a uno que se iba a quedar bizco, riéndose los demás acompañantes de la mesa.

Luis pidió una jarra grande de cerveza porque estaba seco y el viejo y Chari dos cañas y también pidieron unos calamares recién fritos que les supieron a gloria, ya que no podían hacerlo hasta los domingos cuando bajaban al pueblo.

Luis estaba allí muy a gusto. Se tomó una segunda jarra que también le supo a gloria y charlaba con los acompañantes de las mesas colindantes. Con esos momentos había soñado muchas veces cuando la idea de escaparse a las montañas rondaba por su cabeza, eso era lo que le llenaba de verdad y ahora lo tenía al alcance de la mano, se hubiera quedado allí mucho más tiempo, pero había que subir nuevamente a la aldea y preparar la paella con pollo para la comida y además tenía mucha hambre.

Antes de irse, Chari fue a despedirse de Alicia a la cual dio un abrazo muy fuerte, diciéndole la dueña del bar que la envidiaba y que si le salía un novio se iría también a vivir a la aldea, comenzando las dos a reír.

El vehículo subía lentamente por el camino hacia la aldea. El pueblo de Serrabe poco a poco iba quedando abajo, como si fuera el último punto de la civilización, como si donde se dirigían fuera una especie de destierro. Y sin embargo ellos, los ocupantes, lo veían de distinta forma. A donde se dirigían era el paraíso, su morada, su independencia; en fin, su vida y su libertad que la usaban todos los días hasta emborracharse de ella. Hasta Sasué lo notaba, sobre todo cuando llegaron a la plazuela y bajó del auto iniciando carreras para todos los lados y con gruñidos que sin duda eran de alegría.

Inmediatamente se pusieron manos a la obra. Perico encendió la lumbre, y Chari y Luis prepararon los ingredientes de la paella que pensaban hacer. Hicieron tajaditas el pollo, picaron el tomate y cortaron las judías verdes, y en un momento ya tenían la paella en el fuego calentando el aceite. Al mismo tiempo fueron poniendo la mesa y lo hicieron dentro de la casona, ya que en la calle el calor apretaba muchísimo y el sol en esos momentos caía de plano, allí dentro de la casa estarían la mar de bien.

Estaban ya muertos de hambre, así que Luis se dirigió al sotanillo y se trajo tres botellas de cerveza y para engañar al maldito apetito, tomaron una lata de

almejas y el rubio líquido mientras la paella iba haciéndose lenta y uniformemente a fuego lento e iba dejando un aroma en la estancia que les hacía no quitar los ojos de ella.

La paella les supo riquísima, regada con cava, uno de los que le trajo su padre a Luis en la última visita a la aldea. Allí, entre trago y trago y con las burbujas fresquitas bajando por sus gargantas, dieron buena cuenta de la misma. Hasta Sasué al que le iban echando al suelo los huesos y alguna tajada de pollo y algo de arroz que también comió. Al final abrieron un melón y tomaron unas rajitas que les supo a gloria, terminando la comida dominical con un café y un güisqui que dejó sus cuerpos listos para ir a echar una siesta.

Luis se excusó y subió las escaleras para irse al catre, se echó en la cama con la ayuda del sopor y tapándose con una sábana quedó traspuesto en dos minutos. Mientras tanto Chari aun teniendo algo de modorra, cogió una cesta con los cubiertos y platos y bajó al riachuelo, e inmediatamente se le pasó al notar el agua fresquita que venía de lo alto. Acompañada del perro dejó todos los cacharros relucientes y los puso al sol para que se secaran. Llamó a Sasué y juntos dieron un paseo al lado del río. Le apetecía andar oyendo los susurros del agua al chocar y deslizarse curso abajo.

Cuando subió otra vez a la casona, Perico se encontraba junto a la puerta de entrada sentado en una silla y recostado contra la pared. Se había puesto un sombrero en la cabeza que hizo que le tapara su rostro completamente. De esa forma dormitaba y hacía un ruido parecido a unos ronquidos continuados muy débiles.

Mientras los hombres de la casa descansaban, Chari se entretuvo en planchar la ropa que tenía guardada en una canasta y así pasó un corto espacio de tiempo. Cuando estaba a punto de terminar, entró el viejo extrañándose de que no se hubiera echado también la siesta, contestándole la joven que lo había pensado pero cuando se decidió ir a fregar, allí al contacto del agua fresquita se le pasó la gana.

El viejo le preguntó a continuación si quería acompañarle a coger frutos silvestres al bosque y así podrían hacer una tarta y también mermeladas, a lo que Chari contestó que estaba deseando. Siguió diciéndole Perico que después de la semana de lluvias y los días de sol que estaban disfrutando deberían estar en su mejor momento de madurez.

Cogieron una cesta pequeña y se dirigieron al monte. Cuando salían por la puerta Sasué, que intuía por dónde se disponían a ir, empezó a retozar iniciando una carrera veloz hasta el puente que cruzaba el río. Dejaron a Luis descansando en el dormitorio; imaginaban por experiencia que cuando se echaba la siesta sabían cuándo la iniciaba pero no cuándo la terminaba pues caía como un saco. Cuando lo hacía, por la noche, como no tenía sueño, no quería quedarse solo allí en la puerta y les rogaba que le hicieran compañía.

Se internaron en el bosque que tenían frente a la aldea, siguiendo una pequeña reguera que bajaba de arriba de la cumbre. Pronto el viejo le enseñó donde estaban las fresas salvajes, las frambuesas, las moras, vieron algún guindo y algunos arañones, y no tardaron mucho en ir llenando la cesta de esos frutos vírgenes

que el bosque les proporcionaba. Chari disfrutaba como nunca, probaba las frambuesas y las fresas y alucinaba del sabor dulce que inundaba todo su paladar. Habrían cogido todas las que quisieran, las había por todas partes, pensando la chica que si sus familias estuvieran allí se llevarían una buena cesta, con lo que le gustaban las fresas a su mamá. Entonces Perico le dijo que él y su mujer muchos días también se internaban en el bosque y cogían los frutos que la montaña proporcionaba en la misma cesta que ahora estaban llenando.

—¿Sabes, Perico, cuándo vamos a hacer una tarta de fresas?: El día de mí cumpleaños que será el próximo sábado. Tú me enseñarás ¿verdad? —le preguntó Chari llena de ilusión.

—Claro, pequeña, con mucho gusto haremos lo que tú digas. Ya estoy deseando que llegue ese día —le contestó Perico al que le brillaban los ojos al responderle.

Luis se levantó de la siesta ya entrada la tarde, con los ojos hinchados, harto de dormir. Su novia no se explicaba cómo podía dormir de esa forma, y así se lo hizo saber. Él le contestaba con guasa que era completamente libre, que hacía lo que le daba la gana, que usaba de toda su libertad.

—A ti te iba yo a dar libertad, gandul. Ahora mismo te voy a dar una tarea para que no seas tan libre. Vas a coger las garrafas de plástico y bajas al río para llenarlas, ¿me has oído? —le contestó disimulando enfado la chica.

—A tus órdenes, alcaldesa, haré lo que tu digas —le contestó con sorna llevándose la palma de la mano a la sien.

Dicho y hecho, cogió cuatro envases de plástico e hizo una serie de idas y venidas al riachuelo hasta que las llenó de agua, con una fuerza y un afán digno de admiración. Entonó unas canciones muy destempladas y que al parecer hacía a propósito y que se oían en todo el valle, mientras Perico y Chari lo observaban riéndose sentados en la puerta.

Por la noche, pasaron la velada en la puerta de la casona, con la compañía de millones de estrellas en una noche más negra que nunca, donde la luna les había abandonado y sólo los puntitos de las lucecitas que inundaban el cielo que parecían que les miraban miles de ojos; les decía en dónde terminaba y empezaba el firmamento, ya que se confundía totalmente con las montañas. El cielo estaba inigualable no le tenía nada de envidia a las noches de luna llena.

Cenaron unos huevos fritos y patatas acompañados de unos trozos de jamón, regado con vino de la bota y hablaron y hablaron, siendo Perico la voz que más se oía en el silencio de la noche, que asemejaba a una voz cavernosa que producía el inmenso valle y que retumbaba en miles de ecos, contándole miles de historias de aquella aldea y que conservaba en su mente como si fuera una enciclopedia.

Vieron pasar los mismos aviones por la misma ruta y exactamente a la misma hora. Cuando llegaba el minuto que preveían que tenía que aparecer, miraban a las estrellas por entre las cuales debían pasar como si fueran unas más y ¡oh, milagro! en un momento determinado aparecían las estrellas que se apagaban y encendían y recorrían todo el cielo que cubrían sus ojos hasta que desaparecían por la otra parte.

Luis, como era de prever, no tenía ni pizca de sueño, y los quería retener allí todo el tiempo posible. Hasta que Perico se levantaba de la silla, decía buenas noches y se introducía para la casa del tío Blas. Al momento Chari le dijo que se iba a dormir, que ya estaba rendida, contestándole Luis que él iba a permanecer allí un ratito más que hacía muy buena noche y que leería un poco, ayudado por la luz que daba la farola. Se dieron un beso y Chari desapareció por la puerta seguido por Sasué que no la dejaba nunca.

LXIV

Los últimos días del tórrido mes de agosto, en el que un cielo azul, inmensamente azul, sin ser manchado ni mancillado aunque fuera por una leve brizna de pequeña nube blanca había iluminado el firmamento. Ese día de buena mañana dio paso a un cielo con nubes que asemejaban a montones de algodón recién cosechado y que sólo dejaban entre las mismas pequeñas rendijas de un azul que inmediatamente desaparecía y asomaba por otro lugar. Casi con toda seguridad como había pronosticado el viejo, al asomar la tarde empezaría a cambiar de color albo a tornar a un cielo de algodón muy manchado, como si se hubiera restregado en el cieno. Como si el cielo y la polución de todas las ciudades hubieran manchado los copos del algodón virgen y con absoluta seguridad las mismas nubes protestarían haciendo ruidos parecidos a explosiones y derramarían lágrimas en abundancia.

Perico, aunque se le habían pegado las sábanas, cosa rara en él, se levantó el primero, como casi siempre, y se entretuvo en preparar el desayuno. Pensó que con el ruido que estaba haciendo en la planta de abajo pronto tiraría de la cama a sus vecinos, cosa que así sucedió. A los pocos minutos fueron apareciendo; primero Luis con los ojos a medio abrir y que bajaba restregándose, y al momento dando ladridos de alegría Sasué seguido de la chica aún con el pijama puesto y saludó a los presentes:

—Qué, Perico, que hoy te has dormido, tunante. Yo pensaba que ya estaba el buffet encima de la mesa. Anda que el criado que nos hemos echado... Vaya bartolo que estás hecho —le dijo con guasa Luis, contestándole con más guasa aún el viejo:

—Tú, jamelgo, lo primero que tienes que hacer es limpiarte los ojos que los tienes llenos de legañas. Y después lávate la boca que no se te entiende lo que dices, so zamarro. No te digo, el señor marqués este. Estamos arreglados, ¿y con este legañoso vas a tener el valor de acostarte todas las noches de tu vida? —terminó mirando a Chari.

Chari empezó a reírse a carcajadas. Le hizo gracia la reacción del viejo de la casa, y le dijo a su novio:

—Toma, donde las dan las toman. ¿No querías guerra? pues ahí la tienes. No te está mal empleado. Aprende para otra vez.

La mañana estaba preciosa con las nubes blancas que no podían estarse quietas, como si alguien con unas grandes manos se encontrara amasándolas. Como hacía una temperatura muy agradable, decidieron salir a la puerta a desayunar. A todos les gustaba realizar las comidas, cuando podían, fuera de la casa. Les encantaba hacerlo allí, en plena naturaleza, contemplando la belleza que el valle les proporcionaba.

Luis, con el fin de congraciarse, no dejó que nadie le ayudara y sacó todos los cubiertos y los alimentos fuera. Mientras Chari, aún con el pijama puesto, jugaba por la placetuela con el perro. Este daba saltos queriéndole quitar una pañue-

lo que ella portaba en la mano y que lo agitaba de arriba hacia abajo. También tirándole una pequeña pelota de plástico que Sasué cogía con su boca y se la devolvía otra vez y se ponía con sus patas delanteras tiesas y extendidas y con sus ojos no quitándolos de los de ella y pidiéndole con gruñidos que se la tirara otra vez.

Almorzaron los tres juntos, entre bromas y risas. Luis, al terminar el café, dijo que tenía más hambre y que le apetecía tomarse un bocadillo de chorizo y así lo hizo, acompañado de la bota a la cual apretaba en el lomo para que el líquido morado cayera con más fuerza y así rebotara en su paladar. Pues eso le gustaba hacer, al mismo tiempo hacía como si masticara el vino. Siguiendo con su mirada esos momentos y ritos, el viejo lo observaba porque le hacía gracia lo que el joven hacía.

Cuando recogieron todo, el viejo le dijo a la chica que le tenía que ayudar para hacer magdalenas y pan y que más tarde asarían un conejo grande que él mismo había cogido dos días antes. Chari asintió encantada.

Luis, por su parte, les dijo que marchaba al pueblo para hacer una compra, aunque él sabía que aparte llevaba otras intenciones. Pero no se lo diría, sobre todo a su novia. Lo debería mantener en secreto, le haría más ilusión el día que llegara. Perico se empeñó en que él pagaba todo ese día y aunque Luis se negaba, el viejo era muy tozudo y cuando se ponía así no había nada ni nadie que le hiciera cambiar.

Cogió el vehículo y se encaminó a Serrabe. Al dar la curva que hacía de frontera entre un pueblo y otro, miró a la aldea y le gusto verla. Allí se encontraba en mitad de la ladera con sus pocas casas aún en pie, pero al mismo tiempo, la coqueta aldea donde vivía, donde hacía uso de su libertad, gozando de su libre albedrío como nadie. Tenía su autonomía propia, era el rey del valle y era más libre de lo que se había imaginado en sus pensamientos cuando caminaba por las calles de Barcelona.

Dejó el vehículo en la plaza donde el perro, al notar su presencia, caminó hacia él, saludándolo; a lo que el perro meneó su rabo y empezó a sobarse entre sus piernas no dejándole andar.

Marchó al pequeño supermercado y compró todo lo que les hacía falta para unos días. Preguntó a la dueña si existía en el pueblo alguna tienda donde pudiera adquirir unos pendientes, la señora contestó que en la mercería de la calle paralela seguramente los encontraría y muy bonitos. Dio las gracias y se encaminó a su coche para dejar las bolsas.

Pronto encontró el establecimiento. Era otra calle estrecha que salía también de la plaza.

—Buenos días, señora ¿cómo estamos? —saludó cortés Luis.

—Muy bien, vecino del pueblo de arriba, ¿qué le trae por aquí? —le contestó la señora desde detrás del mostrador.

—Pues mire, ver los pendientes que tiene. Quiero regalarle unos a mi novia, pues cumple años el sábado y le quiero dar una sorpresa.

Sacó una especie de muestrario y Luis los observó, encaprichándose de unos grandes, dorados, con piedras de color azul. Grandes porque a él le gustaban, porque siempre que le había regalado pendientes, lo hacía gustándoles a él.

Se los puso en una cajita y envolvió con un papel parecido al charol sobre el cual la dependienta le puso una etiqueta con la inscripción de "Felicidades".

—¿Cuánto le debo, señora? —preguntó.

—Pues mira, valen 25 euros, pero por ser para ti te los voy a dejar en 20.

—Gracias, señora, se lo agradezco de verdad.

Cortésmente se despidió Luis, metiéndose la cajita en el bolsillo y marchándose contento hacia la plaza.

Pasó al bar y saludó a Alicia que se encontraba detrás del mostrador algo aburrida.

—Buenos días, Alicia —la saludó Luis.

—Buenos días, Luis, ¿te has escapado? —saludó preguntó la chica.

—Pues mira, en cierto modo sí. Te lo voy a contar, he bajado a comprar un regalito a Chari que se hace un año más vieja el próximo sábado.

—¡Jó!, qué galante eres, eso sí que es un novio. Ojalá tuviera la suerte de que me regalaran a mí también unos cuando yo los cumpliera. Qué suerte tiene Chari, la envidio —contestó con cierto aire de tristeza mirando a los ojos del joven.

Luis tomó una cerveza, ya que el pan con chorizo le había abierto la sed, y despidiéndose de Alicia emprendió la marcha nuevamente para su destierro donde reinaba la libertad como él mismo decía muchas veces.

Sasué lo recibió con ladridos de alegría, lo que hizo que salieran a la calle Perico y Chari. Tras comprobar que se trataba de Luis, se metieron nuevamente para seguir con sus tareas en el horno.

El joven se sentó en la puerta de la casona y se dispuso a leer la novela que ya tenía casi terminada, mientras las nubes seguían con un movimiento parecido al de la mañana.

Conforme la tarde avanzaba, las nubes iban adquiriendo un color oscuro, amenazador. Un viento fresco que bajaba desde las montañas soplando desafiante, retaba a los moradores del valle. Una tormenta sin duda se iba gestando, amasando; el cielo asemejaba la caldera donde iba cociendo lo que acontecería pasado un rato. Sin embargo Luis y Chari estaban disfrutando de ello, les gustaba a los dos las tardes como aquella, sabiendo que en el valle, se encontraban seguros, protegidos. Pero esa tarde era una tarde especial, la atmósfera estaba para pocos amigos. Ellos, sin ser unos conocedores del valle, notaban que la tormenta que se avecinaba no tenía muy buenas intenciones.

Perico salía a la puerta a menudo y miraba al cielo, después meneaba negativamente la cabeza, cosa que alarmó a los jóvenes, preguntándole Luis:

—¿Qué me dices, Perico?, ¿cómo ves la tarde?

—Pues siento deciros que no la veo nada bien; más bien mal. Viene con ganas de guerra la dichosa tormenta. Aún pasarán una o dos horas, pero al final descargará a tope y con ruido —contestó el viejo con todas las de la ley.

Aún no había terminado de hablar, cuando el ruido de un automóvil resonó en lo profundo del valle y al unísono miraron todos a la curva que hacía de frontera. Apareció un auto que subía despacio hacia la aldea, ¿quién sería con la que iba a caer?

Aparcó en el puente, lugar donde terminaba el camino y bajaron tres jóvenes con mochilas mirando al cielo. Llegando en ese momento Luis y Perico, sorprendiendo a los visitantes que no se esperaban a nadie por allí.

—Buenas tardes tengan ustedes, ¿viven aquí? —preguntó uno de ellos.

—Has acertado, somos vecinos de esta aldea, ¿qué se os ha perdido por esta zona con lo que va a caer? —le respondió Luis

—Pues miren, veníamos a practicar montañismo, concretamente a escalar el pico Ibonel, pero parece que no hemos escogido los mejores días, ¿no es cierto? —siguió preguntando el primer interlocutor.

—La verdad es que sí, no está la tarde para muchos amigos —contestó esta vez Perico.

Les invitaron subir a los tres a la casona, cerciorándose en ese momento de que uno de los tres acompañantes era una chica, cosa que agradecieron.

En la plazuela salió a recibirlos Chari, presentándose todos. Quedaron extrañados los visitantes por la presencia de la misma, explicándoles a continuación Luis los pormenores y el porqué de su estancia en el lugar.

Perico viendo cómo se presentaba la tarde, les preguntó lo que iban a hacer.

—¿Os habéis dado cuenta de cómo está el tiempo? ¿Qué habéis pensado hacer?

—Habíamos pensado subir un rato y acampar y acometer el pico mañana por mañana —contestó.

—Yo en vuestro caso no lo haría, puede ser muy peligroso. La tormenta que se avecina va a ser de órdago, como ésta que viene han caído pocas en el Pirineo. Yo os aconsejo que la pasarais bajo cubierto. El tiempo no está para bromas y os lo digo yo, que llevo viviendo en este valle desde que nací —dijo el viejo tratando de convencerlos.

—Si lo dice Perico, hacedle caso. No hay nadie que sepa más de estos contornos —dijo Luis, siguiendo, —así que coged el auto, lo subís aquí a la plaza y luego ya veremos cómo os acomodamos.

—Les hacemos caso, pero no queremos molestar. Acamparemos cerca del puente —dijo uno de ellos.

—No molestáis nada. Es muy peligroso acampar fuera, dormiréis dentro de la casa y no se hable más —contestó Luis con autoridad.

Los tres jóvenes lo agradecieron, y más cuando miraron nuevamente al cielo y vieron la cara de pocos amigos que traía la tarde. Así que uno de ellos bajó al puente y regresó en el coche, dejándolo aparcado junto al de Luis.

Descargaron las mochilas, las colchonetas y las mantas y las introdujeron en la planta baja, ofreciéndoles Perico un café, algo que agradecieron.

La tarde fue oscureciéndose muy rápidamente. Las nubes negras negaban la luz al valle envolviéndolo de un color gris inquietante. En los altos de las cum-

bres, incluida la montaña que querían subir los forasteros, empezaron a surcar pequeños relámpagos que saltaban de pico en pico, como presagio de que lo que poco después acontecería.

Dentro de la casa los seis, mientras charlaban y tomaban café, esperaban el momento en que empezaría la temida tormenta que caería sin piedad sobre el valle. Entretanto Chari, acompañada de la otra chica llamada Lucía, salió a la puerta de la calle y contemplaron el rostro de la tarde que parecía que se había vestido de luto. Aún así, la tarde estaba preciosa. Esos momentos de espera al mismo tiempo de deleite, la tormenta se hacía dueña de la situación y envolvía al valle de una luz y un aroma que embriagaba, y sobrecogía.

En un momento determinado, el valle tembló como si un terremoto con epicentro en el centro del mismo se hubiera producido. Chari y Lucía fueron testigos, el cielo se iluminó de repente inundando el valle de una claridad intensísima como si mil soles estuvieran alumbrando al unísono. Al mismo tiempo, un trueno desgarrador con el sonido de mil bombas explotando, sobrecogieron a las dos jóvenes que se introdujeron en la casa muertas de miedo.

A partir de ese momento, el valle parecía que se había convertido en un campo de batalla. Los truenos y relámpagos no daban un respiro, sonando por todos los sitios y los rayos caían por doquier. Todo ello acompañado por ráfagas de lluvia que caían con mucha fuerza. Parecía que el cielo se había vuelto loco, en un momento el cielo había tornado a un gris plomizo el cual despedía lenguas quebradas de luz y fuego.

Perico observaba detenidamente desde la ventana y pensaba que había visto pocas como aquella, pero no lo quiso decir. No quería alarmar a sus jóvenes acompañantes, que ya lo estaban bastante. De todas formas vio que aun cayendo mucha agua, no pasaba de lo normal, le daba más respeto la cantidad de rayos que estaban cayendo sobre el valle. Era espectacular pero le infundía mucho respeto, ellos no corrían ningún peligro aunque en ese momento se acordó cuando hace ya muchísimos años la pequeña torreta de la iglesia fue destruida por un rayo.

El resto de la tarde fue una sucesión de truenos, relámpagos y rayos que parecía que no iba a tener fin. Las chicas, con cada explosión de un rayo, se convulsionaban como poseídas por el pánico. Aunque Perico las tranquilizaba y ellas se reían nerviosas con la cual se quisieran serenar, algo que no consiguieron, Luis y los otros forasteros miraban al exterior serios aunque el miedo seguro lo llevaran por dentro, aparentando estar tranquilos.

El fragor de la batalla se fue apaciguando poco a poco. El rescoldo de los relámpagos aun duró un tiempo más, pero ya marchándose por el cielo de Serrabe junto al horizonte. Todos respiraron pues la batalla había sido larga, pero una vez más el valle le había ganado la partida al cielo enfadado, aunque los efectos los comprobarían al día siguiente.

Cuando salieron a la puerta de la calle, la tarde ya había dado paso a una noche más negra que nunca, pero sin embargo preciosa, con el aroma del ozono a raudales que había espolvoreado el valle y hacía que el respirar ese aire. Era como

insuflar toneladas de oxígeno concentrado dando vida durante mucho tiempo a los cuerpos y a las almas de los únicos moradores de la montaña.

Cenaron todos en armonía y conversaron sobre sus vidas en la sobremesa y tomaron una ginebra con tónica, agradeciendo las atenciones que tenían con ellos. Cuando llegó la hora de descansar, Chari y Luis subieron a su cuarto y los jóvenes montañeros se acomodaron en la planta baja, pensando qué hubiera sido de ellos si hubieran plantando las tiendas en aquel lugar. No lo querían imaginar.

LXV

Aún no había amanecido cuando Luis oyó ruido en la planta baja. Se levantó, se asomó a la ventana y miró al cielo comprobando que miles de estrellas lo poblaban. Parecía ser que el día que estaba a punto de llegar sería un magnífico día de verano, se alegró por los montañeros que por el movimiento que se oía abajo era que estaban con los preparativos para emprender la excursión.

Bajó sin hacer ruido para no despertar, siguiéndole Sasué, que parecía entender que debía permanecer callado.

Los montañeros ya se encontraban dispuestos para salir. Perico les había preparado un café con leche. Este viejo valía una mina, pensó Luis, en el caso de que hubiera Dios, seguro que se sentaría a su lado, allí le tendría reservado un sitio.

Salieron a la puerta con ellos. Hacía fresco pero se podía soportar bien. Luis les dijo que les acompañaría hasta las peñas que se veían más arriba y que luego los dejaría solos ante su aventura, porque el ya no se iba acostar otra vez y así haría ganas de desayunar.

Ellos dieron las gracias al viejo y le hicieron saber que por la tarde si no pasaba nada estarían de vuelta. Perico les dijo que contaría con ellos para la cena, dándoles las gracias repetidamente de nuevo los jóvenes.

Al emprender la marcha, por los picos de la derecha empezaba muy tenuemente a clarear. La alborada estaba a punto de llegar y haría que el amanecer en el valle fuera precioso. Empezaron a caminar ladera arriba cerca del río, que bajaba con un sonido limpio y claro, con más agua que el día anterior a consecuencia de las lluvias caídas por la tarde. El agua saltaba de roca en roca, emitiendo sonidos entrelazados que parecían como voces que quisieran decir algo a los caminantes. Divisaron algún pino que se encontraba sesgado y resquebrajado producto del impacto de algún rayo de la tarde anterior.

Al llegar a las peñas, Luis se despidió de ellos deseándoles suerte y que tuvieran mucho cuidado ya que la montaña era muy traicionera. Agradeciendo al joven todo lo que habían hecho por ellos, con buen paso los vio alejarse por la cuesta empinada que se dirigía al comienzo del pico Ibonel que parecía que estaba tocando con su punta el cielo. El Ibonel se perfilaba en medio de las sombras mezclado con la luz que parecía que salía de su interior.

Cuando Luis se encontró nuevamente en la aldea, el valle ya se había cubierto de un color que era idéntico por todos los sitios menos por uno y que era el lugar por donde en muy poco rato aparecerían los primeros rayos de sol. En ese lugar el azul celeste se iba volviendo de un color amarillo que parecía tornar a anaranjado.

Luis se sentó a la orilla del río, a esperar que amaneciera completamente. Sin prisa alguna, tenía todo el tiempo del mundo acompañado de Sasué que también se sentó junto a él. Observó como si las montañas de enfrente fueran a convertirse en volcanes y escupieran lava y fuego desde su interior, el cielo parecía

que iba a explotar por la saturación de un color amarillo que en un momento determinado volvería a convertirse en llamas y quemar el cielo.

Acompañado por la voz del agua que asemejaba a cantos celestiales, esperó hasta que el sol asomase del todo por las alturas y sus rayos inundaran todo lo que veían sus ojos. Se encontraba feliz allí, no le hacía falta más y se hubiera quedado más tiempo, pero el hambre le iba diciendo que era hora de acercarse por la casona e ir preparando el desayuno.

Unos pasos más abajo observó en el río el trajín del viejo con su artilugio empeñado en coger truchas y la verdad, según observó, no se le estaba dando nada mal.

—Coño, Perico, como sigas así, las truchas las van a declarar a extinguir. Como esto llegue a oídos del Ministerio de Pesca, se te va a caer el pelo —le dijo con burla Luis.

—Qué gracioso eres, truhán. Ya verás esta noche qué buenas te parecen. Además, tengo que coger unas cuantas más ya que esta noche tenemos huéspedes. Bueno, toma esto y prueba tú, que yo voy a descansar un rato —le ordenó a Luis.

El viejo se sentó al lado del río y observó a ver cómo se las arreglaba el nuevo furtivo, teniendo éste la suerte de que al instante había prendido una y de buen calibre.

—Joder, Perico, mira. Como esta no has enganchado en tu vida ninguna. Es para sacarle una foto y mandarla al periódico —dijo Luis loco de alegría.

—Tienes razón, es un buen ejemplar. Tienes suerte, pero me has ganado, lo admito. Anda, vamos para la casa a preparar el desayuno y se la enseñas a Chari que no se lo va a creer —le apremió el viejo.

Cuando despertó la chica, bajó y vio colgada allí la trucha. Exclamó:

—Ostras, Perico, qué tiburón has pescado. Con eso comemos todos y aún nos sobra —exclamó Chari.

—¿Pero qué dices, lista? Esta la he cogido yo —le rectificó Luis.

— ¿Tú? Ja, ja, ja. No digas tonterías, estás de guasa de buena mañana —le dijo mientras se reía y miraba a Perico interrogándole.

—Pues sí, aunque no te lo creas ha sido él. Siento decirlo pero la ha cogido en dos minutos —contestó el viejo a Chari que no lo podía lo creer.

Luis todo chulo, se reía a más no poder. Sin duda era su día, seguro que hoy le salía todo bien.

El sol calentó todo el día de lo lindo como si el astro estuviera haciendo horas extraordinarias. Sólo se estaba bien dentro de la casona, protegidos por sus anchas paredes. Sólo a media tarde el cielo admitió una tregua y fue aflojando el chorro de fuego que había despedido durante toda la jornada. Algunas nubes desperdigadas lo iban poblando, haciendo que la tarde se volviera muy placentera.

Chari y Luis fueron a ver el huerto y comprobaron con alegría que algunos pequeños tomates verdes ya colgaban de las ramas de la tomatera desprendiendo un olor que les encantaba. Asimismo las plantas de patata se encontraban muy crecidas y algunas en flor. Algunos melones y sandías estaban saliendo de las flores. La pareja se entretuvo en quitar las hierbas de todo el huerto.

Cuando la tarde declinaba, empezaron a mirar a la montaña, al camino y tratar de percibir cualquier ruido que delatara la presencia o el regreso de los jóvenes montañeros. Sentados en la plazuela viendo cómo el astro rey se iba dirigiendo a su destino diario e iba dejando a sus espaldas las sombras que se iban apoderando del lugar durante muchas horas saturado de luz.

Cuando Sasué emitió un ladrido muy corto y nervioso, comprobaron que había oído algo lejano y al momento oyeron voces a lo lejos que venían de la ladera.

Efectivamente allí se encontraban los tres bajando los últimos metros, con aire cansado pero con su faz radiante de felicidad. Habían conseguido lo que ellos querían: coronar el pico Ibonel.

Sentados al fresco, los montañeros daban buena cuenta de las truchas muy bien cocinadas. Contaron la aventura de la ascensión al pico, contándoles que lo habían escalado sin ningún problema y que ellos mismos también lo podrían hacer porque no tenía mucha dificultad. Desde la cima se veía un panorama para no olvidar, ya que se divisaba gran parte del Pirineo, con el Aneto muy cerca de allí y decenas de picos como el que habían escalado. Luis contestó que a lo mejor algún día les entraba la locura y lo hacían ellos también.

Esa noche prefirieron plantar las tiendas en la pequeña pradera, a la orilla del puente y así lo hicieron. La noche invitaba a pasarla en el exterior, para eso se habían desplazado de excursión a la montaña.

LXVI

El sábado, día del cumpleaños de Chari, había llegado. Por eso, con las primeras luces del día, Perico salió sigiloso de la casa del tío Blas y se introdujo en la ladera, al lado del riachuelo. Se entretuvo en recoger las flores más hermosas y bellas que encontró, así como pequeñas frutas del bosque. Tardó muy poco, ya que había infinidad de ellas por todos los sitios. Regresó nuevamente a la casa, se entretuvo en tejer dos collares de flores, uno para regalárselo a Chari y otro para llevarlo a la tumba de su esposa para rememorar lo que hacía todos los años cuando ella cumplía los años. Aunque esta vez no se lo pondría en su cuello sino que lo dejaría colgado en la cruz que señalaba su morada.

No tardó en tejerlos. Tenía mucha maña porque había hecho muchos a lo largo de su vida. Eran idénticos y tuvo que rendirse ante sí mismo. La verdad es que le habían salido preciosos, que les encantaría a las dos; porque ella, su mujer, lo vería desde el cielo. De eso estaba completamente seguro.

Inmediatamente fue al horno y modeló una tarta de las frutas del bosque que había recogido antes y la puso en el horno. Al poco tiempo ya la tenía dispuesta. También se la regalaría a Chari. Se lo merecía la chica, era como un ángel que habitaba en el Pirineo y que había llenado de vida aquella aldea muerta y olvidada de todos. Hasta de sus propios hijos, de la aldea, que la habían dejado a merced de los vientos y las tormentas que la habían triturado.

Luis se despertó primero como casi siempre hacía. La luz entraba de lleno por la ventana y daba a la habitación una claridad que animaba a dejar las sábanas cálidas y levantarse rápidamente. La chica estaba completamente dormida y ni lo notó; Luis abrió el armario y cogió el regalo que había comprado. Acercándose a su novia le dio un beso en la cara, que tuvieron que ser dos o tres más hasta que la chica se movió y abrió los ojos muy despacio, que se encontraron con los de su novio que la miraba dulcemente.

—Felicidades, mi amor, que cumplas muchos más —le dijo con palabras que destilaban cariño, al tiempo que con ambas manos cogía sus orejas y las estiraba al unísono.

—Gracias, mi amor, y tú que lo veas —le susurró Chari, mientras lo abrazaba y lo colmaba de besos.

—Toma, preciosa, este regalo.

Chari, que aunque todos los años sabía lo que le regalaría, rasgó el papel con nerviosismo y vio los bonitos pendientes con piedra azul que le obsequiaba su novio, abrazándolo nuevamente.

—Gracias, muchas gracias, amor mío, son preciosos. Los guardaré toda mi vida, estos tienen un sabor especial.

Se quitó los pendientes que llevaba puestos y se puso los que le había regalado. Se miró al espejo, brillándole los ojos de alegría cuando se vio reflejada en el cristal.

Sasué mientras tanto, como si tuviera conocimiento, puso sus pies en la cama y empezó a emitir sonidos y pequeños chillidos de alegría. Chari le cogió su

cabeza y lo besó encima. El can, como si fuera una persona, acariciaba su cabeza contra la suya y bajó al suelo mirando a su ama con los ojos fijos y mostrando un cariño en su mirada que hasta imponía.

Se vistieron los dos y bajaron. En mitad de las escaleras se encontraba el viejo portando en sus manos el collar de flores que había trenzado hace poco y que colgó en el cuello de la joven. Con emoción le dijo que cumpliera muchos años y que pasara muy feliz día.

—Muchas gracias, Perico, es muy bonito, precioso. ¿Cómo lo has hecho? Es una maravilla, ¿verdad que sí, Luis? —exclamó Chari mientras miraba tiernamente al viejo y acercándose a él le abrazó y lo llenó de besos, en tanto unas lágrimas caían lentas por las mejillas hasta sus labios.

Perico por su parte, podía contener a duras penas la emoción. El instante le había superado y embargado. Aquellos jóvenes eran su familia, no cabía duda, el regalo que Dios le había hecho con la intercesión de su mujer con la que no pudo tener esa familia deseada.

—He tejido otro para llevárselo a mi mujer. Lo tengo ahí dentro, ¿me acompañáis a llevárselo? —les preguntó el viejo casi rogándoselo.

—Claro que sí, no faltaba más, venga. Va a ser ahora mismo —le contestó la chica, loca de alegría.

—Gracias, muchas gracias —contestó con emoción Perico.

Salieron. Chari luciendo el collar que dijo que no se lo quitaría en todo el día. El viejo portando en la mano el otro, que depositaría en el camposanto. Sasué, como si hubiera adivinado hacia donde se dirigían, tomó el camino del camposanto.

Perico colgó en la cruz el collar de flores y permaneció en silencio un momento. Miró después a los dos jóvenes, lanzándoles una mirada de cariño y a continuación rezó un Avemaría que contestaron con devoción Chari y Luis.

El viejo rompiendo la seriedad de aquel momento, dijo

—Venga, vamos a desayunar y nos echamos un trago de la bota. Hay que celebrar ya, de buena mañana, tu cumpleaños.

Cuando el viejo sacó la tarta de frutas salvajes, que aún estaba calentita y que ponía su nombre encima con moras. Nuevamente salieron a relucir aquellas lágrimas en la chica. En ese momento pensó que no había nadie más feliz en toda la tierra.

La jornada para Chari fue especial. Ese día no lo olvidaría nunca. Jamás olvidaría las atenciones con que la colmaron sus dos vecinos del valle. Ese día fue la reina de las reinas de aquellas latitudes, ese día no lo cambiaría ni aunque hubiera estado en el mejor hotel del mundo.

Decidieron que al otro día se desplazarían a Barcelona como lo habían prometido a sus padres. Se despertarían muy pronto y así aprovecharían el día. Chari estaba loca de contenta, tenía ya muchas ganas de ir a su ciudad, aunque nunca lo decía.

Esa noche se acostaron pronto, a Chari le costó su tiempo dormirse, con las emociones del día y el viaje del día siguiente no lograba conciliar el sueño. Se

puso boca arriba, a través de la ventana miró unas estrellas pequeñitas que se dejaban ver y así se quedó dormida, soñando que jugaba con ellas.

LXVII

Como si se hubieran puesto de acuerdo, a la misma y temprana hora estaban ya dispuestos en la planta baja. Aún no había amanecido, aunque ya se presentía por las alturas que no tardaría mucho en nacer la luz que posiblemente daría lugar a un día azulado y hermoso. No deberían llevarse nada, ya que volverían ese mismo día aunque más bien tarde. Sólo Chari se acordó de que le llevaría a su mamá una cesta pequeñita de frutos silvestres.

Al salir a la puerta, una brisa algo fresquita les azotó la cara y el sabor de la oscuridad les dio los buenos días. Con toda su negritud el valle cubierto de sombras les pareció precioso. Aquello era suyo solamente, como si fueran los que únicamente poblaban el universo, tenían rendido a sus pies el mundo entero. Dentro de poco volverían a paladear el sabor de la civilización que ya creían haber olvidado, como si ya no existiera, como si fueran a conquistarlo nuevamente. Pero lo que sí era verdad es que tenían ganas de dar un paseo por las Ramblas, de tomarse un doble de cerveza, sentados, viendo pasar delante de ellos miles de personas y respirar el aire con sabor a puerto de mar. En fin, en todo caso era la ciudad de su infancia, de su juventud, de su adolescencia, aquella que habían cambiado por un trozo de montaña donde sólo habitaban las águilas en las alturas y los zorros en el valle.

Cuando Luis arrancó el auto, este sonó de una manera especial en aquel silencio de la aldea, como si comprendiera que el trayecto esta vez iba a ser largo. Sasué se acurrucó en los asientos de atrás junto a Chari, mientras Perico hacía de copiloto al lado de Luis, y se le notaba en su expresión la alegría que sentía al hacer aquel viaje y visitar por primera vez aquella ciudad gracias a los jóvenes a los que acompañaba.

Pasaron Serrabe cuando ya una pequeña claridad asomaba por las cimas que dejaban a sus espaldas, deslizándose el coche con suavidad en busca de las bajas tierras aragonesas para ir después en busca de Lérida.

A la salida de esta ciudad, el sol recién asomado por su izquierda, pararon en un bar de carretera antes de coger la autopista. Tomaron un café con leche y bollos y nuevamente se pusieron en camino.

Hasta ese momento, desde que salieron, sólo se habían cruzado dos coches, y ya en la autopista y casi solos, sería coser y cantar. Pronto entrarían en el cinturón de Barcelona.

Perico miraba para todas partes. Le parecía mentira que en media hora, como le decía Luis, ya se encontrarían en la gran ciudad. No se le escapaba detalle, haciéndole gran cantidad de preguntas al joven. Sin que se dieran cuenta, la inmensa urbe se veía a lo lejos, la gran ciudad les esperaba para recibirlos.

Entraron en la misma y Perico miraba como embobado las grandes avenidas, aún con muy poco tráfico, y pensaba lo distinto que era su querida aldea de aquello que le entraba a su vista.

En un abrir y cerrar de ojos, llegaron a la casa de Chari y aparcaron casi en la puerta. Chari bajó y miró a su casa, a la ventana de su habitación. Nada había cambiado, como cuando la dejaba su novio en la puerta del domicilio. Sasué, como aturdido, no se separaba de sus piernas, casi sin dejarle andar. Aquello era nuevo para él; Chari se dio cuenta y lo cogió entre los brazos, no sin esfuerzo porque ya pesaba.

Eran las nueve de la mañana. Les quedaba todo un mundo, todo el día para disfrutar de su ciudad, de enseñarle lo más importante a Perico y de pasear por sus calles.

Llamaron al timbre y apareció en el balconcito Gloria, la madre de Chari:

—Ah, sois vosotros. Madre mía, qué alegría. Carles, mira quiénes vienen.

Se abrió la puerta y subieron. En la puerta los esperaban Carles y Gloria. Los abrazaron y pasaron a la casa. La mamá no cabía en sí de alegría, no esperaba esa visita, su cara y la de su marido era el reflejo de la felicidad.

—A mediodía nos vamos a comer a un restaurante del puerto. Ahora, Luis, cuando vayáis a ver a tus padres, los traes y nos vamos de aquí todos juntos —dijo con alborozo el padre de Chari.

—Perfecto, y así le enseñamos lo que es el mar a Perico, que no lo ha visto nunca —contestó Luis.

—¿Cómo? ¿Que no ha visto usted aún el mar?, No me diga. Joder, pues nada, a ver cosas. Venga, vamos a ver el mar y todo lo que podamos enseñarle. Usted se considere de la familia —recalcó Carles con una alegría fuera de lo común.

Después de desayunar se dirigieron a la casa de los padres de Luis, y allí ocurrió lo mismo. La alegría indescriptible cuando vieron que les acompañaba Perico, a quien colmaron de atenciones, más que si fuera uno de la familia. El pobre viejo estaba encantado por el recibimiento que le estaban obsequiando las dos familias y no hacía más que repetir "gracias".

Montaron nuevamente en el auto y marcharon para la casa de Chari. Desde allí ya pensarían lo que harían, no pudiendo Luis ver a sus hermanos ya que habían ido a pasar el día con unos amigos en un chalet de la Costa Brava.

Serían las doce de la mañana cuando los siete, en dos coches, salieron para hacer un recorrido turístico por la ciudad, para enseñarle al viejo todos los rincones más emblemáticos de la urbe. Como no tenían mucho tiempo, lo hicieron en vehículo, dirigiéndose a la montaña de Montjuich. Allí Perico tuvo el primer encuentro con el mar, quedándose asombrado de su extensión y de su color azul. También le gustó ver la inmensidad de Barcelona: le parecía increíble.

A continuación, se dirigieron al centro y pasaron por la Sagrada Familia. El viejo, al verla, se quitó la boina. No podría creer que hubiera un templo tan grande y tan raro, y al mismo tiempo tan bonito, y llegó a comentar que era un poco más grande que la ermita de la aldea. Después se dirigieron a la montaña de El Tibidabo y, finalmente, ya en el centro dejaron los coches aparcados y tras pasar por la Plaza de Cataluña, empezaron a pasear por las Ramblas.

Estaban preciosas esa mañana de domingo. Había muchísimo ambiente ese día. Gente que paseaba tranquilamente en ambas direcciones y gente sentada en

las mesas tomando el aperitivo, mientras decenas de floristas y otros vendedores reclamaban la atención de los que por paseaban.

Poco a poco fueron acercándose al puerto. Lo primero que hicieron al llegar fue tomarse una cerveza en una terraza, observando los barcos y barquitos que se encontraban anclados. Perico, sin creerse todo lo que observaban sus ojos tenía que quitarse la boina ante aquel espectáculo. Tenía que admitir que también el mar era hermoso, no sólo la montaña de la que él siempre presumía ante todo forastero que pasaba por su aldea.

Le gustó también el ir y venir de yates y barcazas que dejaban escapar su sonido, y los cientos de gaviotas que surcaban el aire volando y que se posaban muy cerca de donde estaban sentados, emitiendo un sonido con sus cantos que le daban al puerto y a la zona un encanto especial.

Tenían sed, la cerveza caía por su garganta como el líquido más preciado del mundo. En esos momentos, con el acompañamiento de unos suculentos calamares, el momento les sabía a gloria.

Luis y Chari, se miraban a los ojos y sin palabras se decían lo felices que eran en ese momento, observando al viejo que desde su entrada en Barcelona, era como un niño chico de excursión. Todo era nuevo para él, tantos y tantos años vividos en la montaña, en aquel pueblo escondido en pleno Pirineo, olvidado por todo el mundo, hasta casi por los mapas. Allí había vivido todas las generaciones: sus abuelos, sus padres, y luego vio nacer a los hijos y nietos de sus amigos y también había visto morir a casi todos, y a algunos también vio marcharse para otras tierras y ya no regresar jamás.

Notaron que sus arrugas los vientos de las montañas las habían hecho más profundas. La ilusión de un niño por observar tantas cosas que siempre le habían estado vedadas, menos cuando tuvo que desplazarse a Zaragoza para cumplir el servicio militar, pero desde eso ya hacía una eternidad.

Entre bromas y risas, y de cuando en cuando alguna palabra seria, tomaron la segunda cerveza, esta vez acompañada de unos chipirones que le habían gustado al viejo. No había más que observarlo cómo se relamía.

Decidieron ir al restaurante que alguna vez habían visitado, donde hacían todo tipo de paellas y que se encontraba muy cerca de allí. Por lo que levantaron el vuelo al igual que las gaviotas e hicieron lo mismo que al oír ruido yendo a posarse en la proa de un barco próximo.

El restaurante era magnífico, inigualable, rodeado de mar casi por todos los sitios. Totalmente acristalado, parecía que se encontraban en medio del mar. En una mesa para siete, que parecía que la tenían reservada para ellos, tuvieron la oportunidad de degustar arroz de muchas paellas, gracias a un menú degustación y a un vino del Penedés y al mejor cava de San Sadurní. Y al buen hambre que tenían todos.

Llegados los postres, regados con más cava que hacía que las risas traspasaran el nivel permitido y que tanto Elisa como Gloria tuvieran que recordárselo.

—Bajad el tono, por Dios, que nos van a echar, que no estamos solos.

Contestando el padre de Chari a su mujer:

—Ojalá, mujer. Si nos echan, no pagaremos. Ja, ja, ja.

Se notaba que estaban todos a gusto y el viejo por supuesto más. Mira por dónde tenía una nueva familia y extensa a la vez. Él, que después del fallecimiento de su esposa, se había quedado solo, como si fuera un huérfano. Solo para esperar la muerte, que vendría también sola para llevarle con ella. Y sin embargo, aún no había querido venir a visitarlo sino que el destino le había hecho integrarse en unas familias de Barcelona sólo por el hecho de que dos jóvenes locos, que él no consideraba tanto, habían tenido la osadía de cruzarse en su camino.

Luis les dijo que le atendiesen un momento para decirles a los papás y mamás unas palabras:

—Tenéis que decirme la fecha para que nos casemos. La que os venga bien. Chari yo la aceptaremos, pero antes de ello tenéis que sacarnos las partidas de nacimiento y bautismo para que vayamos preparando los papeles en el pueblo de abajo.

Se quedaron mirando entre ellos, sin saber qué decirse. Aunque sabían que se querían unir, no esperaban que fuera tan pronto.

—Bueno, ¿que decís?, ¿os habéis quedado mudos? —reiteró el joven, mientras Chari reía por lo bajo y Perico observaba con cara de susto.

Contestó el padre de Luis, viendo que la cosa iba en serio:

—De todo eso me encargo yo y os lo mando por correo. Vosotros decidís la fecha, ¿vale?

—Perfecto, ya tendréis noticias nuestras. Eso sí, una cosa. Queremos que sea una ceremonia estrictamente familiar —les apuntó Luis.

—Lo que vosotros digáis —dijeron al unísono.

El padre de Chari mandó al barman que sacara otra botella de cava otra vez y brindaron nuevamente por los jóvenes. Mientras el viejo miraba a todos uno por uno y sin hablar ni una palabra les daba las gracias a todos.

Salieron del restaurante y procedieron a pasear por el puerto. Las mamás haciendo planes para la boda, ¿pero qué preparativos tendrían que hacer, sino asistir en aquella pequeña aldea a la boda de sus hijos en una ceremonia que nunca se hubieran imaginado? Pero debían respetarlos, era su decisión, como habían respetado el día que decidieron irse a la aventura a un lugar olvidado de las montañas.

La tarde fue empezando a asomar. Cuando se dieron cuenta, los rayos del sol caían ya muy inclinados y le daban al espejo del agua del mar un tono entre amarillo fuego y oro. Aun así pasearon un rato más, ya que se estaba muy bien en aquel trozo de la ciudad y querían saborear a fondo el poco tiempo que ya restaba de estar todos juntos.

Volvieron cruzando las Ramblas en sentido contrario, cuando se estaba volviendo a animar nuevamente y ser poblada otra vez por cientos de personas de todas las etnias. A Chari le encantaba pasear por allí, cuántas veces lo había hecho sola y acompañada de Luis, era su sitio preferido de Barcelona. La verdad es que lo echaba de menos, sobre todo algunas veces, allá en la aldea, cuando atardecía.

Ya en casa de Chari, tuvieron que hacer frente a la despedida que era sin duda alguna el plato más amargo del día. El que se les atragantaba a todos sin excep-

ciones. Así lo habían querido sus hijos, esa había sido su decisión. No les debían reprochar nada, como tampoco ahora les tendrían que reprochar la tristeza que inundaba su rostro y sus ojos. Hasta el viejo notó que también a él se le hacían un nudo en la garganta, a él le hubiera pasado lo mismo si hubieran sido sus hijos. En un momento determinado pensó que él era el culpable, aunque sin duda era una tontería el pensamiento que se le había pasado por su cabeza.

Salieron los progenitores a la puerta a despedirlos. Los ojos tristes de Chari parecían aun más bellos que cuando la sonrisa los inundaba. Esas lágrimas que rondaban sus ojos, que se retenían, les hacía ser aún más hermosos y tener más encanto.

Todos se abrazaron y Luis les dijo que sería por poco tiempo, que pronto tendrían que hacer un nuevo viaje a la montaña y ellos, con una risa más bien forzada pues sabían a lo que se refería, les dijeron adiós, mientras el coche se iba perdiendo a lo largo de la avenida interminable de la gran ciudad.

El viaje de regreso resultó un poco más pesado que el de la mañana. Sólo habían tenían a su favor que el trafico era más bien escaso. La carretera se hacía monótona y sólo cuando las montañas y las curvas fueron apareciendo notaron que estaban llegando a su hábitat, a la vida que habían escogido vivir, a encerrase otra vez al resguardo de aquellas cumbres. Y a abrigarse nuevamente en aquellas mantas inmensas de color verde que los cubrían alegrando sus ojos con aquellos amaneceres y atardeceres que la gente de la gran ciudad no podían disfrutar.

LXVIII

El mes de agosto fue desgranando los pocos días que le quedaban. Los calores tórridos de su inicio se fueron convirtiendo en unos días más templados, acompañados de unas noches mucho más frescas, en las que tuvieron que abrigarse el momento en que el sol dejaba de acompañarles al atardecer. Las tormentas también les acosaban casi todas las tardes, apareciendo nubes por los picos que iban llenando el valle de cúmulo-nimbos que en poco tiempo hacían descargar un vendaval de truenos y relámpagos. Era el presagio de que el periodo otoñal se encontraba muy cerca.

Sin embargo la felicidad seguía reinando en la aldea. No había momento para el aburrimiento y el tedio, era imposible. Ni en los momentos en que no tenían nada que hacer, el simple hecho de estar observando el paisaje, la naturaleza que el valle les brindaba a sus ojos y respirar el aire de libertad que le ofrecían los elementos naturales, era suficiente.

Esa mañana, apareció el cartero de Serrabe en su motocicleta. El ruido hizo que los tres habitantes, que cada uno se encontraba por un lado, se juntaran en el lugar de reunión que era la pequeña plaza de la casona. Cualquier cosa que se salía de lo normal en sus vidas les despertaba curiosidad. Luis, al tener conocimiento de que era el cartero, ya supo lo que iba a llevarles: el sobre con los papeles para su boda. Así fue.

El cartero llegó hasta la misma plaza, aparcó la moto y sacó de la cartera que llevaba a su espalda un sobre grande y se dirigió a ellos:

—Buenos días tengan ustedes. ¿Cómo les va?

—Buenos días, Nicasio. Menos mal que has venido por aquí alguna vez, no se te ve el pelo. ¿Qué nos traes? —le saludó Perico, mientras los dos jóvenes también le daban los buenos días.

—¿Luis Valls? —preguntó extrañado como si dudara que alguien fuera a contestarle o que la carta fuera producto de un error.

—Yo mismo —contestó Luis, alargando la mano para recoger el sobre.

El cartero se lo entregó al joven y este observó que, efectivamente, era el de los papeles que esperaban y se lo pasó a Chari que lo recogió. Esta miró a los ojos a su novio, como intentándole hacer saber que su unión estaba cada vez más cerca, que ya la tenían allí.

Perico le dijo al cartero que si no tenía prisa, se tomara un vino y un aperitivo con ellos, que así era la norma en la aldea. Nadie que los visitara se iba de allí sin salir invitado, aceptando el hombre y sentándose los cuatro en la puerta de la casa, donde hicieron trabajar a la bota con vino fresco.

—Oye, Nicasio. A ver si sólo vas a venir cuando haya una carta para nosotros, vente cuando quieras y echamos otro trago ¿vale? —dijo Perico mientras el cartero se despedía poniendo en marcha la moto.

Luis y Chari le dieron las gracias y Nicasio desapareció por entre las curvas camino al pueblo de abajo. Sentándose nuevamente los tres en la mesa, Chari

abrió el sobre que contenía los documentos que serían necesarios para tramitar su próximo enlace.

El joven después de empinar la bota y arrearse un largo trago, miró al cielo extendiendo los brazos en alto como si estuviera hablando a alguien. Exclamó casi gritando, mientras Perico se reía por lo bajo:

—Ya no hay quien me salve. Esta rubia me ha cogido en el lazo. Dios mío, ampárame.

Cuando el joven bajo los brazos, miró a su novia, como si le suplicara que le compadeciera y esta, con mal genio, le contestó:

—Tú, mequetrefe, aún estás a tiempo. Si no quieres, ya sabes, rompo los papeles ahora mismo y cada uno a lo suyo —le amenazó la chica mientras hacía el amago de romperlos.

Luis casi se asustó al ver el mal genio de la chica. La cogió de la mano, la estrechó ante sí y le dio un beso que sonó en todo el valle, mientras el viejo no podía aguantar la risa.

La aldea se encontraba llena de luz, bañada por el pleno apogeo del día, el sol ya algo oblicuo hacía que el fulgor la inundara de una claridad milagrosa. En esas condiciones era el momento preciso para que decidieran concretar el día de su boda, sin la presión de nada ni de nadie. Aquel lugar paradisíaco, haciendo de notario su gran amigo Perico, era el sitio ideal, la tierra de la libertad que ellos mismos habían decidido. Aquel valle haría de testigo y lo escribiría con tinta verde en el papel de color azul del cielo.

Los tres cooperaron a poner la mesa para proceder a comer. Allí, degustando los alimentos que tenían para ese día, deberían decidir cuál era el día elegido por los dos y los pormenores que deberían preparar.

Todo el valle, los seres animales, los vegetales y también los minerales estaban pendientes de lo que allí se iba a cocer. No se oía una mosca en toda aquella extensión. Todos los seres deseaban saber lo que en unas fechas iba a acontecer. Tenía que ser un día lleno de luz, de vida, no podía ser de otra forma. Todos los elementos naturales deberían cooperar para que así fuera, algo grande iba a pasar en aquel valle saturado de color esmeralda, de día; y de noche de color negro como la brea. Ese día, si no hubiera luna la llamarían para que viniera a iluminarlos.

—Chari, ¿qué día tienes pensado para nuestra boda? —le comentó Luis con cara seria, mientras Perico les observaba a los dos sin perder detalle.

—No sé, amor, ¿tú que dices? Yo, lo que pienso es que no debería ser muy tarde, sabes que luego aquí empezará a hacer frío y los días se harán muy cortos —le contestó la chica un poco indecisa, con la ilusión que le brotaba a raudales de sus pupilas.

—Chari, preciosa, vamos hacer una cosa si a ti te parece bien. Lo va a decidir Perico, por eso lo vamos a nombrar padrino de honor —dijo mientras señalaba con el dedo al viejo, quien sorprendido no sabía cómo responder a Luis.

—Yo, yo… no fastidiéis, yo qué sé… eso, vosotros —trató de defenderse el viejo aunque comprendió, a través de las miradas acusadoras de los dos, que la vista la tenía perdida.

Luis, con autoridad, quiso terminar la discusión:

—Vamos, Perico. Tú vas a ser el juez de paz. Lo que tú digas, lo acataremos ¿a que sí, Chari?

—Estás en lo cierto. Debe ser Perico quien ponga la fecha —asintió la joven.

—Está bien, ahora mismo os lo voy a decir, dejadme pensar un momento —les contestó Perico al mismo tiempo que su cabeza empezaba a hacer cábalas sobre el día.

—¿Que os parece el domingo, siete de septiembre?, Aunque no os lo creáis fue el día que me casé yo —les propuso el viejo.

Los jóvenes volvieron su cabeza hasta cruzar sus miradas y pensaron interiormente ambos que el viejo, como si les hubiera adivinado el pensamiento, había acertado de pleno. Tanto ella como él, habían pensado en esa fecha.

—Perico, no se hable más. Ese día, Chari y yo, nos casaremos en esta aldea. A partir de mañana empezamos a preparar lo que haya que hacer y se nos ocurra.

Era el momento. Los jóvenes, como buenos catalanes, lo quisieron celebrar con un buen cava, por lo que Luis salió disparado hacia el sotanillo y buscó la mejor botella. La encontró, y saliendo con ella agarrada del cuello y con tres copas alargadas de cristal, en dos saltos se encontraba otra vez en la mesa, mientras Sasué, como si tuviera un sexto sentido notaba que algo serio estaban tramando sus dueños, por lo que los observaba sentado a dos patas meneando su cabeza de un lado a otro según quien fuera el que estaba hablando.

Luis descorchó la botella con maestría pero como siempre hacía dejó escapar el tapón hacia el aire, produciendo un estampido que asustó a Sasué, que como nunca se esperaba esa acción se daba un buen susto y empezó a ladrar.

Los tres en pie, chocaron las copas y en ese momento el viejo, muy emocionado, les dijo con voz entrecortada que no podía disimular:

—Brindo por vosotros, hijos míos, para que seáis muy felices. A mí ya me habéis hecho, concretamente desde que vinisteis.

Cuando Perico terminó de hablar, Sasué, como comprendiendo las palabras del viejo, comenzó a ladrar mirando a los jóvenes. Chari pensó que ese perro tenía alma o algo que se le pareciera, o quizá era un alma reencarnada. Se agachó, le acarició la cabeza y el lomo, y el perro empezó a menear la cola y calló, quedando en la misma posición que se había mantenido todo el tiempo.

Luis opinaba que una botella que se abría, no debería quedar nada, así que después de tomarse la primera copa, él y Perico la terminaron, degustando y apurando aquel precioso y espumoso líquido amarillo claro, que llenó sus mentes con vapores de optimismo.

Mientras el valle, si cabe aun más verde, y la luz del sol camino abajo siguiendo la ruta por donde se debería ocultar, relucía y también el amor y la amistad que sentían los tres habitantes de la aldea también más profunda, todo ello acompañado por el sonido del agua que bajaba de las alturas y al chocar contra los guijarros del fondo del riachuelo emitían sonidos como voces que los saludaban.

LXIX

A la mañana siguiente, bajaron al pueblo. Era una sociedad tripartita, todos para uno y uno para todos. Sasué casi llegaba a formar parte de esa sociedad, pues siempre, en todos los actos, reclamaba a ladridos su inclusión. Quisieron dejarlo en la aldea a su cuidado, pero se opuso. Cuando se dirigieron al coche, el can como si tuviera un superior sentido, ya los estaba esperando en la puerta trasera del vehículo.

La noche anterior dentro de la casona en la velada, los jóvenes pensaron que la ceremonia sería estrictamente familiar. Estaban los dos de acuerdo, serían sus respectivas familias; Montse, la amiga de Chari y Sebas; los amigos de Perico y el alcalde; y por supuesto don Jenaro, el cura de Serrabe. La comida la decidirían con posteridad, y en lo que se refería a los trajes de boda de los novios, Luis insistió en que él se pondría el mismo traje que usaba los domingos cuando bajaban a misa al pueblo, aun a pesar de las reticencias de Chari. Preguntó a su novia qué iba a hacer ella. Él se encogió de hombros y le dijo que hiciera lo que le gustara, que él no iba a intervenir. Entonces Perico medió y les hizo saber que se podría casar con el traje de novia de su esposa, que lo tenía guardado en un baúl en la casa del tío Blas y que creía que se encontraba muy bien conservado. Además, su mujer tenía aproximadamente la misma altura y era de pocas chichas como Chari. Así, esa misma noche, ante la ilusión de Chari que no se esperaba esa proposición del viejo, se probó el vestido en un milagroso buen estado constatando con muchísima alegría que le venía como anillo al dedo. Era de una sencillez extrema y de un color blanco que, eso sí, había perdido su frescura con el paso de los años pasando a un color parduzco. Aún así, a la chica le encantó y al dar la aprobación a Perico, a éste se le cayeron las lágrimas viendo representada a su esposa en el día de su boda. Parece que la tenía delante de él, como si hubiera vuelto de la otra vida. Cuando recobró el control, era el hombre más feliz de la tierra, no podía haber nadie más dichoso en ese momento. Sólo había que darle algunas puntadas, pero ya buscaría la forma de arreglarlo.

Llegaron a Serrabe y se dirigieron a ver al cura, que los atendió maravillosamente, poniéndoles al corriente de lo que querían hacer el domingo siete de septiembre. El cura contestó que para él era un honor poder celebrar el matrimonio de ambos y que no había ninguna traba para poder llevarlo a cabo en la ermita de la aldea. Entregaron los jóvenes sus respectivas partidas de bautismo y tomando el cura nota de sus filiaciones, se alegró de que hubieran tomado esa decisión, ya que hacía muchísimo tiempo que nadie se casaba en esa aldea.

De allí fueron a ver al juez de paz, llevándose también una sorpresa cuando supo la intención de la boda, dejándole también allí los papeles necesarios para que fuera preparando su casamiento civil, indicándole que a partir del día siguiente podrían ir a firmar el Libro de Familia.

Visitaron también al alcalde, para comunicarle que estaba invitado a la unión matrimonial de ambos y le explicaron los pormenores. Como regalo de bo-

da el alcalde pagaría de su cuenta el banquete, haciéndole saber Perico que iba a tener suerte ya que iban a ser muy pocos los comensales, que el acto sería estrictamente familiar. El alcalde contestó que se sentía muy halagado por tener el honor de acompañarles, replicando al viejo que aunque fueran un millón de invitados no se volvería atrás y pagaría igualmente la comida.

Antes de marchar para el pueblo nuevamente, pasaron por el bar de la plaza para refrescarse. A esas horas sólo se encontraban Alicia y dos clientes más, entre ellos Román el Duro, al que hicieron saber que estaba invitado a la boda, agradeciéndolo de corazón. Igual hizo Alicia al invitarla Chari, mientras los ojos de la dueña del bar expresaban la envidia sana que sentía por su amiga la joven rubia. Pero contestándole que se lo agradecía de verdad, pero no podría acompañarla ya que debía abrir el bar.

Sasué mientras tanto jugaba con el perro de la plaza, corriendo por todos los lados dando ladridos de vez en cuando.

Salieron a la calle y Perico les dijo que les acompañara que iba a ver a la modista. Llamaron a la puerta de Vicenta, que así se llamaba. Cuando ella los vio en la puerta se asombró de que los moradores de la aldea de arriba estuvieran delante de ella; al momento le hicieron saber lo que deseaban, diciéndoles ella que sería un honor arreglar el traje de novia. Quedaron para el día siguiente, en que bajaría Chari con el vestido y allí se lo probaría y lo dejaría para que le diera los últimos toques. También les dijo que no les iba a cobrar nada, que era su regalo de boda.

Se fueron encantados de Serrabe, en aquel pueblo donde el valle se abría, los trataban mejor que a reyes, como si fueran los héroes de las montañas que cuando bajaban a la civilización los recibieran como tales.

Cuando subían nuevamente a la aldea reptando por las numerosas curvas que había que salvar para entrar al valle, Luis pensó que la aldea que estaba ante sus ojos semiderruída, que aquel lugar perdido era su sitio, aquel que siempre había soñado. Allí lo tenía, delante de él, sin duda su sitio, y en ese momento le llegó a su pensamiento una canción, que más joven le gustaba cantar mientras paseaba por la calles de Barcelona. Recordó que era de un cantante llamado José María Purón y que también llevaba por título Mi sitio, por lo que se puso a cantarla ante la sorpresa de su novia y el viejo:

Mi sitio está donde el alba
brilla en flor cada mañana
de púrpura engalanada
inocentemente blanca.

Mi sitio donde han teñido
de cenizas sus entrañas
de negro sus blancas alas
y de niebla su mirada.
Que no quiero que a este alba

nadie le manche la cara.

Que no sabéis cuánto vale
respirar cada mañana
tener por vecino al sol
y por hogar la montaña.

Que no hay suelo más hermoso
que la hierba verde y clara.

Al terminar de cantarla, Chari y Perico aplaudieron, contestando las montañas con el eco y Sasué, como no lo veía muy normal, también ladró.

—Me has emocionado, cariño. Yo no sabía que cantaras tan bien, quiero que el día de la boda la cantes —le pidió su novia.

—Yo, por ti, ese día soy capaz de cantar hasta los Salmos de David y al mismo tiempo cantar misa —le contestó su novio, mientras el viejo, riendo a carcajadas, observó que el valle se cubría de felicidad.

Aquella misma tarde, Chari fue al riachuelo y lavó con delicadeza su vestido de novia como si se hubiera producido un milagro pues aquel vestido de tela vieja parecía que había recobrado su color blanco de antaño.

Lo tendió al sol y la fina seda secó en poco tiempo. Lo plegó con mimo y lo planchó. Estaba deseando que llegara la hora de ir a probárselo a la modista.

Aquella tarde, al ponerse el sol, todas las estrellas del cielo vinieron a alumbrar con sus diminutas luces el valle. Todas, absolutamente todas, querían aportar su luminiscencia, para que la aldea no se sintiera triste. Al mismo tiempo un fuerte viento apartó las nubes para que no las molestara. Querían el cielo puro, y así fue, el cielo oscuro salpicado de millones de minúsculos puntos de luz.

LXX

El mes de septiembre había llegado cubriendo la primera mañana todo el valle de nubes negras y con un viento desairado que hacía presagiar y anunciar que el otoño estaba llamando en todas las puertas del valle. Que el periodo de estío iba poco a poco apagándose como una vela.

Chari había descansado feliz esa noche. El día más maravilloso de su vida se estaba acercando, lo tenía ya al lado. Cómo había cambiado su vida en dos meses, de la zozobra de los días previos de lanzarse a la aventura a internarse en aquellas montañas que no tenían fin y asentarse en una aldea de casas desvencijadas por el olvido y que ahora le parecían tan encantadoras como la calle más bonita de la gran ciudad. Amaba aquel lugar, el sitio donde había experimentado los placeres más intensos de su vida; donde había llegado a conocerse interiormente y había acabado de conocer a su novio Luis; y cómo no, había conocido a aquel señor llamado Perico que era el símbolo de la amistad. Nunca podría olvidar todo lo que le había enseñado, el hombre que daba todo a cambio de nada. Había aprendido a vivir en la más absoluta soledad y también a amarla, a disfrutarla, a ver pasar el tiempo lentamente, a ver los días llegar; seguir el curso del sol, desde que aparecía por el este de las montañas que herían el cielo, hasta que desaparecía por las pequeñas cumbres del oeste quedando sumido entonces el valle de una claridad amarillenta y bucólica.

Se levantó y dejó a Luis en la cama durmiendo plácidamente. Sasué la miró y sin hacer ruido salió tras ella, inmediatamente se introdujo en el pequeño cuarto de baño, se lavó la cara y se secó con su toalla rosa mullida, que todas las mañanas le reconfortaba. De pronto sintió como una náusea, como si le hubiera sentado mal la cena de la noche anterior. Su estómago se llenaba de angustia y ansias. Se asustó, algo le estaba pasando, aunque al momento se le pasó y lo olvidó. Pero al poco tiempo esas sensaciones le llegaron nuevamente con más fuerza. En ese instante un relámpago le pasó por su mente. Estaba claro, no podía ser otra cosa. Esas sensaciones no podían ser nada más que se encontraba embarazada. Miles de pensamientos cruzaron en un segundo por su cerebro, chocando entre ellos, atrofiándolo, llenándolo de alegría, de dicha y de bienestar. Y al mismo tiempo lo mezclaron de dudas, de miedo, de incertidumbre. No sabía qué hacer, si reír o llorar, sin duda lo que había sentido era la manifestación de la nueva vida que llevaba en su seno, aquella vida que había concebido en las montañas del valle.

No tardó mucho tiempo en desaparecer aquella desazón. Fue recobrando su temple; cuando se miró al espejo notó cómo su rostro irradiaba felicidad y sus ojos la exteriorizaban. Iba a ser madre, lo tenía clarísimo, la ilusión entraba a su cuerpo a torrentes. Llevándose las manos a su vientre quiso abrazar por primera vez a la vida que llevaba dentro.

Salió a la calle a respirar el nuevo aire fresco de la mañana, a enseñar por primera vez al ser que había brotado en sus entrañas. El valle donde fue concebido, el viento le dio en la cara y la animó y la fortaleció. En ese momento se sintió

más mujer que nunca; en ese momento había dejado de ser una niña; se había convertido en la futura mamá del valle.

Se encontraba Perico entretenido barriendo toda la plaza que se encontraba enfrente de la casona con una escoba hecha de ramas finas del bosque y mirándola a los ojos la saludó:

—Buenos días, pequeña, qué risueña te has levantado. Pues el día no es para eso, ya que como ves no tiene cara de buenos amigos.

Chari pensó que el viejo se había dado cuenta de la cara de felicidad que debía llevar, pero claro, de eso a que se imaginara lo otro, no podía ser. Aunque era muy avispado, lo descartó inmediatamente y respondió al saludo:

—Buenos días, Perico, a mí estos días también me gustan, me siento feliz.

—¿Me ayudas a preparar el desayuno? —le pidió el viejo mientras dejaba la escoba apoyada en la pared.

—Cómo no, Perico, vamos a ello —le contestó la chica con entusiasmo.

Al pasar los dos a la casa Luis bajaba por las escaleras con cara de adormilado. Sin estar muy seguro de los pasos que iba dando, al llegar abajo, les saludó:

—Buenos días, madrugadores, ¿cómo estáis?

—Buenos días, señor marqués. Nosotros muy bien, y tú quítate la manta que llevas aún puesta, dormilón —contestó Perico.

Pronto, el café humeante había aromatizado toda la estancia y el calor que despedía el fuego había llenado la gran habitación de un ambiente tibio y templado que hacía que ese momento del desayuno fuera un momento muy ameno.

Antes del café, Luis fue a buscar el jamón y la bota. Tenía hambre y le apetecía dar un bocado y algún tiento al botijo de piel, como él algunas veces le decía. Convenció al viejo y los dos degustaron el jamón bien curado y el pan de varios días que estaba más rico que el primero. Chari dijo que no deseaba en ese momento, que sólo quería café y unas pastas.

Cuando habían terminado, y aún sentados en la mesa, Chari les dijo que la atendieran un momento, ya que los dos estaban entre bromas y risas y en algún momento carcajadas estentóreas.

—Oídme bien, pues lo que voy a decir está confirmado. Dentro de poco no seremos tres en el valle, seremos cuatro. Voy a ser mamá.

De las risas y algarabía, pasaron los dos a un silencio total, sepulcral, mirándose al instante y clavando la mirada en la chica, como si no la hubieran entendido bien.

—Bueno, pero con qué cara de tontos os habéis quedado los dos. Que sí, que voy a ser mamá —les repitió la joven a los dos alelados.

Luis dio un salto de alegría que hizo que la silla cayera al suelo. Abrazó a su chica. No podía creer que él iba a ser papá; pensó que no podía ser, que era imposible, mientras colmaba de abrazos y besos a Chari, también Perico abrazó a Chari mientras le brillaban los ojos con ese brillo de ascuas incandescentes que transmitía cuando se emocionaba.

—¿Pero, cómo lo sabes? ¿Estás segura, amor? ¿Quién te lo ha dicho? —la interrogó Luis con cara henchida de ilusión.

—No hace falta que me lo diga nadie. Estoy completamente segura. Esta mañana mi cuerpo me lo ha anunciado.

Luis salió a la calle, y en medio de la plazuela alzó los brazos al aire y gritó con todas las fuerzas que tenía:

—¡Voy a ser padre! ¡Voy a ser padre! ¡Voy a ser padre!

Los gritos desgarradores se oyeron en todo el valle y el eco se repitió varias veces. Todo el espacio de la aldea se entero de la buena nueva; todo bicho viviente que poblaba aquellos lugares; y el habitante de Serrabe que tuviera buen oído quizá también se hubiera podido enterar.

Perico y Chari lo observaron desde la puerta, no pudiendo ocultar sus risas, observando la locura de Luis que expresó su contento con esa forma de expresarse.

Salió disparado hacia el sotanillo y salió del mismo dando saltos como un mono. Parecía un poseso, en esos momentos no atendía a nadie era como si hubiera perdido la razón, trayendo en su mano una botella de cava. Él no sabía celebrarlo de otra manera sino cortándole el cuello a una de esas botellas.

En el centro de la plaza la abrió y el sonido del descorche se oyó nuevamente en todo el espacio. Agitando la botella y poniendo el dedo gordo en la boca, hizo escapar el líquido rubio y burbujeante hacia arriba, dirigiéndose donde se encontraban Chari, el viejo y Sasué mojándolos con aquel líquido, saliendo corriendo en todas las direcciones y el perro aullando y ladrando y pensando que su amo se había vuelto rematadamente loco. Tomó la botella y echó un largo trago hasta que el cava le fue saliendo por las comisuras de los labios, ofreciéndole a los dos que también bebieran. Perico echó un trago que no tenía que envidiar al del joven y Chari levantó la botella y bebió un poquito, abrazándose los tres en la puerta de la casa.

El valle en ese momento, como si tuviera inteligencia, avisó a su vecino, el cielo, que mandara abrir las nubes y dejara pasar por un instante un rayo de sol. Y así fue, el cielo se abrió y dejó un espacio por donde los rayos de sol descendieron hasta la plaza e iluminaron a los habitantes de la aldea que, cogidos de la mano, esperaron a que el cielo se cubriera nuevamente por nuevas nubes negras, amenazadoras.

LXXI

Tres días antes del día de la boda, el cielo volvió a ponerse azulado y la temperatura volvió a ser veraniega. Perico les había tranquilizado, diciéndoles que no se preocuparan, que el cielo le decía que no iba a cambiar, que el domingo iba a nacer un día magnífico, un día radiante.

Luis, desde esa mañana que Chari le dio la buena nueva, que no olvidaría mientras viviera, se comportaba muy distintamente. Parecía que había perdido el control, daba gritos de alegría y saltos como un simio y decía tonterías, producto de un óptimo estado anímico, y se pasaba el día canción tras canción hasta agotar su amplio repertorio, mientras el perro no dejaba de observarlo, asustándose cada vez que daba un grito destemplado.

Perico, por otra parte, disfrutaba viéndolo, pensando que si él hubiera tenido esa suerte, también habría hecho lo mismo. Se habría vuelto loco y habría vuelto locos a los demás. Aquellos jóvenes que conoció una mañana en el bar del pueblo, le habían traído toda la felicidad inimaginable; y ahora traerían al valle un ser que él iba a considerar como un nieto. Dios le tenía que dar vida para conocerlo, debería ser así, lo ansiaba, aunque no las tenía consigo, aquel dolor que sentía ya hace unos días en el bajo vientre y que a nadie decía, le tenía algo preocupado aunque él trataba de olvidar y no hacer caso.

En la comida hablaron del menú de la boda y decidieron, por unanimidad, hacer una gran caldereta de cordero. Perico se brindó a ello ya que según él era un especialista en la materia, que había hecho muchas en su vida, quedando en bajar al pueblo a comprar la carne que hiciera falta y todo lo que se necesitase.

Chari les confirmó que todas las mañanas sentía las mismas náuseas que certificaban que estaba bien preñada, como acostumbraba a decir Perico, que eso de estar en estado no lo entendía muy bien. Allí en el pueblo, cuando una mujer iba a ser mamá, decían que estaba preñada o encinta, sin embargo a Chari, esa manera de decirlo, daba a entender que no le gustaba. A sus padres aún no les había dicho nada y pidió a Luis que cuando llamara a sus padres que no se lo dijera, que el día de la boda, en los postres, ya se lo diría a todos los presentes.

En la sobremesa Perico les dijo que les iba hacer el regalo de boda por adelantado. Mirándose los jóvenes y preguntándose qué podría ser lo que les iba a regalar el viejo.

—Amigos míos, como sabéis, vosotros sois la única familia que tengo en este mundo y que me ha proporcionado Dios cuando ya ni me lo esperaba. Como ya soy muy viejo, antes de que cualquier día desaparezca —en ese momento el semblante del viejo cambió un momento a una expresión de tristeza, aunque ninguno de los dos se percató, haciendo una pequeña pausa —tengo la dicha y el placer de regalaros esta casa y la del tío Blas. Son vuestras, me hace muchísima ilusión hacerlo ahora, no quiero que fuera póstumo y dejarlo escrito en un papel — no pudo seguir hablando porque la emoción le atenazaba y le anulaba la garganta.

—Pero, Perico, eso es un regalo muy grande, y además no nos vas a dejar, tienes que estar siempre con nosotros —le dijo Luis a quien también la emoción le

embargaba mientras Chari se había levantado y abrazó al viejo, mientras repetía muchas gracias.

—No sabéis lo feliz que me hacéis al aceptarlo. Vosotros sois mi única familia y os quiero de verdad. Cuando pase todo este lío de los próximos días, iremos al Ayuntamiento y lo dejaremos todo en orden. En ese momento seré el hombre más afortunado de la tierra —les continuó diciendo Perico con todo el cariño que podían irradiar sus ojos.

Chari, llevándole la mano al hombro al viejo, le dijo:

—Si tenemos un niño, como así espero que sea, también se va a llamar Perico como su abuelo el de las montañas.

Perico notó como si no pudiera respirar. El aire ni salía ni entraba en su vieja garganta, esa garganta curtida por los fríos vientos del Pirineo en los muchos años pasados. Sin embargo, las cariñosas palabras de una joven que apareció cuando el valle agonizaba le habían hecho que le faltara el aire en ese precioso momento.

—Gracias por eso que me has dicho, para mi es un orgullo grande, no podéis imaginar la ilusión que me hace. Os estoy muy agradecido —contestó el viejo con sus ojos saltándoles las lágrimas.

Mientras, Luis se había quedado mudo observando la escena emotiva entre Perico y Chari. Y mejor que fuera así, porque también se había emocionado y a lo mejor no podía articular palabra.

—Además, no tengo vergüenza ni pudor en decirlo. Para que lo sepas, el niño o niña que venga fue producto de la unión en un lugar del bosque en esas montañas —dijo la joven mientras en la cara de los dos notaron como el calor les rondaba la cara.

Luis abrazó a su chica y le dio un beso, y comprendió que su chica ya no era una niña, sino una mujer de cuerpo entero. Estaba orgulloso de ella y sintió que la quería más que nunca.

El azul del cielo se mostraba más intenso si cabe; el cielo se vistió de un orgulloso celeste y el bosque que fue testigo de su unión amorosa dio al lugar una luz muy fuerte y bella al alearse el verde esmeralda y el azul celeste. El valle era otro con un nuevo color, distinto a todos los demás, y La Puebla de Chari era también otra aldea distinta; hasta las casas más viejas y derruidas tenían otro color y parecía que una fuerza interna quisiera apoderarse de ellas y hacerles levantarlas otra vez; volverlas a su posición que nunca habrían tenido que dejar, ya muertas y desahuciadas debido a las lluvias, a las tormentas, a los vientos. En suma, al olvido.

Hasta el río bajaba llenando la oquedad del valle con un sonido como si las cien mejores orquestas del mundo estuvieran entonando la canción más agradable que nunca se hubiera compuesto. Aquella voz que salía de las aguas cristalinas y que parecían cantar los mismos ángeles del cielo, llegó a todos los rincones y los saturó de notas celestiales.

LXXII

Durante el poco tiempo que restaba hasta el domingo, día de la boda, terminaron de realizar los preparativos para la misma. El traje de novia de Chari ya lo tenía colgado de un armario, con sus zapatos blancos, y cuando le comentó a Luis que debía comprar un ramo de flores, pronto respondió el viejo diciéndole que no se preocupara, que lo llevaría y bonito. También esa tarde bajarían a la carnicería del pueblo a por la carne de cordero y a comprar unas botellas de Somontano. Asimismo, el pan lo tenían preparado.

Habían bajado también los tres a recoger el Libro de Familia, por lo tanto Luis le hizo saber a su novia que legalmente ya estaban casados por lo civil y que cuando llegaran a la aldea debían celebrarlo, porque el joven era así, el menor asunto que debiera celebrar, lo hacía descorchando una botella de cava.

Por la tarde, ese sábado y una vez regresados del pueblo donde compraron lo que faltaba y dejaron en el sotanillo, Perico sin avisar desapareció de la aldea sin decir a dónde iba. Marchó hacia la ermita y la barrió, después, por la ladera que descendía desde ese lugar se entretuvo en recoger flores y hierbas aromáticas que esparció por el suelo de la iglesia. Cuando terminó sus ojos brillaban de satisfacción; la ermita había quedado muy coqueta y estaría preciosa al día siguiente.

Sin embargo, el viejo no se sentía del todo feliz. Notaba un dolorcillo que no le gustaba nada y recordaba a Jesús, el vecino de la aldea, que algunos años atrás le confesó los mismos síntomas que él ahora notaba y al poco tiempo lo que enterraron. Pensó, para tranquilizarse, que porqué iba a ser lo mismo; pero en su fuero interno aquello empezaba a martirizarle. De todas formas se prometió a sí mismo que no le diría nada a nadie y menos a sus jóvenes vecinos.

Trató de olvidarse de todas sus dudas y nubes negras que le rondaban por su cabeza. Fue a poner unos lazos y, si había suerte, el día siguiente degustarían conejos asados. Pasando por el huerto observó que algunos tomates y una sandía y un melón, ya estaban para ser cogidos, habían crecido en muy poco tiempo sin darse cuenta de ello.

En la aldea, Luis y Chari se encontraban preparando los cubiertos y cristalería para el día siguiente, dejándolos encima de una mesa. Se miraban de vez en cuando entrecruzándose sus miradas, expresándose la ilusión que sentían por el acontecimiento y de una manera cadenciosa fundían sus bocas en un beso en el que derramaban todo el amor que se profesaban.

Aunque faltaba aún mucho tiempo, ella le comentó a Luis sobre el nacimiento de su hijo o hija, y los problemas que conllevaría. Allí solos, en aquella remota aldea. Pero el joven le contestó que no pensara en ello, que pasado el tiempo ya verían, aunque él también lo había pensado ya, no encontrando contestación que le satisficiera.

Al ponerse el sol, Perico regresó a la aldea. Luis y Chari se encontraban un poco preocupados por su ausencia. Cuando lo vieron pasar por el puente, el joven le preguntó:

—Qué, Perico, ¿de dónde vienes, tunante?, ¿no vendrás de ver a la novia? A ver, explícate, bandido.

—A ti te lo voy a decir. Tú ya tienes bastante con qué preocuparte. Y si no, pregúntaselo a tu Chari —le contestó el viejo con cara de travieso.

Chari miró al cielo que empezaba a llenarse de sombras. Algunos puntitos luminosos pugnaban por hacer su aparición y dirigiéndose al viejo:

—Perico no hagas caso a este pesado y contéstame: ¿qué opinas del tiempo para mañana?

Perico elevó su vista al cielo y después observó el valle y el bosque. Mirando a la joven le respondió:

—Tranquila, pequeña, mañana va a ser un día magnífico, pero barrunto que días después puede que veas algo de nieve en las cumbres.

—Gracias, Perico, me quedo más tranquila —le agradeció la joven.

Lo tenían todo preparado. Ya sólo hacía falta que la noche llegase con sus negras fauces y que despertara el nuevo día con sus azules ojos. El día de ellos, el día que habían elegido para unirse junto a aquellas montañas tan altas como el cielo. Nunca hubieran imaginado, y menos Chari, que su boda fuera a celebrarse en un lugar como el que estaban; y menos unos meses antes, cuando paseando por las calles de Barcelona, habían hablado de ese tema entre ellos. Sin embargo, allí estaban, la víspera del señalado día en aquella aldea perdida de las montañas del Pirineo, esperando el ansiado día, en un paraje semiderruido como si una cruel batalla lo hubiera arrasado. Pero ellos, con la ilusión que le afloraba por sus ojos, lo veían precioso aunque en esos momentos las sombras difuminaban el verde del valle y el azul del manto del cielo. Cuando las tinieblas tomaban posesión del valle durante unas horas.

Esa noche sentados frente a la lumbre de la cocina, los tres repasaron los pormenores. Todo debería estar en orden, sintiendo Chari que cada minuto que pasaba una especie de nerviosismo se iba adueñando de su cuerpo y un torrente de ilusión también entraba de golpe, amasando sus contradictorios estados de ánimo.

Se encontraban los tres a gusto junto a la lumbre, con Sasué sentado junto a ellos metiendo su morro en medio de sus manos y haciendo como que dormitaba, mientras el fuego quemaba los últimos tarugos, conservando la estancia con un calor muy agradable.

Cuando los párpados empezaron a pesarles, decidieron irse a sus aposentos. El sueño les vencía, mientras la negritud de la noche del valle, estaba vistiéndose de gala para, a las pocas horas, salir vestida con sus mejores coloridas vestiduras.

Esa noche los dos jóvenes soñaron con la mañana siguiente. En sus sueños se convirtieron en el rey y la reina de dos dominios vecinos, que al proceder a su unión iban a ser coronados con flores que sus vasallos confeccionarían. Se despertaron al mismo tiempo y se contaron los sueños, se dieron un beso y siguieron durmiendo hasta que las primeras claridades los despertaron. En ese momento se abrazaron y dejaron pasar los minutos, hasta que unos pájaros de mil colores se posaron en el marco de la ventana y empezaron a cantar diferentes trinos, como saludándolos al comenzar su día.

LXXIII

Las primeras luces del alba iban bajando desde las montañas que en esos momentos iban tomando tonalidades plateadas, tornando a color oro. Al tiempo que el sol empezara a asomar entre los resquicios de sus cumbres, los novios a punto de abandonar su soltería, se levantaron rápidamente. Había llegado el día feliz de su vida, el día en el que habían soñado muchas veces, sobre todo Chari. Nunca de esa manera, pero lo que sí era verdad es que se encontraba totalmente feliz, la ilusión que le emergía desde lo más profundo de su ser le afloraba y le salía por todos los poros de su cuerpo. Luis la tomó por las mejillas y la besó con fuerza y con todo el cariño que en ese momento sentía por la chica que dentro de unas horas pasaría a ser su esposa. La quería de verdad, por muchas cosas, diría que por todo. Le gustaba cómo era, por su carácter sencillo y a la vez con personalidad; por su fuerza; por su ánimo y por su bondad; era su compañera en todo, y lo había demostrado cuando decidió acompañarle en aquella aventura que hace unos meses le había propuesto en sus ansias de libertad. Aunque sabía que era una locura mayúscula que hasta ese momento les había salido bien. En fin ellos eran inmensamente felices y así querían serlo siempre, y más ahora que en las entrañas del vientre de su chica se estaban gestando una nueva vida, producto de su amor, engendrado en el interior del bosque de aquel valle verde y libre.

Cuando salieron a la puerta, el sol estaba a punto de asomar entre los dos picos altos que parecían que en ese momento empezarían a arder como si de un volcán se tratase. Llamaron a Perico pero no les contestó. Chari se imaginaba dónde estaría y así se lo hizo saber a Luis, diciéndole que tal vez en el bosque cogiendo flores.

Sasué empezó a corretear por la plaza para estirar sus cortas patas, que habían estado paradas durante toda la noche tumbado en el suelo junto a sus amos. Daba de cuando en cuando algún ladrido como queriendo avisar a todos los animales del bosque de que el amo de la aldea era él y que nadie se atreviera a discutírselo.

Luis y Chari pasaron adentro. Luego la familia vendría y deberían irse preparando. Al poco tiempo de introducirse en su habitación, apareció el viejo que se introdujo en la casa del tío Blas con sigilo para que no le oyeran su regreso. Iba cargado con un montón de flores de todas clases.

Ya dentro, las fue seleccionando para confeccionar el ramo y otras más pequeñitas las puso aparte para hacer la diadema que colocaría él mismo en la cabeza de la novia.

El ramo lo hizo con flores blancas; en el centro, un círculo de flores de todos los colores, y en el exterior unas ramitas delgadas verdes. Pensó, mientras lo hacía, que si fuera joven se podría ganar la vida con las flores riéndose al mismo tiempo.

Después hizo la diadema, cogiendo un trozo de rama de un arbusto que sabía conocía que era muy flexible e hizo un círculo y en el que fue tejiendo alrededor

unas pequeñas flores hasta cubrirlo por completo. Cuando lo terminó quedó bastante contento con su obra y esperaba con ilusión que llegara el momento de ponerlo en la cabeza de Chari.

Salió rápidamente y se internó en el bosque nuevamente. Pensó que no había perdido ni un gramo de su vitalidad y de su fuerza, y se animó un poco pensando que ese dolor que hace unos días se le había despertado, sería con toda probabilidad una dolencia pasajera.

Se acercó a mirar los lazos, a ver si había algún conejo o liebre prendido y efectivamente, la suerte le había ayudado. Regresó con tres piezas, por lo menos tendrían oportunidad los invitados de degustar la carne sabrosa de aquellos conejos de monte y que sabía muy bien preparar a la brasa.

Unos días antes le había pedido a su amigo Román el Duro, que se acercara a la aldea para ayudarle a preparar la caldereta. Así que cuando pasó el puente miró hacía las curvas del camino de Serrabe, y comprobó que ya subía su gran amigo, esperándole sentado en el muro.

—Joder, Perico, tú no pierdes el tiempo, lo que no sé es cómo los conejos de este sitio no emigran. Eres más peligroso que una cuadrilla de cazadores —le dijo con gracia su gran amigo.

—Je, je, je, eres un exagerado, Duro. Y gracias por venir tan pronto. Nos vamos ahora mismo a prepararla que sabes que para que esté en su punto tiene que estar su tiempo preciso —le contestó Perico agradeciéndole que hubiera madrugado tanto para estar allí.

En la puerta ya estaba Luis, que saludó con un abrazo a los dos, y metiéndose con Perico, cuando observó la cosecha que llevaba en la mano.

—Eres increíble, Perico ¿Quién te ha vendido en Serrabe los conejos que llevas en la mano?

—¡Ya estamos! Duro, ¿qué te parece el novio?, menudo zorro, no tiene guasa ni nada aquí el amigo. A ver si no los vas a catar —le contestó riéndose el viejo. —Vamos, Duro, nosotros a lo nuestro que este es un cachondo mental. Nos ha jodido el novio, menudo elemento.

Encendieron lumbre y Perico se dirigió a la casa del tío Blas y sacó una sartén muy grande, con patas. Se dirigió al río a fregarla con arena, regresando al momento con ella bien reluciente, mientras el Duro se había entretenido en ir cortando la carne del cordero en trozos pequeños.

Chari se estaba aseando y peinando para cuando llegara su mamá la terminase de arreglar y la vistiera con el traje de boda de la esposa de Perico, que le hacía muchísima ilusión, más que si le hubieran regalado el traje de novia más bonito del mundo.

Cuando salió a la cocina, vio el trajín que se llevaban entre manos Perico y su amigo el Duro. Saludó y los besó a los dos, diciéndoles que nunca les podría pagar lo que estaban haciendo por ella, que se consideraba la mujer más afortunada del mundo.

Los dos amigos le dijeron que con aquellas palabras y con su sonrisa ya se consideraban de sobra pagados y que era un placer, dedicándose a observar como

iban cocinando. Cuando estuviera terminada, la comida estaría para chuparse los dedos.

Cada minuto que pasaba, sin poderlo evitar, una especie de cosquilleo le rondaba por el estómago. Deberían ser los nervios que ya empezaban a manifestarse y que irían en aumento. Salía a la plazuela, miraba al camino y volvía a introducirse nuevamente. En una de esas salidas vio a Luis que venía cruzando el puente como si tal cosa, tranquilo y silbando una canción. Su novio parecía de piedra, no se ponía nervioso por nada.

—¿De dónde vienes? —le preguntó la chica.

—Te voy a contestar: es que me he ido al monte a preguntarle si debería casarme, porque aún tengo dudas —rió mientras lo decía.

Chari, con el ceño fruncido, le contestó que aún estaba a tiempo. Mientras, cogió la escoba que estaba al lado de la puerta y salió detrás de él para pegarle escobazos, corriendo uno detrás del otro, mientras el perro también corría detrás de ellos asustado ladrando. Hasta Perico y el Duro salieron a ver el espectáculo riéndose a carcajadas.

Con el jaleo que armaron los novios, no notaron que cuatro coches subían por el camino despacio, hasta que Sasué les avisó ladrando y dirigiéndose a todo correr al puente. Chari tiró la escoba y salió también corriendo detrás Luis. Los viejos andando se dirigieron a recibir a los familiares y convidados.

Habían llegado todos los que debían venir de Barcelona. Al instante todo fue un alborozo desordenado de abrazos y besos. Estaba también su amiga Montse y su marido Pep con los que Chari se fundió en un abrazo largo. Traían a su hija pequeña que habían decidido que les acompañara. También Sebas que le dio un abrazo emocionado a su amigo.

Los papás de los novios parecía que ya eran vecinos del pueblo. Era la tercera vez que se adentraban en aquel reino perdido y ya se encontraban familiarizados con el entorno.

Cuando las dos amigas se separaron del abrazo, Montse echó una mirada a todo lo que abarcaban sus ojos y se quedó maravillada con las montañas y la hermosura del valle, no tanto con el estado de la aldea que parecía que había sido asolada la noche anterior por un fuerte terremoto.

Se separaron, por un lado los hombres y las mujeres y se dirigieron a la pequeña plaza de la casona. Entonces Montse respiró, ese lugar le agradó, tenía un encanto especial. Chari le enseñó toda la casa al mismo tiempo que le contaba cosas sin parar, sin apenas dejar hablar a su mejor amiga, con muchas cosas aun que decirle.

Cuando entraron en la cocina observaron que una enorme sartén estaba en el fuego y de ella se desprendía un aroma que llenaba toda la estancia y que olía a gloria. Todos se acercaron a ver qué era pero nadie supo adivinarlo hasta que Perico les hizo saber que era caldereta de cordero y sería el plato principal del banquete de bodas.

Mientras, en la calle, los hermanos de Luis jugaban con Sasué, no parando el can de dar ladridos y correr detrás de la pelota que le estaban lanzando.

Cuando todo se calmó un poco, Luis avisó a las mujeres, que hablaban al mismo tiempo, que se dieran prisa en aviarse y ponerse guapas pues la hora se iba acercando, por lo que como una orden subieron todas a la habitación para vestir a la novia. Abajo, Perico, en un abrir y cerrar de ojos se dirigió al sotanillo y se trajo la bota y sacando después el jamón partió una gran cantidad de trozos que dejó encima de la mesa y mientras conversaban fueron dando buena cuenta.

En eso, oyeron que un vehículo estaba llegando a la plaza, era el alcalde con su señora. Luis los presentó aunque ya les conocía del día de la fiesta de la aldea y su mujer subió a la habitación donde se estaba ataviando a la novia.

Perico y el Duro removían de vez en cuando las tajadas de cordero de la sartén y comprobaron que aquello estaba ya casi hecho, así que lo dejaron con poco fuego y allí quedaría hasta que llegara la hora.

La bota corría de mano en mano sin parar, por lo que Perico se dirigió nuevamente al sotanillo y trajo una nueva botella para rellenarla, con un afán y su vitalidad de siempre y con su alegría que contagiaba a todos.

El cura no tardó en llegar acompañado del sacristán que también se apuntó a la ceremonia. Perico los acompañó a la iglesia para que fueran preparando todo lo necesario, admirándose el cura cuando observó como estaba la ermita de adornada.

La puerta de la habitación de arriba se abrió y Gloria, la madre de la novia, solicitó que atendieran todos, que Chari iba a bajar. Todos, hasta Sasué en la misma puerta, esperaron el momento en que apareciera.

Cuando salió por la puerta, estaba guapísima con el traje blanco de la mujer de Perico. Le sentaba como pintado, y paró instantes antes de bajar las escaleras mirando a todos, momento en que empezaron a aplaudir con admiración y a decirle guapa. Ella contestó diciendo gracias muy emocionada.

Perico se escapó sin que nadie lo notara y fue a la casa del tío Blas donde recogió el ramo y la diadema que había tejido. Llegó en el preciso momento en que la novia bajaba muy despacio los escalones. Cuando bajó el último, Perico se adelantó y le entregó a Chari el ramo de flores, después cogió la diadema y la colocó en su cabeza ajustándola. La novia, si antes estaba preciosa, ahora parecía una virgen, un ángel. El adorno de su cabeza la había transformado, el novio la miraba como tonto, como un bobo. Ni llegaba a creerse que aquella niña se fuera a convertir en unos momentos en su esposa.

Chari se abrazó a Perico y lo besó dándole las gracias, no sabía otra forma de agradecérselo y Perico, ante ese gesto, notó que las lágrimas le brotaban de sus ojos y caían por su rostro. Después la novia fue besando a todos los que allí se encontraban, mientras su mamá fue a por un espejo y se lo dio a su hija para que se viera, comprobando que el regalo de Perico era precioso. Como si lo hubieran hecho las manos de los ángeles, por lo que otra vez se fundió con el viejo en un abrazo.

Luis subió a la habitación, se puso la chaqueta, se arregló el pelo y bajó. La ceremonia estaba a punto de comenzar y en su nerviosismo estuvo a punto de caer al bajar las escaleras. Todos se asustaron y rieron después.

El padre de Chari tomó a su hija del brazo y la madre de Luis cogió a su hijo y se puso detrás de ellos. Luis le dijo a Perico que se pusiera cerca de él ya que era el padrino de honor. Una vez colocados, la corta comitiva emprendió el camino empinado hacia la iglesia, siendo seguidos por Sasué que parecía que era un invitado de segunda clase.

Llegaron a la ermita y el cura ya los estaba esperando en la puerta. Les dijo que fueran bienvenidos a la casa de Dios y les invitó a pasar a la misma. Hasta Sasué entró, manteniéndose más tieso que un clavo durante toda la ceremonia.

El acto fue muy sencillo. El lugar escogido era único e ideal. Todo era sencillo, pero fue una ceremonia preciosa. El marco de la ermita encima de la colina de la aldea encajada en el valle, hacía que la ceremonia sagrada que se estaba celebrando allí dentro, resultara un tanto bucólica.

—Chari, ¿quieres a Luis como esposo?

—Sí, quiero.

—Luis, ¿quieres a Chari como esposa?

—Sí, quiero.

Se volvieron a poner uno al otro los mismos anillos que se quitaron al entrar en la iglesia, mientras ambos se miraban a los ojos. Traspasándose todo el amor que se sentían el cura terminó la corta ceremonia:

—Por el ministerio que la Iglesia me ha encomendado, yo os declaro marido y mujer —. El sacerdote concluyó con picardía —Podéis besaros.

Luis cogió la cara a Chari y le dio un beso corto en lo labios pero rebosante de amor. Mientras Chari respondió mirándole con ternura a los ojos. Al mismo tiempo a las respectivas madres les corrían lentamente unas pequeñas lágrimas por sus mejillas y Perico con disimulo se pasaba los dedos por debajo de sus ojos sin poder reprimirse cuando observaba a la novia con ese vestido que un día y en ese mismo sitio se lo puso su esposa cuando se casó con él. Sin embargo, a pesar de la nostalgia que en ese momento le envolvía, también un orgullo le afloraba de su ser. Allí estaban, junto a él, las personas que más quería en esos momentos y que le habían hecho muy feliz en el poco tiempo que vivían en la aldea compartiendo con ellos todas las cosas.

Allí mismo, en el ara, firmaron los papeles que les mostró el cura y también los testigos, Perico y el alcalde, y después Sebas, que fue nombrado por Luis el fotógrafo oficial, se dedicó a hacer fotos de los novios solos y acompañados de todo el mundo.

Al salir, la luz del valle les alumbró el rostro y los besó. Eran los habitantes que habían apostado por su unión y ese era su regalo, cubrirlos con la luz de sus montañas, de sus árboles, del agua del río que lo cruzaba y del sol que surcaba su cielo.

Los hermanos de Luis, agarraron la cuerda que hacía voltear la pequeña campana y así permanecieron repicando hasta que bajaron todos.

En la puerta de la ermita abrazaron a los novios mientras los hermanos de Luis, Montse y Pep, Perico y Román el Duro, lanzaban arroz con fuerza sobre las cabezas de Chari y Luis, al tiempo que decían con fuerza ¡Vivan los novios!

Todos los colmaron de abrazos y besos y Sebas siguió haciendo fotos al lado de la iglesia, con el fondo del valle y las cumbres, mientras Sasué corría y ladraba de alegría.

Lentamente fueron bajando todos a la plazuela. Perico pensó que a la llegada a la misma, si Chari accedía, le llevaría el ramo a la tumba de su mujer, pero no hizo falta que se lo dijese, y como si la novia tuviera telepatía, expresó que era su intención dejar el ramo en la tumba de la esposa de Perico. Así fue, se separó del brazo de Luis y se unió al del viejo y ambos tomaron el camino del camposanto, siendo seguidos por todos los demás. Allí se agachó y dejó el ramo sobre la cruz de la tumba, mientras daba un beso a Perico.

Perico la miró agradecido y todos rezaron un Padrenuestro, regresando nuevamente, con un Perico muy emocionado, que al llegar a la plaza cambió su semblante y fue otra vez el de siempre.

Todos cooperaron en poner las mesas fuera y extendieron los manteles blancos que Chari había lavado unos días antes. Fueron poniendo toda clase de entremeses acompañados de cerveza, vino y refrescos degustados allí de pie, mientras el regocijo y los gritos de vivan los novios se oían a cada instante, hacía que el valle se llenara de felicidad y el sol alumbrara con más fuerza.

Hasta el murmullo de las aguas que bajaban de aquellas alturas y que sonaba como música celestial, parecía dar la enhorabuena a los novios sonando con más intensidad haciendo ruidos como voces y sonidos que asemejaban el repicar de campanas.

Después los novios se sentaron juntos al extremo de las mesas juntas, y al lado de sus padres. Enfrente de ellos Perico y Román el Duro como si presidieran la reunión. Al lado de los padres se sentaron el alcalde y su mujer, a su lado el cura y el sacristán y enfrente el amigo de Luis y la amiga y marido de Chari. También a su lado, los hermanos de Luis.

Perico y el Duro no dejaron que nadie les ayudara. Ellos se encargarían de servir a todo el mundo. Pusieron los platos, los tenedores y los cuchillos y dejaron la enorme sartén en el centro de la mesa; y con una maestría digna del más refinado maître, fueron sirviendo una generosa ración a cada uno de los presentes, indicándoles que había suficiente para repetir las veces que quisieran.

Empezaron a comer, no sin antes dar otra vez un "Vivan los novios" y ya cada uno empezó a degustar la riquísima caldereta que habían cocinado los dos viejos, lanzando exclamaciones de admiración porque estaba riquísima, felicitando a los viejos que no cabían en si de contento.

Se pusieron morados, sobre todos los dos hermanos, Sebas, Pep y también el novio. No se cansaban de echarse en el plato y así, entre trago y trago, ayudados por los vapores del vino que iban calentando el ambiente, las risas, el bullicio y la algarabía habían convertido la aldea en un rincón del valle donde reinaba la fiesta.

Saborearon los conejos que Perico y el Duro asaron en las ascuas y les dieron la enhorabuena. Estaban deliciosos pues nunca los habían comido tan buenos.

Antes de terminar el plato, los novios ya se habían tenido que levantar varias veces a darse los besos de rigor y Luis miraba a su novia ensimismado en su arro-

lladora belleza. Tenía un atractivo diferente a todas las demás chicas del mundo o por lo menos eso le parecía a él. Sin duda era un afortunado.

La fiesta terminó con el descorche de botellas de cava y brindando por los novios, mientras los tapones salían disparados al aire y parte del líquido burbujeante se derramaba abundantemente.

La boda y la fiesta no la podrían olvidar nunca, había sido distinta a todas, pues había tenido ese sabor singular como ninguna y todos se lo hicieron saber a los novios y les desearon salud y toda clase de bienes. Y uno por uno los fueron abrazando.

Cuando los abrazos y las enhorabuenas cesaron, Luis se levantó y se dirigió a todos, para darles las gracias:

—Bueno, a pesar de que no sé si me van a salir las palabras, primero por la emoción y luego debido al cava, sólo os quiero decir que gracias por estar con nosotros en este día tan maravilloso y tan feliz. Y agradecerle al alcalde del pueblo de abajo que esta comida que hemos disfrutado ha sido gentileza de él. Chari y yo os estamos muy agradecidos. Y ahora la novia os quiere decir una cosa —terminó mientras miraba a la novia guiñándole un ojo y se tocaba su barriga. Sólo Perico y Chari se percataron del detalle y ella se rió por lo bajo, pensando que el marrón se lo había pasado a ella.

—Gracias a todos por habernos hecho tan felices, y sobre todo a Perico, que es una persona al cual le sobran cualidades y tiene un corazón tan grande como la copa de un pino. Pero lo que voy a decir ahora para que lo sepáis todos con antelación y sobre todos nuestros papás es que, si Dios quiere, vamos a tener un hijo.

Los cuatro padres se quedaron helados cuando su hija terminó de esa manera tan rotunda. No se lo acababan de creer, era todo tan rápido que casi no lo podían digerir, aun así su madre se atrevió a decir:

—Pero, hija mía ¿estás segura de ello?

—Sí, mamá, completamente. Vas a ser abuela.

Pasado el breve momento de sorpresa, se levantaron y otra vez alzaron las copas al aire tomando otro traguito, mientras a hurtadillas la mamá de Chari miraba a su hija y ella se daba cuenta, devolviéndole la mirada con ternura.

A su íntima amiga Montse, la alegría la desbordaba. Y era feliz como nunca había sido. Se acordaba su amiga en ese momento cuando ella le dijo que estaba en estado y que era la primera en saberlo, antes que su marido. Ahora cuando se cruzaban sus miradas, las mismas se volvían llenas de amistad y felicidad.

Se sirvió el café, y luego las bebidas. Tenían mucha tarde para poder disfrutar de aquel día tan señalado, las mujeres se sentaron todas en un lado de la mesa, y hasta la mujer del alcalde se lo estaba pasando en grande y eso que no conocía a nadie.

Los hombres, por otra parte, llenaban los vasos de cubatas y allí se iban contando sus historietas y el alcalde le preguntó a Luis, que dónde iban a ir de viaje de bodas, contestándole que no se iban a mover de allí, que no había un sitio en el mundo que estuvieran mejor que en aquel valle.

El cura también se lo estaba pasando bien, lo demostraba el colorcillo que iban tomando sus carrillos. Se notaba que había llenado bien la tripa y que se encontraba a gusto y levantaba el vaso hacia arriba de cuando en cuando.

El alcalde pidió silencio a todos un momento y quiso decir unas palabras:

—Sólo quiero decir dos palabras, y van dirigidas a los padres de los novios. Sepan ustedes que tienen unos hijos maravillosos y que han llenado de felicidad este valle; y sepan también que en todo el pueblo se les aprecia mucho y ahora, antes de que se me olvide, quiero hacerles un regalo a los novios.

Se sacó dos estuches del bolsillo de su chaqueta y los entregó a los novios. Los abrieron y vieron dos bonitos relojes, dando las gracias a la autoridad, obsequiándoles con un abrazo a él y su señora.

Poco después, se excusaron el alcalde y también el cura y el sacristán, despidiéndose de todos y diciéndoles que habían pasado un día que no olvidarían. Se marcharon y con ellos Román el Duro, que abrazó también a los novios, muy emocionado, dándoles las gracias sin parar.

El final de la tarde se iba acercando y los visitantes de Barcelona comprendieron que debían ya emprender el regreso para la gran ciudad. La alegría del día iba a ser pronto vencida por la tristeza de la despedida. Los buenos momentos casi siempre terminan al caer la tarde, cuando las sombras van llenando los bosques y los caminos y la noche escoge el color negro para vestirse. Pero ante eso no había nada que hacer, todo debería seguir otra vez su rumbo normal, era la ley de la vida que ellos mismos habían escogido, la que habían elegido vivir, aunque en esos momentos una especie de puñal muy afilado les traspasara el corazón. Tanto a los que se quedaban como a los que se iban a marchar, todo tenía un principio y un final y en ese momento se levantó un suave viento que iba cambiando a más fresquito y que les fue azotando los rostros, anunciando que el otoño estaba acercándose y pronto invadiría el valle, perdiendo sus colores de verano y los iría transformando en un triste color amarillento.

Los cuatro coches se fueron alejando camino abajo, tocando los cláxones hasta que desaparecieron por la odiada última curva, y bajo el puente volvieron a quedarse masticando su soledad los tres habitantes del valle. La novia, con su vestido blanco, cogió la mano a su esposo y mientras los vehículos desparecían de su vista, la apretaba fuertemente como si quisiera oprimirla contra su corazón al que la soledad le atenazaba y le pugnaba por explotar las lágrimas que tenía contenidas en sus preciosos ojos. Luis se dio cuenta y pasó el brazo por su hombro y apretó con dulzura su cuello. Esa chica que tenía a su lado era ya su esposa, la que compartiría con él su vida y se juró que así lo haría y que su misión era hacerla feliz. Al mismo tiempo, el agua, que corría dando saltos cerca de ellos, les decía con su voz de ánimo que no se preocuparan lo más mínimo, que siempre estarían oyendo esos sonidos de aliento.

Subieron los tres nuevamente a la plazuela. Luis llevaba de la mano a la novia y al mismo tiempo cogió por el hombro a Perico. Los restos de la batalla quedaban en las mesas de la plaza y ahora se tenían que dedicar a ponerlo todo en orden. La vida en la aldea debía continuar y sólo había un cambio. Ellos ya eran

marido y mujer y esperaban una nueva vida, una vida que habían engendrado en la montaña.

Esa noche, cumpliendo los ritos de siempre, cuando se retiraron a su habitación, Luis tomó en sus brazos a la novia y la subió despacio por las escaleras. Mientras, con una mano le decía adiós a Perico que los observaba desde abajo lleno de satisfacción. Esa noche el amor que se profesaron lo escuchó el valle. Y el mismo valle los envolvió con su aroma y los abrazó con su manto verde oscuro y los libró del viento frío que ya soplaba por las montañas.

LXXIV

Las siguientes mañanas vinieron a certificar la veracidad del estado de gestación de Chari. Ya no había duda ni vuelta de hoja. Lo tenían claro, para el final de la primavera serían papás y ante la ausencia completa de dudas, a los dos se les despertó una ilusión que no la podían contener. Eran felices, cuando más estaban haciendo uso de su libertad en el valle, sin ninguna atadura, ni soga que lo evitase, esa noticia les hacía pensar que parte de la libertad que disfrutaban iba a ser recortada, pero no querían pensar en ello ahora, aún quedaba mucho tiempo y deberían seguir su vida igual, quizá Chari debería tomar algunas precauciones.

Como precursor del otoño que se avecinaba, el tiempo antes de su entrada fue muy variable. Las tormentas se sucedieron por la tarde acompañadas de un viento frío y traicionero, sobre todo una que trajo un frío gélido que les hizo a los tres tener que encerrarse ya a media tarde en la casona y encender una buena lumbre con grandes troncos de leña de roble. Perico indicó que no sería muy extraño que en las altas cumbres que se divisaban estuvieran cubiertas por la mañana por un manto blanco de nieve.

Y así fue. A la mañana siguiente, cuando salieron al exterior, Luis y Chari comprobaron con sorpresa que las cimas de color azul claro, estaban pintadas de color blanco, descendiendo de ellas un viento cortante que les entraba por todos los poros de su cuerpo y aunque el panorama que ofrecía el valle era precioso, optaron por meterse nuevamente en la casona, hasta que la fuerza del día les invitara a salir.

Perico, ayudado por Luis, se dirigió al corral de la casa del tío Blas a llevar troncos de leña pues les dijo que iban hacer falta ya que posiblemente tendrían que tener la lumbre encendida todo el día.

Cuando la temperatura en la calle ascendió, el viejo se fue con Chari al huerto y recogieron unos tomates que ya habían madurado lo suficiente. Aunque no habían crecido mucho debido a las fechas que se encontraban, pudieron probarlos y hacer alguna ensalada.

Chari miró hacia la aldea y le gustó el espectáculo que estaba observando, le encantó contemplar la casona desprendiendo gran cantidad de humo por su chimenea y ver cómo, impulsado por el suave viento, tomaba dirección sur hasta el final del valle. Desde aquella posición, la aldea parecía otra, no se observaba tan deteriorada y sus tejados de pizarra negra le daban un aspecto parecido a las casitas de los cuentos de hadas que había leído en su juventud.

Esos días Luis le había parecido observar en el rostro del viejo una especie de preocupación o tristeza. Pensó que a lo mejor era imaginación suya y quiso olvidarlo, pero el semblante de Perico indicaba que algo le pasaba por su cabeza. Él seguía con su optimismo e intentaba que ninguno de sus dos vecinos pudiera sospechar algo, pero había veces que su semblante le traicionaba, sobre todo cuando se le preguntaba algún asunto y hacía repetir la pregunta, como si su pensamiento estuviera vagando por otro sitio.

Luis lo dejó pasar, creyendo que sería una preocupación pasajera, pero esa noche, en el lecho conyugal, le preguntó a su esposa Chari, si había observado algo en Perico y ella le confirmó sus sospechas. Evidentemente algo le pasaba al bueno de Perico, aunque de momento decidieron no preguntarle nada y dejar correr el tiempo y los acontecimientos.

Fue precisamente el día del cambio de estación y el otoño entró en el valle con toda su fuerza, cuando sentados a la mesa y después de haber hecho la primera comida, cuando Perico creyó que ya no podía pasar más, que su malestar y su dolor que ya no era pasajero sino que se había hecho persistente aunque podía soportarlo, que era el momento de comunicarlo a los jóvenes recién desposados.

—Luis, Chari, os tengo que decir una cosa. No sé si os habréis dado cuenta, seguro que sí, por que no se os escapa nada, pero hace algún tiempo que siento dolores en el vientre, al principio no hice mucho caso, pero ahora ya no me desaparecen, es como si algo me estuviera comiendo por dentro, no quiero ser pesimista, pero esto me huele muy mal —les dijo con aire de tristeza el viejo.

Era la primera vez desde su llegada que le habían oído hablar con ese halo de aflicción, parecía otro y esa forma de comunicárselo los dejó helados,

Le contestó Luis, tratando de quitarle preocupación:

—La verdad es que ya habíamos observado algo desde hace muy poco. Pero vamos, no te preocupes, ese dolor debe ser pasajero, es que no te puedes estar quieto y al hacer cualquier esfuerzo se ha tenido que producir algún desgarro.

—No lo sé, Luis. No me da buena espina. A un vecino amigo mío también de esta aldea, le pasaba lo mismo que a mí y poco tardó en irse al otro barrio, no sé, no sé... —contestó Perico mientras sus ojos iban tornando a color tristeza.

Entonces intervino la chica que hasta ese momento se había dedicado solamente a observar al viejo, estudiando su expresión que efectivamente algo grave le debía pasar, aunque también le quiso dar ánimos.

—Bah, Perico, eso no es nada, ya verás. Pero para tu tranquilidad, podemos bajar al médico del pueblo y que te haga un reconocimiento.

El viejo lo agradeció, pero eso de ir al médico, no lo tenía muy claro. No había visitado a ningún medico en su vida y ahora tampoco le apetecía mucho, aunque también pensaba que había veces que el dolor le apretaba ya bastante.

Tuvieron que insistirle mucho pero al fin le hicieron recapacitar y a la mañana siguiente decidieron bajar al pueblo y que lo reconociera el médico. Aunque también les hizo saber que, dijera lo que dijese, él no marcharía a ningún sitio más, no dejaría su aldea, eso lo tenía muy claro. De allí no se movería, como muchos vecinos y amigos que cuando se sintieron enfermos no quisieron que los llevaran a ninguna parte.

Cuando Luis y Chari se quedaron a solas, comentaron la conversación que habían tenido con Perico y pensaron que el asunto no presentaba muy buena cara. Creyeron que debían convencerlo para que aparte de que lo viera el médico de abajo, fueran también a visitar a un especialista de la capital, aunque sabían por las palabras del viejo y por su tozudez que eso sería casi imposible.

Ya al caer las tardes, el viento fresco se hacía presente. Durante el día se podía sobrellevar, pero cuando las sombras empezaban a cubrir el valle con su sombrío manto, el viento que ya daba visos de helado, bajaba también de las crestas de las cumbres como anunciando que se fueran preparando para los días que posteriormente llegarían. El otoño, que no había hecho más que empezar, quería traer también aires malignos a aquella aldea y llenar de tristeza todo los rincones en donde hasta ese momento manaba sin cesar la alegría y la felicidad.

LXXV

Aquella mañana, cuando bajaban hacia Serrabe, el ruido del vehículo de Luis no era el mismo que el de otras veces. Sonaba como a una melodía triste, hasta las palabras del viejo, que siempre irradiaban alegría y buen humor, salían de su boca de una manera hueca y amarga y ellos lo notaron. Se atrevió Luis a decir alguna tontería para cortar el ambiente frío que se respiraba dentro del habitáculo del coche, pero casi no lo consiguió. Los pensamientos de los tres tenían la preocupación de cierta angustia, esa mañana no era igual a las otras mañanas cuando bajaban a tomar una cerveza o de fiesta.

Fueron directamente a la casa del médico, don Salvador, que les recibió con mucha amabilidad. Aquel hombre entrado en años, con la sabiduría y la experiencia que le daba su edad, conocía a todos los habitantes de la comarca mejor que nadie. Sabía de la salud de todos, menos de la de Perico, ya que nunca lo había visitado, aunque sabía que si no lo había hecho es que hasta la fecha no le había hecho falta y se mantenía como un roble.

—Buenos días, Perico, y acompañantes. Vosotros diréis —dijo con mucha amabilidad el médico mientras les indicaba que pasaran a una habitación aneja. Pasaron al despacho y se sentaron enfrente de la mesa, y siguió diciendo el médico. —No me digas que el paciente eres tú Perico, que no me lo creo.

—Pues sí, Salvador, soy yo, aunque no te lo creas. Y la verdad es que estoy bastante preocupado, ya sabes que siempre he tenido muy buena salud, pero llevo ya un mes más o menos, que siento molestias en el vientre. Empezó con unos leves dolores y últimamente ha generado en un dolor continuo que aunque no muy fuerte, es molesto.

El médico le dijo que se echara sobre una camilla que tenía en la habitación. Lo auscultó y le puso los dedos en el lugar donde le indicaba el viejo que sufría las molestias. Le mandó levantarse y le dijo que se sentara, y mirando a los ojos a Perico le manifestó:

—Perico, atiéndeme, esto puede ser muchas cosas. Deberías bajar a Barbastro o a Huesca y que te miren detenidamente y te hicieran las pruebas pertinentes. Yo te hago el volante y cuando puedas marchas para allá, yo ahora te voy a recetar unos calmantes y ya no puedo hacer nada más.

Perico, también mirándolo y con cara seria y semblante tozudo, le respondió:

—Ni hablar, Salvador. Yo no salgo de mi aldea, de allí no me saca nada ni nadie. Lo que tenga que ser, será. Lo tengo bien pensado y claro.

—No seas cabezón, viejo gruñón, y hazme caso.

En ese momento intervino Luis, dando la razón al médico, queriendo cambiar de su opinión a Perico.

—Haz caso al médico, que es lo mejor. Allí, en un momento, todo solucionado y ya está.

—Ni hablar, un día me juré que no saldría de la aldea ni del pueblo para ir al médico a ningún sitio y así lo haré. Mi vida ha sido siempre en la montaña y así

será. Por mucho que insistáis, no lo vais a conseguir —les respondió el viejo de una forma que no dio lugar a más insistencias.

—Bien, Perico. Luego no digas que no te lo he dicho. Pero vamos, a lo mejor es un dolor pasajero que pase pronto —le dijo el médico levantándose y cogiéndole por el hombro, mientras les acompañaba a la puerta del consultorio —Bueno Perico, si lo piensas mejor, ya sabes, aquí estoy y a la hora que vengas.

Se despidieron del médico e inmediatamente subieron nuevamente a la aldea no sin antes pasar por la farmacia y recoger el medicamento.

Cuando llegaron a la aldea, Sasué los recibió a todos con fuertes ladridos de alegría y júbilo. Habían optado por no bajarlo al pueblo y lo dejaron aunque no le había parecido bien. Lo aceptó, quedándose como amo y señor del pueblo, defendiendo la casa.

—Perico ¿es tu última palabra?, piénsate bien lo que te decimos, es para tu bien. Quedándote aquí no ganas nada —le recordó otra vez Chari, mientras Perico la miraba con sus ojos esta vez tristes, respondiéndole:

—Si, preciosa, es mi última palabra. Sabiendo que si no voy sería el fin, me quedaría aquí. Ninguno de los vecinos de esta aldea que me dejaron, se movió de aquí y no voy a ser distinto. Creo que ya he dado bastante guerra y si llega el fin, bienvenido sea.

En ese momento Chari se abrazó al viejo y así estuvo un rato, mientras Luis los observaba con niebla en sus ojos que en cualquier momento podría condensarse y dejar escapar alguna lágrima de tristeza.

El otoño no sólo había llevado nuevos vientos a la aldea, sino que venían acompañados de otros que los había dejado más helados que los gélidos que alguna vez ya bajaban de los picos. Estos fríos no los sentían en su piel, los notaban en sus adentros y les enfriaban su alma causándoles, sobre todo a los dos jóvenes, una tristeza a la que debían sobreponerse en todos lo minutos del día y mostrar su mejor cara pues sería vital para el viejo que debía seguir la vida como si nada pasara en su interior.

LXXVI

El tupido bosque, que hasta muy pocas fechas antes se asemejaba a una alfombra verde pegada a las laderas del valle, según pasaban los días de la nueva estación, se iba poblando de infinidad de puntos de color amarillo intenso y de tonalidades de verde oscuro, como si el verde virgen puro se oxidara, haciendo que el valle tornara a otra clase de belleza, se diría triste. Con miles de colores que se convertirían al final en un amasijo donde predominaría el color amarillo, y miles de hojas muertas caerían todos los días sembrando el prado de un manto de hojas que al poco tiempo se secarían. Y en los días de mucho viento las transportaría hasta la misma aldea dejando las calles vestidas de ese color amarillo claro al caer y que pronto tomarían un color marrón parduzco cuando ya estuvieran muertas.

A la aldea incrustada en la ladera del valle, también el otoño la había vestido de otro color. Ya no estaba reluciente como el verano anterior. Un pálido color gris se iba apoderando de ella, sobre todo cuando las sombras de la tarde se iban haciendo más densas al aproximarse el sol al horizonte y la llenaban de una atmósfera triste y melancólica, sumida, si cabe más, en su infinita soledad.

Los vientos habían tornado a ser mucho más fríos, sobre todo los que bajaban silbando desde las altas cumbres y atravesaban la aldea velozmente hasta perderse y abrirse cuando el valle se terminaba y se desperdigaban por todas latitudes. Por eso la lumbre en la habitación principal de la casa había que tenerla permanentemente encendida, llenándola de un calor muy agradable y que hacía que se sintiera más el frío exterior al salir fuera a la plazuela.

Las lluvias otoñales se habían intensificado y las tormentas fueron convirtiéndose en un ir y venir de borrascas que entraban por todos los sitios y hacía que muchos días seguidos no observaran el sol que tantos días del verano les había alumbrado. Por ello, la aldea se sumía en una tristeza que se unía a la tristeza que reinaba desde hace ya bastantes días en la aldea y que les perseguía sobre todo a los dos jóvenes habitantes de la misma.

El viejo Perico, haciendo de tripas corazón, se iba engullendo él sólo su tristeza y desabrimiento. No quería que sus jóvenes vecinos sufrieran por su estado de ánimo, por lo que el mucho tiempo que pasaban juntos al día, él disimulaba y les decía que no se preocuparan que estaba bien y que no tenía apenas dolencias, aparentando ser como siempre había sido. Aunque eso lo conseguía a duras penas, ya que sus ojos rezumaban borbotones de tristeza y lo captaban Luis y Chari en su expresión y sobre todo muchas veces cuando lo observaban sin ser vistos por el viejo.

Los jóvenes, sobre todo Luis, le infundían ánimos, con sus bromas y sus risas algunas veces forzadas, pero por lo menos hacía que el viejo apartara su mente por unos instantes de lo que le torturaba a cada momento y que él sólo rumiaba, sintiendo como su fin se iba acercando con más fuerza, la misma fuerza conque algunas veces soplaba el viento helado desde las montañas

Hasta Sasué con su sexto sentido que poseía, algo iba presintiendo, y como si alguien se lo hubiera hecho comprender, desde que el viejo hizo saber a ellos que no se encontraba bien, empezó a comportarse de una manera rara, y no quería separarse del viejo. No lo dejaba ni un instante, lo que antes sólo quería estar con su ama, a todas las parte le acompañaba y ya no subía a la habitación de Luis y Chari a dormir sino que se introducía en la casa del tío Blas y se postraba al pie de su catre donde reposaba.

El cambio de actitud del can, lo comentaron los jóvenes y llegaron a decirse y comprender lo que temían. El perro, con su astuto sentido, estaba presintiendo que el fin del viejo estaba próximo y por eso tenía ese comportamiento tan raro, además perdió esa furia y ganas de juego que siempre tienen los canes jóvenes.

Una tarde recibieron la visita del médico. Nadie lo esperaba y nadie lo había llamado. Subió por amistad con el viejo y por interesarse sobre su estado, y allí lo encontró atareado partiendo leña, haciendo caso omiso a las pocas fuerzas que le iban quedando, pero aferrándose a las ganas de vivir y tratando de ignorar lo que por su cuerpo, con sus dentelladas, se las negaba cada día más.

—Buenas tardes, Perico ¿Cómo estás, hombre?

El viejo levantó la cabeza poniendo expresión de susto, no había oído venir a nadie, ¿se estaría quedando sordo ya? pensó y le dijo:

—Coño, matasanos, ¿qué te trae por aquí? No te esperaba.

—Hacerte una visita, viejo gruñón y tozudo. Y a ver qué tal van esos ánimos —le contestó el médico.

— Pues mira, Salva, mis ánimos, aunque he tratado de que no decayeran, no lo he conseguido, esto ya no tiene remedio y el que mejor lo sabe soy yo. Cada día que pasa tengo menos fuerzas y me canso mucho. Esta leña que me has visto cortando, hace muy poco tiempo me costaba hacerlo cinco minutos, ahora tengo que ir parando a cada instante. Es el fin, Salva, y está muy cerca. De todas formas ya he vivido bastante y he hecho lo que he querido. En eso estoy contento y al final Dios me lo ha premiado conociendo a mis vecinos y haciendo que me muera en mi pueblo de siempre —le dijo con cierta pena Perico.

—Bah, no digas tonterías. Esto que tienes es pasajero. Ya verás como cuando pase el otoño, estarás mucho mejor, si lo sabré yo —le contestó el médico al mismo tiempo que le hacía un reconocimiento visual, confirmando por el color de sus ojos y el de su piel, los malos presagios del viejo.

Perico hizo saber a Salvador sus crecientes dolencias desde que le visitó la última vez y el médico le tomó el pulso y la tensión. Le auscultó y le miró el fondo del ojo con un pequeño aparatito que sacó de su cartera. Y aunque no le dijo nada a su amigo Perico, pensó que no se equivocaba, que no había solución. Aun así, trató de convencerle de que bajara a la ciudad para que lo reconocieran los especialistas, y llegado el caso, para que ingresara en un sanatorio. Pero fueron inútiles sus argumentos, le repitió lo que ya le había dicho antes, que ni nada ni nadie lo sacarían de su aldea, que si le sorprendía el fin quería y deseaba que fuera en su pueblo al abrigo de sus paredes.

—¿Dónde están tus vecinos? —le preguntó Salvador que hasta ese momento no les había echado de menos.

—Creo que se han ido a dar un paseo por la ladera de la montaña —contestó el viejo señalando enfrente de la aldea.

—¿Y ellos? ¿Cómo se encuentran? —trató de indagar el visitante

—Pues te puedes figurar. Tratan de infundirme ánimos y optimismo, pero veo cómo sufren los dos, los observo muchas veces cuando no me ven y noto su tristeza. Lo siento de verdad y más ahora que la chica se encuentra embarazada, así que intentaré ser lo más fuerte posible y tratar de no perder el optimismo y el buen humor. No me gusta verlos tristes y menos por el estado en que se encuentra ella.

—Tienes razón. Ahora cuando regresen quiero reconocer a la chica, para ver cómo lleva su nuevo estado —apuntó el médico.

En ese instante asomaban por el puente cogidos de la mano Luis y Chari, y el perro los seguía por detrás. Pronto reconocieron al visitante.

—Buenos días, doctor, qué alegría verle por aquí —le dijo Luis mientras le saludaban ambos.

—Pues que me he dicho voy a ver cómo está la salud de mis vecinos de arriba y aquí estoy; y por Perico me he enterado de que, si Dios quiere, la aldea va a tener más vecinos.

—Así va a ser. No sabe lo contentos que estamos —intervino Chari mientras los ojos le brillaban de ilusión.

Entonces el médico le preguntó detalles sobre su embarazo, contestándole la chica. A lo que el médico, después del interrogatorio, le indicó que todo iba muy bien, pero que más o menos dentro de un mes y medio que bajara a la ciudad y que fuera visitada por un ginecólogo, algo que no dudaron que harían los futuros papás.

A Perico, que estaba callado, también le brillaban sus ojos de alegría. Aunque sabía con certeza que no podría conocer a la nueva vida que se estaba gestando en el interior de la chica y bien que lo sentía, pensó que Dios lo había dispuesto así y así lo debía aceptar.

Como el médico había subido andando, Luis se prestó a llevarlo en su coche otra vez al pueblo, no sin antes haber tomado un vino con unos taquitos de jamón dentro de la casona.

En el camino de vuelta, Luis le pregunto:

—Qué, ¿cómo ha visto usted a Perico?

—Pues mira, Luis, para que te voy a engañar. No cabe duda, Perico se encuentra mal, ocurre que es más fuerte que un toro, pero francamente soy bastante pesimista. Me gustaría equivocarme, pero veo muy débil su corazón, no sé, no sé, quizá nos quedemos sin él en un mes o quizá antes.

Luis al escuchar las palabras de Salvador se quedó helado, petrificado, no las esperaba oír, sabía que estaba mal, pero nunca pensó que le podía quedar tan poco tiempo, eso no podía ser, no lo aceptaba.

—¿Está usted seguro? —le preguntó el joven.

—Completamente seguro. Me gustaría decirte otra cosa, pero me parece que no me voy a equivocar. Su salud va a empeorar día tras día, aunque él es muy fuerte y va a tratar de disimularlo hasta última hora. Tenéis que apoyarlo todo lo que podáis —le contestó Salvador ante la atención de Luis.

—Descuide, así lo haremos.

El coche se deslizó curvas abajo y llegó a Serrabe. Hasta el ruido del motor tenía menos alegría que de costumbre. Despidió al médico en la puerta de la casa y el joven regresó inmediatamente. No quiso entrar al bar y tomarse un lingotazo, aunque en ese momento su cuerpo se lo pedía. Quería ahogar su pena en un vaso con alcohol, así que nuevamente se encontraba en la puerta de la casona clavando desde lejos sus ojos en el viejo que se encontraba atareado con la escoba barriendo la puerta mientras Sasué no se separaba de su lado.

LXXVII

Cuando los jóvenes se encontrabas a solas y lejos de las miradas y oídos del pobre Perico, ya no podían disimular sus comentarios. Entonces los problemas que les pasaba por sus cabezas y les atormentaba continuamente afloraban al exterior, como una vía de escape, un tranquilizante. Sólo el hecho de hablar entre ellos y compartir sus sentimientos hacia el viejo, conseguía que vaciaran sus dudas y enigmas que les torturaba y así, compartiéndolas, se sintieran algo más sosegados, aunque no tranquilos. La situación a muy corto plazo se tornaba tan oscura como las negras noches de luna nueva en la que el firmamento se poblaba de millones de luminarias, que su luz no llegaba a alumbrar el valle.

De todas formas, la luna llena que se encontraba en esos momentos en las alturas y que colmaba de luminosidad la aldea como si fuera un sol de medianoche, no hacía más que llenarla de sombras. Desde que se enteraron de la gravedad de la enfermedad del viejo, sus vidas se llenaron también de tinieblas y penumbras. Parecía que se hubieran metido en un túnel sin salida y sin fin, cada día que pasaba era uno menos y uno más de sufrimientos, de incertidumbre, de tristeza que se iba acumulando y no les dejaba respirar, que les ahogaba, que les oprimía y les atenazaba su garganta. Aunque la vida tenía que seguir, hasta ese día comprendían que su existencia en el valle había sido un cuento de hadas, donde no sólo se respiraba el aire puro que bajaba de las montañas sino que también la felicidad que les envolvía a los tres hacía como sin un halo de dicha y fortuna se hubiera adueñado de sus vidas. Pero con el mal de Perico, todo ello se había cercenado, se había roto por la mitad; a partir de ese momento tendrían que ser lo más fuertes posible, era su obligación que los últimos días que le quedaban expulsaran de su ser la tristeza de Perico y que en su presencia trataran de olvidar el desconsuelo que le iba carcomiendo sus adentros.

—Luis, he llegado a pensar que cuando Perico fallezca, Dios no lo quiera, nuestra vida va a cambiar bastante. No sé cómo nos las arreglaremos, ¿tú que dices?

—No pienses en eso ahora, ya veremos.

—Es que no me lo puedo quitar de la cabeza —le respondió Chari con tristeza.

—Tampoco te atormentes, mi amor, piensa que llevas una vida dentro y toda tu amargura la va a captar nuestro bebé —le aconsejó el joven mirándole el vientre.

— Ya lo he pensado, no te creas. Pero no lo puedo remediar, ahora mismo lo que siento es una mezcla de pesar por Perico y dicha por nuestro hijo. —Y siguió diciendo Chari —¿Quién iba a decir hace unos meses, que nos íbamos a ver en esta encrucijada, en este avatar de nuestra vida? Tengo la impresión de que todo lo que nos regaló el valle nos lo va a quitar.

—Así es, cariño mío, tenemos que ser fuertes —le contestó Luis mientras le apretaba la mano y entrelazaba sus dedos con fuerza.

En ese preciso momento, las lágrimas empezaron aflorar de los preciosos y afligidos ojos de la chica. Fueron bajando lentamente por su cara, como si resbalaran perlas, pero no llegaron a su boca. El fuerte viento que hacía esa tarde, las borró de su cara llevándoselas consigo.

El joven la miró y un nudo como el de una maroma enroscada a su cuello, lo oprimió y no le dejó articular palabra. Tenían ya muchos lazos que les unían a su valle y no esa soga que parecía tener enrollada y que más bien parecía una gran serpiente que les estrangulaba.

La tarde, ya muy metida en otoño y con un viento que cada minuto que pasaba bajaba más helado, hizo que desistieran del paseo que estaban dando a orillas del río en el que sus aguas, al chocar contra los guijarros del fondo y rocas que sobresalían, ya no lanzaban sonidos parecidos a voces que les saludaban, sino a cantos tristes y melancólicos. Aún así el atardecer en el valle era precioso, la frondosidad del mismo se encontraba pintado de mil colores: amarillos, pajizos, pardos, cobrizos, bermellones y grises, que conforme se iba poniendo el sol por el horizonte hacía que brillaran todos a la vez y le dieran a la aldea perdida un reflejo de los mismos que la vistieron más hermosa y a la vez más triste que nunca.

Perico los vio desde el puente subir cogidos de las manos, siempre los veía así, cogidos, cuando iban de paseo y cuando volvían, como si fueran siameses y hubieran nacido así, y a pesar de los pensamientos que martirizaban al viejo no le quedó más remedio que sonreír. Ellos habían sido sus amigos los últimos meses de vida y serían la familia que le despidiera. Además ya lo habían hecho completamente feliz y no pedía nada más. El destino de Dios era así y no había marcha atrás. Aunque lo sentía por ellos: Dios le había tenido que dejar vivir un poco más. Ellos lo merecían. A él ya casi le daba lo mismo, ya había vivido su vida, ya la había exprimido toda. Había tenido la suerte de ser libre en aquel rincón de la montaña, de haber hecho lo que le dio la gana siempre y al final tuvo la fortuna de poder vivir en su querida aldea, y también de poder morir en la misma y acompañado de esos jóvenes que eran ahora su familia.

—¿Ya estáis de vuelta?, Pues no sois nada frioleros... ya veréis, ya, cuando asome el invierno —les dijo desde lejos.

Sasué salió también a recibirlos, dio unos ladridos, se metió entre las piernas de ambos y regresó inmediatamente junto al viejo. El perro sabía instintivamente que su puesto estaba allí, con él, protegiéndolo, y dándole su compañía, y su calor. Y eso, Perico lo agradecía.

LXXVIII

Los tres días siguientes no pudieron salir apenas al exterior. Sólo Luis hizo unos viajes a por leña al corral de la casa del tío Blas. La intensa lluvia no daba ni un respiro, y el viento frío que soplaba con fuerza y a rachas daba a entender que donde mejor se podía estar era alrededor del fuego, ardiendo los troncos de roble, sentados en tres sillas y con Sasué dormitando casi todo el rato, viendo pasar el tiempo ayudados por el calorcito que se sentía de frente y que llenaba la amplia estancia manteniendo todas las puertas cerradas para evitar que se escapara ni un grado de temperatura.

De cuando en cuando Chari se asomaba a la ventaba y contemplaba el exterior, sólo veía agua y más agua, y nubes grises y negras que envolvían todo el valle, que se movían como si las estuvieran amasando. Al mismo tiempo parecía que el valle se estuviera quemando, despidiendo humo que emergía al exterior y que realmente era niebla apoderándose de las laderas, dando al panorama que se observaba desde la ventana una belleza inigualable semejante a un espectáculo lóbrego y siniestro.

Cuando esa sensación invadía a la joven, se retiraba desde la ventana y nuevamente se sentaba en la silla a observar la lumbre y coger las tenazas o el gancho y remover las ascuas y los troncos.

Luis disfrutaba de esos días. Se sentía feliz de esa forma, le encantaba escuchar las historias de Perico, eran inagotables y por muchas que contara su memoria le hacía recordar algunas nuevas. Además no repetía ninguna. El viejo era sin duda una enciclopedia antropológica de aquel valle. Algunas crónicas no las había vivido él, se las habían contado sus antepasados, se acordaba de cuando era chico, que su abuelo Bonifacio, sentados allí mismo en las frías mañanas de invierno, éste le contaba historias suyas y también de sus ascendientes y él las escuchaba con suma atención.

Algunas veces, al contarlas, el viejo se emocionaba y tardaba unos segundos en seguir, mientras Chari con todo el cariño, le agarraba su mano poblada de arrugas y se la apretaba. Entonces como si le diera fuerza nuevamente, seguía narrando ante la mirada interesada de los jóvenes, que a veces le llenaban de preguntas.

Perico en esos momentos era muy feliz, todo lo feliz que podía ser un viejo que sabía que su vida se iba consumiendo igual que los troncos que a lo largo de la mañana se iban convirtiendo en ceniza.

Cuando acabó una de sus historias, les dijo:

—Hoy para comer, vamos hacer en las ascuas patatas asadas, que no hemos hecho nunca. Ya veréis qué cosa más buena. Y después haremos unos chuletones bien hermosos asados a la brasa ¿os parece bien?

—¿Que si nos parece bien?, yo ya estoy deseando ¿Qué hora es? —respondió emocionado Luis.

—Cuando queráis, empezamos a prepararlo. Pero, Luis, tendrás que ir nuevamente a la casa del tío Blas a buscar patatas y también a por los tres chuletones más grandes que veas en el sotanillo. Y ya puestos, llena la bota del mejor vino, y

que sea lo que Dios quiera —propuso Perico con esa cara que recordaba a la de sus mejores tiempos y como queriendo exprimir el zumo de los pocos momentos de felicidad que ya suponía que le quedaban.

—A tus órdenes mi capitán, estoy a tu disposición —le respondió Luis, que no sabía qué hacer para contentar al viejo y tratar de que su mente no pensara en otras cosas.

Hasta Sasué notó el cambio de ambiente, levantándose y comenzando a menear el rabo, mirando a todos cuando se sentía feliz y que parecía que se estaba riendo.

Apartaron a un lado las ascuas y la ceniza de la lumbre. Hicieron un montón, dejaron un rato que las ascuas perdieran fuerza e introdujeron dentro, tapadas por completo, unas cuantas patatas grandes y pequeñas. Al mismo tiempo prepararon en una parrilla tres chuletones grandes de ternera que había comprado días antes en el pueblo. Les pusieron una pizca de sal y dejaron la parrilla encima de unas ascuas en todo su apogeo, despidiendo de las mismas un tufillo embriagador. Los tres sentados, frente al fuego, observaban como aquella tierna carne en poco tiempo estaba ya dispuesta para degustarla y las patatas estarían en muy poco tiempo.

Luis acercó la mesa cerca del fuego mientras Chari preparaba tres platos y los cubiertos. Dejó la bota de vino colgada de una de las sillas, puso el pan cortado en una cesta de mimbre -que a saber los años que tendría- y se sentaron los tres a dar cuenta de la comida que habían preparado en un abrir y cerrar de ojos.

Allí, al calor de la lumbre que se propagaba por toda la habitación, comieron más a gusto que nunca, riendo, contando chistes y tirando de la bota con largos chorros. En el exterior, el frío y el mal tiempo seguía adueñándose del valle, empapándolo de agua. El viento iba arrancando de los árboles las hojas caducas, que ya se encontraban muertas y habían perdido su color y las iba depositando en el valle a modo de alfombra amarilla, pálida.

Mediada la tarde, las nubes fueron dejando algún claro por donde entraba el sol; el viento fue amainando paulatinamente desapareciendo casi por completo el ambiente frío y gélido que había reinado durante tres días. Sin embargo, de cuando en cuando las nubes aún descargaban algún pequeño chubasco que hizo que asomara en toda la extensión del valle un enorme arco iris con un extremo que partía de la ladera de enfrente de la aldea y el otro que llegaba al final del valle.

Los jóvenes no habían visto nunca una cosa igual. Salieron rápido a la calle. Luis, provisto de la cámara de fotos, debería tomar unas instantáneas antes de que se difuminara. Perico tuvo que admitir que era magnífico y que pocas veces en su vida en el valle había visto una cosa igual, parecía que habían pintado el valle de los siete colores con una brocha inmensa. Allí, de pié en la plazuela, estuvieron contemplándolo hasta que se fue deshaciendo, quedando al final sólo como una pequeña ráfaga de débiles colores.

El cielo tenía ya pinta de que la situación iba a cambiar aunque las nubes algo bajas casi cubrían el espacio que divisaban. Pero mañana sería un día radiante, auguró Luis, que ya estudiaba la atmósfera y se atrevía a dar un pronóstico a corto plazo. Aún así, consultó al viejo y se lo ratificó.

Cuando ya había anochecido el cielo se fue poblando de estrellas y aunque el frío volvió a hacerse dueño de todo el valle, el día siguiente el sol sería su compañero.

LXXIX

Ciertamente el tiempo cambió para bien. Amaneció con un cielo limpio, sin atisbo o rastro del día anterior, con un azul otoñal intenso, y con todas las cimas de las montañas cubiertas de una capa de nieve producto de los días pasados, preludio de que las bajas temperaturas se habían adueñado de las grandes cimas y que esa nieve se haría perpetua, que no desaparecería hasta bien entrada la primavera, y que conforme se fuera acercando el invierno iría bajando de altura.

Pero para bien sólo había cambiado el tiempo y el azul del cielo y los rayos luminosos del sol. Aquella brisa entre cálida y fresca que bajaba de las alturas iba acompañada de un aire traicionero, invisible, que vino a enturbiar de una forma total la apacible vida de los pocos habitantes que hasta ese día habían disfrutado de una plácida y dulce existencia. Entró por las ventanas de la casa del tío Blas esa noche y se introdujo en el cuerpo ya castigado del viejo Perico, haciendo mella en su ser herido por aquella traicionera enfermedad que ninguno quería nombrar. Hasta ese momento, aunque el viejo lo intuía, aún guardaba algo de esperanza. Mas todo cambió radicalmente. Su estado empeoró de una forma muy notable, el fin estaba próximo. Los afilados dientes y las garras, como si de la peor alimaña o ave carroñera se tratase, estaban al acecho, aguardando un final del cual ya no había marcha tras ni cabían dudas.

A Luis y Chari, ya despiertos y al agradable calor del lecho, les pareció extraño que esa mañana no se oyeran ruidos abajo. Eran ya las nueve y no se oía absolutamente nada. Por eso, cuando Luis miró el reloj y observó la hora, y oyó el silencio total en la casona, una pequeña palpitación le sacudió su pecho. La ausencia total de ruido no era normal, algo le debería estar pasando a Perico cuando aún no se había levantado. Solía madrugar siempre y a una hora razonable entraba en la casona a preparar el desayuno, y aunque procuraba no romper el silencio para que los jóvenes siguieran durmiendo, nunca lo conseguía.

Luis dio un salto de la cama y se puso un pié, mientras una especie de ansiedad le asaltaba su mente y le oprimía el corazón. Se puso los pantalones y el jersey, se calzó y bajó como una exhalación, mientras Chari, que también se había levantado, hacía lo mismo.

Abrió la puerta y se dirigió veloz a la casa del tío Blas, cuya puerta permanecía cerrada. O bien el viejo estaba dentro y eso era mala señal o al contrario, y ojalá fuera así, habría ido al monte a cualquier cosa y se le había pasado el tiempo sin darse cuenta.

Empujó la pesada puerta de madera y ésta se abrió haciendo un ruido metálico de sus bisagras roídas por los años. Salió Sasué dando ladridos y mordiendo el bajo de sus pantalones, dirigiéndose rápidamente al cuarto donde Perico dormía.

Allí se encontraba el viejo tumbado. Cuando Luis le miró a la cara y observó sus ojos, pudo observar la tristeza de su viejo gran amigo.

—¿Qué pasa, Perico?, ¿qué te ocurre? Dime, ¿cómo estás?

—Qué va a pasar, Luis, pues que se acerca el fin, lo presiento. He probado y no me puedo levantar. Algo me está comiendo y con buen hambre.

En ese momento entró también Chari, que aún tuvo tiempo de escuchar a Perico lo que había dicho. Se acercó a su lecho y le cogió su mano, apretándola contra la suya.

—Vamos, Perico, ahora mismo te voy hacer un buen vaso de leche caliente y ya verás como eso te anima y te estás aquí en la cama. Todo se te pasará, de eso estoy segura —dijo no con mucha convicción la chica.

—Ahora bajaré al pueblo y me traeré al médico. No tardo más de cinco minutos —dijo Luis mirando al viejo.

—No vayas. No hace falta, ya no hay nada que hacer, de veras. Todo tiene un fin y ese fin me ha llegado —le contestó el viejo, sabiendo que ya todo eran formulismos. Qué iba hacer el médico sino certificar lo que ya estaba certificado de antemano.

Luis, sin mediar ninguna palabra más, salió otra vez por la puerta y se dirigió al auto. Emprendió el camino del pueblo a cierta velocidad, sorteando las enroscadas curvas como si de un rally se tratara, y en un instante volvió en compañía del médico que ya le había adelantado, por los síntomas, que poco se podía hacer, sólo procurarle que su final fuera lo más llevadero posible.

El médico reconoció a Perico y aunque a él no le dijo nada en concreto, observó que su estado revestía mucha gravedad, por lo que insistió al viejo para que lo trasladaran a un hospital de la ciudad. Se negó rotundamente, sabedor de que no había ningún remedio, sólo prolongar su sufrimiento. Además el quería morir en su pueblo como sus antepasados y él no iba a ser menos. En la aldea había nacido y en ella deseaba morir.

El médico les dio a los jóvenes unos calmantes por si hubiera necesidad de utilizarlos y se despidió diciendo que por la tarde subiría otra vez para ver su estado, aunque sabía que mejorar no iba a mejorar, quizá todo lo contrario.

Chari había encendido fuego, calentó leche y llevó a Perico un vaso con unas magdalenas. Este le dio las gracias pero sólo pudo beber, lo demás lo rechazó, y aunque la joven insistió, no hubo manera. Dijo que no tenía hambre y que no le entraban.

Cuando salieron los jóvenes acordaron en que uno de ellos estuviera siempre con él. Así quedaron, que debían de ser fuertes ya que el fin estaba cerca y por lo que le había dicho el médico a Luis, cuestión de horas.

Aquello que Luis le había dijo a Chari, le había helado la sangre en las venas. No podía ser —musitó— que aquella persona con tanta vitalidad estuviera perdiendo su vida en aquel viejo camastro de madera. No, no era justo.

La joven sintió que una especie de nudo le tapaba la garganta y no la dejaba respirar. Tuvo que marcharse al lado del río. Quería estar sola, para tratar de asimilar lo que no comprendía. Allí junto al puente y al río, oyendo las voces que producían las aguas al chocar contra las piedras depositadas en su cauce, rompió a llorar amargamente. Allí en soledad, en su soledad, fue vertiendo todas sus lágrimas, mezclándolas con las aguas del río que sonaban tristemente.

Así estuvo largo rato, en la misma posición, hasta que no le quedaron lágrimas en su interior, hasta que una sensación de impotencia le hizo regresar, resuelta a que haría todo lo posible por aparentar serenidad y estar cerca del anciano, y llenarlo de amor en sus últimas horas. Sería el mejor homenaje que le podían dar. El ser humano que para ellos había significado todo, y cuya vida se estaba escapando al igual que un pez se resbala de las manos al intentar cogerlo del río.

Cuando regresaba y miró al camino, alguien subía a la aldea. Llevaba muy buen paso y ella lo esperó; al momento conoció a Román el Duro. Lo abrazó y le dijo lo que pasaba, aunque ya lo sabía por el médico que lo había visto en el pueblo.

Era su mejor amigo, como un hermano. Por eso no dudó cuando supo la noticia de la suma gravedad de Perico y para allá se encaminó pues quería pasar a su lado los últimos momentos con él. Por Perico hubiera dado su vida. Vamos... que se cambiaría ahora mismo por él, sin duda alguna. Lo admiraba, para él era como un dios, un tipo de persona de las que ya no existían, y pensaba que con su ausencia el valle y su pueblo lo iban a sentir más que con ninguna otra persona. Cuando pasó a la estancia donde yacía, sintió como si una mano muy grande le apretara la garganta tratando de ahogarlo. Tuvo que hacer alarde y domino de fuerza mental para que no le asomaran las lágrimas.

—Coño, Perico, pero, ¿qué haces tú aquí? me cago en la leche —le dijo mientras se abrazaba a él.

—Pues mira, Duro, ya ves, aquí apurando lo que Dios nos deje estar. Pero que vamos ya a esperar. Ya lo he tenido todo. Y gracias por venir a visitarme mi gran amigo —le contestó a su amigo Duro, con una tranquilidad y un sosiego y con una alegría interior de saber que en sus últimos momentos no lo iba a dejar solo, que estaría allí con él.

Al Duro un bebé apretándole con sus manecitas el cuello poblado de arrugas, seguro que lo habría ahogado. No le entraba ni le salía el aire, congestionado y tuvo que hacer grandes esfuerzos para no derramar una lágrima, al menos en esa habitación.

Todo el día estuvieron allí los tres y no lo dejaron ni un momento. Sasué no se movió de su lado ni un instante, arrimado al lecho, sentado, sin quitarle la vista de aquellos ojos cansados y que paulatinamente iban perdiendo su fijeza y alegría.

Ya al caer la tarde, subió el médico nuevamente, acompañado del alcalde, comprobando que su estado era bastante peor que por la mañana, diciéndole a los jóvenes que casi con toda seguridad no pasaría de aquella noche pues su corazón latía muy débil y con su edad sería un milagro que aguantara más tiempo. Pasaría a dar otra vuelta sobre las doce de la noche más o menos.

Las sombras de la noche, como si de crueles fantasmas se tratara, llenaron el valle de penumbra. Sumido en las tinieblas, ni la media luna logró dar algo de luz a la fatídica noche. Aquella era una noche de lobos, y alguna vez se oyeron algunos aullidos como un mal presagio que provenía de lo más espeso del bosque haciendo que se estremeciera toda la aldea. Era la noche de la muerte, la noche del fin en la aldea, la noche temida y no deseada. Presente, larga, negra, ingrata, falsa.

Aquellas estrellas que todas las noches daban su minúscula luz, esa noche estaban pero no la emitían, eran como estrellas ausentes, tristes. Aquellas estrellas que tantas veces el viejo había divisado, que conocía el sitio de todas de memoria y que se daba cuenta cuando alguna faltaba porque una insignificante nube la hubiera ocultado.

Antes de que llegara la medianoche, unas sombras fueron acercándose a la aldea. Era el paseo nocturno más triste que nunca habían hecho. Iban a acompañar a su amigo Perico en su último viaje. Fue llegando el resto de sus amigos del pueblo. Todos, no faltaba ninguno. Todos quisieron estar con él, velarlo y hacerle compañía junto a la luna.

Luis los recibió a todos en la puerta de la casona y les dio las gracias y los pasó a la habitación del viejo, marchándose él a hacer suficiente café para la noche más larga de su vida y la noche más corta para la de Perico.

Al salir contempló, cerca de la puerta de la casa del tío Blas, a dos amigos del viejo que lloraban como dos niños y que habían salido porque la emoción les traicionaba. Aquellos sollozos fueron como una daga muy afilada que se le hincara en el corazón a Luis y tuvo que esconderse detrás de la esquina para dar rienda suelta a sus lágrimas que hasta ese momento había contenido dentro de sus ojos.

En esa posición y actitud, y sin haberse dado cuenta de la llegada a la aldea de un auto fue sorprendido por el sargento de la Guardia Civil que, acompañado de un guardia, fue a interesarse por el viejo, con el que tan bien se llevaba y que siempre estaban gastándose bromas. Lo cogió de un hombro mientras le preguntaba:

—¿Tan mal está, Luis?

—Sí, sargento, está bastante mal. No sé si verá el amanecer —contestó con pena y con voz temblorosa el joven

—Quién lo iba a decir, este hombre todo alegría y ganas de vivir. Pero, en fin, así es la vida. Voy a pasar a verlo —contestó el sargento, dándole dos palmadas en el hombro.

Luis no se sentía sólo, al contrario, agradecía de todo corazón la compañía que tenían Chari y él. Hubiera sido muy duro para ellos haberse encontrado solos, allí frente a la muerte, esperándola y apoderándose de aquel indefenso cuerpo postrado en el lecho. Hacerse dueña y llevarse a su amigo, pero pensó que de todas formas se lo iba a llevar y que los iba a dejar solos a los dos, huérfanos en aquel valle y en aquella olvidada aldea. Su mente no le dejaba pensar en aquel momento, fuera de punto. En ese momento no sabía pensar o quizá no quería, no quería toparse con la realidad que tendría que afrontar al día siguiente y en los días venideros. Su vida, y la de su esposa, sufrirían cambios que ahora mismo él no podía calibrar, era como una tela de araña, un misterio. La única verdad es que su amigo del alma el viejo Perico les estaba diciendo adiós a todos, al fiel perro Sasué, a su querido valle y a su amada aldea.

Chari por su parte, salía y entraba de la habitación muchas veces. No podía soportar el sufrimiento psíquico y moral de Perico. Físico gracias a Dios no lo tenía, pero tampoco podía aguantar estar fuera, era como traicionar a su querido

viejo que había dado hasta la última gota de su sudor por ellos, se merecía todo. Hasta esas lágrimas que tenía en los párpados pugnando por salir, cuando entraba se sentaba junto él y le cogía la mano con dulzura. Y Perico la miraba sonriéndole y pensó que esa sonrisa no la olvidaría mientras viviera. El mejor regalo que el viejo se podría llevar era su cariño y con esa sonrisa que le obsequiaba se lo demostraba.

Sobre la una de la noche llegó nuevamente el médico. Lo reconoció otra vez y movió la cabeza, su corazón latía más débil. Pensó que era cuestión de pocas horas y así se lo hizo saber a todos junto al fuego en la otra casa. También les dijo que había suerte ya que con toda seguridad dejaría de existir sin sufrir ningún dolor y eso era tener una buena muerte. Se merecía esa muerte así, pues pensó que había sido una muy buena persona.

Les dijo a los jóvenes que él también se quedaría allí haciéndoles compañía, y el sargento le indicó que, si no ocurría alguna emergencia, él también estaría allí compartiendo el dolor de todos.

La noche fue muy larga, demasiado larga, demasiado triste, demasiado noche y demasiado cruel. Perico, al ver que su fin estaba cerca, pidió por favor que acudiera don Anselmo, el cura del pueblo, que quería hablar con él. Al oír esto el sargento, salió disparado con su acompañante y regresó al momento con el cura, que le reconfortó espiritualmente. Todo estaba visto para sentencia y la parca, como se decía en Cataluña, no tardaría en llegar.

Por las altas montañas empezó a entrar una tímida luz que hizo que aquella noche terriblemente negra, fuera tornándose algo azulada, y que poco a poco, pero con prisa, quisiera amanecer del todo. Como si quisiera que Perico aún pudiera notarla. Que viera su último amanecer. Que sus rayos lograran entrar por la ventana antes de que sus ojos se cerraran para siempre.

No murió sólo. Allí estaban todos. Chari y Luis, cada uno a un lado, cogiéndole las manos. Murió con una sonrisa. Mirando a todos. Especialmente a los jóvenes. Había llegado el momento.

Había emprendido un camino sólo de ida: el cielo.

Aquel cielo que había observado en miles de noches contemplando y contando las estrellas del firmamento. De aquel cielo por donde ahora viajaba, buscando su aposento final. Seguro que iría a posarse en aquella cima alta que tantas veces divisó y que con sólo observarla era capaz de saber el tiempo que haría a otro día.

El médico, después de comprobar que no tenía pulso, cerró sus ojos y certificó que el viejo había fallecido.

Chari no pudo soportar más la triste y tensa situación y salió rápido a la calle, rompiendo a llorar, rompiendo el silencio del valle. A su lado, Luis que había salido de la casa, la abrazó y puso su cabeza contra su pecho apretándola, mientras Chari seguía sollozando sin consuelo.

Sasué salió también a la plaza de la casona y rompió a ladrar. Con unos ladridos agónicos que rompían el alma del que lo oyera y también daba aullidos que estremecían el valle. Aquel trozo de valle que se había quedado huérfano, solo. El

más valioso habitante del mismo, el que lo conocía de parte a parte ya no estaba allí.

El lucero del alba alumbró esa mañana más fuerte y durante más tiempo que nunca. Parecía ir a alumbrar durante todo el día, nunca había tenido una luz tan potente. Quizá porque una nube parecida a un trozo de algodón muy grande cubría el sol que ya asomaba por las altas cumbres y que no lo dejó aparecer durante su todo su trayecto.

A Perico lo vistieron con su traje de siempre y lo introdujeron en una caja de pino que subieron desde el pueblo. Lo trasladaron a la pequeña ermita que él restauró y allí quedó expuesto junto al altar.

Esa misma mañana Luis, ayudado por Román el Duro, se dirigieron hacia el cementerio con dos picos y dos palas, y se dispusieron a cavar la fosa para enterrar sus restos en el mismo lugar que estaban enterrados Julia, su esposa, y sus padres. Atendiendo a lo que él había manifestado en vida, así lo hicieron. Al cabo de una hora ya habían cavado un hoyo que no pudieron hacer más grande. La madera carcomida del féretro de su esposa les avisaba.

Para Luis hacer lo que había hecho, cavar la fosa de su amigo, era muy duro. Quién se lo iba a decir a él cuando fue a aquella aldea, que al poco tiempo iba a estar cavando la fosa de su especial amigo, pero Dios lo había querido así. Había aprendido muchas cosas de él y sobre todo a valorar la amistad. Ese viejo que renunció a todo por ellos; que les alegró la vida en los momentos difíciles de su llegada; que les hizo felices todo el tiempo; y que nunca observaron en él una cara seria. Hasta el último momento su sonrisa les había reconfortado.

Al salir del cementerio, el Duro le echó la mano por el hombro y le dijo:

—Luis, se nos acaba de marchar a todos un buen amigo, el mejor de todos. Dios lo tenga en su gloria.

Una lágrima, sola, única, fue bajando, lentamente, por la cara de Luis. Y aunque intentaba limpiarla con la manga de su jersey, no podía, o no acertó saber en qué parte de su cara se había posado. Al llegar a la plaza desapareció. Pensó que quizá hubiera sido el espíritu de Perico que aún no le había abandonado.

Sobre las doce del mediodía llegaron las familias de Chari y Luis. Se presentaron los cuatro, y eso reconfortó a los jóvenes, sobre todo a Chari que ya no se separó ni un momento de su mamá. En esos momentos la necesitaba, la echaba de menos como nunca, como si se hubiera quedado huérfana. Y pensó que era así, había sido dura la pérdida de aquella persona que lo había sido todo para ella. Le había dejado un vacío muy grande, que ahora sólo podrían suplir sus padres, especialmente su madre.

—Hija, ¿y de tu embarazo, cómo vas? —se interesó Gloria.

—Bien, mamá. Estoy perfectamente, aunque dentro de unos días iré al ginecólogo —le contestó con una cara triste y sonriente al mismo tiempo.

—Yo te acompañaré hija mía. Ahora, a ser fuerte, ya sólo te queda recordar al viejo con todo tu cariño.

—Sí, mamá —le contestó mientras la abrazaba.

A lo largo de la mañana, y sobre todo después de comer, la aldea se fue llenando de gente de Serrabe a darle el último adiós a Perico. Después lo enterrarían en el diminuto cementerio junto a su esposa.

Todos, absolutamente todos, dieron el pésame a los jóvenes. Sabían y habían oído de boca de Perico, que ellos eran su familia, lo único que tenía y que le quedaba en esta vida. Y los jóvenes lo agradecieron, mientras observaban que no sólo habían sido sus lágrimas las que se habían derramado en el valle; muchas lágrimas se escaparon de aquellos ojos que les saludaban y les acompañaban en el sentimiento.

El sol no apareció en todo el día. Una nube blanca lo tapó cuando salió y esa misma nube que luego fue volviéndose color de luto, lo fue acompañando y tapando hasta que traspuso el horizonte. Sólo una nube en el cielo, suficiente, era como el abrazo que el valle le daba a Perico en su despedida.

La pequeña ermita estaba repleta y mucha gente quedó fuera. Don Anselmo ensalzó la vida de Perico y el vacío que dejaba entre todos. Sobre todo en los dos jóvenes que allí se encontraban sentados al lado del féretro. Adornado con unas flores de otoño que Chari había recogido con su madre esa misma tarde igual que había hecho Perico el día que ella se casó.

A pesar de que la garganta y su voz las podían traicionar, Chari quiso homenajear a Perico y cantó a capela una canción que hacía mucho tiempo le habían enseñado cuando iba a la catequesis en la parroquia de su barrio en Barcelona. Trataba de la amistad, y la ermita quedó en silencio total mientras su bella voz se esparcía por todo el valle poniendo los vellos de punta a los asistentes. Parecía que los ángeles habían bajado del cielo y prestaban sus voces. Hasta el perro Sasué, cerca de la caja, meneó el rabo y miró a Chari cuando esta terminó.

Todos irrumpieron en aplausos, en honor a la joven y sobre todo al viejo Perico, que seguro desde el cielo le estaba mandando un abrazo a su querida niña, con la cual había pasado tantos ratos en la aldea y que la quería como si fuera una hija.

Al terminar la ceremonia Luis y los amigos del viejo llevaron el féretro al cementerio, mientras la pequeña campana no dejaba de doblar. Allí procedieron a enterrarlo, en medio de los ladridos de Sasué que no paró hasta que no salió del cementerio cuando se colocó junto a las piernas de Chari.

En el cementerio permanecieron todos hasta las últimas paladas de tierra que lanzaron Luis y Román el Duro. Era su último homenaje y en ese momento Luis se llevó las manos a los ojos y no pudo reprimir su llanto. En ese momento fue cuando creyó, realmente, que su gran amigo Perico ya no estaba con él, que lo había dejado.

La tarde gris y tristona seguía su curso. Un viento fresco empezó a soplar desde las montañas y bajaba ventilando el valle llenándolo de una frialdad que acentuaba la soledad que se había apoderado de toda su extensión.

En la plazuela fueron despidiendo a casi todos. La aldea se iba quedando vacía y sólo los amigos de Perico se encontraban con ellos haciéndoles compañía. Entonces Luis dijo que iba a abrir unas botellas de cava en su honor. Todos se

quedaron sorprendidos, incluso los padres de los dos jóvenes, preguntándose si se había vuelo loco.

—Ya sé que estáis pensando que me he vuelto loco. Pero no. Os lo diré: hace unos días Perico me pidió que, el día de su entierro, cuando volviera del cementerio abriera unas botellas de cava y tomáramos un traguito a su salud. Y lo voy hacer, porque son palabras de Perico y no pienso dejarlo en entredicho —les aclaró el joven con una sonrisa que no podía ocultar al mismo tiempo su tristeza.

Dos tapones surcaron el aire con un estampido que asustó a los pajarillos que se encontraban buscando un sitio para pasar la noche en las copas de los árboles de la plazuela. Brindaron por Perico, para que Dios supiera darle el premio que se merecía.

A todos les supo bien, les refrescó la garganta amarga por donde habían tragado sus lágrimas. Desde arriba, desde su privilegiada situación, Perico ya les contemplaba y les agradecía aquel gesto. Y aunque nadie le veía, él estaba allí, cercano, protegiendo a todos como siempre, especialmente a sus jóvenes amigos.

La claridad fue desapareciendo por el horizonte y fue dejando sumido el valle en un lugar de sombras, de soledad. En un valle que ya no sería el mismo, como si hubiera perdido su identidad, su rumbo, su alegría, su frescor, como si se hubiera instalado el aislamiento y la melancolía.

Esa noche, cuando los jóvenes y sus padres se quedaron solos, optaron por irse a Barcelona. Todos. Aunque Luis se resistía, no aceptaba dejar aquella noche a Perico solo, por las noches que él los había velado a ellos. Pero tenían razón, lo haría por su esposa que aquella noche, a la luz de la media luna, observando su cara de tristeza, estaba más guapa que nunca. Y también lo haría por la nueva vida que crecía dentro de ella. Ojalá fuera un niño, sin duda le llamarían Perico.

Los dos coches partieron colina abajo. Las voces del cercano río, les despidieron. Chari, aun a pesar de la poca luz que quedaba, pudo observar el cementerio y una lágrima que pasó inadvertida en la noche discurrió lentamente hasta pararse en sus mejillas. Mientras, a Luis, miles de pensamientos y vivencias de Perico le pasaban al mismo tiempo agolpándose en su mente. El perro, con leves gruñidos, parecía llorar en la parte de atrás del coche.

LXXX

A esas horas de la mañana caía sobre Barcelona una niebla aleada con minúsculas gotitas de agua y al mismo tiempo una intensa humedad desde el cercano mar, hacía que el frío se colara en los huesos. Era una mañana triste y muy contraria a la mañana de aquel domingo de primavera cuando emigraron a las montañas. Aquella fue una tristeza muy distinta, y aunque sus familias estaban con ellos, se sentían completamente huérfanos. Huérfanos de la amistad de Perico, huérfanos de su libertad y de la libertad que habían sentido en las montañas. Y huérfanos en aquella, para ellos ya, extraña ciudad.

Paseando de la mano por sus mojadas y resbaladizas calles, llevaban prendido con una correa a Sasué, que no entendía esa sujeción a la que le obligaban sus amos, y tampoco entendía lo que había pasado. Así pues, andaba temeroso y pegado a los pies de Chari.

Chari y Luis paseaban casi sin hablarse. Hasta las palabras se les habían quedado huérfanas. Andaban al mismo paso como autómatas, como si no existiera nadie, como si estuvieran vagando por una ciudad desconocida soportando todo un cargamento de vacío en su interior, como si todo fuera un mal sueño, como si no se conocieran, como si todo hubiera sido una gran pesadilla, caminaban como aturdidos por el desasosiego y la zozobra. La vida que habían soñado y que disfrutaban en las montañas se había truncado como un castillo de naipes y ellos lo sabían aunque no habían tenido valor para decírselo el uno al otro.

Pasaron a una cafetería del Barrio Gótico ya que una ligera llovizna los iba empapando poquito a poco. Se sentaron junto a una ventana por la que observaban el deambular de personas y el cielo plomizo. Lo que otras veces les había encantado, esta vez les llenaba de una melancolía que los superaba.

Tomaron un café cortado y dejaron pasar el tiempo pegados a la ventana y mirando a los tejados cercanos como si esperasen que se convirtieran en altas cumbres y laderas verdes. Pero no, eran tejados de color gris oxidado que rezumaban el agua de la niebla que los ahogaba.

—Chari, mi amor, sé que es muy difícil, pero debemos sobreponernos. Es necesario para los dos y sobre todo para ti, por nuestro hijo. Seguro que debe estar mamando tu tristeza.

—Estás en lo cierto, Luis, pero nos va a costar. Con esto no habíamos contado. Ha sido un golpe muy duro, en fin, debemos de recobrarnos —dijo no con demasiada convicción la chica.

—Hemos hecho todo lo que hemos podido. Dios lo ha querido así y Perico ha sido muy feliz el tiempo que ha estado con nosotros. Esto ya no tiene remedio, ya no tiene vuelta atrás, y ahora debemos pensar en nuestro hijo —dijo Luis al mismo tiempo que con sus dedos acariciaba su cara.

Se miraron a los ojos sabiendo que les quedaba una pregunta por hacerse y no se atrevían. Ninguno de los dos quería dar el primer paso, una fuerza invisible se lo impedía, pero sabían de antemano su contestación, aunque no querían conocerla.

Chari fue más valiente, cogió las manos de Luis y puso encima las suyas, mientras con una voz débil pero segura lanzó la pregunta fatídica:

—¿Qué vamos a hacer, amor?, ¿vamos a quedarnos allí, nos venimos para acá?, ¿tú que dices, Luis?, dime.

—No sé, la verdad. Pienso que quedarnos allí, en tu situación, nos traería muchos problemas y sin Perico se nos haría muy duro, demasiado duro, aunque podríamos adoptar una situación intermedia ¿no crees? —le contestó no sin muchas dudas.

—Estoy contigo, cariño, deberíamos venirnos a Barcelona y pasar allí en la aldea algún fin de semana. Me parece bien tu idea, aquello no lo podemos olvidar y allí tenemos muchas raíces y muchos recuerdos —le alabó la idea Chari.

Sin soltarse las manos, estuvieron mirándose un largo rato, mirando la calle, hasta que Chari le dijo:

—Oye, Luis, estoy segura de que Perico debe estar sufriendo en este momento si nos está viendo tan tristes.

—Tienes razón, Chari, él siempre estaba con la sonrisa en los labios y recuerda que murió con la sonrisa en sus ojos —le contestó Luis esbozando una sonrisa.

La niebla se fue levantando y dejó de rezumar gotas de lluvia. Una tímida claridad que se iba haciendo más amplia, por momentos empezó adueñarse de la ciudad. En poco tiempo, el sol dejaría sueltos sus rayos y aquellos dos jóvenes que terminaban de digerir su tragedia, sentados frente a la ventana de un bar, notaban como si una tranquilidad interior se hubiera adueñado de ellos. Toda su vida la tenían por delante. Y el espíritu de Perico, que sería su santo y seña.

CUARTA Y ÚLTIMA PARTE

LXXXI

—Mamá, ¿iremos a la montaña el fin de semana?

—No lo sé, hijo, lo que diga papá, pregúntale cuando venga —le contestó Chari.

—Sí, mamá —contestó Perico.

El pequeño Perico había nacido en abril y se había criado sano y fuerte. En la actualidad tiene cuatro años y un gran amor a la montaña y sobre todo a la aldea con el nombre de su mamá. Tan pequeño y ya las amaba, lo habían llevado casi todos los fines de semana cuando era muy pequeño y allí aprendió a amarla, allí casi dio sus primeros pasos y allí también vio salir el sol por las cumbres para esconderse entre reflejos dorados.

Y también le contaron quién fue la persona que llevaba su mismo nombre y que ahora yacía dentro de aquel sitio de paredes blancas, debajo de una cruz, "en su casa" —como decía el pequeño—, y le contaron que "es tu otro abuelo, el abuelo de la montaña"

En ese lugar empezó Perico a amar la libertad que manaba del valle. En el mismo lugar pudo apreciar los regalos que proporcionaba a sus ojos aquel lugar mágico y que le costaba lágrimas cuando en los atardeceres de los domingos debía abandonarlo para retornar nuevamente a la ciudad.

Allí era completamente feliz, cuando acompañado de su perro Sasué, que se había hecho adulto, jugaba sin parar. Y el can lo cuidaba y lo mimaba y en compañía de él y de su mamá Chari iban a la ladera de enfrente de la aldea y recogían flores y hacían un ramo que depositaban en la tumba de Perico.

.....//.....

—Perico, hijo mío ¿estás por ahí? —lo llamó con fuerza Luis.

—Sí, papá —dijo mientras corría a su encuentro por el pasillo de casa —Hola, papá, ¿iremos el domingo a la montaña?

—Claro que sí, hijo mío, ¿y sabes qué?, te enseñaré a coger truchas en el río ¿quieres?

—¿De veras, papá? ¿Y cuándo llega el sábado?

—Muy pronto, hijo, muy pronto.

El coche aparcó frente a la casona y la casa del tío Blas y el valle los saludó con un verde más intenso que nunca. De la ladera aspiraron una fragancia más fuerte que nunca. Y el río, que bajaba de las montañas, les saludó con su voz cuando sus cristalinas aguas chocaban contra sus rocas.

FIN